Otros pasos del Gobierno Revolucionario Cubano

LUIS M. BUCH RODRÍGUEZ (1913-2000) fue un destacado e infatigable luchador revolucionario, un insurrecional que en dos épocas —la década de los años treinta y el último lustro de los años cincuenta— dio lo mejor de sí para que en la patria cubana pudiera cumplirse el sueño de Martí. Ocupó cargos revelantes en el primer gabinete del Gobierno de la Revolución: ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros, así como, entre otros, el de magistrado del Tribunal Supremo de Justicia. Una vida entera dedicada al esfuerzo y a la obra revolucionarios, la muerte lo encontró hasta el último día de su vida donde tenía que encontrarlo, en su trinchera de trabajo, al cual había consagrado sus mejores años. Es autor, entre otros, de los libros *Más allá de los códigos* (1995); *Gobierno Revolucionario Cubano: génesis y primeros pasos* (1999), fuentes obligadas de estudio y consulta de la historia de Cuba y su Revolución.

REINALDO SUÁREZ SUÁREZ (Holguín, 1967). Licenciado en Derecho, Universidad de Oriente, 1989. Profesor de Historia del Derecho y Presidente de la Cátedra de Estudios Históricos del Estado y del Derecho "Dr. Leonardo Griñán Peralta", en la Universidad de Oriente. Ha impartido conferencias sobre la historia de Cuba en universidades de Alicante, Valencia, Barcelona y San Sebastián. Ha publicado diversos artículos en revistas cubanas y puertorriqueñas. Es autor del libro *Un insurreccional en dos épocas. Con Antonio Guiteras y con Fidel Castro* (2002) y coautor de *Cuba y Puerto Rico: a cien años del desastre* (España, 1998).

Otros pasos del Gobierno Revolucionario Cubano
El fin de la luna de miel

Luis M. Buch Rodríguez
Reinaldo Suárez Suárez

Política

Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002

Edición: Ricardo Barnet Freixas
Diseño de Cubierta: Jorge Álvarez Delgado
Diseño interior: Julio Víctor Duarte Carmona
Realización digitalizada: Caridad Castaño Jorge
Corrección: Pilar Trujillo Curbelo
Emplane digitalizado: Xiomara Gálvez Rosabal

Segunda edición, 2002

© Luis M. Buch Rodríguez
y Reinaldo Suárez Suárez, 2002
© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 2002

ISBN 959-06-0535-4

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de estre libro y de nuestras ediciones.

Instituto Cubano del Libro
Editorial de Ciencias Sociales
Calle 14 no. 4104, entre 41 y 43, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

Nota de la Editorial

El libro que nuevamente la Editorial de Ciencias Sociales pone a disposición del lector, es ya un texto inevitable para la comprensión cabal de los acontecimientos y procesos muy complejos que precedieron a la proclamación del carácter socialista de la Revolución Cubana, y esencial para aquilatar la trascendental envergadura de la obra del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz para lograr lo que en 1959 parecía imposible: la unidad de los revolucionarios cubanos; alcanzar la victoria sobre la contrarrevolución interna y resistir las agresiones continuas y sostenidas de los Estados Unidos de América.

Por su valor historiográfico incuestionable y la acogida notable de público que ha tenido la primera edición de *Otros pasos del Gobierno Revolucionario Cubano*, se ha decidido proceder a la reedición inmediata de la obra, ligeramente aumentada, que incluye los siguientes fragmentos de las palabras de presentación a la primera edición, el 24 de agosto del 2002, en el Palacio del Segundo Cabo (sede del Instituto Cubano del Libro), a cargo del doctor Armando Hart Dávalos, ministro de Educación en el primer gabinete de la Revolución, y actualmente Director de la Oficina Nacional del Programa Martiano.

> Es difícil que se pueda escribir con tanta exactitud y detalle histórico sobre los primeros años del Gobierno Revolucionario Cubano como lo han hecho Luis Buch y Reinaldo Suárez en sus dos libros: *Gobierno Revolucionario Cubano: génesis y primeros pasos* y *Otros pasos del Gobierno Revolucionario Cubano.* Quien aspire a hacerlo tendrá que hacer un esfuerzo de grandes proporciones.
>
> Ambos libros abarcan un período trascendente de nuestra historia. Hay otros tan importantes como el que ellos narran, pero no encuentro fácilmente un tiempo de mayor significación para la historia de Cuba que éste que nos presentan. Fueron los años en que se crearon las bases jurídicas y políticas, sobre los fundamentos inmediatos de la historia, de la Revolución socialista. En esos dos libros tiene el lector una narración de las medidas dictadas por el Gobierno Revolucionario de Cuba para abrirle paso al abril de 1961. Sin exageración alguna, estos textos podrán considerarse como clásicos en la materia que describen, lo

cual basta ya para destacar su significación. Los investigadores y estudiosos podrán disponer de un valioso compendio de datos y explicaciones y es de esperar que sobre este fundamento, enriqueciéndolo con acontecimientos posteriores, se narre una gran historia. Se trata nada menos que de la documentación indispensable para llegar a conocer cómo y por qué nuestro pueblo se hizo realmente socialista.

El pueblo de Cuba, con su inmensa sabiduría, iniciativa y gracia política, lo dijo en aquellos tiempos de confusión, porque al mismo tiempo tenía enorme grandeza histórica. Sobre esto vale la pena que los investigadores hagan en el futuro un libro que abarque doscientos años de historia. El pueblo afirmó en un estribillo: "Si Fidel es comunista, que me pongan en la lista"; eso no lo dice un pueblo cualquiera. La frase de 1959 sólo podía decirla un pueblo de gran sabiduría, adquirida en centenares de años de lucha y de combate.

Tanto se ha escrito de forma tergiversada sobre cómo Cuba llegó al socialismo en los primeros años de la Revolución, que resulta necesario estudiar los hechos mismos, sus orígenes y significación con el rigor de la ciencia y conciencia para comprender las razones de aquel extraordinario acontecimiento. La Revolución Cubana no proviene directamente del movimiento comunista internacional, aunque estuvo influida en aspectos fundamentales por él. Habíamos arribado a las ideas del socialismo por caminos propios y sobre el fundamento de la historia revolucionaria de Cuba. Esto no lo digo solamente hoy, lo dije en una reunión del Consejo de Ministros de octubre de 1959, en medio de las tremendas discusiones que habían: "Para entender a Fidel hay que darse cuenta que está tratando de promover una revolución socialista desde las raíces martianas y antiimperialistas".

Después de estas palabras esclarecedoras e incisivas, es poco lo que pudiera argumentarse en favor de la obra; sólo la seguridad absoluta de que en ésta el lector encontrará el placer de disfrutar de una lectura plena de aspectos trascendentales y poco tratados de nuestra propia epopeya de los años de fuego.

Índice

Notas del otro / 1
El fin de la luna de miel / 8
Un gobierno de abogados / 10
Fidel Castro al Gobierno / 14
El ecuador de la Revolución Cubana / 16
Traición de Pedro Luis Díaz Lanz / 18
Crisis con el Presidente de la República / 20
El anticomunista Manuel Urrutia Lleó / 23
El Presidente de la República hace las maletas / 25
Informado Fidel / 26
Renuncia del Primer Ministro / 31
Renuncia del Presidente de la República / 33
Osvaldo Dorticós Torrado / 39
Un papel romántico muy sugerente / 41
Involucrado con el Vanguardismo / 42
Doctor en Derecho Civil / 43
En revolución / 45
Expulsado de Cuba / 50
Sorprendido para ministro / 52
Sorprendido para Presidente de la República / 55
Entrega total / 60
Fidel reasume como Primer Ministro / 62
Que Fidel reasuma / 64
Sesión del Consejo de Ministros en Santiago de Cuba / 68
En La Habana / 70
Concentración popular en la Plaza Cívica / 71

Otra vez en Santiago de Cuba / 74
Productiva reunión del Consejo de Ministros / 75
Inestabilidad en el ritmo del Consejo de Ministros / 77
El ridículo de una conspiración internacional / 78
Santiago de Chile / 81
Nuevas medidas revolucionarias / 85
¿Renuncia? No. Conspiración / 89
Raúl Castro, ministro / 90
El comandante Hubert Matos Benítez / 96
Anticomunismo en marcha / 100
¿Renuncia? / 102
Reacción revolucionaria / 106
El traidor inocente / 108
Díaz Lanz ataca / 109
Fidel y Camilo explican y denuncian los hechos / 112
Concentración popular / 113
Tribunales Revolucionarios / 117
La desaparición de Camilo / 121
El juicio contra Hubert Matos / 126
Sustituciones en el Gobierno Revolucionario / 132
Crisis en el Gobierno Revolucionario / 133
Manuel Ray Rivero / 134
Faustino Pérez Hernández / 138
Los nuevos ministros / 144
Che Guevara, Presidente del Banco Nacional de Cuba / 147
Carácter / 150
Íbamos a escribir en común parte de esta historia / 151
Medidas y nuevas sustituciones / 155
Petróleo I / 156
Trabajo y seguridad social / 157
Mil novecientos sesenta / 160
La banca I / 162
¿El otro Estado? / 164
El último conservador en el Gobierno Revolucionario / 166
Machado Ventura por Ruiz de Zárate Ruiz / 168
La sustitución de Enrique Oltuski Ozacki / 171
Una valoración / 175
Nombramiento de Raúl Curbelo Morales / 181
David contra Goliat / 183
El canciller, Raúl Roa / 184
Con cara destemplada / 187

Canciller en acción / 189
Respuesta legislativa / 195
Petróleo II / 196
Evitando la ruptura total / 197
Goliat en defensa de los derechos de propiedad / 199
Agredidos / 203
El incidente con el marqués de Vellisca / 204
Quemar la riqueza de Cuba / 207
La Coubre / 208
Relaciones con todos / 216
Con los pobres de la tierra / 216
Aproximación a los países socialistas / 219
Primeros contactos con la Unión Soviética / 220
Anastas Mikoyán a Cuba / 225
Convenio soviético-cubano / 229
Relaciones diplomáticas / 232
Con China / 233
Misiones de Gobierno / 234
Gira por América Latina / 237
Encontronazo epistolar / 238
Lo inédito / 241
22 de mayo / 242
Argentina / 244
El semental de la Corte / 245
Inesperadamente / 247
Uruguay / 252
Brasil / 256
Perú / 260
Venezuela / 262
México / 267
Elecciones generales / 272
Provocación / 273
En La Habana / 274
Golpe por golpe / 278
Motivos de conflicto / 280
United Fruit Company / 283
Petróleo III / 283
Reducen aquello de lo que Cuba vive / 286
Profundidad máxima en el conflicto / 288
La ciudad al campo / 289
La espina dorsal / 291

Cumplido el programa histórico / 295
Asamblea General Nacional / 299
A la banca estadounidense / 302
En el hotel *Theresa* / 303
Petardos en el Palacio Presidencial / 305
Ley 890 / 306
Fin de la banca privada cubana / 308
Ley de Reforma Urbana / 309
La finca de la calle Villegas / 312
Conchita / 313
El programa histórico quedó cumplido / 314
Lo que les quedaba a los yanquis / 315
Bibliografía / 316
Libros / 316
Conferencias de prensa y discursos / 317
Otros libros y documentos / 318
Periódicos / 318
Revistas / 318
Personas entrevistadas / 319

Notas del otro

Estas notas explicativas estaban elaboradas desde agosto del año 2000. Pretendían ser la introducción del libro.

Cuando a principios de 1999 el doctor Luis María Buch Rodríguez colocó el último ladrillo de su segundo libro de memorias: Gobierno Revolucionario Cubano: génesis y primeros pasos, *estaba resuelto a claudicar de su entusiasmo historiográfico. No era para menos: ochenta y seis años y varios infartos le daban órdenes.*

Muchos, con conocimiento de su curtida vida revolucionaria y de sus habilidades para contar historias en lenguaje fácil, aunque profundo, lo empujábamos a diario para que no guardara el lápiz. Pocos meses después, en medio de la arribazón de elogios por el éxito editorial de su obra, el doctor Buch aceptó, desafiando al tiempo y sus zancadillas, adentrarse en Otros pasos del Gobierno Revolucionario Cubano*, ahora en la primera etapa (julio de 1959-octubre de 1960) del período (julio de 1959-marzo de 1962) que compartió con el segundo Presidente de la República en Revolución, el doctor Osvaldo Dorticós Torrado.*

Aceptó, a cambio de que me insertara en el empeño. Por supuesto, no hubo que meditar para estar conforme con un esfuerzo de rescate histórico de importancia vital para la comprensión de la Revolución Cubana. Fue un trabajo en común, de varios meses. Su memoria prodigiosa y acerada honestidad facilitaron extraordinariamente la labor de reconstrucción de aquellos acontecimientos en los que intervino directamente.

Por la complejidad de la etapa, este libro no sólo se basa en sus testimonios personales, sino también en una amplia investigación documental y testimonial, que aporta elementos nuevos de acontecimientos históricos diversos o sistematiza otros conocidos parceladamente. En algunos casos, ha sido necesario volver sobre algunas personas y algunos hechos abordados en su libro anterior, pero se ha hecho aportando nuevas información y valoraciones históricas.

Fue preciso vencer sus probadas modestia y humildad para incorporar algunos episodios personales que contribuyeran a explicar la dimensión humana de los hombres que hicieron la Revolución Cubana. Está contado en primera persona. No podía ser de otra manera, porque es una historia vivida desde su despacho de ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros del Gobierno Revolucionario, en el segundo piso del Palacio Presidencial.

La introducción continuaba, explicando los vericuetos que tuvieron que ser deshechos para concluirse y ser lo que el lector leerá, concluyendo con una párrafo que pretendía ser un canto a la vida y una apelación pública al doctor Buch para que se atreviera a su último libro de memorias.

Aún queda por escribir el libro de memorias que complete su permanencia en el Gobierno Revolucionario Cubano. No tengo la menor duda de que el cuerpo quejoso y la memoria toda músculos del doctor Buch resistirán por largo tiempo, aportando ese necesario título de historia de Cuba.

El 2 de noviembre del año 2000 habíamos corregido la segunda versión de este volumen y nos disponíamos a entregarlo a la Editorial de Ciencias Sociales, con la que estaba comprometida toda su obra. En la madrugada del 3 de noviembre el doctor Buch fue emboscado arteramente por el cuarto infarto del miocardio. Se resistió, pero su corazón ya estaba derrotado. Murió, a los ochenta y siete años (había nacido el 7 de agosto de 1913), con una energía y una lucidez excepcionales, de asombro. Murió feliz, activo y útil.

Este hecho obligó a deshacer las notas originales, para escribir estas otras, que pretenden ser un homenaje, necesario, porque su vida es muy aleccionadora, y sentido, porque quien éstas escribe se sintió hijo.

Doctor Luis María Buch Rodríguez (1913-2000). Fotografía oficial tomada a los pocos días de asumir, el 3 de enero de 1959, como ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros del Gobierno Revolucionario, cargos que ejerció hasta marzo de 1962.

Ha muerto un hombre exquisito, uno de los últimos enlaces entre las dos grandes generaciones revolucionarias del siglo xx cubano, porque el doctor Buch no perteneció biológicamente a la generación de Fidel Castro y de los jóvenes que en torrente verde olivo y barbudo inundaron a Cuba en enero de 1959. Era de una generación revolucionaria anterior, que por ley de la naturaleza humana quedó casi extinguida al cruzar la frontera de los años noventa.

Tenía diecisiete años cuando en septiembre de 1930, bajo la tiranía de Gerardo Machado, cayó en las calles de La Habana quien se

convertiría de inmediato en estandarte de la juventud cubana: Rafael Trejo González. Desde entonces data su incorporación a las luchas estudiantiles y a los esfuerzos revolucionarios, en el Directorio Estudiantil del Instituto de Oriente, en su natal Santiago de Cuba. En los años posteriores se incorporaría a los planes insurreccionales de Antonio Guiteras Holmes. Él sería el planificador y ejecutor directo del ajusticiamiento del comandante Carmelo González Arias, el traidor que le permitió a Fulgencio Batista asesinar a Guiteras.

Perteneció al Comité Central de Joven Cuba. Al producirse el pacto político de los auténticos con la mayoría de los miembros del ejecutivo de Joven Cuba, en 1939, rechazó el acta de senador de la República que le ofrecía Ramón Grau San Martín. Buch sostenía que la revolución tenía que hacerse por vía insurreccional y no política.

Para entonces, la revolución se había "ido a bolina", traicionada por unos, negada por otros. Toda una generación de revolucionarios quedó frustrada. Buch fue de los que se alejó de todo entuerto político y se dedicó al ejercicio profesional de la abogacía. Durante la Segunda Guerra Mundial, como gerente de un negocio minero en Baire y, posteriormente, como representante legal de los intereses de los comerciantes de Oriente, Camagüey, Las Villas, Matanzas y Pinar del Río, enfrentados a los comerciantes de La Habana, nucleados en la Lonja del Comercio de Cuba, el doctor Buch acumuló una fortuna que le permitió asentarse en el emporio burgués de Miramar y pertenecer a los clubes aristocráticos de La Habana. Durante aproximadamente quince años, anduvo descreído e indiferente a las soluciones políticas que se proclamaba entonces para remediar los males republicanos.

Tras el golpe de Estado de marzo de 1952, apoyó, sin comprometerse, a Justo Carrillo y otros conspiradores de ocasión. Después de que Fidel Castro lanzara su grito de rebeldía en el cuartel Moncada, Buch inició un gradual proceso de aproximación a la que se denominara Generación del Centenario de Martí, hasta comprender que esta, veinte años más joven, haría viables los ideales y los procedimientos revolucionarios de Guiteras: los suyos. Para 1956, ya estará decididamente colaborando en los planes insurreccionales del Movimiento 26 de Julio, al que se integrará orgánicamente en 1957.

Pese a ser un hombre maduro, aburguesado y con la rémora de una terrible frustración revolucionaria en su juventud, Buch sacude el letargo y se incorpora a la lucha clandestina, a riesgo de lo mucho que había acumulado. Pasó a ser *El Viejo,* entre Haydée Santamaría,

Faustino Pérez, Armando Hart, Arnol Rodríguez, Marcelo Fernández, Manuel Suzarte, Marcelo Salado, y otros directivos del Movimiento 26 de Julio.

Su mansión de avenida Primera y calle 16, en Miramar, sirvió de centro de conspiración a los principales dirigentes clandestinos de La Habana. Su condición de prominente abogado posibilitó y determinó que se le confiara misiones claves en la historia de la Revolución: desde romper, en nombre de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, con la Junta de Liberación nacida del Pacto de Miami, hasta estar encargado de nuclear y llevar ante Batista a una comisión del cuerpo diplomático y de las clases económicas cubanas para pedirle la renuncia en caso de que la huelga de abril de 1958 fuera exitosa. Pero el fracaso de ésta lo llevó a la Sierra Maestra a participar de la *reunión decisiva* en El Alto de Mompié, donde se le encomendó partir al extranjero con tres propósitos fundamentales: atender personalmente al doctor Manuel Urrutia Lleó, candidato del Movimiento 26 de Julio a la Presidencia Provisional de la República; gestionar con el Gobierno de Venezuela el abastecimiento militar a la guerrilla, y ser el enlace para las comunicaciones secretas entre la Sierra Maestra y el exilio.

Encontrándose en Caracas, se le designó coordinador general del Comité del Exilio y responsable de Relaciones Públicas del Movimiento 26 de Julio. En tal condición, se entrevistó en Venezuela con Lyman Kirkpatrick, inspector general de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y miembro del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, en el que sería el encuentro del más alto nivel que hubo antes de la Revolución entre un representante del movimiento revolucionario y un funcionario estadounidense. Tuvo a su cargo las gestiones que condujeron a la unidad de las organizaciones revolucionarias y opositoras, mediante lo que se diera en llamar Pacto de Caracas, el cual suscribió en nombre de Fidel Castro Ruz.

Acompañando al Presidente Manuel Urrutia, procedente de Venezuela, desembarcó por vía aérea el 7 de diciembre de 1958, con el mayor cargamento bélico que llegó a la Sierra Maestra. Fue designado ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros, tras declinar una propuesta para que asumiera el Ministerio de Defensa Nacional. Juró el cargo en la tarde del 3 de enero de 1959, en la Universidad de Oriente, en la ciudad de Santiago de Cuba.

En los más de cuarenta años de la Revolución en Cuba, solamente cuatro personas han ocupado el cargo de secretario del Consejo de

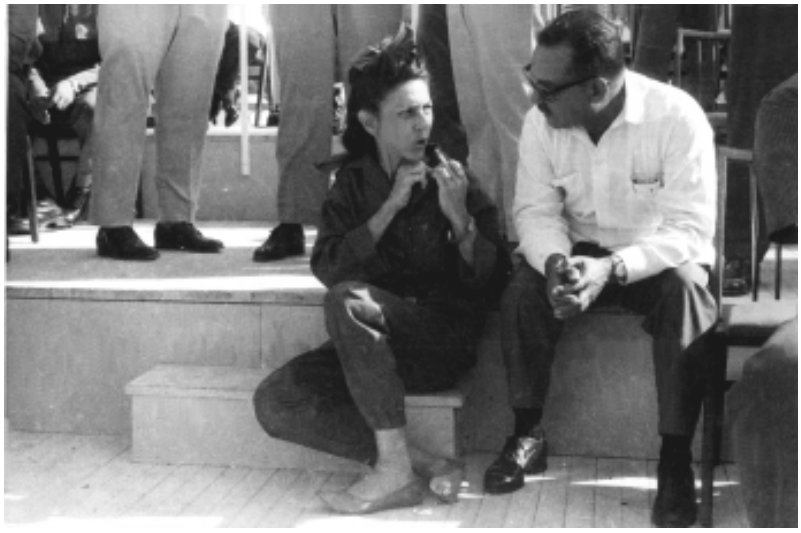
Ministros: Buch, Celia Sánchez Manduley, Osmany Cienfuegos Gorriarán y Carlos Lage Dávila. La Secretaría del Consejo de Ministros ha sido durante la Revolución el punto de concurrencia del trabajo y del funcionamiento del Ejecutivo de la Nación, siendo un cargo de las más absolutas confianza y sensibilidad, que entraña una compleja y voluminosa responsabilidad política y de gobierno.

El doctor Buch la desempeñó durante los primeros tres años, reservados históricamente para las grandes decisiones políticas y jurídicas que transformaron de manera radical la sociedad, la economía y la cultura nacionales, y que llevaron a la emigración a su propia madre, a sus hermanos y a gran parte de su familia. Paralelamente, fungió como ministro de la Presidencia, lo que multiplicó considerablemente su responsabilidad política. En total, firmó las primeras mil dieciocho leyes de la Revolución Cubana.

Sólo la capacidad y las cualidades del doctor Luis María Buch Rodríguez demoraron una decisión inevitable: que Celia Sánchez Manduley, *la Secretaria de la Revolución*, pasara a ocupar la Secretaría del Gobierno Revolucionario, responsabilidad que le era innata. Ello ocurrió en marzo de 1962. Buch fue nombrado magistrado del Tribunal Supremo de Justicia. Simultáneamente, cumplió misiones en los planes especiales de desarrollo del país y en la estructuración inicial del Partido Comunista de Cuba. Presidió la Sala de lo Civil, Administrativo y Laboral del Tribunal Supremo de Justicia, hasta finales de los años ochenta, en que se acogió a la jubilación.

Poco después, inició su carrera contra el tiempo y la desmemoria. Aunque no le alcanzó el tiempo para escribir el cuarto y último libro de memorias, su testimonio quedó registrado y será publicado en un futuro próximo, a manera de entrevista, como continuación del libro *Un insurreccional en dos épocas. Con Antonio Guiteras y con Fidel Castro*.

Reinaldo Suárez Suárez,
noviembre del 2000.



Celia Sánchez Manduley, *la Secretaria de la Revolución*, sustituiría al doctor Luis M. Buch en la Secretaria del Consejo de Ministros, responsabilidad que desempeñó hasta su temprana e irreparable muerte.

El fin de la luna de miel

En la madrugada del 2 de enero de 1959, en el balcón del Ayuntamiento de Santiago de Cuba, se proclamó el triunfo de la Revolución y juró como Presidente Provisional de la República el doctor Manuel Urrutia Lleó, quien había sido designado por el Frente Cívico Revolucionario, bloque unitario de todas las organizaciones revolucionarias y políticas que aceptaban la insurrección como forma de combatir a la tiranía.

El acuerdo se tomó en agosto de 1958, en la ciudad de Miami, a propuesta del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, que a su vez había escogido a Urrutia como su candidato en noviembre de 1957, como alternativa a los rejuegos politiqueros de varias organizaciones opositoras reunidas en el llamado Pacto de Miami. Aquel pacto, fraguado para neutralizar la fuerza y ascendencia del Movimiento 26 de Julio, fue denunciado por Fidel Castro, y esgrimimos la candidatura del doctor Urrutia para impedir que ellos hicieran a nuestras espaldas designación de un candidato afín.

¿Actuábamos egoístamente? No. ¿Era el doctor Urrutia un miembro del Movimiento

26 de Julio? No. ¿Militaba en la Revolución? No. ¿Quién era? Un juez recto y honesto de la Audiencia de Santiago de Cuba, con una larga carrera judicial de más de treinta años.
En el año 1957, en la Causa 67 de 1956 contra los combatientes revolucionarios apresados por participar del desembarco del yate *Granma* y en el alzamiento del 30 de noviembre, el doctor Urrutia, disintiendo de sus colegas del tribunal, emitió un voto particular invocando el artículo 40 de la Constitución de 1940, para reconocer el derecho de los cubanos a la resistencia adecuada frente a la opresión de sus derechos individuales. Una parte de los revolucionarios fue condenada, pero el voto particular del Presidente de la Sala Tercera de lo Penal de la Audiencia de Santiago de Cuba significó el reconocimiento judicial (no vinculante, por supuesto) de la legitimidad de la lucha armada contra la tiranía política.

Armando Hart y yo tuvimos la encomienda de hablar con el magistrado Urrutia para proponerle que fuera el candidato del Movimiento 26 de Julio a la Presidencia Provisional de la República. Nos sorprendió su resolución y valentía cuando, sin pensarlo, aceptó. Solicitó su jubilación, la que Batista concedió apresuradamente, y salió al exilio. Radicó en los Estados Unidos y como candidato del Movimiento 26 de Julio realizó gestiones y actividades diversas. Cuando el Frente Cívico Revolucionario lo proclamó Presidente Provisional de la República, se realizó esfuerzos para llevarlo a la Sierra Maestra para que constituyera el Gobierno Revolucionario en Armas. El 7 de diciembre de 1958, el doctor Urrutia llegó a territorio libre a bordo de un avión en el que transportábamos el más importante alijo de armas que en toda la guerra se llevó por vía aérea a la Sierra Maestra. Venezuela las proporcionó generosa y desinteresadamente.

Cuando llegamos a Cuba, estaba ya en marcha la ofensiva final del Ejército Rebelde. Fidel estaba enfrascado en rendir la provincia de Oriente, y Camilo y el Che habían invadido el centro de la Isla. Era el momento justo de producir la proclamación del Gobierno Revolucionario en Armas.

A nuestra llegada a la Sierra Maestra seguí colaborando con el doctor Urrutia en los preparativos para la conformación del Gobierno Revolucionario. Esta labor de atención al Presidente me había sido encomendada en la que se denominó la *reunión decisiva* de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio en El Alto de Mompié, en mayo de 1958.

En los Estados Unidos, el Presidente había designado al doctor Roberto Agramonte Pichardo como ministro de Estado. Al doctor Ángel Fernández, su amigo personal, lo nombró ministro de Justicia. Encontrándonos en Charco Redondo, Urrutia me propuso el Ministerio de Defensa Nacional, pero decliné. Acepté ser ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros.

Poco después se dio instrucciones de crear las condiciones en el poblado de Baire, tomado previamente por el Ejército Rebelde, para proclamar el Gobierno de la República en Armas. El Presidente Manuel Urrutia debía jurar ante el pueblo. La inminencia del acontecimiento determinó que en la reunión de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, efectuada en La Rinconada, el 18 de diciembre de 1958, se discutiera la posible composición del gabinete revolucionario. Fueron aprobadas varias propuestas para someterlas a la consideración del Presidente.

Para el Ministerio de Comercio fue propuesto el doctor Raúl Cepero Bonilla, economista prestigioso y conocido periodista del diario *Prensa Libre*. Para el Ministerio de Trabajo, el doctor Manuel Fernández García. El comandante Julio Martínez Páez, ortopédico afamado, para el Ministerio de Salubridad y Asistencia Social. A Fidel se le confió determinar las propuestas que se haría al Presidente para cubrir los ministerios de Gobernación, Agricultura y Obras Públicas, y someter a su consideración la conveniencia de crear un Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados.

Los compañeros conocían que el doctor Urrutia era un hombre conservador, sin avales revolucionarios, al igual que el doctor Ángel Fernández. Para muchos resultó incomprensible que Fidel permitiera entregar el Gobierno de la Revolución a personas que muy poco o nada habían aportado a la lucha revolucionaria. El comandante Raúl Castro, sentado con el fusil sobre sus piernas, dijo que no lo soltaría y que se quedaría en el Segundo Frente porque un gobierno presidido por Manuel Urrutia no podía hacer avanzar la Revolución. A su vez, Fidel tomó distancia, argumentando que el gobierno sería nuestro, porque él estaría en la calle con el pueblo, fiscalizando la obra gubernamental. Así nacimos como gobierno: Raúl "alzado", y Fidel de "fiscalizador".

Un gobierno de abogados

Las propuestas nacidas en La Rinconada fueron aceptadas íntegramente por el designado Presidente de la República. En definitiva,

Urrutia no llegó a jurar al frente de una República en Armas porque la guerra terminó precipitadamente, el primero de enero de 1959, con la huida al extranjero del tirano Fulgencio Batista. Dos días después, en la biblioteca de la Universidad de Oriente, se constituyó el primer gabinete revolucionario. Ese día prestamos juramento como ministros, el doctor Roberto Agramonte Pichardo, en Estado; el doctor Ángel Fernández Rodríguez, en Justicia; el doctor Julio Martínez Páez, en Salubridad y Asistencia Social; el doctor Faustino Pérez Hernández, en Recuperación de Bienes Malversados, y yo en la Presidencia y como secretario del Consejo de Ministros. Los restantes que estaban designados, no se hallaban en la ciudad.

A fin de consolidar el triunfo revolucionario, el Gobierno partió en la mañana del 5 de enero hacia La Habana. Hicimos una escala en la ciudad de Camagüey para encontrarnos con Fidel, quien por carretera, al frente de la *Caravana de la Libertad,* avanzaba lentamente sobre la capital consolidando el triunfo popular.

Reunidos Fidel, el Che y Urrutia a bordo del avión presidencial *Guáimaro*, los dos primeros propusieron al Presidente al doctor Armando Hart Dávalos, como ministro de Educación; al comandante Luis Orlando Rodríguez, en Gobernación; al ingeniero Manuel Ray Rivero, en Obras Públicas; al comandante-auditor Humberto Sorí Marín, en Agricultura, y al doctor José Miró Cardona, como Primer Ministro. El Presidente aceptó las propuestas y estos compañeros quedaron designados.

No sin tener que sortear dificultades, el Gobierno Revolucionario quedó instalado en el Palacio Presidencial en la noche del 5 de enero. Hasta esta fecha el Consejo de Ministros, aún incompleto, contaba con trece miembros, todos hombres con nivel universitario, (ocho abogados, dos médicos, un ingeniero civil, un economista y un profesor universitario). El 61 % de los miembros del Gobierno Revolucionario éramos abogados, incluyendo al Presidente de la República y al Primer Ministro. Teníamos cuarenta y cinco años como promedio de edad. El ministro más joven era el doctor Armando Hart Dávalos, con veintiocho años; Urrutia, Miró Cardona y Agramonte, con cincuenta y ocho, cincuenta y siete y cincuenta y cinco años, respectivamente, eran los de mayor edad.

En los días posteriores el gabinete fue completado. El comandante Julio Camacho Aguilera fue designado en la Corporación Nacional de Transporte; el doctor Rufo López Fresquet, en Hacienda; el ingeniero Enrique Oltuski Ozacki, en Comunicaciones; el doctor Osvaldo Dorticós Torrado, como ministro encargado de Ponencia y

Estudio de Leyes Revolucionarias; el comandante Augusto Martínez Sánchez, en Defensa Nacional; el doctor Regino Boti León, en el Consejo Nacional de Economía, y Elena Mederos Cabañas, en Bienestar Social.

Por otro lado, varios elementos no revolucionarios fueron designados en puestos claves de la administración pública cubana. El doctor Felipe Pazos fue nombrado Presidente del Banco Nacional de Cuba, y Justo Carrillo Hernández como Presidente del Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba (BANFAIC).

El país, políticamente hablando, se sumergió en una especie de luna de miel. Salvo los batistianos comprometidos, la Revolución gozó del apoyo o las simpatías de todo el pueblo. Fidel tenía la mayor intención en profundizar y prolongar el consenso nacional, tarea nada fácil. La composición del Gobierno Revolucionario, tal y como había sido conformado, traía sosiego y seguridad a los grandes intereses económicos y políticos, de adentro y de afuera. Ello era esencial para ganar tiempo en lo que Fidel sabía era una inevitable confrontación entre la Revolución y la reacción cubana e imperialista.

Los compañeros más radicales desconfiaban de la capacidad del gabinete revolucionario de dotar al país de una legislación que transformara las caducas estructuras socioeconómicas y de poder. No faltaba razón, si se pensaba en Urrutia, Miró Cardona o Ángel Fernández, por ejemplo. La extracción social y las ideas político-filosóficas, conocidas o presumidas, de la mayoría de los miembros de aquel gabinete, despertaban grandes reservas en cuanto a su firmeza revolucionaria, incluso de algunos de los elementos que podíamos ser identificados como más progresistas. En enero de 1959, mirando desde Washington o Moscú, o desde nuestra tierra, con un prisma ideologizado, no necesariamente correcto ni justo, los miembros de aquel gobierno, podíamos ser clasificados en dos grandes grupos, con sus matices.

Conservadores:

Manuel Urrutia Lleó. Presidente de la República. Juez. Pequeñoburgués. Anticomunista confeso. Sin trayectoria revolucionaria.

José Miró Cardona. Primer Ministro. Abogado. Decano del poderoso Colegio de Abogados de La Habana. Burgués. Participó en la oposición a la dictadura, pero no tuvo militancia revolucionaria.

Rufo López Fresquet. Ministro de Hacienda. Experto en finanzas. Vicepresidente del BANFAIC durante el gobierno de Carlos Prío Socarrás. Burgués. Participó en la oposición a Batista, sin integrarse completamente al movimiento revolucionario.

Roberto Agramonte Pichardo. Ministro de Estado. Abogado. Dirigente del Partido Ortodoxo y su candidato presidencial a las elecciones de 1952. Burgués. Sin militancia revolucionaria.

Ángel Fernández Rodríguez. Ministro de Justicia. Abogado. Pequeñoburgués. Sin antecedentes revolucionarios.

Humberto Sorí Marín. Ministro de Agricultura. Abogado. Pequeñoburgués. Comandante-Auditor del Primer Frente Oriental *José Martí*.

Reformistas:

Luis Orlando Rodríguez Rodríguez. Ministro de Gobernación. Abogado. Pequeñoburgués. Político. Director del periódico *La Calle*.

Manuel Ray Rivero. Ministro de Obras Públicas. Ingeniero. Pequeñoburgués. Responsable del Movimiento de Resistencia Cívica en La Habana durante la lucha insurreccional.

Raúl Cepero Bonilla. Ministro de Comercio. Economista y periodista. Burgués. Colaboró con la Revolución.

Manuel Fernández García. Ministro de Trabajo. Anarcosindicalista.

Armando Hart Dávalos. Ministro de Educación. Abogado. Pequeñoburgués. Hijo de un prestigioso magistrado de la Audiencia de Matanzas. Sostuvo, desde posiciones antisoviéticas, una polémica ideológica con el Che Guevara en la Sierra Maestra. Coordinador Nacional del Movimiento 26 de Julio en la clandestinidad.

Julio Martínez Páez. Ministro de Salubridad y Asistencia Social. Médico afamado de selecta clientela en La Habana. Burgués. Combatiente guerrillero.

Faustino Pérez Hernández. Ministro de Recuperación de Bienes Malversados. Médico. Pequeñoburgués. Dirigente clandestino y comandante guerrillero.

Elena Mederos Cabañas. Ministra de Bienestar Social. Vicepresidenta de la *Sociedad Amigos de la República* y Directiva del *Lyceum and Lawn Tennis Club*. Burguesa.

Enrique Oltuski Ozacki. Ministro de Comunicaciones. Ingeniero graduado en los Estados Unidos. Pequeñoburgués. Coordinador del Movimiento 26 de Julio en Las Villas. Polemizó con el Che Guevara, defendiendo la aplicación en Cuba de una reforma agraria moderada.

Osvaldo Dorticós Torrado. Ministro Encargado de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias. Abogado. Pequeñoburgués. Presidente del Colegio Nacional de Abogados. Responsable del Movimiento de Resistencia Cívica en Cienfuegos durante la insurrección.

Augusto Martínez Sánchez. Ministro de Defensa Nacional. Abogado. Pequeñoburgués. Comandante-Auditor del Segundo Frente Oriental *Frank País*.

Luis M. Buch Rodríguez. Ministro de la Presidencia y Secretario del Consejo de Ministros. Abogado. Burgués. Combatiente de la clandestinidad.

Con estas características, no es de dudar que en los Estados Unidos y entre los grandes intereses económicos hubiera un clima de relativa confianza, y que los compañeros que habían proclamado la necesidad de una revolución profunda tuvieran ciertas reservas, algunas de las cuales persistirían por meses o años sobre algunos de nosotros. Por supuesto, la ejecutoria revolucionaria e integridad a toda prueba de nosotros amenguaba las dudas sobre las probables actitudes frente a la eventualidad de transformar de raíz la sociedad cubana.

Algunos queríamos una solución socialista para los males de la República. En realidad, varios éramos mucho más radicales de lo que los enemigos y algunos compañeros creían, y experimentamos, además, un vertiginoso proceso de radicalización, en la misma medida en que la Revolución fue encontrando y superando escollos y tropiezos.

Fidel Castro al Gobierno

De todas maneras, a aquel Gobierno se le confió desarrollar el programa de la Revolución. Es lamentable que, en los primeros cuarenta y cinco días, el Gobierno Revolucionario avanzó lentamente, con dificultades, aunque se sentaron las bases jurídicas e institucionales para las medidas más profundas.

Los ministros apenas podían trabajar en sus organismos, pues estaban completamente abocados en reuniones extraordinarias de carácter permanente, en las que Urrutia y Miró Cardona pugileteaban discursivamente. El Gobierno Revolucionario no funcionaba con la agilidad que se requería. Urrutia asumía posiciones torpes en el manejo de situaciones de conflicto. Miró Cardona, aspirando a sus-

tituirlo, con frecuencia imponía su retórica en las reuniones del Consejo de Ministros, en una táctica evidente de crearle una crisis y reemplazarlo.

La situación tocó fondo. Los ministros que habíamos sido dirigentes clandestinos en el Movimiento 26 de Julio: Faustino Pérez, Julio Camacho, Enrique Oltuski, Armando Hart y yo, quienes aspirábamos a una profundización rápida de la Revolución y a adoptar de inmediato medidas efectivas de interés y beneficio popular, llegamos al consenso de que Fidel debía asumir la conducción del Gobierno Revolucionario. Una madrugada de febrero de 1959, en casa de Oltuski, con la asistencia de otros dirigentes del Movimiento 26 de Julio, nos reunimos con Fidel. Logramos vencer su decisión original de no aceptar un cargo en el Gobierno.

El Comandante en Jefe Fidel Castro asume como Primer Ministro del Gobierno Revolucionario. De derecha a izquierda : Manuel Fernández, ministro de Trabajo, Alfredo Yabur, Justicia; Augusto Martínez Sánchez, Defensa Nacional; un oficial del Ejército Rebelde; Osvaldo Dorticós, Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias; Fidel Castro; un oficial del Ejército Rebelde; José Miró Cardona, ex-Primer Ministro; Armando Hart, Educación; Manuel Urrutia, Presidente de la República; Julio Camacho Aguilera; Transporte, y Luis M. Buch, Presidencia y secretario del Consejo de Ministros.

El 16 de febrero de 1959 Fidel juró como nuevo Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en sustitución del doctor José Miró Cardona. Fidel comenzó a presidir las reuniones del Consejo de Minis-

tros y dirigir la política del Gobierno. Urrutia, como máxima autoridad del Estado, sancionaba las leyes acordadas por el Consejo de Ministros. A Fidel se le concedió licencia como Comandante en Jefe de las Fuerzas de Mar, Aire y Tierra de la República, siendo sustituido por el comandante Raúl Castro. La asunción de Fidel al premierato no significó en modo alguno la reestructuración del Consejo de Ministros. Todos fuimos ratificados en nuestros cargos, con la apelación a trabajar decididamente por cumplir el programa de la Revolución.

El ministro de Justicia, doctor Ángel Fernández, renunció el 17 de febrero, ya que al no presidir ni estar presente Urrutia en las reuniones del Consejo de Ministros, quedó absolutamente aislado en el gabinete, pues tan sólo era amigo del Presidente. El doctor Alfredo Yabur Maluf lo sustituyó.

Con las incorporaciones posteriores al 5 de enero y los primeros cambios efectuados, la composición del Consejo de Ministros varió. El promedio de edad se redujo a treinta y ocho años de edad. Ingresó la primera mujer y dos de los miembros, tenían nivel medio; pero de los veinte integrantes del Gobierno Revolucionario, once eran abogados graduados en la Universidad de La Habana, o sea, el 55 % de los miembros. Aún no habíamos dejado de ser un gobierno de abogados.

Con la asunción de Fidel, se produjo un vuelco total en el funcionamiento del Consejo de Ministros. Se suprimió el cobro de los gastos de representación a que teníamos derecho y se dejó reducidos nuestros salarios a la mitad. Se eliminó la Renta Nacional de la Lotería y se creó el Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda (INAV), para dotar a los cubanos de casas confortables y baratas. Se confiscó todos los bienes que integraban el patrimonio de Batista y de senadores, representantes, gobernadores y otros políticos y colaboradores de la tiranía. Se produjo la primera intervención de una empresa extranjera: la *Cuban Telephone Company,* y se restituyó las tarifas a las que había hasta el 13 de marzo de 1957, cuando con una maniobra de enriquecimiento, las aumentaron. Se rebajó los alquileres de la vivienda. Se prohibió la cesantía de los funcionarios y empleados del Estado, y adoptamos otras muchas medidas de beneficio popular.

El ecuador de la Revolución Cubana

Pero la legislación que revolucionó a Cuba y produjo la ruptura en la luna de miel fue la Ley de Reforma Agraria, acordada en la Sierra

Maestra el 17 de mayo de 1959, tras el regreso de Fidel de su viaje por los Estados Unidos y América Latina. Esta ley marcó el ecuador para el antes y el después político en la Revolución Cubana.

Inteligente y pacientemente, venciendo muchas dificultades, desde el mismo día del triunfo, Fidel preparó al país para asimilar la ley que transformó las bases sociales y económicas de Cuba. Comprometió con la medida a todos los grupos políticos, a la prensa, a los grandes, medianos y pequeños sectores privados, y a todo el pueblo. La ley se preparó discretamente, por una comisión presidida por Fidel, y fue aprobada por el Consejo de Ministros, no sin la moderada discordancia del ministro de Agricultura, comandante Humberto Sorí Marín, aliado de los sectores latifundistas afectados.

La firma de la Ley de Reforma Agraria (17 de mayo de 1959) marca el punto inicial de ruptura entre reformistas-conservadores y revolucionarios dentro de la Revolución Cubana. Sentados, firmando la Ley de la Reforma Agraria: Augusto Martínez Sánchez, ministro de Defensa Nacional; Manuel Urrutia, Presidente de la República; Fidel Castro, Primer Ministro y Julio Martínez Páez, Salubridad y Asistencia Social. Detrás, de pie: Raúl Cepero Bonilla, Economía; Roberto Agramonte, Estado; comandante René Vallejo, y Luis Orlando Rodríguez, Gobernación.

Coincidiendo prácticamente con la promulgación de la Ley de Reforma Agraria, se produjo la primera gran crisis del gabinete revolucionario, el 11 de junio de 1959. Ocurrió a iniciativa de Fidel, básicamente por razones técnicas. Ese día fueron sustituidos los ministros de Agricultura, Humberto Sorí Marín; Gobernación, Luis

Orlando Rodríguez; Salubridad y Asistencia Social, Julio Martínez Páez, y Elena Mederos Casañas, de Bienestar Social. Fueron reemplazados, en el mismo orden, por el comandante Pedro Miret Prieto, José Alberto Naranjo Morales, Serafín Ruiz de Zárate Ruiz y Raquel Pérez González.

En el mes de julio, cuando se produjo el relevo presidencial, quedó integrado el Gobierno Revolucionario más joven de nuestra historia, con treinta y cuatro años de edad como promedio. El canciller, doctor Raúl Roa García, sería el de mayor edad, con cincuenta y tres años. El número de abogados se redujo a nueve, y aumentaron los que no habían cursado la Universidad, lo que trajo una democratización en la composición del Consejo de Ministros. La crisis de junio supuso una inyección de verticalidad revolucionaria en el Gobierno y también la integración al Gobierno Revolucionario de un miembro de una organización revolucionaria distinta al Movimiento 26 de Julio: *Pepín* Naranjo, miembro del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Pero su integración al Gobierno Revolucionario no fue en condición de miembro de esa organización, sino como individuo, siguiendo el postulado de no convertir al Gobierno Revolucionario en fuente de apetencias partidaristas. En los próximos meses, se integrarían al Gobierno otros compañeros que habían militado o luchado contra la dictadura en diferentes organizaciones. Pero lo hicieron como revolucionarios.

Para junio de 1959, Fidel acariciaba y avanzaba en la concertación en torno a la idea de vertebrar una nueva organización revolucionaria, en la que cupiesen quienes estábamos interesados en una revolución social profunda, con independencia de la organización a la que nos afiliamos cada uno para luchar contra Batista. Esa función aglutinadora de Fidel, sin embargo, tuvo que vencer muchos contratiempos, el principal: los sectarismos.

Traición de Pedro Luis Díaz Lanz

Tras la crisis colectiva de junio, en la que no hubo, aparentemente, una causa ideológica, se produjo la deserción y traición del primer alto jefe militar de la Revolución. El 30 de junio de 1959, el comandante Pedro Luis Díaz Lanz, esgrimiendo como arma el fantasma del comunismo, "presentó" su *renuncia* como jefe de la Fuerza Aérea Rebelde al Presidente de la República y huyó a los Estados Unidos.

Había ocurrido, que dados sus importantes servicios a la lucha revolucionaria en los frentes orientales, llevando provisiones, armamento y personas, al triunfar la Revolución, el piloto Pedro Luis Díaz Lanz fue nombrado jefe de la Fuerza Aérea Rebelde. Transcurridos varios meses, se acumuló quejas y denuncias contra su actuación, lo que determinó que se le realizara una investigación. Díaz Lanz había sido incapaz de organizar el cuerpo de aviación adecuadamente, no habiendo logrado vertebrar una política correcta para la preparación y formación de pilotos y para la conservación y puesta en disposición combativa de la técnica militar. Además, se le probó cargos de nepotismo y corrupción.

De la noche a la mañana, Díaz Lanz hizo "comandantes" a su padre y a su hermano (este último acusado de traición durante el exilio), y los situó, junto a otros parientes y amigos, en encumbrados y provechosos puestos de mando dentro de la Fuerza Aérea Rebelde. A una veintena de pilotos de la tiranía, sin aval revolucionario alguno, Díaz Lanz los mantuvo en servicio, pilotando aviones de combate, justo cuando se habían desatado ya las primeras conspiraciones contrarrevolucionarias de elementos batistianos, que involucraban a oficiales y clases de las antiguas Fuerzas Armadas aún en servicio en el Ejército Rebelde. Ello originó la protesta y denuncia de veteranos combatientes de la guerrilla y experimentados pilotos que se opusieron a la dictadura, quienes se sentían subestimados o humillados.

Con conocimiento de las diversas operaciones corruptas en las que estaba involucrado, y aprovechando su baja transitoria del mando por enfermedad, Fidel sustituyó a Díaz Lanz, nombrando al comandante Juan Almeida Bosque para el cargo. Ello en un marco de discreción, en evitación de un escándalo que desacreditara a Díaz Lanz y empañara la imagen del Ejército Rebelde. El comandante Almeida inició una profunda depuración y corrección de la política de mando en la Fuerza Aérea Rebelde.

Díaz Lanz organizó una maniobra extraña e inusual . En una clara provocación a la dirección revolucionaria, invitó a la prensa para que asistiera a lo que él pretendía fuera el acto de reasumir el cargo, lo que no era viable pues se le había sustituido, quedando subordinado al comandante Almeida. Con conocimiento de su actitud, Fidel lo citó en su residencia de la calle 11, en El Vedado, y le pidió explicaciones. Díaz Lanz se excusó y alegó sentirse desconocido y preterido. Tras escucharlo, Fidel le imputó su conducta irresponsable, señalándole que había escogido un camino que, de no rectificar, lo conduciría a posiciones próximas a las de *La Rosa Blanca*, la organización

contrarrevolucionaria que ya en esos momentos atacaba sin piedad a la Revolución. Le ordenó aguardar en su casa hasta que se le asignara nuevas funciones dentro del Ejército Rebelde. Díaz Lanz se retiró para el apartamento que tenía alquilado, resuelto a romper con la Revolución. Su conducta con la prensa no había sido más que una provocación.

Con fecha 29 de junio, Díaz Lanz preparó una carta dirigida al Presidente Urrutia, en la que le comunicaba su *renuncia irrevocable* como jefe de la Fuerza Aérea. En dos párrafos se quejaba de haber sido *maltratado*, por haber sido subordinado al comandante Juan Almeida. Luego fue al fondo, alegando que su autoridad había sido anulada, *única y exclusivamente a que siempre me he manifestado contrario a la actitud que permite a los comunistas ocupar posiciones prominentes dentro del Ejército Rebelde y dentro de las dependencias del Gobierno*. (...) *Además todos sabemos bien, Señor Presidente, quiénes son, dónde están y qué fin persiguen.*[1]

Díaz Lanz dio la carta a un propio con instrucciones precisas de entregarla en el Palacio Presidencial al día siguiente. A las cuatro de la madrugada del 30 de junio hizo llegar su carta a las agencias cablegráficas, y después que éstas la habían difundido, fue entregada en el Palacio Presidencial. Subrepticiamente, Díaz Lanz, aún comandante del Ejército Rebelde, desapareció. Se fugó a los Estados Unidos, convirtiéndose en desertor. El 9 de julio reapareció públicamente en Miami. Lo llevaron a Washington, y el día 10 debutó en calidad de testigo en una sesión del Subcomité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos,[2] donde proporcionó información militar sensible y arremetió contra la llamada *infiltración comunista* dentro del Ejército Rebelde y el Gobierno Revolucionario. El desertor se transformó en traidor.

Crisis con el Presidente de la República

Conocida la traición, Fidel explicó el caso ante la prensa. Valoró que Díaz Lanz, por haber dado muestras inequívocas de incapacidad in-

1 Periódico *Revolución*, 1 de julio de 1959.

2 Cuando Cuba denunció el hecho, Díaz Lanz fue invitado a una segunda sesión a puertas cerradas. Para exponer a la opinión pública la situación de la "infiltración comunista" se le recibió por tercera vez, en sesión pública. El senador por el estado de Mississippi, James Eastland, racista opuesto a los derechos civiles de los negros y los latinos en el sur de los Estados Unidos, presidía el Subcomité.

telectual, no podía hacer una carta *tan sutilmente malvada*. Expresó su convicción de que actuaba al servicio de determinados intereses y de que su conducta no era el resultado de una reacción espontánea, sino de un plan. Hubo unanimidad nacional en calificar a Díaz Lanz como traidor. Curiosamente, el Presidente Manuel Urrutia, a quien iba dirigida la carta de "renuncia", declaró a la prensa:

— *Nadie con más autoridad que nosotros* (yo) *puede negar las calumniosas manifestaciones contenidas en la renuncia de Díaz Lanz, ya que son bien conocidas mis declaraciones rechazando de un modo absoluto la ideología comunista*.[3]

Muy pronto la crisis política llegó al mismo Palacio Presidencial, girando en torno al fantasma comunista. El Presidente Urrutia creó una situación de ruptura dentro del Gobierno Revolucionario. Su falta de tacto y olfato políticos creó no pocas situaciones negativas, algunas de ellas imperdonables para la elevada responsabilidad de su cargo de Presidente.

Así fue desde el primer día, cuando se aprestaba a jurar como Presidente Provisional en el Ayuntamiento de la ciudad de Santiago de Cuba. Como norma, los mandatarios y funcionarios de la República juraban sus cargos invocando la ayuda de Dios. Urrutia se opuso a incluir en su juramento la frase *Así Dios me ayude*. Esto originó que se sacara provecho de la omisión, para que los Estados Unidos y ciertos sectores sociales y católicos cubanos acusaran a la Revolución y a Fidel de tener actitudes antirreligiosas, cuando la responsabilidad recaía solamente sobre Urrutia.

Esto sería tan sólo el primer episodio de una larga cadena de equívocos políticos. Urrutia mantendría una actitud intransigente contra los juegos en los casinos, sin que le importara la suerte de miles de empleados, y en el tema de los salvoconductos a los batistianos que fueron regresados a Cuba por desperfectos técnicos del avión que los llevaba a Chile, y a los que, vulnerando el Derecho Internacional Público, pretendía detener y juzgar bajo el supuesto de que ya habían abandonado el territorio nacional y de que al reingresar perdían su condición de asilados. Estos radicalismos absurdos contrastaban con muchas otras posiciones, conservadoras u oportunistas.

Pese a que los ministros acordamos rebajarnos a la mitad nuestro salario, Urrutia se opuso a disminuir el suyo, que era una herencia batistiana. Urrutia había, incluso, pretendido renunciar a su cargo simplemente porque en la solución de la crisis de la refinería *Shell*,

3 Periódico *Sierra Maestra*, 1 de julio de 1959.

poco antes de asumir como Primer Ministro, Fidel criticó a los que tomaban decisiones desde sus cómodos despachos de gobierno, sin tomar contacto con la realidad del país. Esta cuestión de criticar nuestros equívocos no debió sorprenderle, porque era una determinación anunciada por Fidel desde los días de la lucha: él no formaría parte del Gobierno, sino que estaría con el pueblo, fiscalizando la marcha de la Revolución.

Pero la situación se hizo verdaderamente conflictiva a partir de mayo de 1959, cuando las torpezas fueron derivando hacia actitudes políticamente dañinas a la Revolución.

El argumento más extendido y usado de la reacción de los Estados Unidos contra los revolucionarios y rebeldes del continente en el siglo XX ha sido el de colgarles el "sambenito" de comunistas. Fabricaron por años una dañina cultura anticomunista, sonadamente exitosa. El comunismo fue convertido en un propósito aberrado e incivilizado.

Muchos políticos que estaban alejados de las ideas socialistas por abismos ideológicos insalvables fueron destruidos políticamente, acusándoseles de comunistas. Por supuesto, con la Revolución Cubana rápidamente acudieron a la práctica de etiquetar como comunistas a los elementos que consideraban más radicales y peligrosos. Desde bien temprano, se inició la maniobra. Al producirse la destitución del jefe de la Fuerza Aérea Rebelde y su posterior deserción a los Estados Unidos, lo usaron para multiplicar las acusaciones de proclividad comunista de la Revolución. Ello ocurrió, sospechosamente, después de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria.

La prensa norteamericana comenzó a significar a los comandantes Raúl Castro y Ernesto *Che* Guevara como comunistas. Pronto iniciaron la especulación acerca de la penetración e influencia de los comunistas del Partido Socialista Popular en la Revolución. Ciertamente, militantes del Partido Socialista Popular estaban integrados a la Revolución, tanto en la vida militar como en la civil, y elementos de conocida formación marxista, especialmente el Che y Raúl, eran dirigentes de primer orden, ocupando posiciones claves, aunque aún no formaban parte del Gobierno Revolucionario. Por demás, eran de los líderes históricos de la Revolución.

Los comunistas lucharon contra la dictadura y, aunque no llegaron a adoptar una línea insurreccional hasta el último segmento de la lucha, algunos de sus militantes y unos pocos cuadros se sumaron a mediados de la campaña guerrillera, a título individual, primero, y

por orientaciones del Partido, después. Pero estaban muy lejos de ser los grandes protagonistas de la Revolución. De hecho, políticamente estaban aislados; no obstante, hubiese sido un grave error excluirlos y, peor, combatirlos. Eso, además de hacerle el juego a los enemigos, hubiese significado mermar y debilitar la unidad de las fuerzas revolucionarias. El Partido Socialista Popular (PSP) era la organización revolucionaria de mayor trayectoria y tradición política, cohesión ideológica y relativamente más preparación y disciplina partidista de sus cuadros y militantes.

¿Por qué intentaron los elementos más conservadores aislar, combatir y alejar de la Revolución a los militantes comunistas y al PSP? ¿Por qué acusar de *comunistas* a compañeros del Movimiento 26 de Julio que no militaban en aquel partido? Con razón o sin ella, el fantasma de la infiltración comunista fue la carta principal del plan subversivo de la contrarrevolución *Made in USA*. El fin ultimo de la campaña no eran los hombres en particular, sino la Revolución misma.

Era perfectamente lógico y esperado que el consenso en torno a la Revolución durara justamente hasta cuando se adoptara las leyes de reforma profunda del sistema. Si estas leyes no se promulgaban, carecía de sentido hablar de revolución en Cuba. De ahí nacía la concepción de la inevitabilidad de la ruptura política entre y dentro de las fuerzas que habían luchado contra Batista. Fidel quiso extender lo más posible la unidad, mientras preparaba al país para la otra ruptura y el enfrentamiento inevitable: con los Estados Unidos. Pero era totalmente previsible cómo quedaría configurado el mapa tras las primeras medidas de reforma profunda del sistema: en contra de los cambios, la burguesía y la derecha política, los conservadores; a favor, los sectores humildes y la izquierda, los revolucionarios; vacilantes, las clases medias, los profesionales, los reformistas.

A lo largo de 1959, dentro de la Revolución no faltaron los que le hicieron el juego al enemigo, azuzando con aquel argumento, practicando un sectarismo de derecha, macartista en su esencia, políticamente contrarrevolucionario en sus proyecciones y en sus resultados. Los comunistas fueron las primeras víctimas.

El anticomunista Manuel Urrutia Lleó

El Presidente Urrutia, carente del sentido político de su responsabilidad, hizo coro a las acusaciones extranjeras contra la Revolución. En vez de ripostar, Urrutia comenzó una agresiva escalada pública de

carácter anticomunista. Las motivaciones del Presidente eran ideológicas. Con su conducta, avivaba los ataques contra la Revolución y ponía en peligro la unidad de los revolucionarios.

Sus continuados pronunciamientos anticomunistas y ciertas actitudes esquivas, extrañas en el desempeño de sus responsabilidades, nos puso en guardia frente a una eventualidad.

En más de una ocasión Urrutia había planteado la posibilidad de renunciar. A raíz de la crisis de gobierno del 11 de junio, Urrutia nos sorprendió pidiendo una licencia por varias semanas, pese a saber perfectamente que no estaba previsto constitucionalmente su reemplazo con la figura de un vicepresidente. En la Revolución, ¿licencia al Presidente de la República? Inmediatamente después de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria, el Presidente comenzó a retrasar la firma de las leyes acordadas en el Consejo de Ministros, algunas de las cuales eran de un alto valor político, creando una situación de tirantez y desconfianza.

Personalmente, nuestras relaciones se habían enfriado, reduciéndose a lo meramente oficial. Ocurrió, incluso, que poco antes de iniciar una reunión, Urrutia le pidió a Fidel que me sustituyera como secretario del Consejo de Ministros. Fidel se limitó a comunicarle al Consejo la petición del Presidente, y me ratificó en la responsabilidad, pidiéndome iniciar la sesión.

La ingenuidad e irresponsabilidad políticas de Urrutia nos tenía preocupados; estábamos expuestos a que cualquier día el Presidente decidiera renunciar o tomarse una licencia, dejando acéfalo al Estado, en momentos en que ya se habían desatado los ataques estadounidenses contra la Revolución. Por otra parte, no podíamos eliminar la posibilidad de que su rabia anticomunista lo llevara a una ruptura desembozada con la Revolución. La deserción y traición de Díaz Lanz nos habían sorprendido, pero hubiese sido imperdonable una segunda sorpresa, y menos en la figura del Presidente de la República.

Por añadidura, los motivos de preocupación con Urrutia, hombre recto y honesto, también eran de índole ética. En momentos en que la Revolución les pedía todo tipo de sacrificios a los trabajadores y al pueblo, apelando a su capacidad de desprendimiento, solidaridad y entrega, Urrutia se negó a rebajarse el salario, como en febrero acordamos hacer los ministros. Siguió cobrando los diez mil pesos mensuales que en su momento Fulgencio Batista fijó como salario del Presidente de la República.

El doctor Manuel Urrutia cobraba entonces una buena pensión como magistrado jubilado. Con tales ingresos —salario y pensión—,

se compró una residencia en el exclusivo reparto Biltmore, en medio centenar de miles de pesos. Los diarios capitalinos *Times of Havana* y *El Avance* dieron cuenta del hecho, dando origen a variados comentarios, desfavorables para la imagen del Presidente. Urrutia reaccionó bruscamente, presentando una querella criminal ante la Audiencia de La Habana contra los periodistas, Charles Todd y Bernardo Viera, lo que multiplicó la atención nacional sobre sí.

Había más, el Presidente de la Caja del Retiro de Comercio, señor Díaz Roca, fue arrestado y destituido del cargo cuando el investigador designado por el comandante Camilo Cienfuegos comprobó que las quejas por corrupción que se hacían contra él eran ciertas. Sin embargo, Urrutia pretendió designarlo en una nueva función directiva. Esto provocó la indignación de Fidel.

Con todos estos antecedentes, algunos de los cuales ya eran del dominio público, la cohabitación política de Fidel con Urrutia se hizo bien difícil. El 12 de julio de 1959 la crisis se desencadenó.

El Presidente de la República hace las maletas

El doctor Carlos Olivares Sánchez, nombrado por Urrutia como letrado asesor de la Presidencia, hombre de su confianza y amigo personal, fue escogido para representarlo en la querella criminal. Olivares, combatiente del Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba, a partir de que se produjeron las primeras dificultades con el Presidente nos mantenía al tanto de las actitudes de Urrutia.

El 11 de julio el doctor Olivares notó movimientos extraños en torno al Presidente. Con el pretexto de ratificar la querella criminal interpuesta ante la Audiencia de La Habana, en horas de la noche Olivares subió a las dependencias presidenciales. Quedó asombrado de la febril actividad que allí había. Estaban haciendo maletas y paquetes. Incluso Esperanza Llaguno, la esposa, le preguntó a Urrutia si extraía o no el título de abogado del cuadro que colgaba de la pared y lo enrollaba. Esta indiscreción disgustó a Urrutia, quien le contestó a la esposa que más tarde decidiría.

Olivares y Urrutia quedaron solos. Urrutia justificó la situación como una medida preventiva frente a la eventualidad de ser destituido o víctima de un golpe militar de los comunistas. ¿Qué tenía en mente el Presidente? ¿Huir? ¿A dónde? ¿Renunciar? ¿Con qué argumento? ¿Atacar? ¿A quién? ¿Por qué?

Lo obvio era que Urrutia sabía que podía ser blanco de ataque. Sus declaraciones anticomunistas tenían por blanco indirecto a los dos dirigentes revolucionarios más próximos a Fidel, y de forma directa a una de las organizaciones que respaldaban a la Revolución. Debía ser consciente de que su actitud provocaría una reacción. Lo que ignoraba era de qué manera se iba a producir.

Su posición era débil en extremo. Era Presidente de la República por iniciativa, con el respaldo y el apoyo del Movimiento 26 de Julio. Era una figura incolora e insípida políticamente, sin puntos de apoyo dentro del concierto político cubano. Su voto particular de 1957 como magistrado de la Audiencia de Santiago de Cuba era su único mérito. En la lucha contra Batista no actuó precisamente como un revolucionario, aunque cooperó. Se le ofreció el cargo a fines de 1957 como alternativa a la pretensión de los políticos de oficio de aupar la Presidencia Provisional. Urrutia dependía exclusivamente del respaldo del Movimiento 26 de Julio, y no faltaban, dentro y fuera de la Revolución, quienes querían reemplazarle.

Informado Fidel

Lo que observó Olivares en la residencia del Presidente fue el fulminante para la crisis. En la madrugada del 13 de julio fue a mi casa acompañado por José Homero Quevedo Peralta; querían comunicarme la anormalidad reinante en el Palacio Presidencial. No quisimos interrumpir el poco descanso que se permitía Fidel. Siguiendo mis instrucciones, Olivares y Quevedo se retiraron. Localicé al doctor Osvaldo Dorticós en su residencia en Cienfuegos y le pedí que viniera a La Habana,ya que se estaba complicando la situación.

¿Por qué a Dorticós? Sus obligaciones ministeriales en la ponencia y los estudios legislativos lo obligaban a concurrir casi diariamente y permanecer prolongadamente en la Secretaría del Consejo de Ministros. Esta circunstancia fue la que posibilitó, cuando surgieron las primeras dificultades con el Presidente Urrutia, que se le planteara la necesidad de servir de enlace entre Fidel y yo. Era natural que el líder de la Revolución y Primer Ministro conociera de primera mano lo que acontecía en el Palacio Presidencial, especialmente a partir de que comenzaron a suscitarse situaciones conflictivas con Urrutia. Como la situación podía agravarse y ser extraordinariamente delicada desde el punto de vista político, Fidel me planteó que debíamos establecer contacto de forma discreta y propuso que fuera

Osvaldo Dorticós el enlace, pues dada su condición de ministro encargado de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias, se vería como algo totalmente natural que Dorticós despachara frecuentemente con el secretario del Consejo de Ministros.

Al amanecer llegó Carlos Olivares, y más tarde lo hizo Dorticós. Al poco rato me comuniqué con Celia Sánchez, pidiéndole hablar con Fidel, al que trasladé, a grandes rasgos, la situación creada. Me dio indicaciones de encontrarnos con él. A la salida del túnel de la bahía nos estaba esperando su escolta, que nos condujo hasta La Habana del Este, ambicioso plan de viviendas iniciada por la Revolución, al frente del cual se hallaba la incansable *Pastorita* Núñez. Allí estaba Fidel, quien asistía a una asamblea de capataces de la construcción. Fidel recorrió las obras e intercambió impresiones sobre diversos aspectos técnicos. Su presencia atrajo la atención de los trabajadores, quienes se congregaron en torno suyo. Como en aquellas circunstancias no era posible conversar un asunto tan delicado, Fidel dispuso que su escolta se dirigiera hacia Cojímar, mientras en mi auto, por la Vía Blanca, marchamos rumbo a Jaruco. Dorticós y Olivares se sentaron detrás. Fidel y yo, quien iba conduciendo, lo hicimos delante. Íbamos sin prisa, lo que posibilitó el que antes de llegar a Jaruco ya Olivares le hubiese explicado la situación observada y la conversación tenida con Urrutia, e hiciéramos un repaso de las desavenencias con el Presidente y de sus torpezas. Se llegó al convencimiento de que se estaba llegando a un punto sin retorno.

Fidel no dijo cómo pensaba proceder frente a la situación creada con Urrutia. Sólo adelantó que no se podía recurrir a la técnica del golpe de Estado ni a ninguna medida de fuerza. La Revolución debía ser defendida con inteligencia, sin derrocar al Presidente.

Cuando llegamos a Jaruco, Fidel me dio orden de regresar, tomando en dirección a Cojímar, donde nos esperaba Celia Sánchez. También estaba el periodista Luis Conte Agüero, quien la semana anterior había entrevistado al Presidente para la *CMQ-TV*, aprovechando éste para formular duras declaraciones anticomunistas. A Conte Agüero, hombre mañoso y de experiencia política, no se le escapaba que la pretensión de Urrutia de repetir cada semana su encuentro frente a las cámaras, podía ser peligroso por la índole de las declaraciones del Presidente de la República. Al día siguiente volverían a conversar y Conte Agüero quería saber la opinión del Jefe de la Revolución.

Sin embargo, a Fidel le disgustó su presencia. Con mucho tacto, se deshizo de él, y le ordenó a Olivares volver al Palacio Presiden-

cial, atento a cualquier contingencia. Permanecimos en Cojímar varias horas. Después de las tres de la tarde, por orden de Fidel, Celia citó al comandante Raúl Castro para el parque de diversiones *Coney Island*, al final de la Quinta Avenida en Miramar.

Partimos en mi auto. Celia se sentó entre Fidel y yo. Dorticós iba en el asiento de atrás. Estando ya en el *Coney Island* llegó Raúl. Fidel se disgustó porque Raúl fue acompañado de varios compañeros en distintos autos. Raúl despachó a todos, menos al comandante Augusto Martínez Sánchez, ministro de Defensa Nacional, y al chofer de su *jeep*. Dorticós, Celia y yo bajamos del automóvil para permitir que intercambiaran opiniones. Pasaron unos minutos. Fidel nos llamó y nos planteó que debíamos trasladarnos a la casa del doctor José Miró Cardona. Fidel quería intercambiar con él. Volvimos al vehículo y partimos. Raúl lo hizo en su *jeep*.

Encontramos a Miró en su casa. Se sorprendió. Pese a que comenzaba a caer una fina llovizna, Fidel prefirió tomarse en el jardín el café que se nos brindó. Al cabo, Raúl y Augusto se marcharon. Pasamos al interior de la casa. Por indicaciones de Fidel, Celia y yo quedamos hablando con Ernestina, esposa de Miró, mientras ellos dos y Dorticós conversaban en la biblioteca.

Transcurrida la entrevista, salieron. Nos despedimos e iniciamos el camino de regreso. Fidel quiso disculparse con Celia y conmigo por no habernos invitado a la conversación. Le dijimos que comprendíamos sus razones y que no era necesario que lo hiciera.

Ignoro los términos en que hablaron. Evidentemente, Miró fue impuesto de la inminencia de una crisis constitucional. En una ocasión posterior, antes del 17 de julio, Miró Cardona se comunicó conmigo y me dijo que si él era designado Presidente yo seguiría como ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros, de lo que inferí que se le había ofrecido la Presidencia de la República en caso de que Urrutia renunciara.

Al día siguiente, lunes 13 de julio, al mediodía, el periodista Conte Agüero entrevistó en vivo para la *CMQ-TV* al Presidente Urrutia. Al abordar el asunto de la deserción del comandante Pedro Luis Díaz Lanz y sus posteriores declaraciones contrarrevolucionarias ante un Subcomité del Senado de los Estados Unidos, inexplicablemente el Presidente no desmintió las acusaciones sobre presuntas infiltraciones comunistas en el Gobierno Revolucionario, lo que servía precisamente para la campaña de ataque a la Revolución. Urrutia se limitó a reprocharle que las declaraciones las hiciera en el extranjero y no en

Cuba, subrayando que no era lo mismo que tales acusaciones las hiciera Díaz Lanz a que procedieran del Presidente de la República. Acto seguido la emprendió contra los comunistas cubanos.

Dentro y fuera de Cuba sus declaraciones tuvieron gran resonancia. El "sambenito" comunista, mampara para justificar la oposición a la Ley de Reforma Agraria, era el arma de ataque de la contrarrevolución, y era el propio Presidente de la República quien hacía declaraciones de este tipo:

— *Creo que los comunistas hacen un daño terrible a Cuba y declaro aquí, con plena responsabilidad, que quieren crear un segundo frente a la Revolución. Por eso he dicho siempre que rechazo el apoyo de los comunistas y creo que los verdaderos revolucionarios cubanos deben rechazarlo abiertamente también.*

Rápidamente los sectores reaccionarios cubanos salieron en apoyo de las formulaciones del Presidente. El periódico *El Mundo* dijo en su edición del 15 de julio que Urrutia se había expresado *con energía y sin remilgos respecto a la infiltración comunista en Cuba*, y la respaldó enfáticamente.[4]

¿Era consciente Urrutia de que sus declaraciones públicas creaban una situación comprometida para Fidel en su doble calidad de Primer Ministro y jefe del Movimiento Revolucionario? ¡Completamente! Obraba obedeciendo a un plan. Él le había pedido a Conte Agüero repetir cada semana la entrevista, mostrando vivo interés en volver sobre el tema de la infiltración comunista. Urrutia estaba empeñado en separar de la Revolución no sólo a los miembros del Partido Socialista Popular, sino a aquellos miembros del Movimiento 26 de Julio a los que consideraba comunistas, especialmente al Che. Esto último no podía hacerlo de forma abierta, proclamada. El primer paso sería combatir al Partido Socialista Popular.

Un primer indicio de la resolución del Presidente contra los "comunistas" del Movimiento 26 de Julio aconteció en el mes de febrero de 1959 en torno a las acusaciones contra el gobernador militar de Las Villas, comandante Calixto Morales. Urrutia intentó chantajear a Camilo Cienfuegos, jefe del Ejército Rebelde, con renunciar si Calixto Morales no era separado de su cargo por ser *comunista*, y lo logró.

Urrutia actuaba deliberadamente. En su entrevista con Luis Conte Agüero dijo que sus declaraciones estaban formuladas *con plena responsabilidad*. Años después, en un libro en el que pretendía acusar a

4 Editorial "Urrutia y el Comunismo". Periódico *El Mundo*, 15 de julio de 1959.

Fidel de ser un falso comunista y a la Revolución Cubana de no ser una verdadera obra socialista, Urrutia confesó:

— Ya estaba planteada la contienda. Yo había comprometido prácticamente a Castro (...) a rechazar al comunismo.[5]

Por supuesto, se había llegado a un punto sin retorno. El Presidente, carente del favor popular y sin punto de apoyo alguno dentro del Ejército Rebelde o de las fuerzas políticas aún con vigencia, había forzado la crisis. ¿Creyó seriamente que podía comprometer a Fidel en su provocación? De la conducta del Presidente Urrutia en este asunto aún quedan varias interrogantes. Él confesaría:

— En mayo de 1959, dos meses antes de mi salida del Gobierno, llegó a mí un rumor alarmante. Se hablaba de infiltración comunista en nuestra Revolución. Por eso tomé partido sin demora, contra el gran peligro que se cernía sobre Cuba.[6]

¿Quién le suministró el rumor? ¿Es tan irresponsable el Presidente de la República que inicia una campaña pública para comprometer al líder de la Revolución y Primer Ministro, con quien no ha discutido el asunto, porque le ha llegado un *rumor*?:

Tomó *partido sin demora*, ¿con quién?: ¿Con los Estados Unidos? ¿Con los afectados por la Ley de Reforma Agraria? ¿Con quién dentro de la Revolución? No tengo la menor duda de que el *rumor* le llegó por medio de la misma persona con quien tomó partido en la cruzada anticomunista: el comandante Hubert Matos Benítez. Ambos estaban en un franco proceso de concertación política.

Sin conocerse previamente, después del triunfo de la Revolución el comandante Hubert Matos y el Presidente Urrutia establecieron nexos especiales. Tras la firma de la Ley de Reforma Agraria sus encuentros se incrementaron de forma impresionante. Por aquellos días, en reiteradas oportunidades el comandante Hubert Matos visitó a Urrutia en el Palacio Presidencial. Incluso, lo invitó a Camagüey el 8 de junio, Día del Abogado, oportunidad que ambos aprovecharon para realizar profundas y abiertas manifestaciones contra los comunistas. Sospechosamente, horas antes de que ocurriera el *affaire* de Díaz Lanz, el comandante Hubert Matos se entrevistó, en el apartamento que ocupaba, con el ex-jefe de la Fuerza Aérea Rebelde. Díaz Lanz "renuncia", alegando infiltración comunista, enviando la carta al Presidente, quien aprovecha para "levantar la parada", vanagloriándose de su *curriculum* anticomunista.

5 Manuel Urrutia Lleó, *Democracia falsa y falso socialismo. Pre-castrismo y castrismo*. Vega Publishing Company, Inc., New Jersey, U.S.A., 1975, p. 96.

6 *Ibidem*.

La derecha de la Revolución intentaba ya determinar la dirección y el alcance del proceso. La confrontación derecha-izquierda estaba planteada en la actitud del Presidente Urrutia. Cuando, en medio de su autoconfesada provocación, hizo las maletas, aprestado para cualquier contingencia, abrió fuego.

Fidel no iba dejar que se reeditara la sorpresa de Díaz Lanz, quien lanzó una provocación, hizo las maletas, "renunció" y desertó, para desde el extranjero proceder, en contubernio con los intereses afectados y los enemigos de la Revolución Cubana, a atacar enfundado en el anticomunismo más visceral.

Renuncia del Primer Ministro

¿Podía Fidel resolver rápida y definitivamente el conflicto con el Presidente? Quizá nunca antes se hubiese dado tan desproporcionadamente la correlación de fuerzas físicas y espirituales entre dos gobernantes. Fidel contaba con el mando supremo de todas las fuerzas militares del país, formal y realmente, porque las había construido de la nada, en el fragor de la lucha; contaba, además, con el respaldo absoluto de la organización fundamental dentro de las fuerzas revolucionarias cubanas: el Movimiento 26 de Julio, contaba con la adhesión de las demás organizaciones revolucionarias y políticas del país, y con lo más importante: con el apoyo irrestricto del pueblo. En cambio Urrutia, en la eventualidad de un enfrentamiento político o militar, no contaba con el respaldo de nadie, salvo de sus pocos amigos y parientes. Había surgido de la mano del Movimiento 26 de Julio. Por demás, tenía fama de ser un Presidente torpe, sin brillo ni aptitudes políticas. Todo lo contrario de Fidel, que era un torbellino político, que magnetizaba la atención de cualquier auditorio durante horas.

El recurso de la fuerza hubiese resuelto el problema en minutos. Bastaba, por ejemplo, que Armando Hart y yo, que en 1957 le habíamos propuesto a Urrutia la Presidencia, nos personáramos en su despacho y le exigiéramos la renuncia en nombre del Movimiento 26 de Julio. Urrutia no hubiese tenido alternativa. Para resolver la crisis bastaba con enviar la orden a la guarnición del Palacio Presidencial de arrestarlo o desalojarlo. Los combatientes no hubiesen dudado un minuto. No era necesario, si se recurría a una medida drástica, mover un solo soldado, fusil, tanque, avión o navío. Bastaba la exigencia de los combatientes de la clandestinidad y de la Sierra Maestra, o una manifestación o concentración popular.

La autoridad real del país estaba en el Ejército Rebelde y en Fidel, no en el Presidente. Pero Urrutia era la mayor autoridad legal de la República. Recurrir a la fuerza hubiese sido sencillo, pero extremadamente dañino para la Revolución; hubiese significado reproducir en Cuba lo que ha sido práctica en América Latina: los golpes de Estado *manu militari*, colocando a la Revolución Cubana al nivel de la vulgaridad golpista tradicional; hubiese supuesto el mayor error político concebible.

Entre el 12 y el 16 de julio, Fidel meditó en cuanto a la mejor manera de actuar. Curiosamente, el día 16 de julio fue investido por un jefe de la tribu de los indios Creeks, norteamericanos, como *Spiheechie Meeke*, o lo que es lo mismo, *Gran Jefe Guerrero*, y recibió la pipa de la paz; primera ocasión en que los indios norteamericanos la entregaban a un estadista extranjero.

Fidel nos sorprendió al amanecer del viernes 17 de julio de 1959. En la madrugada se entrevistó con Carlos Franqui, director de *Revolución*, periódico oficial del Movimiento 26 de Julio, y le dio instrucciones de anunciar su dimisión al cargo de Primer Ministro, fijando para horas de la noche una comparecencia televisiva para explicar las causas. Fidel impartió órdenes bien estrictas para que los teléfonos quedaran interrumpidos y nadie pudiera entrar o salir del edificio del periódico hasta tanto no estuviera en circulación esa edición. Una guardia rebelde garantizaría que no ocurriera ninguna violación de las órdenes.

Yo era consciente de la inminencia del conflicto público. Con Dorticós, Olivares, Celia y Fidel, había participado en episodios previos, pero ignoraba cómo iba a proceder el Comandante en Jefe. Cuando en la madrugada del 17 de julio fui a la cama, muy lejos estaba de imaginar de que al despertar estaría en marcha el último acto de la crisis política con el Presidente, y mucho menos de que fuera a resolverse por la vía de los medios de comunicación.

A las cinco de la madrugada, siguiendo instrucciones de Fidel, Carlos Franqui me llamó para informarme de la determinación de aquél de renunciar públicamente, por medio del periódico. Yo debía citar a los ministros al Palacio Presidencial hasta que la crisis quedara resuelta. Vencida la sorpresa, partí para la casa del ministro de Educación, doctor Armando Hart. Lo despertaron. Mientras aguardaba a que estuviera listo, llegó el comandante Augusto Martínez Sánchez, ministro de Defensa Nacional, avisado de la situación.

Renuncia del Presidente de la República

Amanecía en La Habana.Nos fuimos al Palacio Presidencial. Sin demora, llamé a cada uno de los ministros, limitándome a decirles que debían acudir rápidamente al lugar. Con la ayuda de algunos ejemplares del periódico *Revolución* que me fueron enviados, apenas llegaban les imponía de la renuncia de Fidel. En el piso superior, el Presidente Urrutia estaba ignorante del hecho. Los ministros permanecimos conversando unos minutos acerca de cómo proceder. Cuando el periódico comenzó a circular y la radio a difundir la noticia, se originó una expectativa inmensa. Sin embargo, hasta ese momento, nadie, fuera de los que habíamos participado en los actos anteriores a ese 17 de julio conocía el fondo de la renuncia de Fidel.

Al atardecer de ese día se vislumbró la razón, cuando el dirigente del Sindicato Nacional de Trabajadores Azucareros (FNTA*)*, Conrado Bécquer, mencionó durante una alocución, al Presidente Urrutia como posible detonante de la crisis, y el periodista Mario Kuchilán Sol, en el vespertino *Prensa Libre* especuló correctamente al identificar la causa en las discrepancias entre Fidel y Urrutia.

En la mañana, reunido el Consejo de Ministros, acordamos que los ministros doctores Osvaldo Dorticós, de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias; Raúl Cepero Bonilla, de Comercio, y Regino Boti, del Consejo Nacional de Economía, prepararan una nota de prensa dirigida al pueblo pidiendo unidad, calma y confianza en Fidel, sin dejarse confundir ni extraviar, siguiendo solamente sus orientaciones.

Al recesar, algunos ministros fueron para mi despacho; los compañeros designados se sentaron en torno a la mesa del Consejo a preparar la nota de prensa, mientras Armando Hart, Manuel Ray y yo nos quedamos conversando en el salón. Aproximadamente a las ocho y treinta de la mañana, llegó el Presidente con un ejemplar de *Revolución* en la mano. Nos dijo que los comunistas tenían secuestrado a Fidel, que tal parecía que había un golpe de Estado en marcha, y que había que localizar a Fidel.

Dorticós, Cepero y Boti abandonaron el salón, mientras Hart, Ray y yo hablábamos con Urrutia. Le dijimos que había que esperar con calma a que Fidel explicara la situación. Urrutia aceptó aquella argumentación y fue para su despacho. Los ministros, salvo Hart, no volvimos a encontrarnos más con él.

Para delimitar bien los campos, coloqué una posta en la puerta del salón del Consejo de Ministros que daba al pasillo que conducía al

despacho del Presidente. A un teniente de la columna del comandante Crescencio Pérez Montano le di instrucciones precisas, estrictas, de no permitir que nadie pasara al salón del Consejo de Ministros, previendo que la gente afín a Urrutia se mezclara con nosotros. De esta manera, en el mismo edificio, quedamos aislados los miembros del Consejo de Ministros del entorno del Presidente de la República.

La noticia de la renuncia de Fidel provocó honda inquietud en la población y fue objeto de las más variadas especulaciones. Una muchedumbre, especialmente estudiantes que habían llegado con el Presidente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), José Puente, se concentró frente al Palacio Presidencial en apoyo a Fidel y a la Revolución. El Presidente decidió salir a la terraza norte y hablar a la multitud. Conociéndolo, nos preocupamos de que fuera a cometer una torpeza. Acordamos no asistir, salvo Armando Hart, determinado a aclarar o contrarrestar cualquier manifestación de Urrutia que creara confusión.

Curiosamente, Urrutia dijo que la Revolución sólo podía ser dirigida por un hombre, Fidel, y que el pueblo no le aceptaría su renuncia. El Presidente de la FEU pidió ir a la Universidad y esperar por las declaraciones que haría Fidel. Por su parte, Hart solicitó ecuanimidad hasta que Fidel explicara las razones de su determinación. Ésta fue la última vez que un ministro compartió tiempo, espacio y micrófono con el Presidente Urrutia. Cuando la muchedumbre se retiró, Urrutia fue a su despacho y poco después subió a sus habitaciones del tercer piso, donde recibió durante el resto del día a parientes y amigos.

El doctor Carlos Olivares Sánchez, letrado consultor de la Presidencia, y el comandante Gilberto Cervantes Núñez, jefe de la Casa Militar, se mantuvieron a la plena disposición del Presidente. Por ellos nosotros conocíamos de la situación en el tercer piso y de las reacciones y determinaciones del Presidente.

Cerca de las nueve de la mañana, un miembro de la escolta de Fidel vino por las versiones taquigráficas de sus discursos. A media mañana, Fidel envió por Faustino Pérez Hernández, ministro de Recuperación de Bienes Malversados, y Armando Hart Dávalos, ministro de Educación, ambos miembros de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio. Se reunieron; Hart y Faustino regresaron a Palacio antes del mediodía. Los acompañé al baño contiguo al salón del Consejo de Ministros. Me comunicaron de que en caso que se produjera la renuncia de Urrutia, propondrían al doctor Osvaldo Dorticós Torrado como nuevo Presidente Provisional de la Repúbli-

ca. Las instrucciones de Fidel eran estrictas: nadie, salvo nosotros tres, podía conocerlo, ni siquiera Dorticós. Había que mantener el más absoluto secreto, a fin de evitar especulaciones. Nosotros sabíamos de que no faltaban personas que aspiraban al cargo.

Todos los ministros, salvo Rufo López Fresquet, permanecimos disciplinadamente en el Palacio Presidencial hasta que la crisis fuera conjurada esa misma noche. Rufo López estaba impaciente, aunque lo disimulaba leyendo novelas rosa, y en varias oportunidades pidió permiso para ir al Ministerio de Hacienda a atender asuntos impostergables. En realidad, creía que se le iba a nombrar en reemplazo de Urrutia y quería llegar a Palacio en brazos del pueblo.

A esas horas, José Miró Cardona, Justo Carrillo y Manuel Menéndez Massana se encontraban en el bufete del primero, en las calles O'Reilly y Cuba. Miró Cardona aguardaba a que se le designara en reemplazo de Urrutia. Al paso de las horas, sin que le llamáramos con la noticia, Miró comprendió que difícilmente se le nombraría y se fue a su casa.

En un televisor que dispuse colocar en el salón del Consejo de Ministros, todos escuchamos desde el inicio los argumentos y las explicaciones que esa noche dio Fidel a los periodistas de *Revolución*, *Diario Nacional* y *Diario de la Marina* acerca de su renuncia. Identificó las diferencias con el Presidente como de tipo moral, cívico y revolucionario, aunque se esforzó por evitar abrir un frente ideológico en la crisis. En esencia, dijo que a él le resultaba imposible continuar en el cargo de Primer Ministro, dadas las diferencias y dificultades que se habían originado con el Presidente de la República. Dijo haber renunciado al cargo, pero no a la lucha revolucionaria. Enumeró los campos en los que habían surgido discrepancias con el Presidente: los juegos de azar; los salvoconductos de los asilados en embajadas latinoamericanas; la solicitud de licencia al cargo sin que hubiese previsto constitucionalmente el cargo de vicepresidente; la demora injustificada en firmar leyes aprobadas por el Consejo de Ministros; la negativa a rebajarse el salario que heredó de Fulgencio Batista; la supresión de la invocación a Dios en la Constitución, que trajo como consecuencia una andanada de críticas e incomprensiones por parte de sectores religiosos y sociales cubanos, y el ataque de cierta prensa extranjera. Explicando este último extremo, Fidel fue a más:

— *Pero es que hay revolucionarios de comas y conceptos, que encuentran muy correcto suprimir al Ser Supremo de la Constitu-*

ción[7] *y, en cambio, no sienten ningún entusiasmo por la Reforma Agraria y por las leyes revolucionarias.*

Fidel argumentó varias razones más de discrepancia con el Presidente, todas de peso, significativas. Pero la más importante, sin dudas, era la labor divisionista dentro de las filas revolucionarias. Ese era el gran peligro, lo que hacía imposible la coexistencia:

— Estar promoviendo el fantasma del comunismo sin razón es estar promoviendo la agresión extranjera contra nuestro país, es estar promoviendo que intereses poderosos se asocien a otros intereses poderosos lesionados por nuestras medidas revolucionarias, se asocien a los criminales de guerra, para llevar adelante maniobras de toda clase contra esta nación pequeña.[8]

Fidel reconoció que la renuncia era el único camino legítimo que le quedaba para poder explicarle al pueblo la situación y resolver la crisis, porque la Revolución no se iba a poner fuera de la Constitución acudiendo a una insubordinación militar, a una insurrección del pueblo o al uso de la fuerza.

Fidel habló durante horas, "en vivo", por *CMQ-TV*. Todo el país estaba expectante. El Consejo de Ministros, al igual que todo el pueblo, se hallaba concentrado, escuchando las denuncias, esperando por el desenlace del acontecimiento. El Presidente se mantuvo en el tercer piso, intransigente a las peticiones populares y cívicas, que por centenares comenzaron a llegar al mismo programa de televisión, pidiendo su renuncia. El sentimiento unánime era de que Urrutia debía renunciar y Fidel continuar como Primer Ministro.

Por medio del comandante Gilberto Cervantes y del doctor Carlos Olivares supimos que el Presidente quería que la televisión instalara en el Palacio Presidencial los equipos a fin de ripostar a Fidel. Técnicamente era complejo, requería al menos de tres horas. Se le explicó y Urrutia terminó aceptando que se colocara un control remoto de la radio cubana. Consultado por el comandante Augusto Martínez Sánchez acerca de qué hacer ante la petición de Urrutia de instalar los equipos de la televisión, Fidel se limitó a escribir en la misma nota que le enviaron al estudio de televisión:

— Mientras el Presidente ocupe el cargo, hay que respetar sus disposiciones.

7 Por tradición, pese a discursos enconados en las respectivas asambleas constituyentes, la Constitución de 1901 y la Constitución de 1940 invocaron al *Ser Supremo*.

8 Fidel Castro Ruz: Comparecencia en el programa de televisión *Ante la Prensa*, el 17 de febrero de 1959. Fondos del Departamento de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado de la República de Cuba.

Pasadas tres horas de iniciado el maratón televisivo, con una avalancha de peticiones públicas exigiendo su renuncia, a sugerencia del comandante Gilberto Cervantes y de Lincoln Llaguno, su cuñado, el Presidente Urrutia decidió renunciar. En un papel dirigido a mi persona, traído por el comandante Cervantes, Urrutia presentó la renuncia al cargo de Presidente Provisional de la República. Le devolví el documento, pues no estaba bien dirigido. El Presidente no podía presentar su renuncia ante el secretario, sino ante el Consejo de Ministros. Urrutia la reelaboró, firmó y entregó a Cervantes. Éste me contaría, días después, de que en ese instante Urrutia estaba colérico y golpeó la pared con la cabeza y los puños, exclamando:

— *¡Qué bruto he sido! ¡Qué bruto he sido!*

Lo que ignoré durante mucho tiempo es que en ese minuto trascendente de nuestra historia nacional, junto al Presidente Urrutia se hallaba Andrew St. George, periodista estadounidense quien con facilidad increíble, durante la guerra, había logrado llegar a las estribaciones de las montañas orientales en cinco ocasiones, y en realidad era un importante agente de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. Fue él quien tomó las únicas fotografías que hay de Urrutia mientras Fidel lo denunciaba en la televisión. Una de ellas es muy ilustrativa: Urrutia, de guayabera blanca, está sentado frente a un aparato de televisión donde aparece Fidel, vestido de uniforme verdeolivo.

Apenas el comandante Cervantes trajo la renuncia del Presidente de la República, el comandante Augusto Martínez Sánchez preparó y envió una nota al comandante Raúl Castro:

— *El Presidente renunció. Quiere irse para la casa de un cuñado, quien pide que le den seguridades. Dice el Presidente que no se va de Cuba y que no hará declaraciones.*

La nota fue entregada al moderador del programa, quien procedió a leerla. Contrario a la opinión de Raúl de que Urrutia debía quedarse esa noche en el Palacio Presidencial, Fidel se expresó ante las cámaras porque se hiciera lo que Urrutia determinara, garantizando su seguridad personal.

Mientras esto pasaba en la televisión, nos organizamos. Procedí a leer la petición de renuncia de Urrutia. Ningún ministro objetó ni planteó nada. Unánimemente, aceptamos su renuncia y de conformidad con el artículo 134 de la Ley Fundamental en vigor, el Consejo de Ministros procedió a designar al nuevo titular.

Armando Hart pidió la palabra y propuso al doctor Osvaldo Dorticós Torrado, hasta entonces ministro encargado de Ponencia y

Estudio de Leyes Revolucionarias. Argumentó muy brevemente de que en Dorticós convergían condiciones que lo señalaban como la persona llamada a ocupar tan alta responsabilidad.
Como yo presidía la reunión, le pregunté a Dorticós si aceptaba la nominación. Sorprendido, Dorticós dijo que él no reunía las cualidades necesarias para merecer y ejercer adecuadamente tan alta responsabilidad del Estado, y que otros cubanos, con mayores méritos y merecimientos, estaban más capacitados que él para ser Presidente de la República.

17 de mayo de 1959, estribaciones de la Sierra Maestra. Los campesinos asisten a una conversación entre el Presidente Manuel Urrutia y el ministro Osvaldo Dorticós. Dos meses despúes, Dorticós sustituiría a Urrutía como Presidente de la República.

Osvaldo Dorticós Torrado

¿Quién era Osvaldo Dorticós Torrado? El 17 de julio de 1959 muy pocos le conocían, pese a su cargo ministerial y haber sido Presidente del Colegio Nacional de Abogados. Por la índole de su trabajo, probablemente, era el ministro menos conocido del Gobierno Revolucionario. El Ministerio de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias era un organismo de una decena de personas, con un trabajo públicamente casi anónimo.

Osvaldo nació el 17 de abril de 1919 en la ciudad de Cienfuegos. Su padre, Francisco Dorticós Pichardo, médico cirujano afamado, de buena clientela, era un hombre querido y respetado en la ciudad, quien tenía una activa y reconocida vida social. La madre, Consuelo Torrado Martínez, profesora de la Escuela del Hogar, era una hermosa y dulce mujer, cuya influencia en la formación de Osvaldo y su hermano mayor, Raúl, se vio multiplicada por la temprana muerte de Francisco, en el año 1928, hecho que mucho tuvo que ver en la formación en Osvaldo de una personalidad extraordinariamente introvertida.

Los Dorticós Torrado eran una familia de clase media, que vivía muy holgadamente,

situación que facilitó que los hermanos Raúl y Osvaldo matricularan en un prestigioso colegio privado de los Hermanos Maristas, el *Champagnat*, donde Osvaldo cursó hasta el bachillerato en Ciencias y Letras.

El colegio *Champagnat* era una entidad privada, de alta matrícula, que se beneficiaba de la inexistencia en la ciudad de un Instituto de Segunda Enseñanza, el que sólo lo había en Santa Clara, la capital provincial. Esta circunstancia convirtió a Osvaldo Dorticós en uno de los cerca de ciento veinte adolescentes cienfuegueros, casi todos blancos, hijos de burgueses o pequeño-burgueses, que al unísono hacían sus estudios secundarios con los Jesuitas y los Hermanos Maristas. El aislamiento derivado de las características del colegio *Champagnat* y de la educación religiosa impactó en la demora con que el estudiantado cienfueguero se incorporaría a la lucha contra el tirano Gerardo Machado, y repercutió, a su vez, en el modo en que los hermanos Dorticós Torrado se aproximaran a las luchas estudiantiles y revolucionarias.

La muerte del joven estudiante universitario Rafael Trejo, el 30 de septiembre de 1930, cuando la policía machadista arremetió contra una manifestación estudiantil en el parque Eloy Alfaro**,** de La Habana, conmocionó al país y principalmente a los estudiantes. El hecho, que en Santiago de Cuba nos precipitó a constituir el Directorio Estudiantil, produjo una radicalización de los estudiantes cienfuegueros, incluyendo los del colegio *Champagnat.* Hubo marchas y protestas, en algunas de las cuales se involucró Osvaldo. Tras disolverse el efímero Comité Estudiantil, al influjo de la represión policíaca y política en la ciudad, se constituyó el Directorio Estudiantil de Cienfuegos, integrado por Carlos Rafael Rodríguez, René Morejón, Luis Pino Varas, Rolando Meruelo, Jorge González y Luis Morató, teniendo una destacada participación, aunque sin integrar el ejecutivo, Raúl Dorticós.[1]

1 Raúl Dorticós Torrado (1914-1995), en 1931 estaba adscrito al Directorio Estudiantil Universitario de Cienfuegos y era miembro de la Liga Antiimperialista de Cuba. Culminó su bachillerato en 1934 e ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana. En 1937 se adscribió al Partido Comunista. Se graduó de médico en 1941. Fue miembro del Frente Nacional Antifascista de Cienfuegos. Se integró al Movimiento de Resistencia Cívica. Al triunfar la Revolución integró el Partido Médico de la Revolución, las primeras milicias médicas y participó en la "limpia" del Escambray. Fue decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana.

Un papel romántico muy sugerente

Entonces Osvaldo era un niño de once años, pero la muerte de Rafael Trejo y los sucesos posteriores lo impactaron profundamente, como a casi todos los estudiantes de los niveles medio y superior de Cuba. El hecho lo ayudó a obtener un nuevo universo de comprensión para los problemas sociales y humanos, confesó muchos años después. Le nació la inquietud revolucionaria. Sin embargo, las inquietudes adquiridas no lo lanzaron, por fuerza de la edad, a participar protagónicamente en los grandes sucesos políticos de la revolución antimachadista. No se vinculó en ese momento a la lucha revolucionaria, salvo en la ansiedad y la emoción por los acontecimientos. De todos modos, el movimiento estudiantil revolucionario en Cienfuegos tuvo alcances muy limitados, no llegando a ser nunca masivo. Dos razones fundamentales intervinieron: primero, el carácter pequeñoburgués del estudiantado[2] y, segundo, la efectividad represiva. El apoyo al Directorio Estudiantil fue débil.

Limitadamente, Dorticós ayudó y cooperó en la agitación de los pocos estudiantes de mayor edad que se enrolaron en la lucha. Cuando se produjo la caída de la dictadura de Gerardo Machado, en agosto de 1933, Osvaldo, con sólo catorce años de edad, estaba manifestando de forma más coherente sus inquietudes intelectuales y políticas, colaborando abiertamente con el Directorio Estudiantil.

A mediados de la década de los años treinta, Osvaldo se enroló activa y protagónicamente en las luchas estudiantiles, siendo elegido como uno de los líderes estudiantiles cienfuegueros, y en tal condición participó en la huelga general de marzo de 1935. Ya estaba entregado al *trajín estudiantil revolucionario (con) un papel romántico muy sugestivo (...), cierto sentido heroico nacido de una aspiración espiritual*. [3]

Pese a desempeñar cierta labor revolucionaria, Osvaldo nunca se consideró miembro de la llamada *Generación del Treinta*, sino de una generación intermedia que arrastró la pesada carga de frustraciones de una revolución fracasada. Mientras, vivió intensamente el movimiento vanguardista de una minoría.

2 Al decir del doctor Carlos Rafael Rodríguez, los padres, burgueses o pequeñoburgueses, dueños de prósperas empresas comerciales, administradores de negocios o profesionales de buenos ingresos económicos, se esforzaron por impedir que sus hijos se involucraran en un esfuerzo revolucionario, que por premio menor tenía la cárcel.

3 Periódico *Revolución*, 30 de diciembre de 1959.

Involucrado con el Vanguardismo

El pensamiento político y filosófico de Osvaldo fue influido notablemente por el gran despliegue de las ideas y la literatura europeas que se originó en Cuba y por las irradiantes tendencias vanguardistas que comenzaron a transformar las perspectivas culturales de Hispanoamérica. La *Revista de Avance* y las obras de José Ortega y Gasset, al que muchas veces no logró entender en sus pronunciamientos filosóficos, fueron vitales en su formación intelectual.

El Vanguardismo, en opinión de Dorticós, implicó una profunda revisión del sistema de valores de la intelectualidad de la época, que permitió, por consecuencia inmediata, un ensanche de la espiritualidad. En otras palabras, tuvo como resultado la conformación espiritual de su generación, posibilitando la adopción de una nueva postura política. En consecuencia, Osvaldo participó del proceso de revisión crítica de los valores políticos, económicos, sociales, morales y éticos de su generación.

Son tiempos en que leía abundante, pero desorganizadamente, sin orientación didáctica. La falta de método obedeció en gran medida a que muchas veces las lecturas las hizo al dictado de situaciones políticas o intelectuales meramente circunstanciales, en relación directa con la situación general del país. Esto, —un Dorticós ya maduro— lo valorará positivamente pese a que dificultó notablemente el aprendizaje. La virtud la encontrará en que le sirvió para evitar afiliarse a una corriente de pensamiento dominante que lo determinara a criterios unilaterales y dogmáticos.

De todos modos, Dorticós no se pudo sustraer a la tentación juvenil de acudir a citas frecuentes de los padres del Vanguardismo de moda como prueba de su sapiencia y cultura, pecando de una falsa erudición. No discriminó y valoró críticamente las posiciones y los dictados de aquellos, pero recurría a ellos para batallar en las polémicas.

Junto a las de Ortega y Gasset, leyó las obras de Miguel de Unamuno, Guillermo de Torre y Max Scheller. La importante y trascendente *Historia de la Filosofía*, obra del intelecto de Auguste Messer, y diversos autores alemanes vinculados al pensamiento orteguiano, conformaron el *abc* en las lecturas del joven Dorticós. A estos estudios sumó el de las doctrinas sociales y políticas, y por ese camino llegó a estudiar a Marx y obras de enfoque marxista.[4] For-

4 Triunfada la Revolución Cubana, Dorticós retomó las lecturas marxistas, incorporando la doctrina leninista. En un rápido proceso de profundización ideológica, coincidente con la radicalización vertiginosa de la Revolución, Dorticós abrazó

mado al influjo de variadas tendencias y líneas de pensamiento de procedencias dispares, Osvaldo terminó la década de los años treinta sin sellos ni identificaciones ideológicas definidas, salvo la martiana, como la mayoría de nosotros.

Aquellas continuas incursiones filosóficas del joven Osvaldo Dorticós provocaron, por supuesto, el afán ensayístico. El primer y posiblemente único ensayo filosófico publicado, a la edad de dieciocho años, apareció en la efímera revista *Polémica*, dirigida por Nicolás Guillén, Sergio Rigal y José Antonio Portuondo. Este último escribió la presentación del trabajo filosófico en que Dorticós analizaba el pensamiento del peruano José Carlos Mariátegui. Dorticós escribió otros dos artículos que permanecen inéditos. Sin mucha gloria, echó a un lado las intenciones de hacerse filósofo. Coetáneamente, abandonó también sus ambiciones de escritor. Cuando le conocí, Dorticós sufría aún la frustración de no haber dedicado mayor tiempo a la reflexión escrita.

Doctor en Derecho Civil

Terminó el bachillerato en 1937, en el Instituto de Segunda Enseñanza de Santa Clara, al ser expulsado del colegio *Champagnat* por lanzar un tintero a un profesor que lo hizo víctima de una injusticia. En ese propio año, matriculó las carreras de Derecho y de Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana.

A finales de la década de los años treinta, algunos elementos y organizaciones revolucionarias iniciaron el juego político. Por ejemplo, la mayoría de los que éramos miembros del Comité Central de Joven Cuba, invitados a participar en el juego electoral por Ramón Grau San Martín, claudicó en sus pretensiones de hacer una revolución armada en Cuba. En aquel momento, se me ofreció un acta de senador de la República, la que rechacé por entender que no era la lucha electoral el camino para hacer avanzar al país hacia un cambio verdadero. Era un engaño, y la historia posterior, cuando Fidel Castro retomó la estrategia insurreccional de Antonio Guiteras y Joven

---

con Fidel Castro el marxismo-leninismo. Sus estudios fueron profundos y sostenidos. Ello le posibilitó avanzar sin contradicciones con la Revolución Socialista, siendo uno de sus principales ideólogos. Dorticós se transformó en un educador marxista, quien utilizó con maestría sus discursos y comparecencias públicas para educar políticamente a las masas.

Cuba, lo demostró. Pero cuando en 1939-1940 Joven Cuba pactó con Grau San Martín, las aspiraciones revolucionarias inmediatas quedaron frustradas. El ejercicio profesional como abogado fue el refugio y la alternativa personal que encontré, un modo de vida.

Al joven estudiante Osvaldo Dorticós, sometido a otra dinámica personal y política, le ocurrió, sin embargo, algo similar. Tras una corta militancia en la Juventud Socialista Popular, se sintió frustrado en sus aspiraciones revolucionarias. Descreído, encontró asidero y refugio consagrándose a su formación profesional. En la Universidad, se integró a la lucha estudiantil, sin llegar a ocupar un lugar relevante.

El 19 de agosto de 1941, con excelentes resultados académicos, se graduó[5] como abogado por la Universidad de La Habana, *tal vez (por) un natural sentimiento polémico y una especial vocación,* diría en 1959.[6]

El 21 de agosto de aquel año recibió oficialmente el título de Doctor en Derecho Civil. Curiosamente, éste venía firmado por el doctor Ernesto Dihigo, como decano, y por el doctor Roberto Agramonte Pichardo, como rector p.s.r. Tanto Dihigo como Agramonte cumplirían funciones en el primer Gobierno Revolucionario, del que Dorticós formaría parte en calidad de ministro de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias. Dihigo sería nuestro Embajador en los Estados Unidos, y Agramonte, ministro de Estado, y ambos se separarían después de la Revolución.

Diplomado, Dorticós logró armar, no sin tropiezos y grandes esfuerzos, su oficina de abogado en la calle San Carlos, número 100, en el corazón de Cienfuegos. En el mismo bufete trabajaban de manera independiente varios abogados, entre ellos los doctores José Antonio Frías, padre e hijo, Fernández Pumpido, Fernando García Betancourt y Fernando López Muiño.[7]

—*Dorticós llegó a ser un prestigioso abogado* —al decir de López Muiño— *aunque sus ideas de izquierda le hicieron más difícil poder representar grandes intereses. Tuvo que batirse duro para abrirse paso profesionalmente. Era un hombre extraordinariamente estudioso, con un verdadero afán de formación jurídica y una gran cultura general, que condicionó que brillara en la Audiencia de Las*

5 Continuó los estudios para doctorarse en Filosofía y Letras, pero no los concluyó.

6 Periódico *Revolución*, 30 de diciembre de 1959.

7 El bufete cesó tras la designación de Osvaldo Dorticós como Presidente de la República. José Antonio Frías pasó a trabajar con él y Fernando López Muiño fue designado funcionario del Ministerio de Educación.

Villas. Trabajó intensamente, llevando todo tipo de asuntos, pero especialmente asuntos civiles y criminales.[8]

Tuvo una prolija labor profesional. Fue notario en Cienfuegos y en Palmira. Participó en la reorganización del Colegio de Abogados de Cienfuegos, en 1941. Rápidamente, fue elegido su Presidente. En 1946 fue factor determinante en la fundación del Colegio Nacional de Abogados, del cual resultó Colegiado de Honor, siendo electo primer vicepresidente. En 1947 asistió a la reunión anual de la Confederación Interamericana de Abogados, en Lima, como miembro de la delegación cubana, trabajando intensamente en la Sección de Derecho Laboral. Alrededor de 1949, aceptó actuar en calidad de secretario letrado del Patronato del Acueducto de Cienfuegos, responsabilidad que declinó automáticamente cuando en enero de 1959 fue llamado a formar parte del Consejo de Ministros.

El 27 de enero de 1944, ante el doctor Juan Bernardo López Alcázar, notario de Cienfuegos, Osvaldo contrajo matrimonio civil con la maestra de inglés María Caridad Molina y Suárez del Villar. Su residencia quedó fijada en el número 77 de la calle Bouyón, en Cienfuegos.

En revolución

En la década de los años cuarenta, muchos nos sumergimos en una especie de retraimiento político, determinado por el rechazo a la politiquería de turno, que hizo se sucedieran electoralmente Fulgencio Batista Zaldívar (1940-1944), Ramón Grau San Martín (1944-1948), y Carlos Prío Socarrás (1948-1952). Escéptico, desesperanzado de que pudiera ocurrir una revolución en Cuba, Osvaldo se dedicó con éxito notable al ejercicio profesional, concentrado en el estudio y la aplicación del Derecho, marginando un tanto sus inquietudes políticas, intelectuales y literarias.

La inercia política quedó rota como respuesta a la conculcación de las libertades y la ruptura constitucional producidas por el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. La primera actitud de enfrentamiento de Dorticós con la dictadura, de la que tengo registro histórico, es en el mes de julio de 1952. Batista promulgó la Ley-Decreto No. 20 de 1952, pretendiendo que, con cargo a las cajas de los seguros profesionales, se adquiriera bonos del empréstito para liquidar

8 Entrevista con los autores. La Habana, junio de 2000.

los pagos a los veteranos de la guerra de independencia. Esto originó la protesta de las directivas de los colegios profesionales afectados, especialmente de los colegios de abogados. Osvaldo, Roberto López Dorticós y José Antonio Frías promovieron en el Colegio de Abogados de Cienfuegos una moción de rechazo, y en nombre de los colegiados formularon declaraciones públicas.[9] Como consecuencia de las presiones recibidas, el Consejo de Ministros de la tiranía tuvo que dar marcha atrás.

La lucha revolucionaria iniciada por Fidel, rápidamente expandida, pese a descalabros militares en el asalto al cuartel Moncada (1953) y Alegría de Pío (1956), salvó definitivamente desde el punto de vista político a la *Generación del Treinta* y a la que Dorticós dio en llamar su G*eneración Intermedia*:

— *Fue para nosotros* —le confesó a Alejo Carpentier— *un nuevo despertar. Ya estábamos de regreso de aspiraciones ingenuas y veníamos lastrados por bastantes descreimientos en falsos líderes. La estatura humana y revolucionaria de Fidel nos hizo pensar que el proceso revolucionario iba a tener su culminación definitiva*.[10]

A la lucha revolucionaria le era vital incorporar a la clase media, a los sectores profesionales y a todos aquellos elementos a los que no fuera factible integrar orgánicamente al Movimiento 26 de Julio, a la contienda antidictatorial. Era preciso y útil que el esfuerzo antibatistiano no fuera sólo idea y trabajo de la juventud radical. El respaldo y la participación de aquellos elementos le otorgarían a la lucha antidictatorial una dimensión más universal dentro de la sociedad cubana y acortarían el camino del triunfo. En otras palabras, había que movilizar los recursos y poner en estado de beligerancia a todos los sectores cívicos no partidistas, para producir denuncias cívicas, lograr la desobediencia civil y el apoyo material a la organización guerrillera y al aparato clandestino del Movimiento 26 de Julio. Para lograrlo se creó, a finales de 1956 y a principios de 1957, en la ciudad de Santiago de Cuba, el Movimiento de Resistencia Cívica, una organización secreta y celular, autónoma del Movimiento 26 de Julio, pero que respondía a su táctica y estrategia de lucha. En pocos meses, el Movimiento de Resistencia Cívica se extendió por Oriente y Camagüey. En el mes de abril de 1957 funcionaba ya en La Habana, y en el tercer trimestre de 1957 ya estaba vertebrado por todo el país, incluyendo Las Villas.

9 Periódico *La Correspondencia,* 11 de julio de 1952.

10 Periódico *Revolución*, 30 de diciembre de 1959.

En julio de 1957, tras la detención de los treinta y cinco, Julio Camacho Aguilera, cumpliendo órdenes de Frank País, procedió a reorganizar la estructura directiva del Movimiento 26 de Julio en la ciudad de Cienfuegos. En esta oportunidad, se creó la estructura local del Movimiento de Resistencia Cívica. El doctor Osvaldo Dorticós fue propuesto y aceptado como su responsable. Desde Cienfuegos, Osvaldo debía coordinar todo el trabajo de la organización en Palmira, Cruces, Hormiguero, San Fernando de Camarones, Caonao, Guayos, Cumanayagua, Rodas y Aguada de Pasajeros.

Dorticós tenía todas las características que se podía exigir para acometer el trabajo de Resistencia Cívica: persona de gran solvencia económica, titular de un bufete prestigioso, decano del Colegio de Abogados de Cienfuegos, vicepresidente del Colegio Nacional de Abogados y comodoro del *Cienfuegos Yacht Club*; y como si fuera poco, en 1957 asumió por sustitución reglamentaria la presidencia del Colegio Nacional de Abogados a raíz de la renuncia de su titular, el doctor José E. Gorrín, siendo electo por unanimidad, en 1958, para el cargo. Osvaldo representó al Colegio Nacional de Abogados en el Conjunto de Instituciones Cívicas, siendo ponente del documento en que éstas exigieron la renuncia del dictador Fulgencio Batista.

Dorticós no ingresó a la lucha revolucionaria para salirse de ella. Lo hizo con plena conciencia de que iniciaba un camino sin repliegues, sumergido en la lucha, arriesgando su vida. A partir del momento en que asumió la dirección del Movimiento de Resistencia Cívica en Cienfuegos, Dorticós se involucró completamente en la lucha, con grave riesgo para su vida. De hecho, actuaba como un miembro del ejecutivo del Movimiento 26 de Julio, encargado del Movimiento de Resistencia Cívica.

Para el 5 de septiembre de 1957 fue concertado, entre el Movimiento 26 de Julio y oficiales de rango medio de los cuerpos armados, especialmente de la Marina de Guerra, un plan nacional de sublevación militar. Poco antes del desencadenamiento de las acciones, tardía e inconsultamente, altos oficiales, incorporados a última hora a la conspiración pospusieron la fecha. Llegado el 5 de septiembre, la base naval de Cienfuegos, no avisada del cambio de plan, fue sublevada. Los marinos cienfuegueros y los combatientes del Movimiento 26 de Julio de la ciudad protagonizaron una heroica y sangrienta jornada. La ciudad fue ocupada por los revolucionarios, pero la dictadura pudo concentrar sobre el aislado foco rebelde toda su fuerza de destrucción.

El Movimiento de Resistencia Cívica estaba comprometido con dar apoyo logístico a los sublevados, asistir a los heridos y ocultar y salvar a los combatientes en caso de fracaso. Al fracasar el plan de sublevación y ser aplastada la acción en Cienfuegos, muchos rebeldes salvaron sus vidas gracias al trabajo organizativo desplegado en los días previos y durante las jornadas siguientes por Osvaldo Dorticós y sus compañeros del Movimiento de Resistencia Cívica.

En las primeras horas de la mañana del 5 de septiembre, Dorticós fue para su bufete. Estaba encargado de redactar una proclama al pueblo. A media mañana, al comprobar el fracaso de la sublevación general y que la delegación de los oficiales presos en el Presidio Modelo de Isla de Pinos no llegó como estaba previsto, Dorticós fue a Cayo Loco. Cuando las fuerzas represivas desencadenaron toda su furia contra los rebeldes, y la Fuerza Aérea lanzó ametrallamientos y bombardeos indiscriminados sobre la ciudad, Dorticós y su compañero de bufete, José Antonio Frías, partieron para La Habana en un desesperado esfuerzo por detener el crimen.

Me localizaron, planteándome la urgencia de realizar gestiones que lograran detener los salvajes bombardeos y ametrallamientos en la ciudad de Cienfuegos. Se analizó la conveniencia de entrevistarse con Monseñor Luigi Centoz, Nuncio Papal y decano del Cuerpo Diplomático. También se consideró el nombre del recién acreditado Embajador de los Estados Unidos, Earl Smith. Estuvimos de acuerdo en que las gestiones ante el diplomático estadounidense podían ser más eficientes. Me comuniqué con *Nacho* Carranza, funcionario diplomático de los Estados Unidos, con el que había tenido contactos. Le transmití la intención de entrevistarnos con Smith para tratar sobre los crímenes que el Gobierno de Batista estaba cometiendo en esos momentos contra la población civil de Cienfuegos. Le dejé el número de teléfono para que me informara del resultado de sus gestiones. No tardó mucho tiempo antes de que nos comunicara que el Embajador nos recibiría en horas de la mañana del siguiente día.

Concurrimos a la Embajada de los Estados Unidos, sita en la avenida del Malecón, a la hora indicada. En la puerta nos esperaba el señor Carranza, quien nos condujo a un departamento. Minutos después, nos informó que el Embajador nos esperaba. Subimos en un elevador hasta la azotea, donde de una manera informal, sentados en torno a una mesa, Smith nos atendió. Frías sirvió de intérprete. Le explicamos las razones que habían determinado nuestra solicitud. Smith dijo sentirse acongojado por los acontecimientos, incluso, reaccionó de un modo que nos sorprendió. Cuando le explicába-

mos las acciones de bombardeo y ametrallamiento de la Fuerza Aérea del Ejército (FAE) de la dictadura sobre la ciudad de Cienfuegos, pateó el piso, escapándosele un:

— *Batista, son of a bitch.*[11]

Smith prometió hacer una gestión oficiosa cerca del Gobierno cubano, pero sin llegar a comprometer ningún resultado. Nos despedimos del Embajador. Ignoro si llegó a realizar las gestiones[12] y yo no volví a ver a Dorticós hasta después del triunfo de la Revolución, un año y cuatro meses después.

Tras el fracaso del alzamiento de Cienfuegos, Julio Camacho Aguilera fue para La Habana y el Movimiento 26 de Julio en Las Villas le fue confiado a Enrique Oltuski Ozacki, con la misión de proceder a su reorganización inmediata . El Movimiento 26 de Julio estaba virtualmente desarticulado. Oltuski decidio dividir la provincia en cinco regiones: Sagua, Caibarién —Remedios, Sancti-Spíritus, Cienfuegos y Santa Clara. Las compañeras Aleida March y Teresita Caballero, indistintamente, lo acompañaron en su difícil recorrido organizativo por la provincia.

La situación del Movimiento 26 de Julio en Cienfuegos era más compleja aún, pues estaba deshecho. Al decir de Oltuski, *no había quedado títere con cabeza*. Los cuadros y miembros más importantes del movimiento revolucionario en la ciudad habían tenido que huir.[13]

Al llegar a Cienfuegos, la primera persona en ser visitada por Oltuski y Teresita Caballero fue el doctor Serafín Ruiz de Zárate Ruiz. Había sido recomendado para que asumiera la jefatura del Movimiento 26 de Julio en la ciudad. Ruiz de Zárate estaba muy decepcionado porque consideraba que habían dejado solos a los cienfuegueros durante el alzamiento del 5 de septiembre. No aceptó

11 Batista, hijo de puta.

12 Volví a encontrarme con Smith el 5 de enero de 1959, en ocasión de instalarse en el Palacio Presidencial el Gobierno Revolucionario. Una representación del Cuerpo Diplomático vino a saludar al Presidente Urrutia. Smith hizo su última visita al Palacio Presidencial. Aproveché para decirle con ironía que lo conocía de cuando fui en aquella gestión. Él se limitó a decir reiteradamente *Yes*. Horas después, Earl Smith fue llamado a Washington, cesando como Embajador. Había sido enviado a Cuba a mediados de 1957, a presionar a Batista para que abandonara sus pretensiones de obtener más del 50 % de las acciones de la planta de níquel de Nicaro, que el Gobierno norteamericano iba a poner en venta. Logrado esto, se convirtió en el más batistiano de los políticos estadounidenses.

13 Emilio Aragonés, *Totico* Aragonés y otros tuvieron que irse de la ciudad. Entrevistas con Enrique Oltuski y Emilio Aragonés.

asumir la coordinación del Movimiento 26 de Julio. Sugirió que hablaran con Osvaldo Dorticós, a quien Oltuski no conocía.

Se entrevistaron con él en su bufete y le hicieron la proposición, pero Dorticós no aceptó, porque en ese momento estaba activo como vicepresidente del Colegio Nacional de Abogados. Dijo estar en la mayor disposición de colaborar en todo lo necesario, pero alegó que aceptar el cargo de coordinador exigiría de él una actividad diaria que estaba reñida con su responsabilidad al frente del Colegio Nacional de Abogados, que por demás era de una importancia política a no desdeñar, siendo necesario utilizar aquella posición para combatir a la dictadura. Recomendó al médico Julio González Abre, quien aceptó. Osvaldo Dorticós continuó desarrollando, pese a la persecución policiaca, su importante labor al frente del Movimiento de Resistencia Cívica de Cienfuegos, ciudad que ocupó un lugar muy importante en la lucha revolucionaria durante 1958.

Luego del fracaso de la huelga de abril, las fuerzas de Víctor Bordón quedaron en una situación desesperada. Fue desde Cienfuegos, con la ayuda de Dorticós, Julio González, Serafín Ruiz de Zárate y otros, que se logró trasladar a aquel grupo guerrillero para que se internara y consolidara en El Escambray. Por grupos, vestidos de civil, en el automóvil de Dorticós fueron trasladados Bordón y algunos de sus compañeros, primero a Cienfuegos y después a El Escambray.

Dorticós participó y colaboró como un simple combatiente en tareas riesgosas. Su magnífica posición social y profesional le servía de amparo. Tras la huelga de abril de 1958, asumió finalmente el cargo de coordinador del Movimiento 26 de Julio en Cienfuegos.

Expulsado de Cuba

La lucha y el año 1958 avanzaron. La situación se hizo sumamente difícil para Dorticós, quien tuvo que abandonar la ciudad de Cienfuegos. Subió a El Escambray en varias oportunidades. Acabando el año, al bajar al llano cumpliendo indicaciones del Che, Dorticós fue detenido por los cuerpos represivos y su vida corrió serio peligro. Las incidencias las conocí meses después, siendo ya Dorticós el Presidente Provisional de la República. En una oportunidad en que el Che visitó al Presidente, Dorticós le reprochó:

— Nunca voy a olvidar que cuando yo subí al Escambray a verte, no me permitiste, como era mi intención, quedarme de guerrillero y

dispusiste que debía volver al llano y continuar como coordinador del Movimiento en Cienfuegos.

Era evidente que Dorticós se sintió frustrado en sus aspiraciones de guerrillero. Este sentimiento lo compartimos muchos compañeros que desarrollamos nuestra labor en el llano o en el exterior. En la decisión del Che, negándole la posibilidad a Dorticós de convertirse en guerrillero, pesó inequívocamente la aceptación de que el apoyo del llano y las acciones revolucionarias en la ciudad eran vitales para la supervivencia, el desarrollo, la expansión y la victoria de la lucha guerrillera en El Escambray.

Dorticós permaneció varios días en el campamento del Che. Cumpliendo instrucciones, bajó al llano y se reincorporó a la lucha clandestina. A los pocos días, exactamente el 4 de diciembre, fue detenido en unión del doctor Ramón Moliné López, Presidente del Patronato de la Universidad de Cienfuegos. Fueron incomunicados en los calabozos del cuartel Monteagudo, en la ciudad de Santa Clara. Dorticós fue sometido a duros interrogatorios, con sesiones de cruel tortura.

Asesinar a una personalidad social y profesional, cienfueguera y nacional, como era ya el doctor Osvaldo Dorticós Torrado, hubiese supuesto un gran escándalo y una gran estupidez política. Ante el estado de descomposición del régimen, en una inútil y desesperada maniobra, el general Alberto del Río Chaviano, jefe militar de la provincia de Las Villas, en un vano intento de congraciarse con la Revolución, contactó con el Movimiento 26 de Julio, disponiendo la liberación de algunos revolucionarios presos. En el caso de Dorticós, lo condicionó a que se marchara del país.

El abogado José Antonio Frías hizo ingentes y rápidas gestiones ante el Movimiento 26 de Julio con el fin de sacarlo de inmediato del territorio nacional. En definitiva, revolucionarios que trabajaban en la Compañía Cubana de Aviación lograron que uno de sus aviones que cubría la ruta La Habana-Miami hiciera escala en Varadero. Se le informó al general Del Río Chaviano, quien dispuso la conducción de Dorticós bajo una fuerte custodia militar al cuartel Goicuría, en Matanzas. Con la intervención del obispo de Matanzas, siempre bajo fuerte presión de su hermano Raúl y de su amigo José Antonio Frías, se logró que condujeran rápidamente a Dorticós hasta Varadero. Bajo custodia militar, sin documentación de ningún tipo, fue subido en el avión y expulsado de Cuba, el 15 de diciembre de 1958.

Enterado de las pretensiones de Chaviano de liberar al doctor Osvaldo Dorticós, el sanguinario coronel Esteban Ventura Novo, jefe de la Quinta Estación de la Policía Nacional en La Habana, uno de

los más connotados asesinos de la tiranía, envió a un grupo de sicarios hasta Varadero para evitar su salida del país. Por fortuna, éstos llegaron cuando el avión estaba ya en el aire rumbo a Miami.

Al llegar a los Estados Unidos, las autoridades de Inmigración detuvieron a Dorticós por carecer de documentación. Hubo intenciones de deportarlo a Cuba, macabra posibilidad que fue neutralizada por la rápida actuación del Comité en el Exilio del Movimiento 26 de Julio en Miami, que logró le permitieran continuar viaje a México. Al llegar a la tierra azteca, Dorticós fue recibido por los compañeros del Movimiento 26 de Julio. Las autoridades mexicanas autorizaron su permanencia en calidad de exiliado político. En México, Dorticós se vinculó de forma entusiasta al Comité del Exilio. Allí lo sorprendió la caída de la dictadura el primer día del año 1959.

Una de las muchas cualidades de Dorticós era su extraordinaria modestia. Afirmarlo hoy puede resultar un lugar común, dudoso si no se ofrece los elementos de juicio que prueben la veracidad de la afirmación. En 1959, año de euforia revolucionaria, era recurrente que se contara los acontecimientos de la lucha y que estos fueran publicitados. El miércoles 30 de diciembre, el periódico *Revolución* publicó una edición especial de ochenta y ocho páginas, en homenaje al primer año del triunfo revolucionario. Dorticós concedió una de las escasas entrevistas en que se permitió hablar de sí. De periodista fungió Alejo Carpentier. La conversación fue profunda y minuciosa. Cuando abordaron este capítulo de su vida, Osvaldo se encargó de minimizar los hechos, como si no hubiesen tenido trascendencia:

— A mediados del mes de diciembre de 1958, participando en la lucha clandestina y después de haber estado algunos días en El Escambray, en el campamento del comandante Guevara, fuimos aprehendidos y después de estar incomunicados unos días —habíamos sufrido algunas prisiones antes, de menor envergadura —se nos conminó a salir del territorio nacional. Prácticamente se me deportó, porque en ningún momento hubo caso de asilo, sino que simplemente, bajo custodia, se me sacó del territorio nacional.

Sorprendido para ministro

Dorticós fue uno de los primeros exiliados radicados en México en regresar a Cuba tras la huida del dictador en las primeras horas del primer día del año 1959. Pese a que tenía intenciones de regresar a su natal Cienfuegos para vincularse nuevamente al ejercicio profesio-

nal, Dorticós decidió permanecer en La Habana, para gestionar ante las nuevas autoridades revolucionarias las facilidades para el regreso de los demás exiliados. Cuando se hallaba enfrascado en esta misión, fue designado para integrar el Gobierno Revolucionario.

El doctor José Miró Cardona, ex-decano del Colegio de Abogados de La Habana, quien fungía desde el 5 de enero como Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, tenía una estrecha y larga amistad con Dorticós, al parecer nacida en la Universidad de La Habana y fortalecida luego en el ejercicio profesional y en la dirección de los colegios de abogados.

Tras las primeras sesiones del gabinete, Miró Cardona comprendió que la facultad legislativa que se le había asignado al Consejo de Ministros exigía de un cuerpo técnico especializado. Hasta ese momento, la producción legislativa del país correspondía a la Cámara de Representantes y al Senado de la República, los que contaban con toda la infraestructura y el personal profesionalizado para legislar con técnica depurada. Triunfada la Revolución y traspasada la facultad legislativa al Consejo de Ministros, de mantenerse como tónica que cada ministro elaborara y presentara directamente al Consejo de Ministros sus proyectos de leyes, sin una adecuada labor previa de estudio y formulación técnica, se legislaría con mucha disparidad, carente de un estilo común. Eso había que evitarlo, dándole un estilo uniforme a las leyes aprobadas.

En la reunión del 9 de enero de 1959, Miró Cardona trasladó su preocupación al Consejo de Ministros. Su razonamiento era totalmente justificado y correcto, así que estuvimos conformes. A sugerencia del Presidente Urrutia, el Consejo de Ministros acordó crear un Ministerio de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias. Miró Cardona propuso que este organismo se le confiara al doctor Osvaldo Dorticós Torrado.

El análisis fue breve, pues en el Consejo de Ministros, integrado mayoritariamente por abogados que conocíamos de la sabiduría de Dorticós, hubo unanimidad inmediata para nombrarle. Se aprobó su designación, basada en su prestigio y probada capacidad profesional, y se le hizo pasar para que jurara ante el Consejo de Ministros. Ello fue posible porque Dorticós se encontraba en esos precisos momentos en el Palacio Presidencial, haciendo gestiones para que se autorizara el envío a México de varios aviones con el objetivo de trasladar a Cuba a parte de la comunidad de exiliados cubanos. Sin

embargo, su designación sorprendió a Osvaldo, quien estaba al margen de las gestiones de Miró Cardona:[14]

— En forma bastante sorpresiva para mí, en un momento en que me encontraba justamente aquí, en el Palacio Presidencial, realizando estas gestiones, se me informó que había sido designado ministro (...) Entonces, aquí mismo se me notificó el acuerdo del Consejo y la designación presidencial, y recuerdo que fui llamado a la sesión del Consejo que se estaba celebrando. En aquel momento, pensé negarme a la aceptación de aquella designación, pero se me dijo que había sido unánime; que se requerían mis servicios. Aquello no era una cosa de aceptar o no, sino simplemente de obedecer un mandato...[15]

A Dorticós le correspondió la parte técnica de materializar en leyes el programa de la Revolución. Osvaldo era un hombre consagrado a sus tareas quien, con un exiguo personal técnico compuesto por abogados, echó manos a la labor de asesorar, corregir, redactar y ayudar a elaborar las leyes de los distintos ministerios. El peso de todo el trabajo lo llevaba Osvaldo, quien conocía el espíritu que latía tras cada medida dispuesta por el Gobierno Revolucionario.

Durante años, la producción legislativa del Consejo de Ministros tuvo en Dorticós un celoso guardián de su calidad jurídico-formal, toda redactada con un elevado lenguaje en el que, al decir del doctor Julio Fernández Bulté, *se conjugan, con galanura poco común, los propósitos políticos, sociales y económicos de cada preceptiva con los más exigentes requerimientos técnico-formales.*[16] Dorticós hizo una faena muy meritoria y reconocida, conducida por su inteligencia y alta cultura jurídica, determinantes para que el estilo y la técnica de las leyes revolucionarias de su período fueran excelentes.

Durante el tiempo en que Dorticós fungió como ministro de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias, asumió también, con carácter interino, indistintamente, las carteras de Economía, Comunicaciones, y Recuperación de Bienes Malversados.

14 El día antes, cuando iban en auto hacia la Ciudad Militar de Columbia al recibimiento de Fidel, Miró Cardona le insistió a Dorticós para que venciera su natural recogimiento y se proyectara más públicamente, pero no le dijo que estaba pensando en proponerlo para un cargo de tanta responsabilidad política. En ese auto viajaba también Gerardo Pérez-Puelles, subsecretario de Obras Públicas, quien testimonió para los autores.

15 Periódico *Revolución*, 30 de diciembre de 1959.

16 Julio Fernández Bulté: "Tras las pistas de la Revolución en cuarenta años de Derecho." Revista *Temas*, número extraordinario, 16/17, 1999, p. 106.

Sorprendido para Presidente de la República

Muchos factores se unían para sumergir en la discreción al doctor Osvaldo Dorticós Torrado. La índole del Ministerio de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias, el más reducido y anónimo de los organismos del Estado, el de más corta permanencia (algo más de seis meses), facilitó que su titular fuera casi desconocido para el público. La hermética discreción y la sencillez que caracterizaban a Osvaldo, a quien raramente se le vio con la prensa, acentuó esta circunstancia. Si bien la trayectoria revolucionaria de Dorticós tenía relevancia, estaba muy lejos de haber sido uno de los grandes protagonistas de los acontecimientos más sobresalientes de la Revolución. Ocurría, incluso, que el hecho de fungir como Presidente del Colegio Nacional de Abogados, cargo del que se encontraba de licencia, tampoco le proporcionó la publicidad que se podía esperar. El Colegio Nacional de Abogados carecía de la fuerza y prestancia que tenían los colegios de abogados provinciales y de las principales ciudades cubanas, especialmente el de La Habana.

¿Qué ocurrió aquella noche del 17 de julio de 1959? Cuando el doctor Armando Hart propuso al doctor Osvaldo Dorticós Torrado para cubrir el cargo de Presidente Provisional de la República, la inmensa mayoría de los ministros se sorprendió, y Dorticós más que ninguno. Nos miró a todos y alegó no reunir los méritos requeridos para tan alta responsabilidad pública. Los ministros que le conocíamos y apreciábamos, apoyamos la proposición, y le exhortamos a que, como revolucionario, asumiera la nueva responsabilidad que la Revolución le imponía. Osvaldo persistió en su actitud de rechazo. Para vencer sus escrúpulos le dije:

— Osvaldo, cuando la Revolución nos pide una tarea, por muy dura y difícil que sea, no debemos rechazarla, sino afrontarla con decisión, valentía y amor.

La persistencia de argumentos favorables persuadió a Dorticós de que debía aceptar el cargo. Cuando asintió, pregunté a los miembros del Consejo de Ministros si había alguna otra proposición, pero ningún ministro solicitó la palabra. Eran las once y quince de la noche. Procedimos a votar la única propuesta. Unánimemente, acordamos que el nuevo Presidente Provisional de la República fuera el doctor Osvaldo Dorticós Torrado. Aproximadamente quince minutos transcurrieron desde que la República había quedado acéfala con la renuncia del doctor Manuel Urrutia.

En esas circunstancias tan trascendentales, humilde y parco, Dorticós se limitó a pedirnos:

— Pero no me obliguen a vivir en Palacio.

Acordamos proceder a la presentación pública del nuevo Presidente ante las pocas personas que a esa hora estaban concentradas alrededor del Palacio Presidencial, esperando el desenlace de la crisis. La ciudad semejaba un desierto. Casi todos sus habitantes se encontraban en sus casas o donde hallaban un televisor, viendo la comparecencia de Fidel en *CMQ-TV*.

El doctor Armando Hart fue designado para presentar a Osvaldo Dorticós Torrado al pueblo. Se levantó la sesión y los compañeros agasajamos a Dorticós. El ministro de Trabajo, doctor Manuel Fernández, hizo un aparte con Faustino Pérez, Armando Hart y conmigo, y nos interrogó acerca de si habíamos reparado en el hecho de que Dorticós era casi desconocido para el pueblo y de que al comunicar la noticia podría producirse manifestaciones de rechazo, peticiones para que el Presidente de la República fuera Fidel u otra personalidad cubana. Si esto ocurría, Dorticós resultaría impactado, sería muy doloroso para él y la Revolución se vería afectada, objeto de especulaciones en el sentido de afirmar que el nuevo Presidente de la República lo era pese a la oposición de un sector nacional.

Al escuchar a Manuel Fernández, quedamos perplejos. No habíamos reparado en esa posibilidad, muy real. Dorticós se percató del estado de preocupación que nos embargaba. Se acercó y nos preguntó si había algún problema. Para no preocuparlo, le dije:

— Nada, vamos todos para la terraza a dar cumplimiento a lo dispuesto por el Consejo, para que prestes el juramento ante el pueblo.

Había que afrontar el riesgo de un rechazo a la persona de Dorticós. Fuimos recibidos con aplausos y vivas a la Revolución. Armando Hart tomó la palabra y explicó que el Presidente Urrutia había renunciado. Pidió respeto a su integridad física. Anunció que el Consejo de Ministros, en uso de las facultades constitucionales, había acordado unánimemente designar como nuevo Presidente Provisional de la República al doctor Osvaldo Dorticós Torrado y que exhortábamos al doctor Fidel Castro a que reasumiera el cargo de Primer Ministro. Sus palabras fueron seguidas por intensos aplausos y exclamaciones de aprobación. El temor se disipó. Los allí congregados dieron muestras inequívocas de apoyo a las determinaciones del Consejo de Ministros. En sentidas e improvisadas palabras, Dorticós prestó juramento:

— Al asumir, por decisión unánime del Consejo de Ministros, la alta responsabilidad de la Presidencia de la República, la he acep-

tado a pesar de la conciencia de mis incapacidades personales y de entender que esas responsabilidades son más altas que las posibilidades de mi propio destino personal, en cumplimiento sencillo y humilde de un elemental deber revolucionario. Al asumir este cargo, en nombre del Consejo de Ministros y en mi propio nombre, aparte del juramento personal de mi cargo, ante el pueblo de Cuba juro una vez más, solemnemente, ante el pueblo y ante la memoria de nuestros héroes, ante el recuerdo de nuestros mártires, cumplir sencilla y honestamente el deber revolucionario que la República me encarga.[17]

Dorticós había estado en el proceso de desencadenamiento de la crisis y lo menos que podía imaginar era que al final resultara seleccionado para asumir la Presidencia. Meses después, reflexionando serenamente sobre la forma en que había llegado al cargo, Dorticós confesó:

— Y esta vez sí que con mayor sorpresa y enfado de mi parte, el Consejo de Ministros en el momento en que había que hacer la sustitución de inmediato para no producir una situación de discontinuidad en el régimen revolucionario, me designó Presidente, de acuerdo con las facultades conferidas por la Ley Fundamental. En esta oportunidad intenté negarme a ello y discutir, pero la discusión fue poco democrática: no me permitieron discutir la designación. De momento nos vimos frente a la multitud que se había congregado frente a Palacio para decir nuestras primeras palabras como Presidente de la República, bastante aturdido y abrumado. Yo había participado días antes en el proceso de sustanciación de aquella crisis, muy cercanamente a Fidel. Tres o cuatro hombres conocíamos como se estaba desarrollando aquel proceso, y jamás pude pensar que fuera yo la persona seleccionada para solventar aquella crisis. No me explico las razones de aquella selección que me abrumó bastante, lo confieso. Me parecía que se abría un mundo de responsabilidades superior a mis fuerzas. Pero creo que trabajando junto a Fidel cualquier fuerza alcanza para realizar cualquier obra si se tiene buena fe y comprensión revolucionaria y la orientación de su liderazgo.[18]

Juramentado el Presidente, la prensa nacional y extranjera aprovechó para entrevistar a todos los miembros del Consejo de Ministros. Como después rompieron con la Revolución, y en esa jornada aspiraban a asumir el cargo de Presidente Provisional de la Repúbli-

17 Periódico *Revolución*, 18 de julio de 1959.

18 Periódico *Revolución*, 30 de diciembre de 1959.

ca, creo útil reproducir las afirmaciones realizadas por los doctores Rufo López Fresquet y José Miró Cardona. Ellas descubren, a mi modo de ver, la mayor o menor estatura de estas personalidades. El doctor López Fresquet dijo:

— Ha sido una bella gesta democrática la forma en que se ha superado una crisis seriamente planteada en el proceso revolucionario. Ha triunfado de nuevo la Revolución en la forma más democrática posible.[19]

Por su parte, el doctor Miró Cardona afirmó:

— Con la designación del doctor Osvaldo Dorticós ha salido fortalecida la Revolución. Hombre de pensamiento, hombre de vida pulcra y hombre de acción, la República de Cuba tiene en él un gran Presidente.[20]

El nombramiento hecho por el Consejo de Ministros y su juramento eran los dos requisitos legales para que Dorticós fungiera como Presidente Provisional de la República. Pero ello no bastaba para dotar a su designación de la total legitimidad política. Era preciso que el otro poder del Estado, el Judicial, en manos del Tribunal Supremo de Justicia, y el Cuerpo Diplomático acreditado en La Habana, procedieran a conceder tácitamente el beneplácito al nuevo Presidente, presentándole sus respetos.

Me encargué de lo primero. Por teléfono comuniqué con el doctor Enrique Hart Ramírez, prestigioso magistrado del Tribunal Supremo de Justicia. Le dije que, si lo entendía conveniente, citara a varios de los magistrados del Tribunal Supremo para que saludaran a Dorticós, y que a continuación iba a comunicarme con el doctor Emilio Menéndez, Presidente del Tribunal Supremo de Justicia.[21] El doctor Enrique Hart estuvo de acuerdo.

¿Por qué consulté con Enrique Hart antes de comunicar con el Presidente del Tribunal Supremo de Justicia? Por su prestigio personal, que era tal que cuando nosotros trabajábamos en el proyecto de constituir un Gobierno Revolucionario en Armas, se pensó también en constituir un Tribunal Supremo de Justicia en la Sierra Maestra, del cual el doctor Enrique Hart Ramírez iba a ser su Presidente. Con

19 Periódico *Revolución*, 18 de julio de 1959.

20 *Ibidem*.

21 Llamé a casa del doctor Emilio Menéndez y le dije que para el Presidente Dorticós sería motivo de gran satisfacción poder saludarlo. Estuvo de acuerdo en recibir al Presidente de la República en breve.

Enrique Hart vendrían a la Sierra Maestra los magistrados Fernando Álvarez Tabío y Juan Bautista Moré Benítez.[22] El doctor Hart Ramírez estaba en la ciudad de Miami, esperando la orden de viajar a territorio libre, cuando se produjo la huida de Batista. Al conocerlo, viajó a la ciudad de Santiago de Cuba y nos acompañó a La Habana el 5 de enero. Sin embargo, el Presidente Urrutia nombró como Presidente del Tribunal Supremo de Justicia a su amigo personal, el doctor Emilio Menéndez, también un prestigioso magistrado, cuya esposa había sido una integrante destacada del Movimiento de Resistencia Cívica.

En la madrugada del 18 de julio, varios magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, encabezados por el doctor Enrique Hart, concurrieron al Palacio Presidencial para saludar al Presidente Dorticós. La prensa acreditada en Palacio ofreció una amplia cobertura al hecho. De igual manera, el Comandante en Jefe de las Fuerzas de Mar, Aire y Tierra de la República, comandante Raúl Castro Ruz; el jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde, comandante Camilo Cienfuegos, y el jefe de la Marina de Guerra Revolucionaria, capitán de fragata Juan Manuel Castiñeiras, fueron al Palacio Presidencial.[23]

El 20 de julio, Dorticós, acompañado por el doctor Alfredo Yabur, ministro de Justicia, visitó la sede del Tribunal Supremo de Justicia, siendo recibido por su Presidente, doctor Emilio Menéndez, quien agradeció públicamente la deferencia del Presidente de la República.

Por su parte, el doctor Raúl Roa García, ministro de Estado, coordinó con varios embajadores para que una representación del Cuerpo Diplomático acudiera al Palacio Presidencial a saludar al Presidente. No había necesidad de un reconocimiento internacional del Gobierno Revolucionario, pero en aquellas circunstancias resultaba muy positivo que los plenipotenciarios acreditados en La Habana ofrecieran sus respetos al nuevo Presidente. Días después, los embajadores de las naciones más importantes del hemisferio visitaron el Palacio Presidencial, siendo recibidos en audiencia solemne.

22 Cuando los grandes intereses afectados por la Reforma Agraria comenzaron a presentar recursos de inconstitucionalidad contra la Ley, pretendiendo frenar o dilatar su aplicación, estos tres magistrados asumieron una firme posición, en el seno del Tribunal de Garantías Constitucionales, que respaldó la continuación de la colosal revolución agraria cubana.

23 En Cojímar, Fidel presentó a Dorticós a la mayor parte de la alta oficialidad del Ejército Rebelde. Testimonio de Jorge Serguera Riverí, comandante-auditor del Ejército Rebelde en julio de 1959.

Entrega total

Con la nueva designación de Dorticós, el Ministerio de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias quedó acéfalo. Osvaldo Dorticós no sólo había sido el ministro y el alma de aquel organismo *sui generis*, sino que la dependencia estatal apenas funcionaba como entidad burocrática. En consecuencia, se hizo necesario que el Consejo de Ministros hiciera designación de un nuevo ministro o que adoptara una decisión definitiva con el organismo.

Mediante la Ley 467, de 29 de julio de 1959, se dispuso la supresión del Ministerio de Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias, traspasando las funciones, el personal y el presupuesto a la Presidencia de la República, a una nueva dependencia: el Departamento de Asesoría Técnico-Jurídica de la Presidencia.

Esto implicó una multiplicación del trabajo del doctor Osvaldo Dorticós, pues además de las responsabilidades como Presidente Provisional de la República continuó atendiendo personalmente el estudio y la ponencia de diversas iniciativas legislativas. A lo largo de dos años y medio, fui testigo excepcional de la capacidad de entrega al trabajo de Dorticós, pudiendo comprobar fehacientemente que la Revolución había ganado *un gran Presidente,* el que necesitaba en aquellas circunstancias y especialmente en las que se avecinaban.

El doctor Osvaldo Dorticós Torrado trabajó con entusiasmo y eficiencia junto a Fidel, justificando plenamente la confianza que en un momento trancendente le confió la Revolución.

Fidel reasume como Primer Ministro

Esa madrugada del 18 de julio, el Palacio Presidencial quedó sin inquilino, definitivamente. Al renunciar, Urrutia se marchó. Al asumir, Osvaldo Dorticós renunció a vivir en el Palacio que fue residencia de los presidentes de la República desde finales de la segunda década del siglo XX.

Para la salida del doctor Manuel Urrutia del Palacio Presidencial, se organizó un simulacro de evacuación con el automóvil oficial chapa número 1 por la puerta del garaje de la calle Monserrate, que era el lugar por donde Urrutia entraba. Este acceso permitía llegar a la escalera secreta, y a la escalera y al ascensor que llevaban al despacho y a las habitaciones presidenciales. El pequeño grupo de personas que se había concentrado repudiando a Urrutia acudió a la calle Refugio, entrada principal al Palacio Presidencial, a la voz de *¡Por aquí!*, convenientemente gritada por un miembro de la guarnición, y se dirigió hacia la puerta de Monserrate, la que se había dejado entreabierta, con el vehículo presidencial

con el motor en marcha, haciendo señales con las luces, simulando la inminencia de su partida. Esta distracción de la atención de la multitud fue aprovechada para sacar a Urrutia y su familia en varios vehículos que circularon contra el tránsito por la calle Refugio. El ya ex-presidente iba escoltado por soldados rebeldes, con la orden estricta de evitar cualquier acción contra su vida o integridad personal.

Después de tomar posesión como Presidente de la República y en altas horas de la madrugada, Dorticós y varios ministros salimos del Palacio Presidencial. Cuando nos despedíamos, el Presidente me pidió que lo fuera a recoger a las ocho de la mañana, a su casa. Él vivía en un apartamento alquilado en el edificio sito en la calle Prado, número 20. Cuando fui por él propuso ir a pie, para hacer un poco de ejercicios. Desde allí fuimos hasta la calle Colón. Como dos peatones más, porque entonces nadie nos reconocía, arribamos al Palacio Presidencial. Al llegar a la puerta de servicio, la posta rebelde se sorprendió al vernos llegar a pie.

Dorticós explicó públicamente en varias oportunidades las razones por las que no quiso residir en el Palacio Presidencial. Entre tanta majestuosidad, se sentía incómodo, extraño. Él, persona sobria, no tenía aptitud para vivir en una mansión ejecutiva que le resultaba una *prisión*. Residir entre tanta ostentación de riqueza lo entendía como un insulto y un bofetón a la sensibilidad popular en un país de miseria extendida. Rompió con la costumbre inveterada, establecida desde tiempos del Presidente Mario García Menocal de ocupar el tercer piso como residencia de la familia presidencial.

Esta actitud de Dorticós era perfectamente comprendida. Por supuesto, se aceptó su determinación. Tampoco era posible ya, por razones básicas de seguridad, que continuara viviendo en el apartamento de su alojamiento anterior. Semanas después, alquiló la casa marcada con el número 4608 en la avenida Primera, esquina a la calle 60, en Miramar. Allí fue a residir con su esposa, María Caridad Molina, y su suegra.

Él dispuso que las habitaciones de la familia presidencial, en el tercer piso del Palacio Presidencial, se convirtieran en oficinas y biblioteca. Dorticós sólo usaba el despacho oficial del Presidente de la República, en el segundo piso, para recibir visitas de embajadores u otras personalidades, por lo que fue necesario que en el tercer piso se le creara condiciones. Allí era donde trabajaba diariamente, y recibía a los ministros, jefes militares y demás personas de confianza.

Que Fidel reasuma

La renuncia de Urrutia y la designación del doctor Osvaldo Dorticós Torrado como Presidente Provisional de la República no bastaban para superar del todo la crisis de poder. Fidel había renunciado públicamente al cargo de Primer Ministro, y tras la dimisión de Urrutia no retiró la suya, con lo que la crisis continuaba.

Su renuncia era pública, por medio del periódico *Revolución*. Eso, lejos de facilitar las cosas, las complicaba, pues teníamos que vencer sus escrúpulos personales y políticos para que reasumiera el cargo. Él había renunciado para poder denunciar las actitudes contrarrevolucionarias del Presidente Urrutia, exponiéndose políticamente a que lo tildaran de golpista. Reasumir inmediatamente, podría validar las acusaciones de los enemigos. Sólo la presencia de un argumento sólido, que legitimara su conducta lo haría regresar al Gobierno. Otra cosa era políticamente inaceptable para Fidel.

Era un anticipo del momento que le tocó vivir al Che cuando su carta de despedida a Fidel para ir a luchar por otros pueblos se hizo pública en agosto de 1965, y tras el fracaso de la empresa internacionalista en el Congo, se le pedía que regresara a Cuba. Después de renunciar a la ciudadanía cubana, a los cargos oficiales y de despedirse de nuestro pueblo, el Che no aceptaba volver sobre sus pasos. Una actitud semejante es perfectamente comprensible cuando se trata de hombres con profundas convicciones.

Fidel no había dejado de ser Primer Ministro, pues el Presidente de la República, Manuel Urrutia Lleó, en la tarde del 17 de julio, excluyó esa posibilidad ante los estudiantes universitarios que concurrieron frente al Palacio Presidencial y luego no hizo pronunciamiento alguno de rechazo o aceptación de su renuncia. Constitucionalmente, al Presidente de la República le incumbía determinar la continuidad o no de un ministro en su cargo. El Consejo de Ministros no estaba facultado para aceptar o rechazar la renuncia del Primer Ministro.

Al momento de designar el Consejo de Ministros a Dorticós, todos estuvimos de acuerdo con apelar a Fidel para que reasumiera el premierato. Aquella histórica sesión del Consejo de Ministros sólo duró quince minutos, y terminó con la convocatoria de Dorticós a una sesión extraordinaria para el 18 de julio, a las cinco de la tarde.

Efectivamente, nos reunimos a la hora prevista. Fue una sesión breve, eminentemente política. Acordamos felicitar al pueblo por la decidida y serena actitud del día anterior, a sectores obreros, institu-

ciones cívicas y organismos políticos y revolucionarios por el apoyo que le habían brindado al Gobierno Revolucionario y a Fidel. Dorticós comunicó su determinación de no aceptar la renuncia pública presentada por Fidel. Acordamos exhortarle a reasumir como Primer Ministro.

Hicimos un receso para que el Presidente inaugurara la Exposición Industrial Cubana, en el Capitolio Nacional. Lo acompañó el Comandante en Jefe de las Fuerzas de Mar, Aire y Tierra de la República, comandante Raúl Castro. El Presidente regresó a Palacio y reanudamos la sesión.

El financiamiento del Palacio Presidencial, herencia de Batista, fue siempre motivo de preocupación para nosotros. Urrutia no quiso disminuir el presupuesto, completamente exagerado para el momento revolucionario que vivía el país. Sin embargo, la primera medida de gobierno propuesta por Dorticós al Consejo de Ministros fue la necesidad impostergable de reducir los excesivos gastos del Ejecutivo de la República: 2 433 659. 95 pesos anuales. A propuesta de Dorticós, acordamos rebajar la partida presupuestaria a la mitad. En ese momento, se trató de un acuerdo eminentemente político, porque era necesario aprobar un cuerpo de ley, resultado de un estudio técnico que determinara en cuáles erogaciones se realizaría los ajustes, de lo que fue encargado el ministro de Hacienda, doctor Rufo López Fresquet.

Concluida la reunión, el Presidente Dorticós, su esposa, y los ministros Cepero Bonilla, *Pedrito* Miret, Camacho Aguilera, Raquel Pérez, Alfredo Yabur, Serafín Ruiz de Zárate, y yo visitamos la Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana para notificar a la Hermana de la Caridad, sor Rosa Homs, Madre Superiora, el acuerdo tomado por el Consejo de Ministros de dotar a la institución, entonces un inhóspito caserón, con más de un millón de pesos, derivado de la economía presupuestaria del Palacio Presidencial.

Llegamos y sor Rosa estaba sentada en un sillón. Quiso levantarse, pero Dorticós le pidió que no lo hiciera. El Presidente le comunicó el acuerdo tomado. Vimos satisfacción en los rostros de aquellas sacrificadas y humildes monjas. Marta Cuervo, viuda de Marcelo Salado, nombrada directora de la Casa de Beneficencia y Maternidad, agradeció, en nombre de la superiora y de los niños, el noble gesto del Gobierno Revolucionario. Hicimos un recorrido por la institución. Los niños mayores cantaron a nuestro paso las notas del Himno Nacional y la Marcha del 26 de Julio. Tras ir al pabellón de los recién nacidos, nos retiramos.

El Consejo de Ministros volvió a reunirse el 21 de julio. De nuevo se insistió en que no aceptábamos la renuncia de Fidel, apelando a él para que volviera a asumir sus funciones como Primer Ministro. Designamos una comisión ministerial, integrada por Raúl Roa, Rufo López Fresquet, Manuel Ray, Armando Hart y Regino Boti, para estudiar con las autoridades de la Universidad de La Habana las necesidades de esa casa de estudios. Se debía determinar el monto de los aportes que el Estado debía hacer para que la Universidad de La Habana estuviera en condiciones de cumplir sus propósitos educativos y culturales. En los años siguientes, tanto esa alta institución docente, como las universidades Antonio Maceo, de Oriente y Marta Abreu, de Las Villas, que eran las únicas universidades públicas que había en 1959, recibieron el máximo de prioridad, incrementándose sostenidamente el presupuesto y las asignaciones financieras para su desarrollo. Al cabo, la nación se pobló de universidades.[1]

Pese a que esta reunión del Consejo de Ministros podía ofrecer una evidencia de normalidad institucional en el país, la renuncia de Fidel condujo a que la incertidumbre y la inquietud se manifestaran públicamente. Convocado por el Comité Ejecutivo de la Confederación de Trabajadores de Cuba, el país hizo un paro casi total el 22 de julio entre las diez y las once de la mañana, reclamando la reincorporación de Fidel al premierato. Las campanas de las iglesias dejaron de tañer. La acostumbrada campanada de las diez y treinta no se escuchó en las iglesias. El tránsito fue paralizado por acciones de bloqueo de diversos sectores obreros. El acatamiento del paro fue general en toda la República. Dejaron de funcionar las fábricas y las actividades administrativas y escolares. El país se paralizó con una demanda común: que Fidel reasumiera sus funciones como Primer Ministro.

Pocas horas después, durante una asamblea de los obreros textiles, el dirigente sindical Jesús Soto apeló a Fidel, logrando que se comprometiera a ofrecer su respuesta durante la concentración popular por el aniversario del ataque al cuartel Moncada. Quería someter su decisión al veredicto popular en la plaza pública, su estilo de democracia directa, a mano alzada.

En las primeras horas de la noche del viernes 24 de julio, en el estadio de El Cerro, ante cerca de treinta mil fanáticos y con la presencia del Presidente Dorticós, se celebró un simbólico juego de

1 Al inicio del año 2000, el país contaba con cuarenta y seis universidades, con una matrícula aproximada de ciento treinta mil estudiantes; y habiéndose formado ya más de seiscientos treinta mil profesionales.

béisbol entre los *Barbudos* del Ejército Rebelde y la Policía Militar. El primer equipo estaba dirigido por Fidel, quien actuaba como lanzador, teniendo a Camilo Cienfuegos en la receptoría. No podían tener los jugadores a mejor árbitro: Amado Maestri. Fidel "ponchó" al primer hombre y apenas logró conectar un "roletazo" a la primera base. Ambas cosas provocaron el entusiasmo de los fanáticos que colmaban las graderías. Tras dos entradas de juego, concluyó el tope. De allí nació la famosa frase del comandante Camilo Cienfuegos de que "contra Fidel no estaba ni en la pelota". Como muchas más acciones de aquellos días, el propósito del juego era recaudar fondos para la aplicación de la Reforma Agraria.

La proximidad de la primera conmemoración del ataque al cuartel Moncada tras el triunfo de la Revolución incrementó el fervor patriótico en el país. Por vez primera, La Habana fue invadida por un ejército de campesinos provenientes del interior de la República, llegados a partir del 19 de julio en tren, ómnibus o a caballo. Días antes, el comandante Camilo Cienfuegos viajó a Las Villas para preparar una caballería guajira. Cientos de kilómetros fueron vencidos por los campesinos, quienes con Camilo al frente entraron en La Habana el 25 de julio. Por otras vías llegaron miles de guajiros y guajiras. El Consejo de Ministros no acordó crédito alguno para financiar el transporte y alojamiento de aquel mar de yarey. Fue creada una comisión organizadora que apeló y obtuvo solidaridad y cooperación suficientes de los habaneros. Los campesinos fueron acogidos por la población capitalina con verdadera hermandad. Las familias abrieron sus puertas y ofrecieron sus casas y sus camas. Igualmente ocurrió con los edificios públicos.

En el Palacio Presidencial acogimos a ciento cincuenta campesinas. Instaladas en el Salón de los Espejos, acompañé a Dorticós a saludarlas, una por una, a interesarnos por si se sentían bien atendidas y cómodas en los catres que se dispusiera para ellas. Las invitadas vitorearon al Presidente, obligándolo a hablar. Dorticós les dijo que podían estar seguras de que la Revolución era de veras y de que la Reforma Agraria iba hasta el final. Para aquellas humildes mujeres, habitar en el Palacio Presidencial y, en la mayor intimidad, escuchar de labios del Presidente de la República que la ley que les concedía la tierra y los derechos que de siempre les estuvieron negados iba de verdad, hasta sus últimas consecuencias, debió ser la mejor prueba de que la Revolución apostaba definitivamente por ellas. La emoción era ostensible en sus rostros, casi todos curtidos por el sol y los sacrificios.

A las doce de la noche del 25 de julio todas los campanas de las iglesias de Cuba tañeron en saludo al 26 de julio. En la catedral de La Habana se efectuó una misa en recordación de los mártires del yate *Granma*, oficiada por monseñor Evelio Díaz, obispo auxiliar de La Habana. Fidel, Dorticós y varios ministros asistimos junto a combatientes y familiares de los expedicionarios caídos.

Sesión del Consejo de Ministros en Santiago de Cuba

Habíamos acordado celebrar una sesión solemne del Consejo de Ministros en el cuartel Moncada al amanecer del 26 de julio. Fidel se excusó de asistir, por delicadeza, por no encontrarse participando del gabinete ministerial. Los doctores Raúl Roa y Augusto Martínez Sánchez también se excusaron por tener que atender cuestiones ineludibles.

Poco después de concluida la misa, en las primeras horas de la madrugada del 26 de julio, el Consejo de Ministros, partió para la ciudad de Santiago de Cuba. La presencia del Consejo de Ministros por segunda vez en Oriente[2] era un acto de honra a todos los combatientes revolucionarios que no habían visto el triunfo popular. En el cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, se había iniciado la lucha revolucionaria de Fidel y sus compañeros de la Generación del Centenario de José Martí. Varios combatientes cayeron en la acción militar, pero la inmensa mayoría fue asesinada vilmente por los cuerpos represivos tras el cese del combate. El asalto al cuartel Moncada fue el primer gran grito de rebeldía de la juventud cubana contra la tiranía de Fulgencio Batista.

En el aeropuerto nos recibió el comandante Calixto Morales, combatiente del cuartel Moncada y expedicionario del yate *Granma*, jefe militar de la provincia, y otros muchos compañeros de la lucha clandestina y guerrillera. Escuchamos las notas del Himno Nacional y de la Marcha del 26 de Julio, tras lo cual partimos para el cuartel Moncada.

Nos reunimos en el Club de Oficiales. Estuvimos custodiados por todas las banderas de los países americanos, incluyendo la de Puerto Rico. A las cinco y quince de la mañana, exactamente a la misma

2 El Consejo de Ministros se había constituido en la biblioteca de la Universidad de Oriente, el 3 de enero de 1959.

hora del comienzo de la acción el 26 de julio de 1953, el Presidente dio inicio a la sesión, pidiendo un minuto de silencio en tributo de honor a los caídos, y luego pronunció palabras muy sentidas.

No bastaba con rendir homenaje sólo sesionando el Consejo de Ministros en el lugar de los hechos, sino proclamando aquella fecha como el *Día de la Rebeldía Nacional*. La propuesta fue realizada por el ministro de Educación, doctor Armando Hart. Lo acordamos por unanimidad. Estando en Santiago de Cuba, próximo a la fecha, era esencial que el Consejo de Ministros acordara establecer una conmemoración nacional en homenaje al artífice indiscutido de la lucha clandestina: Frank País García, asesinado en el Callejón del Muro el 30 de julio de 1957.

El 18 de marzo de 1903 una ley promulgada por el Congreso de la República acordó instituir el 7 de diciembre de cada año, aniversario de la caída del lugarteniente general Antonio Maceo Grajales, como de recordatorio a los mártires de la lucha contra la dominación española. Era preciso que acordáramos algo similar para los que habían caído en el propósito revolucionario de terminar con los vicios de la República. De todos nuestros mártires de la lucha antibatistiana, Frank País era el más prominente. Propuesto por el comandante Pedro Miret, acordamos proclamar el 30 de julio como el *Día de los Mártires de la Revolución*.

Por último, acordamos autorizar al ministro de Recuperación de Bienes Malversados, doctor Faustino Pérez Hernández, a traspasar al Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) todos los recursos recuperados (dinero, fincas, ganado, equipos agrícolas, etc.) que pudieran apoyar a la Reforma Agraria en curso.

Todas las decisiones adoptadas en el cuartel Moncada fueron sin grandes exposiciones y los acuerdos lo fueron de inmediato, sin trámites. La reunión fue la más breve celebrada a todo lo largo de la Revolución, tan sólo seis minutos, contados por el reloj del corresponsal del periódico *Revolución*.

A la reunión habíamos invitado a Haydée Santamaría Cuadrado, combatiente y hermana del segundo jefe de la acción de 1953, Abel Santamaría. Terminada la sesión, se le pidió que hablara en nombre de los combatientes del cuartel Moncada. Emocionada, la inolvidable *Yeyé* fijó lo que era el sentimiento común:

— Hoy aquí pido en nombre de los mártires —ya que son muchos los vivos que le van a pedir que vuelva —hoy aquí también pido en nombre de esos que sé que se lo están pidiendo, que Fidel vuelva,

que vuelva al puesto que le pertenece, porque así lo quieren los vivos y porque así lo quieren los muertos.[3]

Desayunamos en el propio recinto cuartelario y nos trasladamos al bello edificio del Ayuntamiento de la ciudad, en el parque Céspedes. Una compacta multitud integrada por familiares de desaparecidos portando sus retratos, secciones femeninas del Movimiento 26 de Julio con banderas, un pelotón de la Marina de Guerra, otro de *Boy Scouts*, la Banda Municipal y combatientes revolucionarios y el pueblo, estaba congregada. El Presidente fue ovacionado. Dorticós izó la bandera nacional, justamente donde la noche del primero de enero Fidel proclamó el triunfo de la Revolución. Luego hablaron el capitán Casto Amador, coordinador del Movimiento 26 de Julio en Oriente, Armando Hart y Dorticós. Del Ayuntamiento nos fuimos al aeropuerto. Regresamos a La Habana, donde desde horas bien tempranas había una enorme efervescencia patriótica.

En La Habana

En la mañana, frente al Capitolio Nacional, durante cuatro horas, se llevó a cabo un desfile militar. Desde el castillo de La Punta, por todo el Paseo de El Prado, hasta la calle Monte, desfilaron, primero, unidades del Ejército Rebelde, la Marina de Guerra, la Policía Nacional Revolucionaria, y fuerzas blindadas y carros de combate. Mientras duraba el desfile militar, aviones de la Fuerza Aérea Rebelde realizaron maniobras sobre el lugar. Tras la parada militar, el comandante Camilo Cienfuegos desfiló con cerca de dos mil jinetes campesinos, quienes, procedentes de Yaguajay y otras zonas rurales de Las Villas, habían hecho una larga y fatigosa marcha, y entrado en La Habana el día anterior. Una segunda caballería, organizada por el Directorio Revolucionario y el Segundo Frente Nacional de El Escambray, marchó a continuación, cerrando la parada.

Tras el desfile, Fidel se trasladó en helicóptero hacia el Malecón, para dirigir un simulacro de combate con participación de las tres armas. Desde el castillo de La Punta hasta el parque Maceo se congregó el pueblo para apreciar la primera maniobra bélica con tiro real que se hizo en La Habana. Un viejo guardacostas fue situado a milla y media del Malecón. La fuerza del mar lo movía continuamente. En el parque Maceo fue situada una sección de catorce tan-

3 Expediente 340 de la Secretaría del Consejo de Ministros, de 26 de julio de 1959.

ques *Sherman* y *Comet*, y una sección de cañones de setenta y ocho y ochenta y cinco milímetros. Fidel y varios comandantes rebeldes los dirigían *in situ*. El comandante Juan Almeida, jefe de la Fuerza Aérea Rebelde, desde un helicóptero hacía lo propio con los aviones T-33, B-26 y *Sea Fury* que tomaban parte en el ejercicio. El guardacostas fue hundido rápidamente . Un segundo blanco, un viejo remolcador, fue destruido en pocos minutos. Fidel dirigía la operación bélica con el mismo interés e igual vitalidad con que lo hiciera en la Sierra Maestra. La maniobra pudo haber terminado trágicamente, pues en una de las picadas en barril uno de los aviones tocó con las hélices el mar, sufriendo serios desperfectos. En una actitud temeraria, el piloto salvó el aparato, regresando con gran dificultad a su base en el aeropuerto militar de Ciudad Libertad.

Concentración popular en la Plaza Cívica

A las cuatro de la tarde, aproximadamente un millón de cubanos se reunió en la Plaza Cívica José Martí, frente a una tribuna que se improvisó en la terraza de la Biblioteca Nacional.[4] Lo que inicialmente se pensó como una concentración campesina para defender la Ley de Reforma Agraria y apoyar a la Revolución, se transformó en una enorme multitud de habaneros y guajiros, mezclados física y espiritualmente. Por supuesto, lo más reclamado era la reinserción de Fidel al cargo de Primer Ministro. Al hablar, el Presidente Dorticós encuestó al pueblo:

— El mensaje del Gobierno es de esperanza y optimismo, porque sabemos que contamos con todos ustedes. Pero hay un clamor que brota de esta inmensa multitud y de todo el pueblo y quiero realizar aquí la consulta directa: ¿desean ustedes o no que siga el doctor Fidel Castro al frente del Gobierno?

La respuesta popular fue una tremenda ovación. Los machetes y sombreros campesinos fueron enarbolados, mientras el clamor se

4 Participaron dos grandes símbolos de América: el general Lázaro Cárdenas, el ex-presidente de México quien recuperara para su nación las grandes riquezas nacionales, enfrentándose a poderosos monopolios extranjeros y a la agresividad de las grandes potencias, y el doctor Salvador Allende, senador y candidato presidencial de la izquierda chilena, quien entonces era Presidente de la Confederación Médica Panamericana. Allende sería el primer presidente socialista elegido electoralmente en América Latina, para terminar siendo mártir de la lucha antiimperialista.

extendía por la vasta explanada. Emocionado por la respuesta popular, Dorticós concluyó:

— Por vez primera manda el pueblo, que le ordena a Fidel cumplir con su deber.

Tras las palabras del Presidente, habló David Salvador, dirigente obrero, y a continuación el comandante Faustino Pérez Hernández, ministro de Recuperación de Bienes Malversados:

— Con la misma delirante alegría que se recibió a los barbudos, se acoge en la capital a los campesinos, y hasta los niños han expresado sus simpatías contribuyendo con sus centavos. En mi propio hogar, mi pequeño hijo, al despertarme todos los días lo hace dándome dos besos y me dice: "Uno para ti, y otro para Fidel."

— Esta es la Revolución humanista, transformadora no sólo de nuestra estructura política y económica, sino modificadora igualmente de la mentalidad colonialista. Es la Revolución que ha recuperado los bienes malversados y la vergüenza perdida. La Revolución fecunda y generosa que quiso nuestro Apóstol.

Faustino entregó a Fidel el cheque número 95 851 por el monto de veinte millones de pesos en efectivo recuperados por su ministerio,[5] y anunció que se traspasaría al INRA aproximadamente nueve mil caballerías de tierra valoradas en cerca de diecinueve millones de pesos; treinta y tres mil cabezas de ganado vacuno por un monto de seis millones de pesos; cientos de caballos y miles de cerdos por un valor de más de sesenta mil pesos, y dos centrales azucareros, estimados en seis millones de pesos. En total, el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados entregó en apoyo a la Reforma Agraria el equivalente a cincuenta y un millones de pesos.

Días después, la prensa revolucionaria dio cuenta de cómo los grandes personeros de la tiranía "contribuyeron" a financiar la Reforma Agraria de la Revolución que los derrotó y derrocó:

Fulgencio Batista y la familia Fernández Miranda, $ 3 536 822.00; Francisco Tabernilla y Alberto del Río Chaviano, $ 902 690.00; Juan Rojas González, $ 1 804 029.45; Pilar García García, $ 893 761.14; José Suárez Rivas, $ 782 624.00; Nicolás Arroyo Márquez, $ 591 731.72; Amadeo López Castro, $ 482 526.79; José Rodríguez Calderón, $ 436 959.35; Joaquín Martínez Sáenz, $ 389 671.67; Jus-

5 Ello fue posible porque, en los primeros días del triunfo, el comandante Faustino Pérez y sus compañeros del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados "congelaron" las cuentas en los bancos y abrieron las cajas de seguridad. Inicialmente, todo aquel dinero se dejó en los bancos donde se ocupó. Semanas después, todo fue trasladado al Banco Nacional de Cuba, al servicio del país.

to Luis Pozo, $ 373 244.88; los hermanos Eulogio Cantillo Porras y Carlos Cantillo González, $ 310 691.26; José Pérez Benitoa, $ 305 479.73; Andrés Domingo y Morales del Castillo, $ 278 289.04; Rafael Salas Cañizares, $ 214 381.37; Conrado Carratalá, $ 162 094.31.

A los batistianos se les había ocupado ciento veintitrés fincas: once en Oriente, doce en Camagüey, diecinueve en Las Villas, ocho en Matanzas, cuarenta y tres en La Habana y treinta en Pinar del Río. Entre las fincas confiscadas estaba la del tirano, *Kuquine* (diecisiete caballerías), con una rica granja lechera y una buena sembradía de caña. Allí se ocupó veinticuatro maletas hechas, que no atinó a llevarse en su huida, doscientos pares de zapatos y cuatrocientas carteras de la esposa, Martha Fernández. Fue rescatada la isla de Turiguanó (mil trescientas veintisiete caballerías), de las manos de *Papo* Batista y José Pardo Jiménez, y la finca *El Chico,* en Marianao, de *Panchín* Batista, la que fue entregada a la Asociación Nacional de Rehabilitados Físicos y Mutilados de Guerra.[6]

Ello solo era una pequeña parte del patrimonio que el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados tenía que asumir.

Tras Faustino Pérez, habló cortamente el viejo campesino oriental Crescencio Pérez Montano, el mismo que habiendo luchado contra Machado se sumergió en la desesperanza producida por la frustración revolucionaria de los años treinta, y ya en el ocaso de su rica y azarosa vida sintió nuevos bríos y se incorporó a la lucha, alcanzando el grado de comandante del Ejército Rebelde.

Fue con el discurso de Raúl, cuando se produjo el clímax del acto.

— Estamos conmemorando el sexto aniversario del 26 de julio, y además de eso se siente en el aire la espera de una gran decisión. Miles y miles de ciudadanos, en cientos de cartelones, no piden sino que regrese Fidel...

Sus palabras quedaron interrumpidas por una cerrada ovación. La multitud reclamó a Fidel. Durante varios minutos, el pueblo aplaudió y lanzó sus vítores. Hubo una especie de delirio colectivo. En ese momento, el Presidente Dorticós se acercó a Raúl, tomó los micrófonos y comunicó, conmovido.

— En el momento más emocionante de mi vida, puedo anunciar hoy que el compañero Fidel, ante vuestro mandato, ha aceptado volver al cargo de Primer Ministro.

6 Su casa, en la avenida Menocal, fue entregada para instalar en ella un dispensario antituberculoso. *La Milagrosa*, otra de sus fincas, fue cedida al Ministerio de Bienestar Social.

Era la apoteosis. Fidel se aproximó al Presidente de la República. Todos los ministros participamos de la emoción popular. Quedaba resuelta, definitivamente, la crisis institucional. Raúl logra decirlo con palabras precisas:

— *Que regrese Fidel pidió el pueblo, y ya regresó. En realidad creo que nunca se fue, porque su pueblo no lo dejaba. Y Fidel está aquí porque hace falta. Porque la nave de la Revolución necesita un timonel como él para que los traidores no puedan desviar el curso.*[7]

Había que convertir la crisis en una verdadera victoria revolucionaria. En la conciencia popular y en la opinión pública había que sepultar las posibles interpretaciones que significaran a Fidel como un ambicioso y arrogante militar que pone o quita presidentes y que concentra en sí todo el poder. En febrero, a iniciativa y por insistencia de los ministros que militábamos en el Movimiento 26 de Julio, Fidel asumió como Primer Ministro, responsabilidad que pudo haber ocupado desde el principio, si lo hubiese querido. Ahora, habiendo renunciado públicamente, solamente el clamor popular y la apelación del Consejo de Ministros pudieron convencerlo de reasumir el cargo. En esa extendida demanda radicaba la ganancia política de la crisis, a tal punto de poder proclamar que la Revolución salió fortalecida notablemente.

Otra vez en Santiago de Cuba

Nos sentíamos en deuda con los miles de mártires de la Revolución. En las primeras horas de la mañana del 30 de julio, el Presidente y varios ministros nos trasladamos nuevamente a Santiago de Cuba, para rendirles homenaje en el segundo aniversario del asesinato de Frank País. Del aeropuerto fuimos a la plaza Flor Crombet. Dorticós develó una tarja en memoria de los mártires santiagueros y Armando Hart otra en honor de Flor Crombet. Nos trasladamos a San Germán y Callejón del Muro, a colocar ofrendas florales y después, a pie, encabezando una imponente manifestación, al cementerio de Santa Ifigenia, a colocar otra ofrenda en la tumba de Frank País, René Ramos Latour y Raúl Pujols. En la noche, en el Instituto de Segunda Enseñanza, hubo una velada donde hablaron Dorticós, el reverendo

7 Todas las citas de las actividades del 26 de julio de 1959 están tomadas del periódico *Revolución*, de 27 de julio de 1959.

Agustín González Seisdedos,[8] Faustino Pérez y Jorge Enrique Mendoza. Fidel resumió el acto:

— No estamos hablando de héroes ni de mártires que vivieron hace una centuria; estamos recordando a compañeros que convivieron con nosotros, que con nosotros se albergaron en las mismas casas, que con nosotros se sentaron en la misma mesa, que con nosotros recorrieron los mismos caminos y subieron las mismas montañas y lucharon en los mismos combates y soñaron con los mismos ideales.[9]

Productiva reunión del Consejo de Ministros

El día antes, 29 de julio, Fidel asistió a la primera reunión del Consejo de Ministros tras superarse la crisis. Fue una sesión muy productiva, en la cual volvieron a sentarse juntos el Presidente de la República y el Primer Ministro, lo que no ocurría desde la primera mitad de febrero, pues al asumir Fidel como Primer Ministro se le transfirió la dirección del Gobierno, situación que disgustó al Presidente Manuel Urrutia, quien se retiró de la sesión y nunca más volvió a una reunión del Gobierno Revolucionario.

La iniciativa del Presidente Dorticós, aprobada por el Consejo de Ministros el 18 de julio, en el sentido de reducir en la mitad los presupuestos del Palacio Presidencial, había quedado sujeta a la presentación, discusión y aprobación de la ley correspondiente. Sin dilación, el estudio económico-financiero fue realizado por el personal especializado del Palacio Presidencial y del Ministerio de Hacienda. En consecuencia, el 29 de julio, como primer punto de la agenda, discutimos el Proyecto de Ley presentado por el ministro de Hacienda, doctor Rufo López Fresquet, reduciendo en casi el 50 % el presupuesto destinado a las atenciones del Palacio Presidencial, de 2 433 659.95 pesos a 1 233 659.95 pesos. Entre otras cosas, se procedió a reducir significativamente el salario del Presidente de la República.

De acuerdo con el Presupuesto de la Nación, el Presidente devengaba anualmente 120 000.00 pesos, o sea, 10 000.00 pesos cada mes. Además de esto, podía hacer uso, sin dar cuenta, de las asignaciones por gastos de representación, equivalentes a 64 600.00 pesos,

8 Profesor de Frank País.

9 Periódico *Revolución*, 31 de julio de 1959.

y de los 5 850.00 pesos por gastos secretos; o sea, el Presidente tenía a su disposición 243 100.00 pesos anuales. Tal cifra, totalmente desproporcionada, era herencia del desgobierno de Fulgencio Batista. El Presidente Urrutia no quiso, en febrero de 1959, disminuir su salario ni renunciar a los gastos de representación y secretos, lo que provocó nuestro rechazo, ya que a propuesta de Fidel habíamos acordado reducir[10] los gastos nuestros en la mitad.

Dorticós propuso reducir su salario al nivel del de los ministros y renunciar a los gastos de representación y secretos. Su propuesta era extrema. Fidel y varios compañeros nos opusimos a que se procediera con tanta verticalidad. Finalmente, se acordó reducir el salario del Presidente a 2 500 pesos mensuales. Puede parecer una cifra elevada, pero debe tenerse en cuenta que Dorticós suprimió los gastos de representación y secretos. Esta sola medida significó un ahorro de 213 000 pesos anuales.

Además, se rebajó las partidas presupuestarias para materiales y suministros de carácter general, gastos imprevistos, gastos de propaganda, mantenimiento y servicios diversos, todo en el nivel ordinario. Hubo rebajas significativas del presupuesto extraordinario en gastos imprevistos y gastos dispuestos por el Poder Ejecutivo. Como parte de la nueva racionalidad, fueron suprimidas las direcciones generales de Servicio de Seguridad y de Asuntos Generales de la Presidencia de la República.

El reordenamiento presupuestario, realizado con efectos retroactivos al 18 de julio, día siguiente al que Dorticós fuera proclamado Presidente Provisional de la República, significó una ruptura con la política de Urrutia en materia de financiamiento del Palacio Presidencial. El ahorro presupuestario logrado fue destinado a financiar las subvenciones dirigidas a la importante labor social de la Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana (un millón de pesos), y la Casa de Beneficencia de Santiago de Cuba.[11]

La Revolución heredó en el campo de la educación más de una rama torcida, tanto en las escuelas públicas como en las privadas. Uno de aquellos fenómenos era el costo excesivo de los libros de texto, que estaba asociado a que se había extendido la práctica de

10 No sería la última reducción, pues el 24 de marzo de 1960, por iniciativa de Fidel, acordamos aportar el 10 % de nuestros haberes líquidos para contribuir al plan de industrialización del Gobierno Revolucionario. Dorticós procedió de igual manera con su salario. En 1981, renunció a cobrar 18 057.48 pesos que tenía acumulados por no haber disfrutado de vacaciones desde el mismo día del triunfo de la Revolución.

11 Ley 466. *Gaceta Oficial*, 3 de agosto de 1959.

lucrar con los libros de uso docente; no sólo las empresas y personas dedicadas a la producción industrial y a la comercialización del libro, sino también no pocos profesores de distintos niveles de enseñanza y escuelas, públicas y privadas. El 29 de julio aprobamos la Ley 479, propuesta por el titular de Educación, doctor Armando Hart Dávalos, en virtud de la cual se estableció un precio máximo de venta de los libros de texto en la enseñanza primaria, media y profesional. El nuevo precio de venta se lograba al disminuir entre un 25 % y un 30 % los precios que los libros tenían el día primero de enero de 1959. En cuanto a los libros que se editara en el futuro, se estableció normas estrictas de formación del precio para garantizar que fueran accesibles a todos los sectores sociales.

Se prohibió a las escuelas cubanas manipular comercialmente los libros de texto.[12] Éste era tan sólo un nuevo paso para lograr el acceso del pueblo a la cultura. Por la Ley 187, de 31 de marzo, se creó la Imprenta Nacional de Cuba, con la intención básica de promover y masificar la cultura en el país. La Ley Tributaria, acordada el 29 de julio, dispuso suprimir los derechos arancelarios en la importación de libros, como medida de estímulo a la difusión de la lectura, pues al abaratar los costos de importación, se contribuía a hacer más económicos los libros.

Este día, robusteciendo la política agraria encaminada a beneficiar a los pequeños productores, eliminamos el monopolio de la importación de semillas de papa. El INRA importaría semillas, y con respaldo crediticio las proporcionaría a los pequeños productores a precios mínimos.

Inestabilidad en el ritmo del Consejo de Ministros

En el mes de julio de 1959 hubo siete reuniones del Consejo de Ministros, lo que supuso una desestabilización en su funcionamiento, motivada por la crisis constitucional. Sin embargo, en agosto, pese a que disminuyó la frecuencia de reuniones, a las cuatro que por norma debíamos celebrar, la actividad del Consejo de Ministros no logró estabilizarse. Dos de las reuniones carecieron de una agenda cargada de asuntos.

La primera, el 5 de agosto, estuvo dedicada íntegramente a un exhaustivo informe de Fidel al Consejo de Ministros sobre los

12 Ley 479. *Gaceta Oficial*, 3 de agosto de 1959.

lineamientos generales de la política del Gobierno Revolucionario, especialmente en cuanto a las medidas a tomar en los campos económico y social; era la segunda vez en que Fidel hacía pronunciamientos programáticos en el Consejo de Ministros. Las medidas delineadas por él no se apartaban en modo alguno de los postulados recogidos en el programa de la Revolución, sino que eran su materialización. Discutidas sus ideas, hubo consenso entre los ministros. Precisamente, las medidas ya aplicadas y las proyecciones revolucionarias habían lanzado a una alianza a los batistianos despojados del poder con sectores latifundistas afectados, todo en contubernio con Rafael Leónidas Trujillo, el tirano de la República Dominicana.

La siguiente reunión del Consejo de Ministros, el 9 de agosto, fue muy breve, sin posibilidades de discutir y acordar nuevas medidas revolucionarias, pues estábamos en el epicentro del hasta entonces mayor plan contrarrevolucionario orquestado desde el extranjero.

El ridículo de una conspiración internacional

Desde temprano, comenzamos a tener indicios de la febril actividad enemiga. Aproximándose la celebración del 26 de julio, *La Voz Dominicana* y algunos medios de prensa anunciaron la constitución del primer gobierno contrarrevolucionario cubano en el exilio. Emilio Núñez Portuondo fungía como "Presidente". Lo acompañaban en el "ejecutivo" Anselmo Alliegro, Rafael Díaz-Balart y *Lin* Arroyo. El ex-general José Eleuterio Pedraza era el jefe de un "ejército" donde serían "generales" Esteban Ventura Novo, Merob Sosa, Conrado Carratalá y otros connotados asesinos y torturadores.

Se divulgó que el ejército contrarrevolucionario estaba acuartelado en La Florida y en la República Dominicana. Para la víspera del 26 de julio se señaló la fecha del desembarco. Díaz-Balart anunció, incluso, que los ex-coroneles Corso Izaguirre y Sánchez Mosquera capitanearían las huestes invasoras, que debían desembarcar simultáneamente por distintos puntos de la geografía nacional. Por supuesto, las autoridades revolucionarias actuaron previsoramente. En La Habana fueron detenidos varios individuos y en Pinar del Río se capturó armas. En Guanajay quedaron arrestados cuarenta militares en retiro y civiles.

No ocurrió nada significativo, salvo que en la madrugada del 25 de julio la casa del comandante Julio Camacho Aguilera, ministro de

Transporte, fue tiroteada por cuatro individuos desconocidos de a pie, que escaparon en un auto estacionado en la esquina[13] y el traidor de la expedición del yate *Granma* en México, Rafael del Pino Siero, fue capturado cuando se le inutilizó la avioneta *Cessna* en que había descendido sobre la Vía Blanca, con el propósito de recoger y llevar a los Estados Unidos a personeros batistianos que no habían logrado escapar de Cuba. Meses después, se le juzgó y condenó severamente. Parecieron hechos aislados, sin vinculación alguna, y quizá lo fueran, pero coincidieron con planes contrarrevolucionarios de gran envergadura.

En una conferencia de prensa con los corresponsales que visitaban a Cuba para el 26 de julio, publicada íntegramente por el periódico *Revolución*, el Presidente Dorticós había desmentido que se estuvieran produciendo redadas masivas de elementos contrarrevolucionarios vinculados a criminales de guerra asentados en los Estados Unidos.

— Es indudable que existe una conjura anticubana, pero nosotros no damos importancia alguna a esas actividades conspirativas.

En el momento en que Dorticós realizaba estas declaraciones, ciertamente no se habían producido detenciones masivas, aunque los cuerpos de seguridad trabajaban intensamente en el montaje de la maniobra de neutralización de una invasión del país por elementos mercenarios al servicio del dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo y una sublevación contrarrevolucionaria de carácter interno.

Los primeros planes de agresión contra Cuba fueron concebidos y trabajados por los peores elementos de la sociedad cubana: los batistianos derrotados por la Revolución, quienes hallaron cómodo refugio en los Estados Unidos y en la República Dominicana. A este último país huyó Fulgencio Batista y su entorno más íntimo. El Gobierno Revolucionario de Cuba solicitó a ambos países la extradición de varios criminales de guerra, peticiones que fueron denegadas o quedaron sin contestación. Fueron los batistianos los primeros en conspirar y enfrentarse militarmente a la Revolución, desde dentro y allende nuestras fronteras.

En los Estados Unidos se constituyó la organización *La Rosa Blanca*, en enero de 1959. Allí se juntaron en los propósitos con-

13 Antes de finalizar el año 1959, se produjo otro atentado contra un miembro del Gobierno Revolucionario. En la madrugada del 20 de diciembre, en las calles N, entre 25 y 27, en El Vedado, el automóvil del ministro del Trabajo, comandante Augusto Martínez Sánchez, fue tiroteado desde otro vehículo en marcha. Augusto no viajaba en él, pero en la acción resultaron heridos su ayudante, el teniente Edgar Escalona y otros dos trabajadores del Ministerio de Trabajo.

trarrevolucionarios, politiqueros de la talla de Rafael Díaz-Balart, asesinos como Pilar García y Merob Sosa, y oficiales estrechamente vinculados a Batista y a la represión, como Carlos Tabernilla. Estos elementos hicieron alianza, teniendo la total complicidad y tolerancia de las autoridades federales de los Estados Unidos, con el sátrapa dominicano Rafael Leónidas Trujillo. En Cuba, estos elementos produjeron algunas acciones terroristas y alzamientos contrarrevolucionarios, o, por lo menos, se adjudicaron las acciones violentas que venían ocurriendo.

Con dinero del chantajeado Fulgencio Batista, de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y de Trujillo, se organizó un vasto plan contrarrevolucionario, con la intención de producir el derrocamiento del Gobierno Revolucionario y la instalación de una nueva administración. En antecedentes, la Revolución organizó una hábil maniobra.

Trujillo ofreció una suma considerable de dinero a los comandantes del Segundo Frente Nacional de El Escambray, William Morgan y Eloy Gutiérrez Menoyo, a cambio de que ellos se involucraran y pusieran sus fuerzas al servicio del plan que él y los más connotados criminales batistianos exiliados habían concebido para derrocar al Gobierno Revolucionario. La concertación conspirativa que los enviados de Trujillo lograron con estos oficiales del Ejército Rebelde, inexplicablemente hasta hoy, fue informada a Fidel. Los cuerpos de la Seguridad del Estado conocían del plan mediante una docena de fuentes.[14]

Por distintas vías, se logró precisar que los planes implicaban realizar desembarcos aerotransportados en Isla de Pinos, Trinidad, Sierra de Cubitas y El Jíbaro, muy próximo al Salto del Hanabanilla, en El Escambray. Se trataba, en realidad de una vasta conspiración contrarrevolucionaria en la que estaban mezclados militares del Ejército de Batista activos aún en el Ejército Rebelde o que se hallaban en situación de retiro, pero permanecían en el territorio nacional, y latifundistas e industriales radicados en Cuba o en el extranjero, además de Trujillo y los batistianos huidos en las primeras semanas del triunfo revolucionario.

Se dejó avanzar el plan, y cuando estaban controlados virtualmente todos los resortes, bajo la dirección y con la participación personal

14 Filiberto Olivera Moya, entonces jefe de las Fuerzas Tácticas de Las Villas (Santa Clara), conoció por medio del sargento Ismael Gendi, relacionado familiarmente con el cónsul de la República Dominicana en Camagüey, que Trujillo preparaba la invasión a Cuba. La información fue transmitida a Raúl Castro. Por orientaciones de Fidel, Filiberto siguió acopiando elementos.

de Fidel, se procedió a destruir la conjura. De forma incruenta, se logró la detención de más de mil elementos contrarrevolucionarios, especialmente miembros del antiguo Ejército, en retiro o en activo, en una operación iniciada el 7 de agosto en Ciudad Libertad, Managua, San Antonio de los Baños y otros departamentos militares.

Pero no fueron los contrarrevolucioanrios los únicos sorprendidos. Cuando fue a detenerse al ex-comandante del Ejército de Batista, Claudio Medel, mientras realizaba una reunión de la organización *La Rosa Blanca*, fue arrestado un sargento de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, Stanley F. Wesson, miembro de la guarnición de protección de la Embajada de los Estados Unidos. Era la prueba inequívoca de que en los planes contrarrevolucionarios estaban involucrados los Estados Unidos. Ello no hacía más que probar la convicción de muchos de nosotros de que había que prepararse adecuadamente, porque los Estados Unidos alentarían y organizarían la contrarrevolución cubana.

Esa conciencia preclara natural en Fidel condujo a que desde el mismo comienzo de la Revolución se trabajara intensamente para asegurar una defensa militar adecuada. Ello pasaba necesariamente por la depuración de los elementos batistianos que aún permanecían en el Ejército Rebelde, determinado por el hecho de que en los últimos minutos de la dictadura se aceptó, en Santiago de Cuba y en otros puntos de la geografía cubana, la incorporación de unidades completas del Ejército Nacional en el Ejército Rebelde. En consecuencia, justificado por la abierta y masiva participación de militares del antiguo Ejército en los planes subversivos, los días 7 y 8 de agosto de 1959 se procedió a licenciar en cuestión de horas a miles de oficiales, clases y soldados.

La detención de los contrarrevolucionarios y el licenciamiento de los remanentes batistianos en el Ejército Rebelde se hizo en medio de todo tipo de especulaciones y conjeturas de la prensa extranjera. Fueron días de mucha inquietud en el país. Los cables internacionales hablaban de conatos rebeldes dentro de Cuba y desembarcos invasores, y de grandes detenciones. La prensa revolucionaria se abstuvo de divulgar los detalles, para evitar perjudicar el operativo montado para destruir la invasión trujillista.

Santiago de Chile

En los primeros días de agosto, la atención nacional también estuvo centrada en si Fidel asistiría o no a la Quinta Reunión de Cancilleres

de la Organización de Estados Americanos (OEA), fijada para iniciarse el 12 de agosto en Santiago de Chile. En la reunión del Consejo de Ministros del 9 de agosto,[15] Fidel informó de los resultados preliminares que se había obtenido en la neutralización de la conspiración contrarrevolucionaria y dio instrucciones al doctor Raúl Roa García, ministro de Estado, a quien se designó para presidir la delegación cubana a la reunión de la OEA en Santiago de Chile, de denunciar contundentemente las agresiones de que era víctima Cuba, rechazando cualquier plan interamericano que comprometiera nuestra soberanía. Un grupo de valiosos compañeros, entre los que se destacaban el doctor Regino Boti León, ministro de Economía, y Marcelo Fernández Font,[16] subsecretario de Estado, fueron designados consejeros del doctor Raúl Roa.

El 10 de agosto se hizo público que el doctor Roa presidiría la delegación, aunque no se eliminó la posible asistencia posterior de Fidel. Frente al aumento de la incertidumbre, se ofreció en la primera plana del periódico *Revolución* una información oficiosa acerca de la desarticulación de la conexión interna de la conspiración internacional contra la Revolución Cubana.

Revolución dio un informe escueto y pidió al pueblo que esperara paciente y confiadamente en una próxima comparecencia de Fidel por la televisión nacional. Sin embargo, esa misma tarde, un periódico habanero ofreció detalles de la operación de neutralización, obligando a *Revolución* a informar con cierta holgura al día siguiente, aunque manteniendo reserva sobre determinados aspectos esenciales. *Revolución* publicó las primeras fotografías de los detenidos, especialmente de aquellos que en los planes contrarrevolucionarios ambicionaban las principales magistraturas de la República: el ex-senador Arturo Hernández Tellaheche, Presidente de la República, y Ramón Mestre, Vicepresidente. Hubo silencio posterior, incluso el periódico indiscreto buscó una excusa para su actuación. Dos días después, se produjo el último acto.

15 Tras esta reunión, el Consejo de Ministros no volvió a reunirse hasta el día 19 de agosto, pues Fidel estaba de lleno en el propósito de enfrentar los planes de invasión militar a Cuba.

16 Desde principios del mes de julio se había incorporado al Ministerio de Estado, por petición de su titular, doctor Raúl Roa, interesado en depurar de batistianos la plantilla del organismo. Oficialmente, Marcelo Fernández seguía siendo el Coordinador Nacional del Movimiento 26 de Julio, aunque en la práctica había dejado el cargo, que permaneció sin cubrir hasta el mes de noviembre.

Pese a las numerosas filtraciones, realmente inevitables, primero, e informaciones posteriores del operativo para neutralizar a los conspiradores internos y desmantelar dentro del Ejército Rebelde los residuos del Ejército anterior, se logró convencer a Trujillo de que en Cuba había un estado de insurgencia contrarrevolucionaria que hacía necesario el envío inmediato de la *Legión del Caribe*, lo que se logró escenificando quizás la mayor maniobra diversionista de la historia de Cuba. A Trujillo se le hizo creer que las fuerzas contrarrevolucionarias implicadas en la conspiración habían logrado sublevar a la región central de Cuba, ocupando varias ciudades de importancia, principalmente Trinidad.

A entrevistarse con los supuestos cabecillas insurgentes llegó un enviado especial del tirano Rafael Leónidas Trujillo, el cura Ricardo Velazco Ordoñez. El cura pudo *comprobar* que había importantes tropas sublevadas contra Fidel Castro, e indicó que para facilitar el apoyo logístico que Trujillo ofrecía, las "fuerzas sublevadas" debían garantizar el dominio sobre el aeropuerto de Trinidad y la carretera que conducía a la ciudad, para permitir el aterrizaje de un avión con armamento. En efecto, el avión llegó, pero el piloto dominicano no quiso aterrizar por la estrechez de la pista. Optó por lanzar las armas en paracaídas. Todas estas fueron ocupadas.

El cura Velazco Ordoñez viajó a Santo Domingo a entrevistarse con Trujillo. Le informó de la *favorable* situación que encontró en el campo contrarrevolucionario y de que las condiciones eran *propicias* para producir un desembarco de la *Legión del Caribe.* A los "sublevado*s"* se les informó que la brigada de desembarco estaba lista para arribar a Cuba si ellos garantizaban su seguridad. Por supuesto, se les invitó a desembarcar rápidamente. Trujillo volvió a enviar al cura Velazco para hacer los ajustes finales. El cura vino y se entrevistó con los supuestos cabecillas, tras lo cual se le permitió regresar a Santo Domingo.

Conociendo la fecha y hora en que debía de producirse el desembarco trujillista, Fidel viajó con Celia Sánchez y Juan Almeida a Trinidad. Estaba en marcha la *Operación Santo Domingo*. El aeropuerto de Trinidad fue ocupado por fuerzas rebeldes. Personalmente, Fidel determinó los lugares de desplazamiento de la técnica y las fuerzas participantes. Se ambicionaba detener en tierra, al momento de desembarcar, la pregonada *Legión del Caribe*. Era el 12 de agosto de 1959.

En un primer avión llegó al aeropuerto de Trinidad la avanzada de la jefatura: Luis Pozo Jiménez, Roberto Martín Pérez y otros más.

Fueron convencidos de la conveniencia de desembarcar la *Legión*. Se les dijo que, con este refuerzo, las fuerzas contrarrevolucionarias podían partir la isla en dos. Al piloto, al que se proveyó de una carta explicativa de la situación operativa de la insurrección, se le ordenó regresar a Santo Domingo por el resto de la fuerza expedicionaria.

Como ni siquiera la mayoría de la tropa "insurgente", formada por fuerzas del Ejército Rebelde, conocía las características de la *Operación Santo Domingo*, cuando vio al piloto tratando de despegar, abrió fuego para impedirlo. Lamentablemente, esto hizo fracasar la continuación de la maniobra. Los que habían desembarcado quedaron detenidos y fueron conducidos al cuartel de Trinidad, donde se hallaba Fidel.[17]

Por fin, el 14 de agosto se reveló en todos sus detalles el cordón umbilical trujillista de la conspiración contrarrevolucionaria, al publicarse una fotografía de un avión C-46 capturado en suelo cubano, en el aeropuerto de Trinidad. Se trataba del mismo avión en que Batista había huido el primero de enero a Santo Domingo, conducido por el mismo piloto que lo sacó de Cuba, el teniente coronel Antonio Soto.

Con todas las pruebas en la mano de la conjura anticubana, cuyos preparativos habían sido denunciados repetidamente por el Gobierno Revolucionario, el 15 de agosto el Presidente Dorticós (Decreto 1861), concedió licencia al comandante Raúl Castro, Comandante en Jefe de las Fuerzas de Mar, Aire y Tierra de la República, y el Consejo de Ministros lo comisionó, para llevar dichas pruebas a Santiago de Chile, donde el doctor Raúl Roa García se batía con los diplomáticos de la República Dominicana y los Estados Unidos, que desplegaban una acción injerencista, queriendo crear un mecanismo intervencionista de carácter colectivo para conjurar supuestas situaciones de conflicto en el hemisferio, especialmente en El Caribe, contra Cuba.

Raúl llegó el 16 de agosto a Santiago de Chile, vía Caracas. Los propósitos estadounidenses y trujillistas fracasaron, pero la reunión de los cancilleres nos convenció de que la Organización de Estados Americanos (OEA) sería utilizada repetidamente para avalar los planes contrarrevolucionarios. Aquel había sido apenas el primer gran episodio, y derivaba otra conclusión: la defensa exitosa de la Revolución dependería en grado sumo de la capacidad de fortalecer militarmente al país, mantener en lo posible la unidad de los sectores

17 Puede hallarse más información en *Secretos de Generales*, de Luis Báez, Editorial SI-MAR, S.A., La Habana, 1996, pp. 256-257.

vinculados a la Revolución, y seguir beneficiando y comprometiendo con el proceso a los sectores más humildes.

Nuevas medidas revolucionarias

Entre agosto y octubre de 1959, el Consejo de Ministros siguió dictando medidas de beneficio popular. Aumentamos las asignaciones para la atención hospitalaria y declaramos la primera batalla al mosquito; acordamos nuevos procedimientos para la resolución o el cumplimiento de los contratos de compra-venta a plazos de bienes muebles e incrementamos de doscientos a cuatrocientos pesos el máximo de jubilación y pensión por el Retiro Civil. Se concedió un subsidio de veinte millones de pesos al INRA para aplicar la Ley de Reforma Agraria y se promulgó una nueva regulación del mercado del huevo para proteger a los avicultores y al consumidor. El Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados continuó la política de confiscar los bienes de los que se enriquecieron al amparo de la tiranía, incluyendo a ciudadanos extranjeros. El Consejo de Ministros modificó el Código de Defensa Social, para facilitar la labor de reeducación y rehabilitación de los menores sujetos a sanción, además de crear las casas de observación como una nueva manera de tener un mejor soporte institucional para enfrentar lo que aún seguía llamándose delincuencia juvenil, y se aprobó varias leyes que merecen ser abordadas con mayor detalle.

Por la Ley 207, de 3 de abril de 1959, el Consejo de Ministros encomendó al Ministerio de Comunicaciones investigar las tarifas de gas y electricidad vigentes en el país. El estudio debía comprender el análisis de los costos de producción y prestación de los servicios y las utilidades que las empresas operadoras obtenían. En consecuencia, el ingeniero Enrique Oltuski Ozacki, ministro de Comunicaciones, nombró una comisión que investigó las tarifas establecidas por la mal llamada Compañía Cubana de Electricidad, la que tenía un virtual monopolio del mercado cubano.

La comisión probó fehacientemente que los activos fijos de la Compañía Cubana de Electricidad estaban sobrevalorizados en no menos de noventa millones de pesos. Efectuaban pagos excesivos de costos capitalizables y por consultas a una compañía extranjera. Se halló cuentas intangibles inexistentes y gastos generales y de administración innecesarios. Éstas, y otras muchas irregularidades amparaban a la Compañía a mantener tarifas desproporcionadas, impuestas

en contubernio con gobiernos corruptos anteriores. Los comisionados concluyeron lo que era *vox populi*: las tarifas eran excesivas y susceptibles de ser rebajadas. Conocido el fraude, procedimos.

El 19 de agosto, acordamos la Ley 502, que disponía la rebaja del 30,48 % de las tarifas máximas de electricidad para alumbrado y fuerza motriz. En el sector residencial fueron fijadas nuevas tarifas, reducidas, estableciéndose un nuevo pago de 2,60 pesos por los primeros cuarenta kilowatts de consumo, además, tarifas disminuidas para un consumo superior. La ley obligaba a la compañía eléctrica a continuar con los planes de ampliación y desarrollo del servicio eléctrico.

El 25 de septiembre, dispusimos hacer una primera emisión de bonos de la República, por el monto de cien millones de pesos, para realizar los pagos de las indemnizaciones previstas en la Ley de Reforma Agraria en los casos de venta voluntaria o expropiación de bienes. Los bonos de la Reforma Agraria se emitieron al portador, en denominaciones de mil, quinientos y cien pesos, que devengaban 4,5 % de interés anual, pagaderos por semestres vencidos (en marzo y septiembre) y por un tiempo no mayor a veinte años.[18] Ello fue necesario en virtud de que ya estaba en marcha un ágil y audaz proceso de expropiación de los grandes latifundios ganaderos y no cañeros. El propósito era destruir el latifundio en Cuba, sin darles tiempo a los latifundistas a reaccionar oportuna y eficazmente para obstaculizar la ejecución de la Ley de Reforma Agraria, que era el detonante de la inevitable contrarrevolución. Por consideraciones tácticas, no se procedió aún contra los latifundios productores de caña de azúcar, en espera de la conclusión de la zafra de 1960.

Diez días antes, coincidiendo con el inicio del curso escolar 1959-1960, a propuesta de Armando Hart, ministro de Educación, el Consejo de Ministros aprobó varias leyes orientadas a preparar lo que dio en llamarse legalmente Reforma Integral de la Enseñanza, que debía lograrse escalonadamente, acorde con las transformaciones socioeconómicas y políticas que experimentara el país. La Ley 559 creó los Consejos Técnicos y los Consejos Estudiantiles de Curso. Los Consejos Técnicos, compuestos por los jefes de cátedra y dirigidos por el director de cada plantel, estaban llamados a evaluar y organizar las actividades académicas y el sistema de estímulo y reconocimiento de las acciones de los estudiantes. Al propósito educacional de formar a los estudiantes con un sentido cívico-moral, se

18 Libro de Actas No. 4 del Consejo de Ministros, pp. 192 y siguientes.

orientó la conformación de Consejos Estudiantiles de Curso, integrados por estudiantes y profesores, a los que se les confiaba velar por que se conservara la unidad del grupo. Esta ley introdujo el sistema educacional en dos semestres, basado en un sistema de evaluación del aprovechamiento de los estudiantes en exámenes periódicos, trabajos de clase y una prueba final de aplicación. El propósito era desterrar la práctica académica de reducir el aprendizaje a la memorización para el examen final. Para supervisar y orientar pedagógica y científicamente a los claustros de profesores en los nuevos principios educativos, se dispuso la creación de un Cuerpo de Inspectores Técnicos.

El Ministerio de Educación estaba en la necesidad de hacer un replanteamiento del personal académico de las escuelas primarias superiores a fin de reducirlo al principio: *un(a) maestro(a), un grupo de estudios*. Por la Ley 560 se autorizó a proceder, con la divisa de que los maestros sobrantes se destinarían a cubrir las miles de plazas nuevas surgidas de la determinación de crear diez mil nuevas aulas en el país, dispuesta por la Ley 561. Por lo pronto, se precisaba de unos cuatro mil maestros para cubrir las tres mil aulas que se acababa de abrir. Para ello, se consignó un presupuesto de cuatro millones cincuenta mil pesos. A partir de enero de 1960, se crearía otras cuatro mil aulas, con igual cantidad de maestros.[19] Sentábamos las bases de lo que en poco tiempo se transformaría en la revolución educacional cubana.

Muy ligada a ello estaba la labor que se desarrolló en favor de la cultura nacional, la que salió fortalecida de la reunión del Consejo de Ministros del 7 de octubre. Se acordó, a propuesta del doctor Armando Hart Dávalos, crear la Orquesta Sinfónica Nacional, subordinada a la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación (a su Negociado de Música, Teatro y Danza).[20] De igual manera, se concedió un crédito extraordinario de treinta y cinco mil pesos al Patronato de Bellas Artes, para la adquisición de obras de arte con destino al Museo Nacional. Los trabajos de adaptación e instalación del Museo Nacional, en el Palacio de Bellas Artes, contiguo al Palacio Presidencial, fueron respaldados financieramente. A la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación se adscribió el Archivo Nacional, el que también recibió apoyo gubernamental.

19 Leyes 559, 560 y 561, aprobadas por el Consejo de Ministros en su reunión del 15 de septiembre de 1959. *Gaceta Oficial*, 18 de septiembre de 1959.

20 Ley 590, de 7 de octubre de 1959. *Gaceta Oficial,* 9 de octubre de 1959. La Dirección General de Cultura terminaría, años después, convirtiéndose en el Ministerio de Cultura, del que Armando Hart fuera su ministro fundador.

El Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) había sido creado el 20 de marzo de 1959, en virtud de la Ley 169. En la reunión del Consejo de Ministros del 7 de octubre acordamos concederle un crédito extraordinario[21] de un millón trescientos mil pesos, para adquirir equipos de laboratorio y cinematográficos con los cuales iniciar su producción fílmica, la que pronto alcanzó fama y reconocimiento internacionales. De igual manera, dispusimos crear la Comisión de Estudio y Clasificación de Películas, adscrita al ICAIC, encargada, en esencia, de determinar las películas que debían exhibirse en Cuba, rechazando las pornográficas y aquellas otras que, sin análisis crítico o sin intención artística, sirvieran para la apología del crimen o de los vicios. La Ley 589 [22] estableció una escala de exhibición por edades distinta a la que rige actualmente en Cuba. Las películas fueron clasificadas para mayores de diez años, para mayores de quince años y para todas las edades.[23]

Entre julio y octubre, el Consejo de Ministros trabajó limitadamente en su propósito de dotar al país de las reformas estructurales necesarias. La atención del Gobierno Revolucionario fue concentrada en la aplicación de la Ley de Reforma Agraria y en la preparación de la defensa de la Revolución. Legislativamente, se prefirió tener paciencia y no promulgar leyes de beneficio popular que incrementasen el número de enemigos, los que iban creciendo sostenidamente, en la misma medida en que eran afectados los intereses creados.

21 Ley 591, de 7 de octubre de 1959. *Gaceta Oficial,* 9 de octubre de 1959.

22 Ley 589, de 7 de octubre de 1959. *Gaceta Oficial,* 9 de octubre de 1959.

23 Poco después, el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversasdos traspasó al ICAIC los cines *Acapulco*, *Lido* y *La Rampa*, incluyendo salas, mobiliario, equipos y material fílmico. Ello se sumó a las empresas *Canal 12, Escuela de Televisión* y *Tele-Color*. A principios de 1960, el ICAIC filmó su primer largometraje.

¿Renuncia? No. Conspiración

El mes de octubre de 1959 fue definitorio para la Revolución Cubana, y tremendamente doloroso.

La situación en el Ministerio de Trabajo era insostenible. Su titular, el doctor Manuel Fernández García, de antecedentes anarcosindicalistas, había asumido una decidida actitud de enfrentamiento y combate a los comunistas, contraria a las posiciones unitarias enarboladas por Fidel. No intervine, pero conozco que Fidel y Dorticós discutieron la situación y decidieron pedirle la renuncia, la que presentó ante el Presidente de la República. En la sesión del Consejo de Ministros del 16 de octubre fue informada su renuncia como ministro de Trabajo. En su lugar, se nombró al doctor Augusto Martínez Sánchez, quien hasta ese momento fungía como ministro de Defensa Nacional.[1]

El Ministerio de Defensa Nacional era un organismo heredado de la dictadura, inoperante, poco funcional, burocrático, al que se le añadió tempranamente[2] nuevas dependencias, con funciones eminentemente revolucionarias,

1 Decretos Presidenciales 2118 y 2119, de 1959.

2 Ley 100, de 23 de febrero de 1959.

como los departamentos de Asistencia Técnica, Material y Cultural al Campesinado y el de Asistencia a las Víctimas de la Guerra, con el propósito de atemperarlo a las nuevas realidades y aprovechar las posibilidades que ofrecía. Pero para octubre de 1959 el organismo no respondía ya a las urgentes necesidades de la Revolución, requerida de un ministerio concentrado en la labor de preparar la defensa del país frente a las ya diarias conjuras contrarrevolucionarias y a las posibilidades reales de ser víctimas de una agresión exterior en gran escala.

Raúl Castro, ministro

El Consejo de Ministros aprobó el 16 de octubre, a propuesta del doctor Rufo López Fresquet, disolver el Ministerio de Defensa Nacional,[3] lo que implicó suprimir varios de sus departamentos o adscribir algunas de sus dependencias a otros organismos del Estado con funciones afines. En virtud de ello, los departamentos de Asistencia Técnica, Material y Cultural al Campesinado, de Construcción de Viviendas Campesinas, de Construcción y Organización de Ciudades Escolares, y de Asociaciones y Cooperativas, fueron adscritos al Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA). Al Ministerio de Gobernación lo fueron los departamentos denominados Sección de Delincuentes y Requisitoriados, y Ciudadanía; al Ministerio de Bienestar Social se traspasó el Patronato del Veterano y el Departamento de Asistencia a las Víctimas de la Guerra. Las direcciones y los negociados eminentemente burocráticos, entiéndanse comisiones locales y nacionales de Reclutamiento, la Junta Central de Defensa Civil y el Servicio Femenino de Defensa Civil, desaparecieron.

La dictadura había dejado una estructura militar poco funcional. Las necesidades de defensa de la Revolución hacían imperativa una reestructuración militar profunda, que garantizara la identificación plena de los institutos armados con la ciudadanía, una economía administrativa y de dirección y una verdadera unidad de mando y acción. Para ello, se decretó la disolución oficial del Ejército, la Marina de Guerra, la Policía Nacional y el famoso Estado Mayor Conjunto, reemplazándolos por el Ejército Rebelde, la Fuerza Aérea Rebelde, la Marina de Guerra Revolucionaria y la Policía Nacional Revolucionaria. Estos cuerpos armados, que con estas denominaciones venían funcionando desde los primeros días del triunfo, quedaron

3 Ley 599 , de 16 de octubre de 1959. *Gaceta Oficial,* 17 de octubre de 1959.

integrados en el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR), que mediante la Ley 600,[4] presentada por el doctor Raúl Roa García, se creó ese 16 de octubre, asumiendo las funciones y los recursos de que antes disponían el Ministerio de Defensa Nacional y el Estado Mayor Conjunto.

Comandante Raúl Castro Ruz. Asaltante del cuartel Moncada (1953), expedicionario del yate *Granma* (1956). Demostró cualidades excepcionales como organizador militar al crear y desarrollar el Segundo Frente Oriental *Frank País*. En los primeros meses de 1959 ejerció el comando conjunto de los institutos armados de la República.

4 Ley 600, de 16 de octubre de 1959. *Gaceta Oficial*, 17 octubre de 1959.

No eran decisiones apuradas o improvisadas. Desde mucho antes se había concebido y se venía trabajando en la reestructuración de los institutos armados de la República. Arduas fueron las discusiones. El gran problema a resolver era transformar una estructura militar copiada de otros países, extremadamente costosa al fisco. La experiencia de la guerra civil y los errores cometidos en los meses iniciales fueron las fuentes principales para la reorganización institucional. La Revolución podía acometer el diseño y la vertebración de un ejército moderno y eficiente que garantizara la defensa adecuada del país. La capacidad estaba probada: la guerra la había ganado un ejército irregular, nacido casi de la nada, a un ejército profesional, bien equipado, con el apoyo logístico y asesoramiento de la mayor potencia militar de la historia humana: los Estados Unidos.

El comandante del Ejército Rebelde que reunía todas las cualidades y aptitudes para dirigir tal tarea era, sin lugar a dudas, Raúl Castro Ruz. En pocos meses de lucha guerrillera, había conformado en las montañas más orientales de Cuba un frente meticulosamente organizado y eficaz, en lo militar y lo civil. Virtualmente, un Estado en armas, con hospitales y gestiones administrativas de educación, comunicaciones e industrias, administración de justicia y arbitraje. Había dado pruebas inequívocas de una habilidad especial de mando y organización. De hecho, desde el verano de 1958, era el segundo jefe militar de la Revolución, al ser, después de Fidel, el segundo comandante con la facultad de ascender a igual grado a sus subordinados.

Sin embargo, el comandante Raúl Castro había rehusado ocupar el cargo de ministro de Defensa Nacional, por lo que en enero de 1959 fue promovido quien había sido el auditor general del Segundo Frente Oriental Frank País, el comandante Augusto Martínez Sánchez. Desde febrero de 1959, tras la asunción de Fidel al premierato, Raúl fungía como Comandante en Jefe de las Fuerzas de Mar, Aire y Tierra de la República.

Hasta octubre de 1959 había de hecho un comando conjunto de los distintos cuerpos armados de la República. El comandante Camilo Cienfuegos era el jefe del Ejército Rebelde; el comandante Juan Almeida Bosque era el jefe de la Fuerza Aérea Rebelde, y el capitán de fragata Juan Manuel Castiñeiras comandaba la Marina de Guerra Revolucionaria. Además estaba el Ministerio de Defensa Nacional, cuyo titular era el comandante Augusto Martínez Sánchez. Raúl fungía como jefe de las tres armas. Llevaba el mando común, pero discrepaba del criterio de Fidel y el Che de proceder a institucionalizar

su mando. Raúl sostenía que no quería ser ministro, pues ello suponía la burocratización del trabajo.

Finalmente, lo convencieron, y el 16 de octubre de 1959, al promulgarse la ley de creación del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR), el Presidente de la República lo designó como su ministro.[5] En la noche del día 19 de octubre, en Ciudad Libertad, tuvo lugar el acto de toma de posesión.

Una de las primeras medidas adoptadas por él fue determinar la situación de miles de oficiales y clases del antiguo Ejército y de la Marina de Guerra, quienes pasaron a situación de retiro. En unos casos, se fijó la cuantía de las pensiones a recibir, y en otros se declaró extinguido el beneficio. Entre estos últimos estaban los ex-generales Martín Díaz Tamayo, Alberto del Río Chaviano y Arístides Sosa de Quesada, todos en fuga desde el mes de enero, con la caída de la tiranía. Pero la inmensa mayoría, humildes clases y alistados, de largo servicio y sin responsabilidad en crímenes de guerra, fueron protegidos, pese a que sus instituciones habían perdido la guerra y quedaron extinguidas.

Al inaugurar el MINFAR, con plena conciencia de la dimensión de su responsabilidad, Raúl dejó trazada públicamente la aspiración:

— Nuestro empeño y nuestra meta definitiva será poner los institutos de las Fuerzas Armadas en un grado tan avanzado como aquel en que se encontraba incluso la diminuta Suiza, allá por los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, que cuando el Estado Mayor alemán decidió atacar ese país, como hizo con todos los de Europa, calculó que un millón y medio o dos millones de alemanes o soldados alemanes iba a costarle tal empresa. No estaremos jamás satisfechos hasta que por nuestra organización y contando siempre con la insustituible colaboración del pueblo de Cuba, nuestro país esté en condiciones de hacerse respetar militarmente por pequeños y poderosos.[6]

No son estas palabras de Raúl mera retórica de un ministro de Defensa. Expresan una determinación, no en abstracto, sino en concreto, pues en octubre de 1959 era evidente ya para el pueblo —nosotros estábamos convencidos de ello desde antes de triunfar— que contra la Revolución Cubana se fraguaba tenebrosos planes conspirativos de los sectores más retrógados de la sociedad cubana, en los que andaba involucrado el Gobierno de los Estados Unidos. Sabíamos que tarde o temprano habría que enfrentar decididamente, a muerte,

5 Decreto Presidencial 2117, de 16 de octubre de 1959.

6 Periódico *Hoy*, 22 de octubre de 1959.

el terrorismo contrarrevolucionario y la agresión exterior. Nuestra Revolución no iba a ser una excepción.

La aplicación de la Ley de Reforma Agraria, encomendada al INRA y dirigida personalmente por Fidel, había convertido el discurso transformador de la legislación en la contundente verdad de confiscar los latifundios y repartirlos entre los campesinos que los trabajaban. Fidel tenía la costumbre de que cada vez que se adoptaba una medida que afectara intereses económicos o sociales, anotaba en una libreta el número de enemigos que la Revolución se ganaba. La promulgación de la Ley de Reforma Agraria, por sí sola, provocó la vertebración inmediata de las primeras conspiraciones en gran escala. Su aplicación multiplicó los enemigos dentro de la burguesía cubana; lanzó a los Estados Unidos al compromiso decidido con la contrarrevolución, y resquebrajó la unidad revolucionaria, provocando deserciones y traiciones.

Muchos no querían tanta revolución en Cuba. Enfrentados a medidas revolucionarias que transformaban radicalmente la sociedad cubana, hallaron escudo en diversos subterfugios para oponerse o combatir las medidas más profundas adoptadas por el Gobierno Revolucionario. Sus actitudes obedecían a su oposición a la transformación del país. Los motivos alegados escondían la verdad y es que había sido tan hábil y comprometedora la labor persuasiva de Fidel, que la casi totalidad de la sociedad cubana sostenía el discurso favorable a la Reforma Agraria y otras medidas de beneficio popular.

Por otra parte, los Estados Unidos lograron permear la conciencia popular con una cultura anticomunista, especialmente después del inicio de la Guerra Fría. Eso se reflejaba dramáticamente en el interior de la Revolución. Muchos compañeros del Movimiento 26 de Julio y del Ejército Rebelde estaban dominados por prejuicios ideológicos. A esto se unía una actitud francamente contraria y de enfrentamiento al Partido Socialista Popular (PSP), que tenía por base la descomunal propaganda que contra éste se había realizado, a la que ayudó mucho errores políticos muy graves cometidos por el Partido a lo largo de su trayectoria.

Pero de algo no debía haber dudas: los comunistas cubanos debían y merecían participar de la transformación socioeconómica y política de la nación. Pretender excluirlos era, además de una conducta prejuiciada y sectaria, una actitud favorable a los intereses de la contrarrevolución batistiana, que encontraba en el anticomunismo su argumento propagandístico principal, muy eficaz, por cierto.

Además, ante el inminente choque con los Estados Unidos, era el Partido Socialista Popular, por su homogeneidad ideológica y su

composición clasista, además de su historial de persecuciones y mártires, el que podía mostrar cuadros con mayor cohesión y lealtad a un proyecto de hondas transformaciones estructurales. Tenía en contra, además de la cultura anticomunista predominante y sus antiguos errores, que durante casi toda la dictadura siguió una táctica equivocada, de rechazo a la lucha armada y de búsqueda de algún arreglo político para la crisis nacional. Como consecuencia de ello, sufrió de exclusiones en la lucha.

En el Ejército Rebelde y en las dependencias del Estado había comunistas, como había ortodoxos y auténticos. Se les llamó a participar, discretamente. El número de comunistas fue creciendo rápidamente, en la misma medida en que las filas de la contrarrevolución fueron nutriéndose.

Fidel tenía muy claro que la acusación de *comunista* era en extremo peligrosa. Había servido para combatir a políticos tan dispares como Gamal Abdel Nasser, Rómulo Betancourt o Jacobo Árbenz. La reacción acusó de comunistas, por igual, a Guiteras y a Grau San Martín, separados por abismos ideológicos. Era una poderosa y manida arma, de la que convenía protegerse. Agustín Tamargo tenía razón cuando dijo:

— *En nuestros tiempos, comunista es todo gobierno que se quiere derrocar.*[7]

Que conste, Agustín Tamargo era visceralmente anticomunista y no demoró en romper sus lanzas con la Revolución.

Cuando la Revolución negaba la acusación de comunista lo hacía apelando a la verdad: no lo era. Estaba orientada muy profundamente hacia el socialismo, por la formación marxista de sus líderes, pero no por una pretensión de girar en una órbita ideológica, ni política, sino como respuesta a la terrible realidad socioeconómica de Cuba. La gravedad de los males de la sociedad cubana determinaron la opción socialista, como una solución de fondo. Pero no cabía identificarla con el comunismo, porque, además de ser un medio de ataque, al que no debía contribuirse con ingenuidades, era inexacto. Los comunistas estaban participando en puestos estratégicos del Estado, pero no formaban parte del Gobierno Revolucionario.

El proceso de llamar a los comunistas al poder estaba controlado conscientemente por Fidel, convencido de que para triunfar se necesitaba de lealtad política y de la mayor unidad posible. Perdido el consenso social, se necesitaba la unidad de los revolucionarios como

7 Revista *Bohemia,* 22 de noviembre de 1959, p. 56.

condición esencial. El costo político de la *infiltración comunista* era alto, pero era preciso pagarlo para la mejor salud estratégica del proceso revolucionario.

De la Revolución se separaron muchos, por ser contrarios a las medidas transformadoras y por cobardía frente al eventual enfrentamiento con los Estados Unidos, considerando que no había fuerzas para pulsar con éxito. Para muchos, el fantasma del comunismo fue un buen pretexto para esconder las verdaderas razones de sus deserciones y traiciones.

La propaganda contrarrevolucionaria había señalado a Raúl y al Che como los dirigentes revolucionarios más proclives a los comunistas. Sin duda, eran los de las ideas más radicales, con honda formación marxista y partidarios decididos de avanzar rápidamente hacia el socialismo. La designación de Raúl al cargo de ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias precipitó una crisis en el mando provincial del Ejército Rebelde en Camagüey, fenómeno que venía incubándose desde los días de la lucha guerrillera.

El comandante Hubert Matos Benítez

El jefe militar de la provincia de Camagüey, comandante Hubert Matos Benítez, se incorporó a la guerra el 30 de marzo de 1958. En Costa Rica, con Pedro Miret, Ricardo Martínez y otros exiliados organizó una expedición aérea para transportar armas a la guerrilla de la Sierra Maestra. Aquel armamento fue muy útil en los meses posteriores para enfrentar la mayor ofensiva militar del Ejército. Poco después, Hubert Matos reaccionó airado contra *Pedrito* Miret, cuestionándole su participación en la expedición aérea. No le importó que Miret estuviera en la Revolución mucho antes que él, que fuera combatiente del cuartel Moncada, prisionero en Isla de Pinos y desterrado, y a quien Fidel asignara importantes misiones en el extranjero.

Sin importar esta tardía incorporación a la guerrilla, a nueve meses de la victoria, por su preparación cultural y sus capacidades de mando, inmediatamente Hubert Matos fue nombrado capitán del Ejército Rebelde. También en breve tiempo se le ascendió al grado de comandante, asignándosele el mando de una columna guerrillera que debía actuar en los territorios del Tercer Frente Oriental *Mario Muñoz Monroy*, en las proximidades de la ciudad de Santiago de Cuba, subordinado al comandante Juan Almeida Bosque. Su columna, la número 9, fue bautizada con el nombre de Antonio Guiteras, a

cuya organización revolucionaria, Joven Cuba, Hubert Matos se había incorporado en los años treinta.

Rápidamente, manifestó una tendencia egocentrista, actuando con un egoísmo exagerado con las tropas de Efigenio Ameijeiras y Samuel Rodiles Planas en el reparto de lo ocupado tras una batalla ganada en común. El incidente llegó a tener hondas repercusiones, pues estos oficiales protestaron por la emisora del Segundo Frente Oriental *Frank País*, obligando al comandante Raúl Castro a reprenderlos. Ellos serían los primeros en alertar a la dirección revolucionaria, tan tempranamente, del peligro que entrañaba Hubert Matos. Anteriormente, motivado por otro episodio de su conducta impropia en el reparto de armas, se produjo un intercambio epistolar entre Hubert Matos y Fidel, que pudo haber desembocado en su destitución. Solamente la paciencia de Fidel y las perentorias necesidades militares del momento evitaron tal decisión.

Hubert Matos actuó en muchas oportunidades desconociendo la autoridad del comandante Juan Almeida, jefe del Tercer Frente Oriental *Mario Muñoz Monroy*, provocando fricciones innecesarias. Se desentendió de la jefatura de Almeida, capitalizando para sí los reconocimientos y aplausos por el bloqueo a Santiago de Cuba, a la vez que asumía posiciones injustificadas con otros mandos rebeldes, por su desmedida pretensión de protagonismo. Hubert Matos enviaba sus partes de guerra directamente a Radio Rebelde, ignorando con ello a la Comandancia General.

Estas actitudes lo llevaron a realizar, en las primeras horas de la mañana del primero de enero de 1959, el mayor acto de deslealtad de la guerra y que, por circunstancias que no me explico, ha permanecido virtualmente inédito hasta hoy, pues el hecho fue referido días después, sin interpretaciones, por un periódico local de Santiago de Cuba.

En una inconcebible conducta, desconocedora de la autoridad del Comandante en Jefe, en las primeras horas críticas posteriores a la huida de Batista, antes de que Fidel lanzara un ultimátum a la guarnición del cuartel Moncada para que se rindiera, evitando su compromiso con la conjura golpista de Eulogio Cantillo en La Habana, Hubert Matos pidió al coronel Rego Rubido, jefe del regimiento Antonio Maceo por medio de un religioso:

— *Como demostración de lealtad a la Revolución, solicitamos que los tanques, carros blindados y algún armamento pesado sea puesto a disposición del Ejército Rebelde en El Caney.*[8]

8 Periódico *Revolución* (publicado en Santiago de Cuba), 8 de enero de 1959, p 6.

O sea, en sus manos. ¿Con qué propósito? Viendo toda su trayectoria posterior y sus desmedidas ambiciones políticas, no tengo la menor duda de que pretendía aparecer ante la historia y la opinión pública como el libertador de Santiago de Cuba o, cuando menos, fortalecer su posición para posibles eventos futuros.

Afortunadamente, el coronel Rego Rubido se negó a acceder a lo solicitado, alegando que sólo entregaría Santiago de Cuba al Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, comandante Fidel Castro.

Ese mismo día, fui testigo de su incontrolable afán de sobresalir, de ocupar planos estelares. Cuando se produjo el acto de proclamación del triunfo de la Revolución desde los balcones del Ayuntamiento de Santiago de Cuba, sorprendentemente, Hubert Matos pidió hablar.

En la ciudad se hallaban Raúl y Almeida, luchadores originarios del Movimiento 26 de Julio, quienes habían estado en el asalto al cuartel Moncada y desembarcado en el yate *Granma*, pero quienes por razones de seguridad no participaron del acto. En el Ayuntamiento estaba el comandante Calixto Morales, también combatiente del cuartel Moncada, y otros muchos comandantes o combatientes revolucionarios con sobrados méritos, y ninguno se pronunció voluntariamente por expresar sus emociones; Hubert Matos sí. Carlos Franqui fue el emisario y Fidel, consultado sobre la inesperada pretensión, disgustado, respondió que hablaran todos los que quisieran hacerlo, y así ocurrió.

Pese a que en Santiago de Cuba habían entrado varias columnas guerrilleras, algunos de cuyos comandantes eran de la propia ciudad, eran más antiguos y contaban con mayores méritos que Hubert Matos, éste fue designado jefe del regimiento Antonio Maceo. Hubert Matos se las ingenió para que su rostro y su nombre aparecieran diariamente en la prensa oriental en los cerca de seis días en que permaneció en el mando militar de la ciudad. El 8 de enero, sorpresivamente, Hubert Matos apareció junto a Fidel entrando en La Habana, a la cabeza de la Caravana de la Libertad.

Sin embargo, Hubert Matos se sintió profundamente frustrado cuando en la conformación del primer Gobierno Revolucionario no se le designó en la cartera de Educación, dada su condición de pedagogo. Su inconformidad fue ostensible, pues le resultaba imposible esconder sus aspiraciones políticas.

Todos aquellos elementos, vistos aisladamente, no representaban gran cosa. Integrados, descubrían el peligro que acechaba tras una personalidad profundamente egocentrista y ambiciosa. La vorágine

de la victoria y la confianza en que fuera capaz de superar sus pequeñeces y ambiciones hizo enterrar transitoriamente los motivos de preocupación hacia su persona.

En una decisión que pudo haber sorprendido y hasta ofendido a varios compañeros, a Hubert Matos se le nombró a mediados de enero como jefe militar de la provincia de Camagüey. Ello implicó desconocer al comandante Víctor Mora, el jefe guerrillero que invadió, al frente de una columna, dicha provincia en los meses finales de la guerra. Víctor Mora era un hombre humilde, apenas sabía leer y escribir, quien ganó los grados de comandante del Ejército Rebelde a fuerza de grandes sacrificios. Él era el jefe natural de Camagüey, pero se nombró a Hubert Matos en atención a su preparación cultural.

Una vez allí, Hubert Matos se esmeró en crearse un manto de apoyo irrestricto. Llevó al círculo inmediato del mando militar a aquellos oficiales que le eran incondicionales, aunque ello implicara desconocer los méritos de guerra de otros. Hasta donde pudo, y pudo bastante, hizo lo mismo con los dirigentes provinciales y locales del Movimiento 26 de Julio, en los sindicatos y en los medios de comunicación. Logró fabricarse una cobertura periodística desproporcionada. Los periódicos, la radio y la televisión camagüeyanos fueron puestos al servicio de su pretensión de convertirse en una recia personalidad política. Logró, incluso, que el periódico *Revolución*, órgano oficial del Movimiento 26 de Julio, de circulación nacional, publicara constantemente informaciones sobre sus actividades, lo que no se hacía con los demás jefes militares de provincias. Con cierta frecuencia, sus discursos eran publicados íntegramente en el periódico, para que fueran conocidos en toda la República. Su fotografía aparecía regularmente en todos los medios de comunicación del país, siempre transmitiendo la imagen de un esforzado y eficiente jefe militar y político. Sus discursos, invariablemente, acudían a una contundente retórica revolucionaria.

Hubert Matos logró confundir a muchos, antes y después de su maniobra contrarrevolucionaria. Sostiene Lupe Velis, destacada combatiente revolucionaria y esposa del capitán Antonio Núñez Jiménez, director ejecutivo del INRA, que hallándose en la Ciénaga de Zapata, sin conocimiento de causa, en un ambiente íntimo, encomió la labor que realizaba Hubert Matos en Camagüey . Fidel reaccionó, previniéndola en el sentido de que las medidas revolucionarias no eran aplicadas adecuadamente en aquella provincia.[9]

9 Meses después, en la denuncia de su traición, Fidel dijo que Hubert Matos se había esforzado por hacer creer que las leyes revolucionarias eran su obra, que había que agradecérselas.

Su ostensible tendencia a endiosarse,[10] a publicitar todos sus actos, molestaba. Se le toleró, en aras de evitar fisuras en las fuerzas revolucionarias.

Anticomunismo en marcha

Desde bien temprano, Hubert Matos se dedicó a entrevistarse con ministros y jefes rebeldes, sondeando la opinión de estos sobre el *problema comunista* en la Revolución, y si encontraba receptividad a sus inquietudes ideológicas, vociferaba contra los comunistas. No faltaban en muchas de estas conversaciones, abiertas o solapadas, imputaciones contra el Che y Raúl.

En abril y principios de mayo de 1959, mientras Fidel estaba de gira por los Estados Unidos y América Latina, en las sombras, Hubert Matos inició una profunda labor de búsqueda de apoyo a sus posiciones políticas. Durante semanas, se las ingenió para conversar con oficiales rebeldes: Almeida, Calixto García, Jorge Enrique Mendoza, Jesús Suárez Gayol, y otros. Tras la firma de la Ley de Reforma Agraria, el 17 de mayo, Hubert Matos incrementó su actividad, esta vez acercándose a ministros del Gobierno Revolucionario y al propio Presidente Urrutia.

Yo debí ser uno más de los muchos ministros en quienes pensó Hubert Matos en su maniobra anticomunista. Ocurrió semanas antes de producirse la crisis con el Presidente Urrutia. En una de sus frecuentes visitas al Palacio Presidencial, Hubert Matos me dijo:

— *Quiero tener una conversación contigo.*

— *Bien, cuando tú quieras.*

— *Aquí no hay la tranquilidad que necesitamos. Con todos los asuntos que tú llevas, aquí no vamos a poder conversar bien.*

Y le dije:

— *Vamos a hacer una cosa: el domingo vienes a casa y almorzamos juntos.*

Estuvo de acuerdo. Mi esposa, Concepción Acosta, se encargó de prepararlo todo para atenderle adecuadamente. Lo estuvimos esperando varias horas. Al fin, nos fuimos a cumplimentar un compromiso, dejando el recado de que si llegaba o se comunicaba telefónicamente, lo pusieran en contacto conmigo. Transcurrió todo el día y la noche y no se comunicó, ni siquiera para excusarse. En

10 Estoy convencido de que su egolatría fue el mayor ingrediente de su codicia política, la que lo condujo a la ruina de su moral revolucionaria.

ese momento no le di importancia al asunto. Pensé que había tenido que volver a Camagüey.

Al día siguiente, en el despacho, mientras me encontraba revisando el listado de las personas que habían entrado y salido del Palacio Presidencial, procedimiento que comencé a llevar a sugerencia del comandante Camilo Cienfuegos, descubrí que Hubert Matos no había ido a mi casa por haber regresado a Camagüey, pues había ido a visitar al Presidente a las nueve de la noche, partiendo del edificio a las dos de la madrugada. Seguramente, cuando Hubert Matos le comentó que pretendía conversar conmigo, Urrutia se encargó de disuadirlo, pues bien conocía mi inalterable fidelidad a la Revolución.

Por esos mismos días, al Che le ocurrió algo extraño que nos comentó antes de partir a su gira afroasiática. Encontrándose por Camagüey, supo que el Presidente de la República se hallaba en una finca, atendido por Hubert Matos, quien lo había invitado al acto por el Día del Abogado, ocasión aprovechada para hacer fuertes pronunciamientos anticomunistas. Como un gesto de cortesía, el Che decidió saludar al Presidente. Al llegar, observó la sorpresa y el disgusto de los presentes. Estuvo un tiempo prudencial y se retiró, quedándole el sabor amargo de la duda. Por entonces, resultaba difícil concederle importancia a estos detalles.

Pronto se acumuló nuevos elementos de preocupación y sospecha. Hubert Matos y Urrutia comenzaron a llevar una relación muy íntima, inusitada. De los fondos secretos del Palacio Presidencial, el Presidente aportó —caso único— ciento veinte mil pesos para financiar la labor de Hubert Matos en Camagüey.

Inexplicablemente, el jefe militar de Camagüey se hallaba en el Palacio Presidencial entre todos los ministros del Gobierno Revolucionario, en el acto de toma de posesión de los nuevos titulares de Estado, Agricultura, Gobernación, y Salubridad y Bienestar Social, tras la crisis ministerial del 11 de junio. De esto nos percatamos muchos años después, revisando algunas fotografías del acontecimiento. ¿Cómo explicar que el jefe militar de una provincia apareciera en un primer plano en el momento de solución de una crisis ministerial? Estaba visitando al Presidente Urrutia, concertándose con él, y fue invitado a acompañarlo a la juramentación de los nuevos ministros. Las continuas visitas de Hubert Matos a La Habana raramente incluían acudir al Estado Mayor del Ejército Rebelde. Era lógico; tenían sentido político, distinto a sus obligaciones militares.

Había más, más peligroso y dañino. Se sabía que, sospechosamente, Hubert Matos visitó en su apartamento a Pedro Luis Díaz Lanz cuando fue destituido como jefe de la Fuerza Aérea, el día antes de que éste formulara graves imputaciones de infiltración comunista dentro del Ejército Rebelde.[11] Esto formaba parte de sus constantes cabildeos ideológicos.

Cuando se produjo la crisis con Urrutia, Hubert Matos permaneció en las sombras, sin comprometerse. Pese a conocer sus relaciones sospechosas con Urrutia, Fidel le reiteró su confianza. Dos semanas después, cuando se detuvo a los individuos que viajaron en el avión de Trinidad como parte de la conspiración trujillista, a Luis Pozo Jiménez se le ocupó una carta en la que se mencionaba a Hubert Matos como uno de los oficiales rebeldes con los que podía contactarse. Aquel fragmento de la carta fue excluido de las pruebas presentadas para denunciar los planes trujillistas.

Hubert Matos fortalecía sus relaciones con latifundistas, a los que ya realizaba diversas concesiones, que implicaban retrasar la aplicación en Camagüey de las medidas revolucionarias. Para fortalecer la política agraria, Fidel se vio obligado a mover al capitán Jorge Enrique Mendoza, delegado del INRA en Oriente, para Camagüey.

Pese a todo, Fidel, con sentido de unidad, tuvo una extraordinaria paciencia y tolerancia con la labor de zapa política y proclividad a la traición de Hubert Matos. Tampoco se estaba con las manos cruzadas: el Departamento de Investigaciones del Ejército Rebelde inició una investigación de forma secreta, pero los acontecimientos se precipitaron, como en el caso de Urrutia.

¿Renuncia?

El 19 de octubre, en la tarde, por medio de un oficial del Ejército Rebelde, Fidel recibió una carta del comandante Hubert Matos, renunciando a la Jefatura Militar de Camagüey y pidiendo su licenciamiento, con la alegada pretensión de retirarse a la vida profesional. La carta, se suponía, era secreta y privada, como correspondía a la gravedad del asunto y a la condición del remitente. Podía pensarse

11 Días después, en ocasión de una visita de Fidel al regimiento Ignacio Agramonte, Hubert Matos le confesó que de forma inocente, como amigo personal, lo había ido a visitar, ignorante del *show* que Díaz Lanz tenía pensado realizar. Fidel, quien conocía de la reunión, no le reprochó nada y Hubert Matos continuó en el cargo.

en una decisión personal, legítima. Era de lamentar, en todo caso, que se adoptara justamente cuando la Revolución enfrentaba a la reacción contrarrevolucionaria y éramos blanco de una desmedida campaña publicitaria en los Estados Unidos.

Hubert Matos era habilidoso. Su carta estaba calculada, cada párrafo tenía un propósito. La decisión de "renunciar" fue hecha descansar sobre motivos ideológicos:

— No deseo convertirme en obstáculo de la Revolución, y creo que teniendo que escoger entre adaptarme o arrinconarme para no hacer daño, lo honrado y lo revolucionario es irme.

— (...) *Creo igualmente que después de la sustitución de Duque y de otros cambios más, todo el que haya tenido la franqueza de hablar contigo del problema comunista debe irse antes de que lo quiten.*

— Sólo concibo el triunfo de la Revolución contando con un pueblo unido dispuesto a soportar los mayores sacrificios —porque vienen mil dificultades económicas y políticas— y ese pueblo unido y combativo no se logra ni se sostiene si no es a base de un programa que satisfaga parejamente sus intereses y sus sentimientos y de una dirigencia que capte la problemática cubana en su justa dimensión y no como cuestión de tendencias ni lucha de grupos.

— Si se quiere que la Revolución triunfe, dígase adónde vamos, cómo vamos, óiganse menos los chismes y las intrigas y no se tache de reaccionario ni de conjurado al que con criterio honrado plantee las cosas. Por otro lado, recurrir a la insinuación para dejar en entredicho a figuras limpias y desinteresadas que no aparecieron en escena el primero de enero, sino que estuvieron presentes en la hora del sacrificio y están responsabilizadas en esta obra por puro idealismo, es además de una deslealtad, una injusticia, y es bueno recordar que los grandes hombres comienzan a declinar cuando dejan de ser justos.

La carta hace entonces una larga enumeración de sus méritos de guerra, lo que evidencia su intención de hacerla pública, pues nadie mejor que Fidel para estar enterado de su *curriculum* revolucionario y de su expediente militar. Quiere hacer a Fidel depositario de la ingratitud y la deslealtad, por pura injusticia con él, hombre de tantos méritos revolucionarios. La invocación a conceptos tan sublimes como justicia o lealtad, Hubert Matos lo sabía, siempre tiene impacto en la psicología social.

Recurre a argumentos políticos y no del fuero. La denuncia anticomunista sirve al propósito de fondo de exigir límites para la Revolución. Era una especie de renuncia táctica, para producir una

escalada de adhesiones de otros jefes militares, mediante el procedimiento de solicitar sus licenciamientos, y mientras se tramitaban en el Estado Mayor, producir una agitación política en la provincia, que implicara nuevas renuncias, éstas de funcionarios civiles, y la movilización ciudadana en respaldo a su persona. Todo bajo una insidiosa campaña de prensa.

Hubert Matos envió la renuncia, pero no esperó disciplinadamente la respuesta de Fidel. Se concertó con dirigentes sindicales, estudiantiles y políticos camagüeyanos para, por acumulación, transformar la situación en un movimiento político de incalculables consecuencias, con él como líder y caudillo.

La noche del 19 de octubre, Fidel asistió al acto de toma de posesión de Raúl como ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Se le notó preocupado. Llamativamente, no habló. En sus bolsillos traía la carta de Hubert Matos. Se propuso responderla al día siguiente.

Por la tarde del 20 de octubre, logró hacer un alto en sus obligaciones y redactó la respuesta, en un tono y con una determinación que hubiera querido ahorrarse:

— Acabo de recibir tu carta en la que comunicas la solicitud al Estado Mayor de tu renuncia irrevocable y el motivo que alegas tener para ello. Pero el contenido de tu carta me obliga a hacerte estas líneas.

— Dices que después de la sustitución de Duque de Estrada y de otros cambios, el que haya hablado conmigo sobre problemas comunistas debe irse antes de que lo quiten. Considero que una afirmación semejante estaría bien en la radioemisora de Trujillo o en el libelo de Masferrer o en los editoriales de la prensa reaccionaria. La rechazo por falsa y además insidiosa. Éste es el argumento de Díaz Lanz y de Urrutia. En el fondo era un problema de inmoralidad y ambición. Aunque sólo fuese por respeto a ti mismo, no debiste haber hecho semejante afirmación.

— Los cambios a que te refieres fueron hechos en virtud de consideraciones que no incluyen la obligación de darte cuenta a ti y tú no tienes que juzgarlo y prejuzgarlo, sino simplemente limitarte a las funciones que te corresponden.

— De la lectura de ese y de otros párrafos de tu carta creo tener motivos más que suficientes para pensar que eres incapaz de comprender lo tolerante y generoso que he sido contigo y que olvidas la parte considerable que debes a los demás en el papel que hoy desempeñas. Actúas como si te dejaras perder por la idea de que en

un proceso como éste se pueden alcanzar las cumbres por otros medios que no sean el mérito, el desinterés y el sacrificio...

— Creo que si alguien ha sido desleal, eres tú. Mi defecto no ha sido la deslealtad o la injusticia, sino la tolerancia; si no, no me habría visto precisado a escribir estas líneas, si al primer signo de insubordinación por tu parte, que fueron reiterados, te hubiera retirado el mando en la Sierra Maestra. Vemos que estás haciendo un estimado falso de la situación, y sólo me preocupa el daño a la Revolución. El comandante Cienfuegos recibirá el mando. Después harás lo que creas pueda convenir o perjudicar más. Si es lo primero siempre habrá oportunidad de que volvamos a encontrarnos en el camino del servicio al país, cuando hayas tenido tiempo de madurar los últimos 18 meses de tu vida.

— El camino para ti ha sido demasiado fácil; y por eso te ha hecho daño. De todos modos, te advierto que el plan que tienes sólo servirá en estos momentos para hacer daño y eso tú lo sabes perfectamente.

Por indicaciones suyas, el comandante Camilo Cienfuegos fue a sus oficinas. Recibió la orden de viajar al día siguiente a Camagüey con la respuesta. Lo que Fidel ignoraba a esas horas era que ese mismo día iban a llegar al Estado Mayor del Ejército Rebelde otras solicitudes de licenciamiento, provenientes de Camagüey. Las solicitudes, realizadas a título personal, tenían en común que todos los promoventes eran oficiales subordinados a Hubert Matos. Estas solicitudes, sin embargo, eran meramente reglamentarias, sin expresión de motivos. Dada la condición de aforados de los renunciantes, cualquier concertación convertiría el hecho en un delito de sedición, incluso de traición, si el propósito era contrarrevolucionario. Las leyes penales de la República eran precisas y fijaban sanciones elevadas para tales conductas.

El momento escogido para las renuncias no podía ser peor para la Revolución. En La Habana se celebraba la convención mundial de agentes de viajes turísticos (ASTA), ocasión en la que se hallaban presentes cerca de dos mil agentes de viaje de decenas de países importantes y la prensa enfocaba su atención sobre Cuba, empeñada en desarrollar sus planes turísticos. El hecho, donde renunciaba un importante jefe militar de provincia por motivos ideológicos y lo secundaban casi todos los jefes militares subordinados, tendría un fuerte impacto internacional. ¿Mera casualidad? ¿Cálculo?

Reacción revolucionaria

Para esa noche del 20 de octubre, en Camagüey estaba convocado un acto de masas en la plaza de Las Mercedes en recordación del líder campesino Sabino Pupo. Hubo larga demora en su inicio, mientras se aguardaba por la presencia del comandante Hubert Matos, quien finalmente no concurrió. Los discursos de los dirigentes sindicales y del Movimiento 26 de Julio en la provincia fueron desacostumbradamente vacilantes en el apoyo a la Reforma Agraria y a la Revolución. Observando que en el ambiente estaba la renuncia de Hubert Matos, que se suponía era secreta aún, dado su carácter privado, y con el convencimiento de que estaba en presencia de una clara maniobra contrarrevolucionaria, el capitán Jorge Enrique Mendoza, delegado provincial del INRA, apenas terminó el acto, ya en la madrugada del 21 de octubre, se comunicó telefónicamente con Fidel y le explicó que era del conocimiento público la renuncia de Hubert Matos y que observaba un estado de complicidad con él entre varios dirigentes estudiantiles y sindicales.[12] Con todos los antecedentes, Fidel se percató de que estaba en curso una maniobra contrarrevolucionaria, y decidió actuar enérgicamente.

Impartió la orden de ocupar la jefatura de la Policía Nacional Revolucionaria en Camagüey y establecer con sus efectivos y oficiales una base revolucionaria desde la cual contrarrestar cualquier maniobra de Hubert Matos y los complotados. A esa hora, se ignoraba cuáles eran los planes operativos de éstos y si pensaban recurrir a medidas de fuerza. La resolución era no darles tiempo, ahogar la sedición en sus comienzos.

La orden fue cumplida en poco tiempo. Por disposición de Fidel también se logró sumar a las fuerzas leales a la Revolución a la segunda estación de la Policía Nacional Revolucionaria y al batallón de las Fuerzas Tácticas del Ejército Rebelde, que se hallaba en su cuartel de las afueras de la ciudad, al mando del capitán Arnaldo Pernas. Cada paso era informado inmediatamente por teléfono a Fidel, quien en La Habana determinaba, con los comandantes Raúl Castro, Camilo Cienfuegos y otros oficiales rebeldes, las medidas subsiguientes. Fidel decidió que Camilo viajara a Camagüey al frente de la compañía de seguridad del Estado Mayor del Ejército Rebelde, a conjurar la traición.

12 El *modus operandi* de Hubert Matos fue similar al de Díaz Lanz: redactar la carta, mandarla con un propio y, mientras se tramitaba oficialmente, divulgar su contenido a terceros, haciéndola pública.

Según avanzó la madrugada del miércoles 21 de octubre, Fidel impartió nuevas órdenes a Mendoza en Camagüey. Previendo lo peor, dispuso que las fuerzas leales tomaran las estaciones de radio, la cárcel, la emisora de televisión, la central telefónica, la planta eléctrica, el aeropuerto, el hospital y la droguería Álvarez Fuentes. Cumplidas estas misiones, aún de madrugada, Mendoza recibió la orden de ocupar el periódico de la provincia, *Adelante*, y una estación de radio que tuviera alcance provincial y que permitiera su defensa frente a un eventual ataque de los hombres fieles a Hubert Matos. Desde ella, al amanecer, debía denunciarse la sutil maniobra contrarrevolucionaria en curso.

La apreciación de Mendoza y Orestes Valera de que la renuncia de Hubert Matos era del dominio público y formaba parte de una conjura contrarrevolucionaria quedó corroborada cuando fue ocupado el periódico *Adelante*. Había, listas ya para su publicación, dos notas dando cuenta de adhesiones a Hubert Matos.

En la columna que escribía el politiquero Faustino Miró Martínez iba a aparecer una nota afirmando que la ¿noticia? de la renuncia de Hubert Matos *causó conmoción a la ciudadanía*, viéndose *rostros tristes* y *confesiones de adhesión al gran líder de la Columna 9 Antonio Guiteras*, porque *sus dolores y alegrías se vierten emocionalmente en el pueblo que lo admira y lo estima como algo suyo*.

Firmada por siete dirigentes estudiantiles, en nombre de la Federación de Estudiantes Secundarios de Camagüey, fue ocupada una nota en la que se decía que *teniendo conocimiento por la prensa de la renuncia (de Hubert Matos), nos mantenemos expectantes en estos momentos, y esperamos las noticias oficiales del Gobierno Revolucionario*. A la vez citaban a una urgente *Asamblea General* para las ocho de la noche. Debían concurrir (*que no falte uno solo*) los alumnos del Instituto de Segunda Enseñanza, la Escuela Normal para Maestros, la Escuela de Comercio, la Escuela Normal de Kindergarten y la Escuela del Hogar, Artes y Oficios.[13]

Esto probaba, inequívocamente, que la carta no era privada y que se estaba produciendo una movilización política y social de solidaridad con Hubert Matos, antes de hacerse pública su renuncia.

Mendoza, Orestes Valera y unos pocos rebeldes fuertemente armados se posesionaron de *Radio Legendario,* en la calle República.

13 Las citas corresponden al libro *En Marcha con Fidel-1959*, de Antonio Núñez Jiménez, publicado por la Fundación La Naturaleza y el Hombre , Ediciones Mec Graphic, Ltd., p.p. 347-348.

Al amanecer, poniendo en cadena todas las emisoras de la ciudad, desplegaron una ininterrumpida labor de denuncia pública de la maniobra contrarrevolucionaria. En el distrito militar Ignacio Agramonte, Hubert Matos debió haberse sorprendido con la inesperada denuncia pública, en lugar de los pronunciamientos de adhesión que esperaba. A esa hora, estaba llegando a Camagüey por vía aérea el comandante Camilo Cienfuegos y una reducida escolta de tres miembros. Al llegar, Camilo se trasladó a la jefatura de la Policía Nacional Revolucionaria, en la calle Avellaneda, conversó por teléfono con Fidel y sin esperar por la compañía de seguridad del Estado Mayor, aún en el aire, acompañado por escasos hombres, se dirigió al distrito militar Ignacio Agramonte.

El traidor inocente

Resulta imposible precisar con exactitud la hora, pero muy probablemente en esos precisos instantes, en un vano y desesperado esfuerzo por justificar su conducta y buscar respaldo, Hubert Matos intentó comunicarse con el Presidente Osvaldo Dorticós. Quizá con éxito, hizo lo mismo con otros compañeros, incluso con ministros del Gobierno Revolucionario.

Recibí una llamada suya a mi despacho. Me dijo que se estaba cometiendo una injusticia con él, y que quería dejar las cosas aclaradas con el Presidente. Le di el número del teléfono privado de Dorticós, que se encontraba instalado en el baño del despacho del Presidente. Con rápidez, fui directamente al baño, tomé el teléfono y le pedí a Hubert Matos que esperara. Me dirigí a donde conversaban Osvaldo y Raúl y les informé que Hubert Matos quería hablar con Dorticós. El Presidente me hizo señas con su mano derecha de contestar que no iba a ponerse al teléfono. Al insistir Raúl en que debía responder a la llamada, fuimos al baño y Dorticós escuchó pacientemente las excusas y explicaciones de los hechos, todas justificativas, que daba Hubert Matos. Al finalizar la conversación, comentamos entre nosotros la situación, y permanecimos el resto de la mañana en espera de los informes que nos llegaban de Camagüey.

En Camagüey, Camilo se dirigió al distrito militar Ignacio Agramonte. No encontró resistencia. Al ser informado en la jefatura de que el comandante Hubert Matos se hallaba en su residencia, solamente acompañado por el jefe de su escolta, Camilo fue por él, le entregó la respuesta de Fidel, le comunicó que asumía el mando militar de la provincia y que a partir de ese instante quedaba arrestado. Fueron para la jefatura y, en presencia de oficiales; tanto complotados

como leales a la Revolución, Hubert Matos y Camilo sostuvieron una discusión en la cual aquél quiso negar el acto de su traición.

Mientras, aproximadamente a las nueve y treinta de la mañana, llegó Fidel. Nadie lo esperaba. Rápidamente fue al centro de la ciudad. A pie, al frente de una multitud creciente partió al encuentro de Mendoza en el local de *Radio Legendario*, en las calles República y Finlay, para que el pueblo quedara convocado al edificio del INRA, en la calle San Pablo, esquina a Gonzalo de Quesada. Era escaso el espacio para albergar a la multitud, que iba creciendo en la medida en que Mendoza y Valera incitaban por radio a reunirse con Fidel. Allá llegó Camilo, y tras informarse de la extrema gravedad de la situación política en el regimiento, ya bajo control, por el alto nivel de confusión reinante, Fidel dispuso partir hacia allá, a pie, sin armas, acompañado por Camilo y el pueblo. Casi al mediodía, desde el balcón de la jefatura del distrito militar Ignacio Agramonte, Mendoza, Camilo y Fidel informaron al pueblo de Camagüey y a los soldados del Ejército Rebelde, concentrados en la explanada, de los pormenores de la traición.

Después de la concentración, a media tarde, Fidel emprendió el regreso a la capital. En Camagüey quedó Camilo, encargado de depurar responsabilidades, reestructurar los mandos militares y civiles y seguir esclareciendo los acontecimientos.

Díaz Lanz ataca

En el Palacio Presidencial, expectantes, permanecíamos Dorticós, Raúl y yo. Al mediodía, Raúl planteó que, ante los rumores que ya comenzaban a circular sobre el conato sedicioso de Camagüey, era conveniente demostrar que no ocurría nada de importancia. Sugirió ir a un lugar público para transmitir una sensación de normalidad. Se escogió la exposición de la ASTA que se hallaba montada en las calles 23 y L, en El Vedado. Me dispuse a acompañarlos, pero Raúl me dijo:

— *Quédate en Palacio, por lo que pueda ocurrir*.

Ese día, la convención de la ASTA había recesado su plenaria. Grupos muy numerosos de agentes de viaje habían ido a Santiago de Cuba y otros a Varadero. Algunos visitaban la exposición o deambulaban por la ciudad. Aproximadamente a las seis de la tarde, poco después de haber partido Dorticós y Raúl, en el momento de mayor afluencia de público en determinadas zonas céntricas de la

ciudad por haber terminado la jornada laboral, dos aviones procedentes del norte volaron sobre La Habana y lanzaron octavillas contrarrevolucionarias. Luego de realizar algunas maniobras, iniciaron un cobarde ataque, disparando con ametralladoras de gran calibre y dejaron caer granadas contenidas en vasos de cristal, a las que habían quitado las espoletas. Al romperse el vaso contra una superficie dura, se liberaba la espoleta, provocando que la granada estallara.

Por las características del ataque era obvio que conocían la ciudad. Las acciones de bombardeo y ametrallamiento ocurrieron en sitios sumamente concurridos: las calles Monte, Rastro, Carlos III, Infanta, Cuatro Caminos. En Monte y Rastro el empleado Reinerio González, de treinta y ocho años, padre de familia, fue destrozado por uno de los artefactos explosivos. En Infanta y Carlos III murió Joaquín Fernández, alcanzado por la metralla. El saldo final fue de dos muertos y cuarenta y cinco heridos, entre ellos niños y mujeres.

Desde la azotea del Palacio Presidencial, La Cabaña, la jefatura de la Policía Nacional Revolucionaria y el Estado Mayor de la Marina de Guerra, los artilleros rebeldes dispararon sus ametralladoras antiaéreas, obligando a los aviones a ganar altura, internarse en el mar y escapar, con rumbo norte. Minutos después, los compañeros de la guarnición de Palacio me llevaron varios ejemplares de las octavillas lanzadas, en las que se llamaba a una insurrección contrarrevolucionaria.

Fidel había llegado de Camagüey. Cuando iba por Malecón rumbo al Palacio Presidencial se produjo el hecho. Se detuvo frente al parque Maceo. Estando allí, caía la lluvia de octavillas. Conversó con algunos periodistas y continuó su camino hacia Palacio. Pasó por mi despacho y continuamos hacia el del Presidente. Yo llevaba las octavillas en las manos y cuando se las mostré, me dijo:

— Ya las ví.

Venía despeinado, sin armas. Puso la mano derecha sobre un *secreter*, y con enorme curiosidad, me preguntó:

— ¿Qué te parece lo de Hubert Matos?

Aunque sin una gran relación personal, conocía a Hubert Matos desde los días en que militábamos en Joven Cuba, en la década del treinta. Sin titubear, con plena conciencia, le contesté:

— Sencillamente, lo que hay que hacer es fusilarlo. Un traidor lo que se merece es la eliminación física.

Fidel, reflexivo, me dijo:

— No, no, así no se puede proceder. Hay que someterlo a un juicio, probarle la responsabilidad y condenarlo. Y explicarle al pueblo los hechos de la traición.

Permanecimos conversando. Mientras, un ayudante del Presidente fue a avisarles a Dorticós y a Raúl del regreso de Fidel. Cuando llegaron, Fidel hizo un relato pormenorizado de los acontecimientos de Camagüey, tras lo cual intercambiamos criterios.

El Comandante en Jefe, Fidel Castro, y el ministro de la Presidencia, Luis M. Buch, conversan en el despacho del Presidente de la República, al regresar Fidel de Camagüey tras conjurar la maniobra contrarrevolucionaria del comandante Hubert Matos. 21 de octubre de 1959.

A esa hora nos preguntábamos si estaban interconectados los dos actos: la conspiración de Hubert Matos y el bombardeo y ametrallamiento de La Habana; el hecho de que hayan coincidido, ¿era mera casualidad? Carecía de toda lógica que Hubert Matos se hiciera respaldar por una absurda y criminal acción piratesca contra la capital de la República, sin otro propósito que provocar pánico y alarma en la ciudadanía. Era elemental que una acción de este tipo iba a producir una enorme indignación popular, incrementada al conocerse que el cabecilla de los pilotos atacantes era el desertor y

traidor Pedro Luis Díaz Lanz. Su crédito en el pueblo no podía ser peor después de prestarse a declarar en las audiencias de un subcomité senatorial de los Estados Unidos. Quizá nunca se sepa con seguridad si la acción sediciosa estaba coordinada con el cobarde crimen de Díaz Lanz. La apreciación de Fidel era que Hubert Matos tenía informado a Díaz Lanz de sus planes, y éste, creyendo apoyarlo, produjo la vandálica acción, totalmente desafortunada para la causa sediciosa. Pero sobre lo que entonces no teníamos dudas, y hoy las hay menos, es de que ambos estaban de consortes en los propósitos anticomunistas y de freno a la Revolución.

Como respuesta a las agresiones aéreas desde el exterior y para consolidar el respaldo popular a la Revolución, se decidió convocar a una concentración frente al Palacio Presidencial, para el 26 de octubre. Cuando terminamos de hablar, Dorticós, Fidel y otros compañeros partieron para los hospitales de Emergencias e Infantil para ver la evolución de los muchos heridos.

Fidel y Camilo explican y denuncian los hechos

En repulsa a los hechos, esa misma noche la Central de Trabajadores de Cuba (CTC-Revolucionaria), convocó a un paro nacional de una hora, que tuvo lugar, al día siguiente a partir de las tres de la tarde, de forma unánime —salvo los gastronómicos, hoteleros y choferes de turismo, al servicio de la convención de la ASTA. Una manifestación espontánea se dirigió al Palacio Presidencial. El Presidente Dorticós, entre aclamaciones y consignas, les habló emocionado. A partir de las diez y treinta de la noche, Fidel compareció ante la prensa nacional. El Consejo de Ministros en pleno concurrió, encabezado por el Presidente Dorticós. Lo escuchamos durante cerca de cuatro horas denunciar la actividad contrarrevolucionaria en curso, dentro y fuera de Cuba.

Se denunció con energía que el territorio estadounidense fuera utilizado impunemente para atacar a Cuba. Fidel se preguntó, indignado, cómo reaccionaría el pueblo norteamericano si aviones procedentes de Canadá bombardearan a Washington. Ante el alegato esgrimido en los Estados Unidos de que resultaba imposible controlar la entrada y salida de los aviones asentados en su territorio, preguntó dónde estaban entonces las pregonadas defensas de aquella nación frente al hipotético supuesto de una agresión exterior. Bombardeaban a Cuba, y coincidentemente los Estados Unidos presionaban a gobiernos occidentales, especialmente a Inglaterra, para que

no vendieran armas y aviones a Cuba. Fidel dejó en claro que si esas maniobras persistían, Cuba acudiría a la solidaridad de todos los pueblos del mundo. No habría manos cruzadas ni rendición: lucharíamos, con las armas que poseyéramos y con las que consiguiéramos. Fidel hizo pública la determinación de reunir al pueblo frente al Palacio Presidencial.

Camilo Cienfuegos tendría en aquellas jornadas un protagonismo principal, al denunciar la traición de Hubert Matos y esclarecer políticamente al pueblo y a la tropa de Camagüey. Había mucha confusión con la propaganda anticomunista y la actitud de Hubert Matos. El mismo día 21, Camilo les dijo a los periodistas:

— No hay que ver fantasmas en el comunismo. Se nos ataca por el hecho que Carlos Rafael Rodríguez estuviera en la Sierra Maestra y porque habláramos con él. Carlos Rafael Rodríguez fue un hombre que subió a la Sierra, y a nadie le preguntamos si es comunista. Sólo nos interesa que sean cubanos y combatientes bien intencionados. ¿Cómo no dicen que el padre Sardiñas estaba también en la Sierra y que ahora es comandante del Ejército?

— Hubert Matos pretendía tener un ejército que respondiera, no a la Revolución, sino a Hubert Matos. De ahí que convenciera al coordinador de Camagüey, Agramonte, el que pretendía emplazar a Fidel para que se definiera y explicara hasta dónde iría la Revolución. Pero aquí habrá Revolución hasta que quede una injusticia por reparar.

— Mucha gente está colocando sus peones para hacerse fuertes y dividir. Su descaro y ambición se manifestaron cuando llegué a Camagüey y me dijo: "Yo también tengo mis obreros y campesinos". Como si este ejército fuera de facción y grupo. No vamos a ceder una pulgada.[14]

En los días posteriores, Camilo realizó una ingente labor política y organizativa en Camagüey. El día 23, en un primer paso para convertir el distrito militar Ignacio Agramonte en ciudad escolar, Camilo entregó las edificaciones al Ministerio de Educación. El día 25 regresó a La Habana, a informar, orientarse y participar en el acto frente al Palacio Presidencial.

Concentración popular

En una nueva evidencia de la creciente actividad contrarrevolucionaria, esa noche dos desconocidos atentaron contra el edificio del

14 Periódico *Sierra Maestra*, 23 de octubre de 1959.

periódico *Revolución*, en la avenida Carlos III, número 615. La explosión de la granada provocó heridas graves al corresponsal Francisco Muñoz. Estos hechos tenían por virtud enrarecer más la situación. Ya en los Estados Unidos se organizaba con absoluta impunidad y descaro planes subversivos, y de las ideas los contrarrevolucionarios pasaron a los hechos. Las incursiones aéreas eran la mejor prueba: el ataque aéreo a La Habana era el tercero que sufríamos en ese mes de octubre; antes, aviones pequeños procedentes de los Estados Unidos habían bombardeado los centrales *Niágara,* en Pinar del Río, y *Punta Alegre* y *Violeta*, en Camagüey, y en las semanas y los meses siguientes esta actividad terrorista se multiplicó.

Cuando la granada explotaba en la avenida Carlos III, en la salida del túnel de la bahía se trabajaba intensamente para posibilitar que la concentración popular, que se calculaba sería la mayor reunida por la Revolución frente al Palacio Presidencial, lo hiciera sin interrupciones, desde la terraza norte hasta el Malecón. La entrada del túnel de la bahía lo impedía.

A menos de cuarenta y ocho horas de comenzar el acto, Fidel le pidió al ingeniero Manuel Ray, ministro de Obras Públicas, que se construyera un puente sobre la entrada del túnel que posibilitara que la muchedumbre fuera compacta, sin que ningún accidente arquitectónico la dividiera. Ray le asignó la misión a uno de los subsecretarios, el ingeniero Gerardo Pérez-Puelles Ezpeleta. Sin titubear, se contrató los servicios de varias carpinterías. Se hizo con empresas privadas, pues en 1959 no había un mecanismo constructivo de carácter público que posibilitara acometer una obra de tal magnitud en tan corto tiempo, entre sábado y domingo. En la madrugada del domingo 26 de octubre, Fidel visitó la obra conduciendo un *jeep*.[15]

Todavía se estaba pintando, cuando el pueblo comenzó a llegar a la concentración. Las banderas cubanas y del Movimiento 26 de Julio y los cartelones y las pancartas dieron especiales colorido y vistosidad a la explanada anterior al Palacio Presidencial. Desde el segundo piso vimos cómo se inundó aquel inmenso espacio, hasta cubrir el improvisado puente.

15 Interrogó acerca de si había seguridad de que la obra se terminara y de si era posible retirar provisionalmente los árboles de la avenida de Las Misiones para lograr una completa visibilidad de la multitud. Se le convenció de que tal pretensión era excesivamente dificultosa y podría acarrear la muerte de los árboles. Después del acto, Fidel fue hasta donde Gerardo Pérez-Puelles conversaba, le puso la mano en el hombro y le alabó el trabajo. Pérez-Puelles quedó sorprendido por el hecho de que en medio de la enorme agitación política reinante, Fidel se permitiera ese detalle. Entrevista con los autores. La Habana, febrero de 2000.

A partir del segundo semestre de 1959, la Revolución Cubana vivió constantemente bajo asedio o agresiones. Fidel condujo con maestría política y militar su defensa y desarrollo. Junto a Fidel, el comandante Efigenio Ameijeiras, jefe de la Policía Nacional Revolucionaria; Armando Hart, ministro de Educación; Augusto Martínez Sánchez, ministro de Trabajo, y Luis M. Buch, ministro de la Presidencia.

Fidel llegó a las cuatro y dieciocho de la tarde, en un helicóptero que sobrevoló esta zona de la ciudad y aterrizó finalmente frente a la iglesia del Ángel, en un lateral del Palacio Presidencial. Su llegada provocó el frenesí popular. Fidel y su reducida comitiva entraron al Palacio por la puerta de Monserrate. Se había concentrado más de un millón de cubanos. Poco después, salimos todos a la terraza norte. Allí estaba toda la dirección revolucionaria y el Consejo de Ministros en pleno. El acto duró varias horas, y el clamor popular reclamó insistentemente, sin desmayo, ¡*Paredón*!, en clara alusión a la necesidad de endurecer el enfrentamiento a la contrarrevolución.

En el acto hablaron, sucesivamente, David Salvador, dirigente sindical; el doctor Osvaldo Dorticós, Presidente de la República; el comandante Rolando Cubela, dirigente universitario; el comandante Camilo Cienfuegos, jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde; el comandante Juan Almeida, jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea Rebelde; el comandante Ernesto Guevara, aún sin cargos oficiales; el comandante Raúl Castro, ministro de las Fuerzas Armadas

Revolucionarias, y el Comandante en Jefe, Fidel Castro, Primer Ministro. Todos los discursos calificaron la traición y pidieron firmeza revolucionaria. Los obreros proclamaron su determinación de donar un día de su salario para financiar la compra de armas con las cuales defender a la Revolución.

La indignación por el cobarde ataque de Díaz Lanz y las acciones terroristas en curso, y por la traición de Hubert Matos, movilizaba el fervor revolucionario de todos nosotros. Nunca antes los sentidos versos de Bonifacio Byrne al llegar a Cuba y encontrarse la bandera estadounidense ondeando en lugar de la cubana me resultaron tan hermosos y hondos como cuando los escuché en aquella jornada en la voz del comandante Camilo Cienfuegos. Aquel discurso encendido, virtualmente su testamento revolucionario, serían las últimas palabras que le escuchó el pueblo y muchos de los compañeros que, por la índole de nuestras funciones, lo veíamos con frecuencia.

En el pasado lo fue y en el futuro la Revolución sería enérgica, pero lo haría apelando a la mayor legalidad, de acuerdo con las circunstancias. Fidel siempre estuvo empeñado por impedir que la Revolución Cubana reeditara los episodios sangrientos de otras revoluciones sociales, evitando que la justicia arbitraria de las revoluciones en Francia, México o Rusia fuera el procedimiento para combatir al enemigo en Cuba.

La contrarrevolución y el propio Hubert Matos acudieron a las más inescrupulosas insinuaciones o mentiras para crearle problemas a la Revolución, acusándola de asesina. Lo verdaderamente insólito radicaba en que construyeran el expediente de la criminalidad de los revolucionarios cubanos, cuando todos, especialmente Hubert Matos, sabían la escrupulosidad con que siempre se había actuado en el trato a los prisioneros y en el respeto físico al enemigo vencido. Esto explica por qué el Che denunciara ante el pueblo de que, al amparo de la libertad de prensa y expresión, ocurriera que la esposa de Hubert Matos publicara una carta insinuando que éste iba a ser asesinado en una celda:

— (...) *Nunca hemos matado ni un solo prisionero de guerra en los momentos más difíciles. Ahora estamos acusados de intento de asesinato en una celda, de intento de asesinato a quien podríamos llevar al paredón por traidor a la Revolución*.[16]

Para Raúl, apenas se cerraba un capítulo de la película *Los Tres Mosqueteros*: Díaz Lanz, Urrutia y Hubert Matos. Denunció que

16 Periódico *Sierra Maestra*, 27 de octubre de 1959.

mientras la contrarrevolución se hacía más agresiva y peligrosa, el castigo judicial de los convictos de terrorismo y de subversión era excesivamente lento. Sus palabras terminaron pidiéndole a Fidel que recordara la demanda popular de "sacudir la mata", en una clara referencia a la necesidad de depurar de contrarrevolucionarios y timoratos las estructuras del Gobierno.

Fidel anunció la creación de las Milicias Nacionales Revolucionarias (MNR). Desde fecha bien temprana después del triunfo, Fidel había exteriorizado la determinación de acudir al entrenamiento militar del pueblo, si era necesario, para defender a la Revolución. En marzo de 1959, a partir de una iniciativa del Círculo de Trabajadores de San Antonio de los Baños para nuclear en pelotones de milicias a obreros, campesinos, estudiantes, profesionales y amas de casa para custodiar centros de trabajo y estudio y enfrentar la incipiente actividad contrarrevolucionaria, la formación de embriones de lo que llegaría a ser las MNR se extendió por toda la geografía nacional. A finales de agosto, en la cueva de Santo Tomás, surgió el primer y emblemático pelotón de milicias campesinas: Los Malagones. En realidad, eran doce campesinos pinareños, a los que se les confió desarticular, después de un rápido entrenamiento militar, a la banda del ex-cabo Luis Lara Crespo, criminal batistiano condenado a muerte, y que se hallaba prófugo de la justicia revolucionaria. Fidel les había dicho que, si triunfaban, habría milicias en Cuba. En una veintena de días, la banda de Lara[17] era historia pasada.

Tribunales Revolucionarios

En todo un símbolo de los días que se avecinaban, de la decisión que habíamos adoptado de desafiar todas las fuerzas y los obstáculos que se opusieran a la Revolución, acudiendo a las armas si era preciso, Fidel le entregó al comandante Juan Almeida un cheque, otorgado por el Presidente de la República y por él, como contribución para la compra de aviones con los cuales defender el país.[18] En las semanas posteriores, la nación se movilizó para reunir fondos[19] con los que financiar la adquisición de los aviones que los Estados Unidos se empeñaban en sabotear.

17 Luis Lara Crespo fue capturado y fusilado.

18 Testimonio de Gerardo Pérez-Puelles. La Habana, febrero de 2000.

19 No era, sin embargo, la primera vez que se acudía a todo el país para recaudar dinero con propósito definido. En la primera mitad del año se recaudó millones de pesos como contribución nacional a la implementación de la Ley de Reforma Agraria.

En aquel momento todavía estaban con ínfulas patrióticas varios personajes de la vieja política cubana. Entre ellos sobresalía el ex-Presidente de la República, Carlos Prío Socarrás (1948-1952), quien nos acompañó en la terraza norte. Ese día, tras el acto, cuando entramos al interior del Palacio Presidencial, como contribución personal para la compra de los aviones, Prío le entregó una sortija de diamantes a Fidel.

La contrarrevolución había convertido en un *hobby* conspirar. Tras la suspensión de los Tribunales Revolucionarios mediante la Ley 425 de julio de 1959, la Revolución carecía de instrumentos válidos, proporcionados para responder enérgicamente a los actos terroristas. La contrarrevolución, cada vez más visible y agresiva, estaba envalentonada por la convicción de contar con el respaldo de los Estados Unidos, lo que era cada vez más evidente. Nuestro propósito de hacer una revolución generosa, que no conculcara ninguna garantía ni ningún derecho procesal, alentaba las acciones del enemigo. En el acto, Fidel denunció que cada día la contrarrevolución era más audaz y más insolente:

— Y hasta en las primeras páginas de todos los periódicos, escudados en las faldas de una mujer, escriben poco más o menos que el Primer Ministro es un criminal.

Entonces, como había hecho el 21 de enero de 1959 en lo relativo al fusilamiento de los criminales de guerra, consultó al pueblo, a mano alzada, acerca de la idea de restablecer los Tribunales Revolucionarios, lo que equivalía a aceptar el reto contrarrevolucionario con cierta proporcionalidad de medios, sólo que con la legalidad de nuestro lado. La decisión solamente correspondía adoptarla al Consejo de Ministros, pero Fidel prefería tener el espaldarazo popular, acudiendo a un muy peculiar procedimiento de democracia directa, de plebiscito en plaza pública, para aprobar políticamente lo que después sería medida legal. Allí nos enteramos de uno de los puntos de la agenda de la reunión del Consejo de Ministros del día siguiente*:*

— Aquí, ante todos nuestros compatriotas reunidos, voy a plantear y voy a consultar al pueblo sobre la reimplantación de los Tribunales Revolucionarios. Quiero que la ciudadanía exprese su deseo, que la ciudadanía decida sobre esta cuestión y que los que estén de acuerdo con que se establezcan los tribunales que levanten la mano (el pueblo levantó las manos)*; puesto que es necesario defender la Patria de la agresión, puesto que es necesario defender la Patria frente a los ataques aéreos desde tierras extranjeras, puesto que es necesario defender la Patria de la traición, mañana se reunirá el*

Consejo de Ministros para discutir la ley que establezca de nuevo, por el tiempo que sea necesario, los Tribunales Revolucionarios y aunque dichos tribunales serán los que decidan en última instancia y de acuerdo con las leyes, sobre la pena que corresponda a cada uno de los culpables, quiero consultar la opinión del pueblo. Que levanten la mano los que crean que los que invadan a nuestro país merecen la pena de fusilamiento (el pueblo levantó las manos)*; que levanten la mano los que crean que los terroristas merecen la pena de fusilamiento* (el pueblo levantó las manos); *que levanten la mano los que crean que los que tripulan avionetas sobre nuestro territorio y bombardean nuestro pueblo, merecen la pena de muerte* (el pueblo levantó las manos).

— Todo el mundo sabe los esfuerzos que hicimos por poner fin, por suspender los Tribunales Revolucionarios. Todo el mundo sabe lo que nos angustiaba la campaña que se hacía contra nuestra Patria por el castigo de los esbirros. (...) Todos saben el esfuerzo que hemos hecho por llevar adelante nuestra Revolución, con el máximo de generosidad, con el máximo de tolerancia, con el máximo de bondad. Todo el mundo sabe lo duro que es para nosotros abrir de nuevo a la pandilla de detractores, a los cables internacionales, a las revistas, a los grandes rotativos, que nos calumnian, que nos atacan, la oportunidad de volvernos a presentar ante el mundo como gente cruel o insensible. (...) Todo el mundo sabe lo duro que es para nosotros, las dificultades que nos plantea, pero puesto que hay que defender la Patria de la agresión, puesto que nos están bombardeando, puesto que nos quieren derrotar por el terror y por el hambre, no queda otra alternativa que defender la Patria y nosotros somos hombres que cumplimos el deber.[20]

Cuando terminó el acto, entramos al Palacio Presidencial e intercambiamos criterios. Allí vi por última vez a Camilo. Esa noche, los contrarrevolucionarios colocaron varias bombas en La Habana, incluyendo una en el periódico de los comunistas, *Hoy*.

El Consejo de Ministros se reunió a la una y treinta de la tarde del 27 de octubre. Recurriendo a sus palabras del día anterior, Fidel nos planteó que debíamos producir una Ley de Reforma Constitucional modificativa del artículo 174 de la Ley Fundamental de la República, restableciendo los Tribunales Revolucionarios para conocer de los juicios y las causas originadas por la comisión, por civiles y militares, de delitos calificados legalmente como contrarrevolucionarios.

20 Periódico *Sierra Maestra*, 27 de octubre de 1959.

La decisión era grave; implicaba que, para combatir a sus enemigos, la Revolución Cubana acudiría a una justicia sumaria, en la que muchas garantías procesales y legales eran disminuidas o suspendidas. Sometido el asunto al Consejo de Ministros, votamos nominalmente, uno a uno. Fue unánime la aprobación.

Asumimos la responsabilidad el doctor Osvaldo Dorticós Torrado, Presidente de la República; comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro; comandante Raúl Castro Ruz, ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; doctor Raúl Roa García, ministro de Estado; doctor Armando Hart Dávalos, ministro de Educación; comandante Faustino Pérez Hernández, ministro de Recuperación de Bienes Malversados; doctor Alfredo Yabur Maluf, ministro de Justicia; José Alberto Naranjo Morales, ministro de Gobernación; comandante Pedro Miret Prieto, ministro de Agricultura; doctor Raúl Cepero Bonilla, ministro de Comercio; comandante Augusto Martínez Sánchez, ministro de Trabajo; doctor Serafín Ruiz de Zárate Ruiz, ministro de Salubridad y Asistencia Social; doctora Raquel Pérez González, ministra de Bienestar Social; ingeniero Enrique Oltuski Ozacki, ministro de Comunicaciones; comandante Julio Camacho Aguilera, ministro encargado de la Corporación Nacional de Transporte; doctor Regino Boti León, ministro encargado del Consejo Nacional de Economía; doctor Rufo López Fresquet, ministro de Hacienda; ingeniero Manuel Ray Rivero, ministro de Obras Públicas, y doctor Luis M. Buch Rodríguez, ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros.

Fue la primera reforma constitucional realizada bajo la presidencia del doctor Osvaldo Dorticós Torrado. Vinculada a ésta,[21] sería la segunda reforma constitucional, acordada en primera instancia el 24 de noviembre, a propuesta de Fidel, en virtud de la cual modificamos el artículo 24 de la Ley Fundamental de febrero de 1959, autorizando la confiscación de los bienes de aquellas personas que fueran sancionadas por la comisión de delitos contrarrevolucionarios, que evadieran la acción penal ante los Tribunales Revolucionarios aban-

21 El 20 de noviembre, el Consejo de Ministros aprobó una ley que disponía que todas las causas y los juicios incoados o que se incoare por delitos contrarrevolucionarios fueran juzgados sumariamente por los Tribunales Revolucionarios, de acuerdo con el procedimiento establecido en la Ley Procesal de la República en Armas de julio de 1896, a la cual se le introdujo algunas modificaciones: a los acusados sobre los que hubiera indicios racionales de su culpabilidad, se les negaba el derecho de gozar de libertad provisional; se concedía la apelación de oficio en caso de sentencia de muerte, y se daba posibilidad al fiscal de interponer recurso de revisión.

donando el territorio nacional, o que habiendo abandonado éste, conspiraran contra la Revolución.

Era una medida radical, a la que ya otras revoluciones habían acudido. La aprobamos unánimemente, al igual que la ley que instrumentó su aplicación, la cual dispuso que en todos los casos de delitos contrarrevolucionarios se acordaría accesoriamente la confiscación total de bienes,[22] pasando la propiedad al Estado por medio del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados. Las primeras afectadas por esta medida fueron dieciocho propiedades de comerciantes de Matahambre involucrados en planes insurreccionales.

La desaparición de Camilo

El Consejo de Ministros sesionó el 27 de octubre hasta las seis y veinte de la tarde, tratando diversos asuntos de gobierno. Como la reforma constitucional que establecía los tribunales revolucionarios exigía su aprobación en tres sesiones consecutivas del Consejo de Ministros, con el voto favorable siempre de más de dos terceras partes de sus miembros, el asunto fue sometido a votación y aprobado unánimemente por todos los ministros, en una sesión que esa misma noche volvimos a tener y en las sesiones correspondientes de los días 28 y 29 del propio mes. Esta última fue alterada abruptamente, pues llegó la noticia de la desaparición del comandante Camilo Cienfuegos Gorriarán.

Camilo, como jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde, había partido hacia Camagüey al mediodía del día 28 de octubre, en un nuevo esfuerzo por normalizar la situación política y organizativa dentro de la tropa armada en aquella provincia. A las seis y un minuto de la tarde despegó de regreso a La Habana, en un avión bimotor *Cessna 310* pilotado por el teniente Luciano Fariñas y acompañado por su escolta, Félix Rodríguez. Pasadas las ocho de la noche debió llegar al aeropuerto de Ciudad Libertad, donde lo esperaba el jefe de su escolta, Manuel Espinosa, *Cabeza*.

El no arribo del avión del jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde fue informado poco después de las ocho de la noche a su hermano y capitán ayudante, arquitecto Osmany Cienfuegos Gorriarán. *Cabeza* quedó en el aeropuerto, sin grandes preocupaciones, pues atendiendo a la práctica de Camilo, el no arribo bien podía obedecer

22 Ley 664, de 23 de diciembre de 1959.

a que hubiese ordenado al piloto, como lo había hecho en innumerables oportunidades, aterrizar en un aeropuerto intermedio, especialmente el de Mayajigua, donde solía hacer escalas en sus constantes viajes al interior del país. Esto era una práctica bastante común en los desplazamientos de los principales dirigentes de la Revolución.

La llegada, en la madrugada del día 29, de dos de los escoltas que lo habían acompañado a Camagüey, a los que había ordenado cumplir una misión dirigiéndose a La Habana por carretera, provocó un aumento de la tensión, que con el paso de las horas se creó en los compañeros que trabajaban próximos a Camilo. Tras una nueva comunicación entre *Cabeza* y Osmany, en las primeras horas de la mañana del día 29, se inició la localización de Camilo en los posibles aeropuertos y las pistas donde eventualmente podría haber descendido en su retorno a La Habana.

La noticia llegó a Fidel hallándose éste en el despacho del Presidente Dorticós, esa tarde-noche del 29 de octubre. En escasos minutos se iba a iniciar la reunión del Consejo de Ministros. El oficial rebelde que trajo la información llamó aparte a Fidel y le explicó la situación. Sin perder un minuto, Fidel comenzó a indagar si las acciones de localización se habían realizado correctamente. Se comunicó con todas las compañías aéreas que funcionaban en Cuba. Por esta vía llegó el informe de un piloto, quien indicaba que el día anterior, a partir de Ciego de Ávila, había mal tiempo proveniente del sur, caracterizado por turbonadas y vientos peligrosos para la aviación.

Con estos elementos preliminares, confirmados posteriormente en las primeras horas de la mañana del día 30, se inició una búsqueda desesperada e intensa, a partir del criterio dominante de que el piloto Fariñas cambió la ruta, moviéndose al norte, para evitar la tormenta y luego buscar los únicos dos aeropuertos que le permitían un aterrizaje nocturno por estar iluminados: Varadero y La Habana. El territorio nacional entre La Habana y Camagüey fue dividido en cuadrículas y cada una de ellas, en tierra y mar, fue inspeccionada minuciosamente. Por tierra se movilizó a decenas de miles de hombres y mujeres. Por aire, se acudió a todos los aviones, avionetas y helicópteros posibles, y por mar, fueron barcos, lanchas y botes. Participaron no sólo medios técnicos cubanos, sino de los Estados Unidos. No quedó cayo o islote, pantano o ciénaga, sin explorar.

Fidel dirigió personalmente, minuto a minuto, las operaciones de localización de Camilo. A bordo del avión *Sierra Maestra*, en calidad de copiloto o accionando directamente el avión, realizó durante

varios días acciones arriesgadas de búsqueda. Volaron a baja altura y sólo regresaban a tierra para abastecerse de combustible o pasar la noche. Lo acompañaban Celia Sánchez, Osmany Cienfuegos, Sergio del Valle y otros compañeros. En la isla de Turiguanó, donde hicieron una escala, la cola del avión jorobó un poste de la cerca que protegía la pequeña pista del lugar.

El Presidente Dorticós y yo permanecíamos en el Palacio Presidencial, recibiendo constantemente las noticias del descomunal esfuerzo por hallar a Camilo, vivo o muerto. Así fue, durante varios días. En la obsesión por encontrarlo, se atendió cuanta información llegaba. Aunque pueda parecer increíble a estas alturas, en el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias fueron atendidas todas las personas que aducían haber soñado, visto o presentido cualquier circunstancia. Nada fue desdeñado. Al decir de Fidel, se hizo lo humano y lo no humano por hallar a Camilo.

Por supuesto, no faltó la perfidia enemiga. Un día después de iniciadas la labores, los contrarrevolucionarios diseminaron la desinformación de que Camilo y sus compañeros se hallaban heridos en Cayo Francés. Virtualmente, todas las fuerzas se movilizaron hacia el cayo. Comprobada la falsedad, se continuó el trabajo. Días después, otra vez las fuerzas y los medios fueron distraídos por un falso informe que ubicaba a Camilo en Cayo Anguila. El propio Fidel sobrevoló el cayo y avanzó hasta escasas millas de La Florida, a unos veinticinco o treinta metros de altura.

Cuando más inquietud y zozobra había en el pueblo, al mediodía, una estación clandestina, probablemente desde un barco próximo a las costas cubanas, lanzó al éter la noticia de que Camilo había aparecido y venía en un barco. Las estaciones de radio dieron la noticia de inmediato. Fue suficiente para que las calles quedaran inundadas por el pueblo, en una especie de delirio o locura. Fue incontrolable. Hubo accidentes y heridos. Grupos de personas se aglomeraron frente al Palacio Presidencial mostrando el júbilo. Lo verdaderamente lamentable era que nosotros sabíamos que todo era falso. Pese a que los medios de comunicación nuestros trataban de calmar a la gente, era muy difícil desmentir aquella noticia. Por medio de la guarnición, el Presidente se encargó de ir disuadiendo al pueblo, convenciéndolo de la falsedad de la noticia. Los festejos espontáneos se trocaron en la frustración más profunda que había visto en la población.

El país estuvo en vilo durante una docena de días. Agotadas las esperanzas, sin la menor pista del avión o de sus tripulantes, y para evitar nuevas manipulaciones enemigas de la sensibilidad popular,

el 11 de noviembre Fidel compareció ante una cadena de radio y televisión —como lo tendría que hacer nuevamente el 18 de octubre de 1967 anunciando la muerte del Che—, para informar lo que ya todo el mundo sabía: que el comandante Camilo Cienfuegos había desaparecido definitivamente.

El 13 de noviembre, en una sesión del Consejo de Ministros a la que no asistió Fidel, acordamos sancionar un decreto disponiendo guardar siete días de luto oficial a partir de las doce de la noche. A continuación, aprobamos el nombramiento realizado por el Presidente de la República del comandante Juan Almeida Bosque como nuevo jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde. El comandante Almeida juró y tomó posesión del cargo ante nosotros. Como quedó vacante el cargo de jefe de la Fuerza Aérea Rebelde, Dorticós designó al comandante Sergio del Valle Jiménez.[23] Aprobado por el Consejo de Ministros, se le hizo pasar, procediendo a su juramentación. De esta manera, quedó resuelto el vacío de mando que significó la desaparición del comandante Camilo Cienfuegos.

La contrarrevolución se seguiría sirviendo de la irreparable desaparición física de Camilo para elaborar todo tipo de conjeturas y especulaciones aviesas con la malsana intención de dividir a los revolucionarios y disminuir la popularidad de Fidel y de otros dirigentes revolucionarios. Fabricaron y echaron a rodar, entre muchas "bolas" y teorías —como lo harían luego con la salida del Che de Cuba a cumplir sus misiones internacionalistas—, una según la cual Fidel y Raúl habían ordenado asesinar a Camilo por su oposición al rumbo de la Revolución. A ello se prestó gente inescrupulosa e ignorante de los acontecimientos históricos y de las personalidades revolucionarias.

Especialmente, quisieron manchar la reputación del comandante Raúl Castro, adjudicándole una supuesta orden de matar a Camilo. Raúl les salió al paso:

— Ya han llegado al colmo de la infamia. Ya no respetan el dolor que sentimos por la desaparición de un compañero. De un compañero que era un hermano, que lo fue cuando éramos nueve en las peores circunstancias. Junto con el profundo dolor que sentimos por su desaparición, tenemos todavía que soportar que esos infames vengan a adjudicarnos un asesinato, que sería un fratricidio. Nos han

23 Uno de los primeros médicos incorporados a la guerrilla en la Sierra Maestra. Cambió el botiquín por el fusil. Terminó la guerra de liberación como segundo al mando de la Columna Invasora número 8.

comparado con ellos, que serían capaces de vender a la autora de sus días.[24]

Los comandantes Camilo Cienfuegos Gorriarán y Raul Castro Ruz fueron jefes claves para la vertebración de la defensa militar de la Revolución Cubana. Raúl se desempeñaba como ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y Camilo como jefe de Estado Mayor del Ejército Rebelde.

Sobrarían argumentos para desbaratar tal infamia, pero basta con citar el más reciente pronunciamiento que he conocido sobre el particular. Proviene de una de las voces más autorizadas para conocer del crimen y del estiércol producido por nuestros enemigos, por ser él, quizá, la bilis de la contrarrevolución: Andrés Nazario Sargén, secretario general de *Alpha 66*, organización autora de los peores ataques terroristas contra Cuba:

— Les voy a ser sincero. Castro es mi enemigo, pero estoy seguro que nada tiene que ver con la muerte del comandante Camilo Cien-

24 "Camilo Cienfuegos no era el héroe de Yaguajay. Era el héroe de todos los lugares por donde pasó. En una reunión que sostuvimos hace meses y que no se dio a la publicidad, porque los hombres de la Revolución no se anuncian, lo declaramos el comandante más audaz y más valiente del Ejército Rebelde." Revista *Bohemia*, 22 de noviembre de 1959, p. 76.

fuegos. Camilo, a quien yo admiraba enormemente, desapareció en el mar. Yo ayudé a buscar la avioneta por varios días. Y nada. ¿Qué pasó? Ese día el tiempo no era bueno. Y casi todos los pilotos con que contaba la Revolución eran aprendices. Para mí, el mal tiempo y la inexperiencia del piloto fueron los responsables.[25]

El juicio contra Hubert Matos

Realizada la investigación sumarial, en diciembre Hubert Matos y los demás implicados fueron sometidos a juicio. Era la oportunidad para él de probar su inocencia de los cargos de traición y sedición, y de la Revolución de demostrarle su culpabilidad. A pesar de lo que hubiésemos querido, el juicio, público, con una extraordinaria cobertura periodística, se convirtió, en el fondo, en un proceso político.

Pese a la negativa común de los encartados de reconocer los actos sediciosos, alentados por la actitud desafiante e irrespetuosa a la autoridad del Tribunal Revolucionario seguida por Hubert Matos a lo largo de las sesiones del proceso, fueron expuestos elementos de juicio suficientes como para concluir que había en Camagüey y en torno a Hubert Matos un plan sedicioso de carácter contrarrevolucionario. Fueron aportadas pruebas documentales y testificales abundantes sobre los antecedentes y sobre el hecho mismo.

Quedó probado que Hubert Matos preparó su carta de renuncia y la envió a Fidel, mientras la daba a conocer entre sus subordinados, determinándolos a pedir sus licenciamientos del Ejército Rebelde. Al actuar concertadamente, dada su condición de militares, los hechos tipificaban un acto de sedición. Igual maniobra llevó a cabo Hubert Matos con individuos ajenos al fuero militar: políticos, sindicalistas, líderes estudiantiles y periodistas, a los que movilizó para que lo respaldaran públicamente, en una conspiración política encaminada a lograr una variación en el rumbo de la Revolución. Esto configuraba un acto de traición. Tras las primeras sesiones del proceso, había elementos suficientes para condenar a Hubert Matos y a algunos de los encartados.

A petición del Fiscal Revolucionario, comandante Jorge Serguera Riverí *(Papito)*, el 14 de diciembre Fidel expuso *in extenso* una visión de conjunto de la Revolución y los antecedentes de la conjura de Camagüey. Estableció que el fondo de la conducta de Hubert Matos

25 Hernando Calvo Ospina y Katlin Declercq: *¿Disidentes o mercenarios*?, Casa Editora Abril, La Habana, 2000, p. 42.

era las hondas diferencias ideológicas que lo separaban de los propósitos de la Revolución. Puso en dudas el que Hubert Matos hubiese tenido ciertamente un concepto preciso de lo que entrañaba una revolución verdadera. Eran dos concepciones completamente distintas. Al decir de uno de los reporteros de la sección *En Cuba,* de la revista *Bohemia*: *la de los que pretendían una revolución "*igual*" y la de los que aspiraban a una revolución "*distinta*". Era la pugna entre la periferia y la entraña.*[26]

Ese era el fondo, la sustancia, lo que políticamente había determinado el *affaire*. Pero la razón del proceso criminal era determinar si Hubert Matos, siendo jefe militar de la provincia de Camagüey, había conspirado, concertadamente, en provecho de sus pretensiones políticas.

De forma inesperada y dramática, mientras Fidel deponía, el más calificado de los oficiales guerrilleros para impugnar a Hubert Matos, el comandante Félix Duque de Estrada, quien había sido su segundo al mando en la Columna 9 Antonio Guiteras*,* a quien Matos mencionaba en su carta de renuncia como víctima de Fidel, destrozó toda esperanza de sostener la coartada de inocencia.

El comandante Duque de Estrada ya había testificado en el proceso y se hallaba presente en la sala, observando su desarrollo. A petición de Fidel, se le hizo salir para ser llamado oportunamente. Cuando se le llamó, se estableció un careo entre Fidel, Hubert Matos y Duque de Estrada, del que quedó en claro el que en varias oportunidades, anteriores al 19 de octubre, Hubert Matos se acercó al comandante Félix Duque de Estrada, jefe de las Fuerzas Tácticas de Oriente, compuestas por cerca de tres mil hombres, para abordar el asunto de la *infiltración comunista* en el Ejército Rebelde y el Gobierno Revolucionario, de lo que resultó que Duque de Estrada quedara convencido y determinado, llegado el momento, a firmar un documento realizando planteamientos de tipo político. Éste había tenido la entereza de comunicárselo a Fidel durante una conversación que tuvieron en el Palacio Presidencial, semanas antes de los acontecimientos de Camagüey. Ante el peligro que entrañaba el que un jefe militar con mando sobre una tropa numerosa y bien entrenada estuviera resuelto a firmar documentos con exigencias políticas, Fidel decidió sustituirlo.

Durante el careo, Duque de Estrada dijo que, a partir de las ocho de la mañana del 20 de octubre, él visitó el regimiento Ignacio Agramonte, en el que se produjo una reunión donde participaron varios oficiales del mando camagüeyano. Hubert Matos aprovechó para in-

26 Revista *Bohemia*, 27 de diciembre de 1959, p. 73.

formar sobre su carta de renuncia a los oficiales que aún no la conocían del día anterior. La renuncia, que iba dirigida a exigir *que el Gobierno definiera el rumbo,*[27] y sus posibles consecuencias, fue discutida colectivamente. Unos se pronunciaron contra la actitud de secundar la renuncia de Hubert Matos, y la mayoría en favor de solidarizarse con él, produciendo sus peticiones de licenciamiento o renunciando a sus cargos dentro del Ejército Rebelde. Duque de Estrada dijo a los jueces, en presencia de Hubert Matos y los demás acusados:

— Yo le dije que yo me iba de allí, porque allí todo el mundo caía preso.

La prueba había sido contundente. El comandante Félix Duque de Estrada abandonó el estrado. Fidel continuó deponiendo, interrumpido constantemente por Hubert Matos, quien se enfrascaba en negar su responsabilidad. Ocurrió entonces lo inesperado. Nos lo reveló el comandante Jorge Serguera Riverí, el Fiscal Revolucionario:

—Ya había testificado en ese juicio el comandante Felix Duque, segundo de la columna de Hubert Matos. Habiendo testificado, en lugar de abandonar la sala, vino y se sentó a mi izquierda. Un testigo después que testifica puede sentarse donde quiera, dentro del público. Nosotros estábamos en el estrado del teatro de la Ciudad Militar de Columbia. En las primeras filas estaban los acusados, y el público estaba compuesto por miembros del Ejército Rebelde.

—Fidel estuvo testificando a lo largo de siete horas, haciendo un relato minucioso de la lucha en la Sierra Maestra desde el inicio, hablando de algunos de los que estaban acusados allí, no porque tuviera un significado político-jurídico preciso, sino hilando los hechos, de manera que se viera que había un complot, y que muchos de los que aparecían acusados allí eran víctimas de una conspiración que desconocían, por una parte, y que Hubert Matos era un pérfido conspirador. Fidel quería dejar por sentado las maquinaciones de Hubert Matos, de cómo se había conducido, de sus ambiciones, de las conversaciones que había tenido con distintos oficiales rebeldes, tratando de captarlos para sus planes. Fidel quería desenmascarar los procedimientos subterráneos de Hubert Matos, y habla de que la carta enviada el día 19, Hubert Matos la había dado a conocer con toda intencionalidad.

27 Cita textual de la declaración del comandante Félix Duque de Estrada en el juicio oral y público contra Hubert Matos y los demás encartados.

Cuando Fidel está explicando que se vio obligado a actuar enérgicamente porque tenía todos los elementos probatorios de que la renuncia de Hubert Matos era una maniobra para provocar una reacción favorable a él en la opinión pública de Camagüey, lo que iba a lograrse con escritos de adhesión a través de los medios de comunicación y de renuncias en mandos militares y civiles a partir del supuesto de la divulgación de la carta, responsabilidad que iba a recaer en Fidel, pues se suponía que la carta era privada. Hubert Matos acusó a Fidel de mentir. Dijo, una y otra vez, que Fidel mentía. En ese momento, Duque me dice que el que miente es Hubert Matos, que lo que dice Fidel es la verdad.

— Y tú, ¿cómo lo sabes?

— Porque Hubert Matos me dio una carta a mí para que yo viniera y se la entregara a Miguel Ángel Quevedo en Bohemia.

— Párate y dilo ahí.

— Pero, mira, Papito ....

—Párate y dilo ahí, coño, que yo no puedo plantear que tú vuelvas a testificar. Párate y dilo ahí.

Y Fidel hablando.

— Párate y dilo, Duque.

Ya Duque había testificado y estaba en la sala, con lo cual yo no podía, por una cuestión de mero procedimiento, volver a proponerlo. Pero como lo que realmente interesaba era la verdad, yo empujé a Duque hacia el estrado, para que interrumpiera a Fidel y dijera aquello que era clave, definitivo, para acabar con las coartadas de Hubert Matos. Días antes, Duque había hablado con Fidel, pero como él no le daba importancia política al asunto de la carta no le dijo nada de esto. Tanto Fidel como yo fuimos con total desconocimiento del asunto al juicio. Yo me enteré allí. Pero no es como han dicho que Fidel pidió a Duque que hiciera aquellas manifestaciones. Lo ignorábamos. Es como se los estoy contando. Si lo hubiésemos conocido antes, todo hubiese sido más simple, porque ese era el eslabón que faltaba en la acusación. Y el comandante Felix Duque se para. Entonces Fidel lo mira, como preguntándose:

— ¿Qué hace éste parado ahí?

Y se produce entonces el intercambio entre Fidel, Duque de Estrada y Hubert Matos, que procedo a reproducir, tal y como aparece registrado en la versión taquigráfica del juicio:

***Duque**: Esa carta no era privada, porque el señor Hubert Matos, que me lo diga aquí, ¿qué me dijo él cuando me entregó una copia*

fotostática, que la tiene mi padre en Sancti-Spíritus, delante de unos oficiales, qué yo debía hacer y qué se debía hacer con esa carta, si usted no la daba a la publicidad?

***Fidel**: Bueno, ...*

***Duque**: Que lo diga Hubert Matos.*

***Fidel**: Yo casi no tengo ni que hablar (Aplausos).*

***Duque**: Que me dijo que aunque él no tenía el mejor criterio de Miguel Ángel Quevedo, sabía que Miguel Ángel Quevedo la iba a publicar. Que diga que eso no es verdad.*

***Matos**: Yo lo digo aquí: no es verdad eso. Lo digo así, se lo digo al comandante Félix Duque: que está mintiendo.*

***Duque**: ¿Por qué me dio la copia fotostática, que la tiene mi padre?*

***Matos**: No es verdad. Yo le he mostrado al comandante Félix Duque la copia de la carta. Se la he dado al compañero Cabrera, pero eso de que vine y le dije lo que tiene que hacer, y que la revista* Bohemia*, lo digo una y mil veces, eso es falso, compañero Duque. Dígame si yo le he dicho a usted si usted tiene que publicar esa carta.*

***Fidel**: Compañeros, ¿qué opinión tienen de Duque? ¿Ustedes creen que Duque es un miserable?* (Aplausos) *¿Ustedes creen que Duque es un calumniador? Compañeros, los que crean que Duque es un hombre honrado, que se pongan de pie entre los acusados...*

En ese momento, la inmensa mayoría de los acusados se pone de pie y aplaude, mientras que Hubert Matos se esfuerza en negar la afirmación del comandante Félix Duque de Estrada, y Fidel da por terminado el intercambio con un lacónico:

— De eso no hay más que hablar.

El comandante Jorge Serguera Riverí cree que cometió un grave error político como acusador revolucionario, con aquellos que al ponerse de pie reconocían su responsabilidad y especialmente la de Hubert Matos:

— Y sin embargo fueron condenados todos. Eso fue un error. Los cinco que permanecieron sentados fieles a Hubert Matos debieron ser los condenados, solamente. Debimos absolver a todos los demás. Pero la tensión del momento nos traicionó a todos.

Papito Serguera solicitó del Tribunal Revolucionario la imposición de la pena de muerte para el comandante Hubert Matos y distintas penas de prisión para los demás acusados. Días después, el Tribunal Revolucionario notificó una condena de veinte años para Hubert Matos; penas menores para varios acusados, y la absolución

para otros. Fidel se expresó contrario a que se condenara a muerte a Hubert Matos. Muchos creíamos que debía ser ejecutado, por haber producido el más pérfido y dañino acto de traición a la Revolución.

Hubert Matos cumplió íntegramente su condena y tras ser puesto en libertad abandonó el país. Desde los Estados Unidos y otros países latinoamericanos ha organizado todo tipo de campañas contrarrevolucionarias, con dinero de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos. Su arrogancia, egocentrismo y ambición condujeron a que varios de los hombres que le fueron leales en aquellas circunstancias, lo abandonaran en sus proyectos contra la Revolución Cubana. Hoy, es una desgastada y corrupta figura de la contrarrevolución más recalcitrante y anquilosada.

Sustituciones en el Gobierno Revolucionario

La maniobra de Hubert Matos tuvo consecuencias altamente nocivas para la Revolución. Derivado de ella se produjo el accidente aéreo que llevó a la muerte a Camilo, Fariñas y Rodríguez. Mientras Fidel denunciaba la traición en el regimiento Agramonte, se suicidó el jefe militar de la ciudad de Florida, capitán José Manuel Hernández Bilbao, vinculado a la sedición,[1] y condujo a un momento crítico en la unidad revolucionaria, provocando una crisis en el Consejo de Ministros, que implicó la sustitución de los ministros de Obras Públicas, ingeniero Manuel Ray Rivero, y de Recuperación de Bienes Malversados, doctor Faustino Pérez Hernández.

Al ya socorrido argumento anticomunista, Hubert Matos introdujo la perfidia más aviesa para provocar la desconfianza o la duda entre los revolucionarios, logrando confundir a algunos compañeros que creyeron en su buena fe y en su inocencia, pese a los primeros elementos demostrativos en sentido contrario.

1 En el regimiento Agramonte se suicidó el sargento del Ejército Rebelde José Alonso García León, *Habana.*

Crisis en el Gobierno Revolucionario

No puedo precisar con exactitud en cuál fue, pero probablemente en la reunión del Consejo de Ministros del 27 de octubre, estando todos los ministros presentes,[2] Fidel hizo una abundante exposición sobre los acontecimientos de Camagüey, explicando todos los detalles y las circunstancias conocidas hasta entonces. Lamentablemente, muchos elementos de juicio se conocerían semanas después, durante la investigación minuciosa que se llevó a cabo. Cuando finalizó, Fidel pidió a cada uno de los ministros que se pronunciara. Quería saber lo que cada uno pensaba de los hechos, ministro a ministro. Como ya había realizado en junio, en ocasión de la primera crisis ministerial, comenzó por su izquierda. Los ministros se fueron pronunciando en el entorno a lo dicho por Fidel. Faustino, Ray y Oltuski tenían por costumbre sentarse juntos, del otro lado de la mesa, frente a Fidel, contra la pared que daba a mi despacho. Cuando les llegó el turno, cada uno expuso su criterio. Al cabo de cuarenta años, Enrique Oltuski recuerda:

— Dije que yo había tenido muy poca relación con Hubert Matos; que no había tenido una conversación a fondo con él; que no me había formado un juicio sobre su pensamiento, y que a quien yo si conocía bien era a Fidel y a su línea de pensamiento por lo que consideraba, entre lo dicho por Fidel y los alegatos de Hubert Matos, que lo dicho por Fidel era lo real, lo verdadero.

— Habló entonces Faustino. Hizo un análisis positivo de Hubert Matos. De la lucha en la Sierra Maestra, del cargamento de armas procedente de Costa Rica. Quiso ser objetivo, pero de lo que se trataba no era del rol jugado en determinado momento, sino de lo que pensaba Hubert Matos y como había actuado conspirativamente con su renuncia. Ray se manifestó en términos no tan concretos como Faustino, mas bien ambiguamente, pero en el mismo sentido.

— Cuando terminó el último de los ministros de expresarse, Fidel planteó que, dadas las intervenciones de algunos compañeros, era necesario hacer un reajuste del Consejo de Ministros; que en un momento como aquel, en una situación de tan extrema complejidad, era necesario que cada uno de nosotros observara posiciones firmes, y que había dos compañeros que debían ser sustituidos: Faustino Pérez y Manuel Ray.[3]

2 Desestimo, de acuerdo con las actas oficiales del Consejo de Ministros, las sesiones del día 13 de noviembre, porque Fidel no concurrió, y las de los días 20, 24 y 25 de noviembre, porque Manuel Ray se excusó de asistir.

3 Testimonio de Enrique Oltuski Ozacki, primer ministro de Comunicaciones del Gobierno Revolucionario. La Habana, febrero de 2000.

Faustino conocía de la temprana y manifiesta actitud anticomunista de Hubert Matos y de la incorporación acelerada y consciente de los comunistas en organismos e instituciones claves para la supervivencia de la Revolución. Hubert Matos había conversado con él de este asunto, fracasando en sus propósitos de alinearlo a su posición sectaria. Al desencadenarse la crisis de Camagüey, Hubert Matos volvió a comunicarse con varios compañeros, al parecer también con Faustino, ante quienes se presentó como víctima de un pérfido complot de los comunistas contra su persona. Guardó silencio sobre su propia maniobra. Faustino le creyó, bajo el influjo de sus propias experiencias y de la habilidad de Hubert Matos para colocar a conveniencia los acontecimientos.

Cuando Fidel trasladó al Consejo de Ministros los hechos de Camagüey, algunos compañeros, sometidos al fuego cruzado de los acontecimientos recientes y de los propios prejuicios y experiencias con los comunistas, quisieron hallar una supuesta inocencia o buena fe en la conducta del comandante Hubert Matos, descargando la culpa en elementos intrigantes. Las desconfianzas mutuas subyacían, acumuladas, entre muchos de nosotros y hacían más difícil distinguir la verdad. Fidel se esforzaba, a cada momento, por evitar los cismas, y ahora, cuando Hubert Matos había creado el mayor, se conducía resuelto.

Las sustituciones de Faustino y de Ray fueron una pérdida sensible para el Consejo de Ministros, pues se trataba de dos jóvenes capaces y entusiastas, ligados a la Revolución desde bien temprano. A ambos los conocí bien, pues a ellos estuve vinculado desde el año 1957, en diversas acciones revolucionarias contra la dictadura de Fulgencio Batista, especialmente a Faustino, de quien fui amigo personal hasta el último minuto de su azarosa y hermosa vida revolucionaria.

Me permito una breve semblanza de ambos, ya que sus vidas posteriores son muy aleccionadoras, por reflejar cada uno una actitud distinta, diametralmente opuesta, frente al error de apreciación cometido en el caso de la traición de Hubert Matos.

Manuel Ray Rivero

Manuel Ray Rivero era de extracción humilde, pues su padre era carrero repartidor de cigarros en Santa Fe, lo que obligó al joven a estudiar con cierta dosis de esfuerzo económico familiar. Estaba dota-

do de una gran inteligencia, que le permitió graduarse como ingeniero civil, con resultados académicos excelentes. Entre sus obras más sobresalientes está el haber dirigido, no obstante su juventud, la construcción del hotel *Havana Hilton*, donde fue necesario realizar una compleja inyección de concreto en la ahuecada piedra de los cimientos. Era un hombre valiente, inteligente, trabajador; un organizador por excelencia. Durante la lucha revolucionaria fungió como responsable del Movimiento de Resistencia Cívica en La Habana, donde desplegó una actividad encomiable.

En enero de 1959 asumió el Ministerio de Obras Públicas, con verdadero fervor. Tenía muchos proyectos, que permitían suponer un aporte significativo al patrimonio arquitectónico cubano. Los diversos planes constructivos de Fidel tenían en Ray a un ejecutivo entusiasta.

Era anticlerical y antiimperialista, socialdemócrata y especialmente anticomunista. En opinión de un amigo suyo de muchos años, a quien designó subsecretario de Obras Públicas en enero de 1959, Gerardo Pérez-Puelles Ezpeleta:

— Ray no comulgaba con el clero, y menos con los comunistas. Tenía obsesión con el comunismo. Era tal su obstinación que no aceptaba, siquiera, que los trabajadores del Ministerio de Obras Públicas leyeran el periódico del Partido Socialista Popular, Hoy.

— Tenía sus encontronazos mentales con el imperialismo, pero era partidario de servirse de todo lo positivo de los Estados Unidos. Ray pudo aportar mucho a la Revolución, por su inteligencia, capacidad y actitud de trabajo, pero el anticomunismo se lo tragó. Siempre tuvo reservas, compartidas abiertamente con Hubert Matos, con relación al Che y Raúl.

— Ray y Hubert Matos se conocieron después de triunfada la Revolución y llegaron a ser íntimos amigos que se encontraban con frecuencia. En opinión de Ray, Hubert Matos era un gran hombre, admirable por sus empeños. Cuando se fue a firmar la Ley de Reforma Agraria, Ray subió la Sierra Maestra acompañado por Hubert Matos y algunos de sus hombres. Acamparon por la noche en la casa del Santaclarero, *donde, como muchas veces más, abordaron el problema ideológico y los alcances que en sus criterios había que darle a la Revolución. Ambos coincidían en querer una revolución limitada, que afectara lo menos posible los grandes intereses económicos capitalistas cubanos y extranjeros. Yo estaba allí, con ellos. Era un reformista convencido y consumado, pero su gran claudica-*

ción fue ponerse al servicio de los Estados Unidos en sus planes de destruir la Revolución Cubana. [4]

Fidel hizo todo lo posible por evitar que Ray se sumara a la contrarrevolución. Cuando fue sustituido en el Ministerio de Obras Públicas, Fidel le asignó la tarea de organizar un Instituto Superior para el Desarrollo de las Ciencias Técnicas. Ray buscó libros e información y comenzó a trabajar sobre la idea. Simultáneamente, conspiraba.

Poco después de su sustitución como ministro de Obras Públicas, una noche Ray llamó a mi despacho solicitando una entrevista conmigo. Le dije:

— *Ven para acá. Te espero.*

Nos reunimos en el despacho presidencial, pues el Presidente Dorticós se hallaba como de costumbre en sus oficinas del tercer piso. Conversamos de muchos temas: de la marcha de la Revolución, de los planes y las medidas revolucionarias, de la lucha contra Batista, de las agresiones contra Cuba. Fue una conversación larga, que Ray aprovechó para decirme que estaba siendo vigilado, especialmente en la oficina que él tenía en las calles 8, entre 21 y 23, en El Vedado; que la vigilancia sobre él, que había sido ministro del Gobierno Revolucionario, era algo incomprensible y lo afectaba profundamente. Le contesté que estimaba correcto su disgusto dada la posición que había mantenido como ministro y que si él no tenía nada que ocultar, ¿por qué habría de preocuparse?.

— *¿Por qué no vamos a ver a Osvaldo? A él le podemos plantear tu situación*.

Pero Ray se negó rotundamente. Dijo no querer involucrar al Presidente en su caso. Nos despedimos, con el compromiso mío de llamarlo oportunamente. Su planteamiento me extrañó mucho, pues si él no estaba involucrado en actividades contrarrevolucionarias, ¿por qué habría de alarmarse porque la Seguridad del Estado lo vigilara? El pesquisaje debía, simplemente, mostrar saldo negativo. Como era natural, apenas se fue, subí a conversar con el Presidente. Le conté pormenorizadamente lo conversado con Ray. Dorticós no me interrumpió, esperó a que yo le expusiera todo. Cuando le expliqué la preocupación de Ray, me dijo:

— *Ray no anda en buenos pasos. No lo llames*.

En la lucha contra la dictadura, Ray y yo habíamos intimado mucho. Prácticamente todos los días coincidíamos en diversas acciones

4 Testimonio del ingeniero Gerardo Pérez-Puelles. La Habana, febrero de 2000.

o gestiones revolucionarias. Juntos afrontamos el peligro que entrañaba luchar contra la dictadura y trabajamos en el Gobierno Revolucionario hasta octubre de 1959. Reconocía en Ray una enorme capacidad profesional, talento y valor personal. Es muy probable que hubiese ido a explorar mi pensamiento y posición política y, viendo mi actitud, se retrajo de invitarme a participar de sus proyectos contrarrevolucionarios.

Posteriormente, fui informado ampliamente de las actividades conspirativas de Manuel Ray, quien, desde su oficina profesional de la calle 8, maquinaba la creación de una organización subversiva, que en pocos meses quedó configurada, siendo él su cabeza: el Movimiento de Recuperación del Pueblo (MRP). Ray pasó a la clandestinidad.

Una madrugada, al regresar a casa con Vicente Forbes de chofer y William Sánchez de escolta, llegando a la intersección de Malecón y calle Tercera, en El Vedado, William me alertó:

— *En ese carro que nos pasó, va Ray*.

Montamos las ametralladoras y le ordené a Vicente darle alcance y obligarlo a detener la marcha, cerrándolo. Logrado esto, bajamos ametralladora en mano. Los ocupantes del vehículo reflejaban en su rostro la sorpresa por la manera intempestiva con que habíamos procedido. Al comprobar que Manuel Ray no se hallaba en el automóvil, nos excusamos y continuamos hacia mi casa. Mi propósito en ese momento era proceder a detener a Ray, para conducirlo al Palacio Presidencial.

Semanas después fui informado de que, logrando evadir la vigilancia de la Seguridad del Estado, Ray se había ido a los Estados Unidos por medio de la base naval de Guantánamo. Esto ocurrió a finales de 1960. Fue a residir a Miami.

El Movimiento de Recuperación del Pueblo (MRP) llegó a ser una de las más importantes y agresivas organizaciones contrarrevolucionarias de carácter terrorista, responsable de muchos de los sabotajes y las acciones más destructivos que hubo en Cuba a lo largo de 1960 y 1961. Estuvo financiada por la Agencia Central de Inteligencia y se sumó a los planes de invasión militar del país organizados por los Estados Unidos. Programáticamente, la organización mantuvo su discurso reformista. Manuel Ray fue su máximo dirigente hasta fracasada la invasión mercenaria por Bahía de Cochinos, en abril de 1961. Hasta entonces, sería una de las figuras prominentes de la contrarrevolución cubana asentada en los Estados Unidos. Luego, cayó en desgracia política con los yanquis, quienes lo consi-

deraban demasiado liberal, y fue marginado, siendo, incluso, sustituido al frente del MRP.

Faustino Pérez Hernández

Un caso completamente distinto es el del comandante Faustino Pérez Hernández.

Tras el relato del capítulo anterior, con mucha información dispersa sistematizada, comprender los hechos resulta sencillo, pero en octubre de 1959, antes de que concluyera la investigación de los acontecimientos de Camagüey y cuando coexistían dudas y desconfianzas disímiles entre muchos de los que militábamos en la Revolución, formarse un juicio correcto en el caso de Hubert Matos podía resultar difícil, sobre todo porque éste se esforzó personalmente por influir en los compañeros, antes y después de su conspiración.

En medio de la crisis, Faustino fue a verme. Me dijo que se estaba planteando el asunto de Camagüey y que él creía que Hubert Matos era inocente; que se estaba cometiendo una injusticia con él, que había gente interesada en destruirlo. Acudí a un argumento que ya estaba muy enraizado en mi, y que siempre distinguió a Faustino: la confianza en Fidel. En ese momento le dije:

— Mira, Fausto, yo no tengo todos los elementos para opinar, pero yo te digo una cosa: yo confío absolutamente en Fidel, porque si Fidel está actuando de esa forma es porque tiene elementos que yo no tengo.

Faustino, como la mayoría de nosotros, no conocía todos los vericuetos del asunto, algunos de los cuales sólo se conocieron semanas después, durante el juicio. Sufría, probablemente, las consecuencias de la actuación pérfida, en las sombras, de Hubert Matos, quien se había comunicado con Faustino para convencerlo de que todo se reducía a una vil maniobra de sus enemigos personales, empeñados en hacerle daño. En esas circunstancias, una característica muy enraizada de la personalidad de Faustino se impuso: la defensa del compañero a quien se considera en posesión de la razón.

Faustino era un hombre extraordinariamente preocupado por la amistad y el compañerismo. Era muy leal. Algunos de los errores que cometió en su larga e intensa vida de revolucionario prominente estuvieron determinados por su absoluta honestidad personal y confianza ilimitada en la buena fe de los hombres a los que él considera-

ba sus compañeros o amigos. Ello lo llevaba al error, al considerar, equivocadamente, que todos actuaban con arreglo a una conducta similar. Era tan íntegro y honesto que suponía a sus compañeros y amigos iguales. Esta confianza excesiva lo llevó a asumir, apasionadamente, la defensa de algunos que en realidad carecían de razón o que mentían a sabiendas, como en el caso de Hubert Matos Benítez. Faustino los defendía de forma vehemente, sin medir el alcance político. No improviso estas valoraciones. Obedecen a un profundo conocimiento del hombre.

El doctor Faustino Pérez Hernández[5] se integró temprana y decididamente a los planes insurreccionales de Fidel. Desembarcó del yate *Granma* por Las Coloradas, el 2 de diciembre de 1956. Con Universo Sánchez, estuvo junto a Fidel en los días amargos que sucedieron al descalabro de Alegría de Pío. Cuando muchos pensaron que todo estaba perdido, Faustino partió hacia La Habana con la encomienda de organizar el apoyo a la guerrilla y levantar la fe revolucionaria, dando a conocer la existencia combatiente de Fidel y los expedicionarios sobrevivientes, misión que fue cumplida eficazmente, al igual que hizo con la reorganización posterior del Movimiento 26 de Julio en La Habana.

En aquel momento de su vida, julio de 1957, conocí a Faustino Pérez, a raíz de la fuga de Armando Hart de la Audiencia de La Habana. Hasta ese momento yo colaboraba, sin estar integrado a la organización, con Haydée Santamaría —*Yeyé*— y Manuel Suzarte Paz, cuadros dirigentes del Movimiento 26 de Julio. Al trasladar a Hart a mi casa, donde permaneció escondido aproximadamente tres meses, muchos dirigentes nacionales y provinciales del Movimiento 26 de Julio comenzaron a frecuentarlo, entre ellos, Faustino, quien iba a coordinar diversas acciones clandestinas y tomar decisiones en asuntos de importancia. Conversando con Haydée Santamaría, Armando Hart, Faustino Pérez, Enrique Oltuski, Arnol Rodríguez, Marcelo Fernández y otros, aquilatando su integridad personal y justeza de aspiraciones revolucionarias, pese a ser de otra generación, me integré a la lucha insurreccional dirigida por Fidel. Con Faustino y sus compañeros comprendí que me había llegado otra vez, pese la madurez biológica, económica y profesional, la hora de la revolución armada, el método revolucionario que abracé en los años treinta junto con Antonio Guiteras y los demás que integramos Joven Cuba.

5 Nació el 15 de febrero de 1920, en el barrio rural La Larga, Zaza del Medio, Sancti-Spíritus. Estudió medicina, pero se negó a recibir el título de Doctor mientras la dictadura de Fulgencio Batista usurpara la soberanía popular.

El compañero con quien más intimé a lo largo de la lucha fue Faustino. Forjamos una amistad basada en una total confianza, respeto y fraternidad. Era un hombre de un control muy profundo, capaz de adentrarse en una discusión extremadamente compleja sin perder las riendas. Era enérgico, sin ofender, siempre apegado a la verdad, por dura e incómoda que fuera. Tal y como pensaba, así se manifestaba.

Faustino era un hombre sin nervios, exageradamente valiente, con un desprecio absoluto por la muerte. Muchas veces, frente a él, tenía la sensación de hallarme frente a Antonio Guiteras. Para él, la muerte no era una posibilidad a tomar en cuenta; de ello dio pruebas inequívocas a lo largo de su vida.

Tuve la fortuna de acompañarlo en tres viajes clandestinos a Santiago de Cuba. En esos recorridos por carretera nos jugábamos la vida. En el último, a raíz del fracaso de la huelga de abril, Faustino quería que recuperáramos mi automóvil, a punta de pistola, de mi casa, ocupada por la policía. Tuve que convencerlo de que estaba equivocado, y de que si lográbamos tomarlo no llegaríamos lejos, pues nos circularían. Cuando conseguí otro auto y salimos rumbo a Oriente, Faustino quiso visitar a sus padres, lo que era virtualmente un suicidio, pues en aquellos días él era el hombre más buscado en Cuba. Llegando al desvío que conducía a la casa de sus padres, a los que yo conocía, pues en ocasiones anteriores lo había llevado allí, aceleré y continué camino. Faustino se encolerizó conmigo; sus palabras son irrepetibles. Sólo logré calmarlo a fuerza de invocar la presencia en el auto de su esposa Nélida y de mi madre. De todos modos, no me dirigió más la palabra hasta Victoria de Las Tunas, aproximadamente a quinientos kilómetros de allí.

Pernoctamos en el lugar y al día siguiente llegamos a Santiago de Cuba. Días después, subimos a la Sierra Maestra, a la reunión de El Alto de Mompié, a rendir cuentas por el fracaso de la huelga general del 9 de abril. Faustino permaneció en la Sierrra Maestra, como comandante del Ejército Rebelde, a cargo de la administración civil del Territorio Libre, donde realizó una labor encomiástica. Yo partí hacia el extranjero. Nos volvimos a encontrar en diciembre de 1958, cuando, acompañando al Presidente Manuel Urrutia Lleó, llegamos a la Sierra Maestra por vía aérea, con un cargamento de armas procedente de Venezuela. Ambos formamos parte del primer grupo de ministros que juraron sus cargos en la biblioteca de la Universidad de Oriente, el 3 de enero de 1959.

A él se le encargó la difícil misión de organizar el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados (MRBM). No había ningún antecedente en el mundo. Era la primera vez que se creaba un ministerio con el propósito específico de confiscar en favor del patrimonio nacional los bienes malversados durante el ejercicio del poder por una administración anterior.

Recuerdo que cuando el Gobierno Revolucionario se instaló en La Habana, Faustino vino a verme para plantearme que no tenía donde ubicar el MRBM. Como a disposición de la Presidencia de la República se encontraba el edificio del Capitolio Nacional, sede del disuelto Congreso de la República, se dio instrucciones a *Manolito* Suzarte, quien había sido nombrado delegado del Gobierno Revolucionario para la administración del edificio, para que facilitara la instalación del MRBM.

El Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados nació con sus días contados. Su Ley Orgánica fijó en un año el tiempo en que debía cumplir su propósito fundamental de recuperar para el patrimonio nacional los muebles, inmuebles, valores y efectivo malversados al amparo de la tiranía instaurada el 10 de marzo de 1952, debiendo expedientar las riquezas denunciadas como fruto de la malversación de funcionarios o acólitos de la tiranía, confiscar las que se probara fueran malhabidas y administrarlas.

Con prestancia y rapidez, Faustino y sus compañeros del MRBM, unos seiscientos funcionarios y empleados en toda Cuba en el momento de mayor trabajo, procedieron de inmediato, pues su labor no podía tener demora. En cuestión de semanas, el MRBM quedó vertebrado por todo el país a partir de tres divisiones: la investigativa, la legal y la administrativa. Pese a las fabulosas riquezas ocupadas en circunstancias realmente excepcionales, en un país en ebullición revolucionaria, Faustino logró rodearse de compañeros de honestidad a prueba de los más fabulosos sobornos. La actuación de los funcionarios del MRBM estuvo fuera de toda sospecha de corrupción en el tiempo que duró su labor.[6] Ello sólo era posible teniendo un ministro de la integridad y responsabilidad de Faustino.

Para finales de noviembre de 1959, al ser sustituido Faustino, habiéndose gastado poco más de un millón de pesos en el funcionamiento y las operaciones del organismo, logró recuperar, expresado

6 Por supuesto, hubo alguna excepción. Sintomáticamente, el único hecho de trascendencia de una supuesta corrupción involucró a René Ray Rivero, hermano de Manuel, terminando trágicamente con su suicidio.

en dinero, una colosal cifra que oscilaba cercana a los cuatrocientos millones de pesos. Se había radicado en el país cerca de once mil quinientos expedientes, afectando a unas seis mil cuatrocientas personas. La provincia de La Habana acaparaba la mayor parte: ocho mil quinientos expedientes, con tres mil novecientas personas involucradas. A los veinte millones de pesos entregados por Faustino el 26 de julio como aporte a la aplicación de la Ley de Reforma Agraria, se había sumado otros cinco millones de pesos en efectivo. En bonos y acciones fue recuperado cerca de dos millones de pesos. En gargantillas de brillantes, vajillas de oro, pulseras y sortijas de esmeraldas, rubíes y zafiros, alfombras persas, cristales y porcelanas, etc., muchas de las cuales fueron subastadas, se recuperó otros dos millones de pesos.

Quedaron confiscados los centrales *Washington*, en Manacas, Las Villas, y *Andorra*, en Artemisa, Pinar del Río, e intervenido el *Zorrilla*. El central *Washington* era propiedad de Fulgencio Batista, aunque legalmente aparecía a nombre de su instrumento para los negocios sucios, José Pérez Benitoa. Fue evaluado, conservadoramente, incluyendo las cerca de trescientas caballerías de tierra, en seis millones de pesos. El central *Andorra,* un verdadero complejo industrial, era propiedad nominal de Gastón Godoy y Loret de Mola, aunque "detrás de la cortina" tenían acciones la esposa de Batista, Marta Fernández, el hijo del tirano, *Papo*, y un acólito, Amadeo López Castro.

Para julio, se había confiscado cerca de treinta y nueve mil cabezas de ganado vacuno, valoradas en seis millones de pesos, y nueve mil caballerías de tierra, estimadas en veinte millones de pesos. Estas cifras fueron en aumento en los meses siguientes, y se estimaba que podían llegar a cincuenta millones de pesos, en común. Pudieron ser más abultadas, porque el INRA, paralelamente, había intervenido fincas de latifundistas, algunas de las cuales podían haber sido objeto de investigación por el MRBM. Estaban confiscadas ciento siete compañías, principalmente constructoras, propiedad de diecisiete malversadores, y decenas de negocios y actividades mercantiles, incluso, una empresa de transporte: la *Miller Transportation Company*. Por sobreprecios cobrados en obras constructivas, un fabuloso negocio, se recuperó varios millones de pesos. Se dio el caso de un sobreprecio de seis millones de pesos. En algunos casos, se confiscó la obra inmobiliaria.

Fueron confiscados cerca de dos mil edificios en todo el país, setecientos de ellos en La Habana. La Revolución puso freno a un despiadado negocio inmobiliario, primero con estas medidas

confiscatorias, y luego con la Ley de Rebaja de Alquileres y la Ley de Reforma Urbana. De aquellos edificios, un centenar estaba evaluado en medio millón de pesos o más. Se daba casos, como un edificio, situado en la esquina de las calles G y 25, en El Vedado, de veinte pisos, donde aún estaba por venderse el primer apartamento cuando entramos en La Habana. Se calculaba que valía dos y medio millones de pesos. Los Fernández Miranda perdieron una veintena de grandes edificios, alguno de hasta diecisiete pisos. Fulgencio Batista estaba asociado a ellos y a otros. Como éste enmascaraba sus operaciones y sus acciones, a Faustino y sus compañeros les resultó muy difícil determinar hasta qué punto resultó afectado. Uno de sus negocios en ciernes era la Terminal de Helicópteros, en la azotea del edificio que ocupó durante muchos años Ministerio de Educación, en La Habana Vieja.

El trabajo de Faustino fue excelente. Tras dejar el cargo, solicitó un lugar de sacrificios; quería probar, con el servicio más abnegado y útil, su lealtad a la Revolución. A principios de 1960, volvió a la Sierra Maestra, esta vez a organizar el Servicio Médico Rural. Regresar a las montañas orientales significó para él la continuación de su experiencia guerrillera. Por esos días se estaba revisando los grados militares, y a Faustino se le ratificó el grado de comandante del Ejército Rebelde.

Faustino sirvió a la Revolución hasta el último día de su vida. En diciembre de 1960, pese a estar convaleciente de un grave accidente, organizó en Bacuranao las baterías de cañones y ametralladoras para repeler lo que en ese momento se consideraba inminente: una invasión del Ejército de los Estados Unidos antes de la ascención al poder del Presidente John F. Kennedy. En abril de 1961, combatió contra las fuerzas mercenarias en la Ciénaga de Zapata. Participó en la organización del Ejército del Centro, asumiendo el comando de la segunda zona de operaciones en la lucha contra las bandas contrarrevolucionarias en El Escambray. En 1962, se le asignó un organismo estratégico en los planes de desarrollo del país, el Instituto Nacional de Recursos Hidraúlicos (INRH). Como miembro fundador del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC) en 1965, a partir de la disolución del INRH, en 1969, se le designó primer secretario del Partido en su región natal, Sancti-Spíritus. Luego sería Embajador en Bulgaria (1973-1977) y jefe de la Oficina de Atención a los Órganos Locales del Poder Popular, adscrita al Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros. Al morir de un infarto del miocardio, el 24 de diciembre de 1992, con setenta y dos años, se desempeñaba como director del Plan de Desarrollo de la Ciénaga de Zapata.

Faustino Pérez era, al decir de Fidel, *la conducta misma de la Revolución*. Cuantas veces se equivocó, supo reconocerlo y seguir. Su firmeza, valentía, sencillez exquisita y compañerismo proverbial convirtieron a Faustino Pérez en uno de los más queridos combatientes de la Revolución Cubana.

Los nuevos ministros

La renuncias del ingeniero Manuel Ray Rivero y del doctor Faustino Pérez Hernández fueron presentadas el 26 de noviembre, siendo aceptadas por el Presidente Dorticós, quien nombró para sustituirlos a Osmany Cienfuegos Gorriarán, arquitecto y capitán del Ejército Rebelde, como ministro de Obras Públicas, y a Rolando Díaz Aztaraín, capitán de corbeta de la Marina de Guerra Revolucionaria, como ministro de Recuperación de Bienes Malversados.

Osmany fungió como ayudante del comandante Camilo Cienfuegos Gorriarán, su hermano y jefe del Ejército Rebelde, hasta la muerte de éste. Se graduó de arquitecto en la Universidad de La Habana, y militó en la Juventud Socialista Popular hasta el verano de 1958. Coetáneamente, se había incorporado al Movimiento 26 de Julio, por cuyas actividades sufrió varias detenciones y maltratos físicos y se vio obligado a partir al exilio, a México, donde lo sorprendió el triunfo de la Revolución inmerso en los preparativos de una expedición armada para incorporarse a la lucha guerrillera.

Camilo y Fidel se encargaron de plantearle a Osmany la tarea de sustituir a Manuel Ray en el Ministerio de Obras Públicas. La desaparición y muerte de Camilo el 28 de octubre, que concentró la atención total de Fidel durante casi dos semanas, demoró su nombramiento, al igual que el de Díaz Aztaraín. A mediados de noviembre de 1959, Fidel los llevó a una *aventurilla en barco*, al decir del propio Osmany, por las costas occidentales de Cuba, ocasión que aprovechó para plantearle a él una de sus misiones más importantes en el Ministerio de Obras Públicas: cambiar el concepto de trabajo del organismo.

— Una de las misiones que yo llevo era ponerle fin a la política de dar muchas subcontratas de obras a particulares. La política sería comenzar a hacer las obras por la administración. Había que defenestrar muchos de aquellos negocios, de aquellas licitaciones para particulares.[7]

7 Testimonio de Osmany Cienfuegos Gorriarán. La Habana, noviembre de 2000.

Curiosamente, Rolando Díaz Aztaraín es el primer oficial de las anteriores Fuerzas Armadas de la República en integrarse al Gobierno Revolucionario. Hombre extremadamente sencillo, de humilde cuna, ingresó al Ejército, alrededor de 1945, en busca del sustento básico. Logró superarse, venciendo grandes obstáculos. Poco después de producirse el golpe de Estado de Batista, en marzo de 1952, se graduó como Alférez de Fragata. Años después, por negarse a participar de las acciones represivas, fue castigado y licenciado de la Marina de Guerra. Se integró a labores conspirativas del Movimiento 26 de Julio. Tras el triunfo de la Revolución, se reintegró a la Marina de Guerra Revolucionaria. Al momento de su designación, trabajaba en uno de los programas populares de la Revolución: Playas Cuba.

A diferencia de Osmany, al emprender el recorrido marítimo con Fidel, Díaz Aztaraín ignoraba que el Comandante en Jefe lo tenía previsto para ocupar un puesto en el Gobierno Revolucionario:

—Yo estaba fuera de la Marina de Guerra. Estaba trabajando en Playas Cuba, con Bilito *Castellanos. Un día estaba sentado donde hoy está situada la Marina Hemingway, donde teníamos un punto de pesca y esas cuestiones, y llega Fidel y me dice:*

—Rolando, ¿tú crees que pueda salir el yate dos o tres días para afuera?

Y yo le dije:

—Sí, como no. Éste y los que usted quiera.

Preparé el yate. Al poco rato llegó Fidel con Osmany Cienfuegos. Se montaron en el yate y salí manejando con ellos.

Fidel es un hombre audaz, atrevido en sus cosas, y yo era todo lo contrario, francamente. No estaba acostumbrado a una vida como la de él. Mi vida era completamente distinta.

Paramos en María la Gorda, en el Cabo de San Antonio. María la Gorda es una de las bahías más profundas de Cuba, una estación de turismo muy chiquitica, de cuatro casitas y un muellecito de madera. Paramos allí porque llevábamos dos noches navegando.

Fidel empezó a nadar en las profundidades, y yo con miedo que le pasara algo. Es natural, Fidel era el líder de la Revolución, para nosotros era como Dios, y temía que pudiera ocurrirle algo. Pero Fidel es un magnífico nadador. Al otro día dice Fidel:

—Vamos a la Ciénaga de Zapata.

Rolando Díaz Aztaraín. Fue el primer ex-oficial de las antiguas Fuerzas Armadas (Marina de Guerra) en ocupar un cargo ministerial en el Gobierno Revolucionario.

¡Imagínate! ¡Desde el Cabo de San Antonio a la Ciénaga de Zapata! No le podía decir que no a Fidel porque el yate estaba bueno. Miguelito *Ribé sirvió de navegante, porque conocía bastante bien el sur de Pinar del Río. Navegamos todo el día. Entramos por la mañana en el río Hatiguanico, y Fidel cogió el timón y navegó por el río, a toda máquina, como tres horas. Se bajó en un lugar que yo no recuerdo exactamente, pero dentro de la Ciénaga de Zapata. Se bajó y se fue con los demás compañeros. Yo me quedé con* Miguelito *Ribé.*

Nos fuimos a Cienfuegos, que era más cerca que darle la vuelta a Pinar del Río. Después mandaríamos a buscar el yate. Cuando lle-

gué a Cienfuegos, recibí una llamada de Celia Sánchez, anunciándome que me presentara en La Habana, que me iban a nombrar ministro de Recuperación de Bienes Malversados.

En el yate hubo una conversación, porque Fidel ensaya con sus amigos mucho lo que va a decir, oyendo la opinión de la gente:

— ¿Qué tú crees que se deba hacer en el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados?

— Confiscar y soltar eso, porque ya le pesa a la Revolución.

Yo no le hice caso a esa conversación. Me fui del entorno de Fidel, donde estaba Osmany Cienfuegos. Me fui a mis faenas en el barco, porque yo no era dirigente, era un ciudadano de este país, como cualquiera. Así que cuando Celia me llama a Cienfuegos y me comunica mi nombramiento como ministro, quedé muy sorprendido.[8]

Los nombramientos de Osmany y Díaz Aztaraín no serían, sin embargo, los únicos que tuvieron lugar a finales de noviembre de 1959.

Che Guevara, Presidente del Banco Nacional de Cuba

El posible saldo positivo de la traición de Hubert Matos, a no desdeñar, es que aceleró el proceso gradual de fortalecimiento de las estructuras de dirección, con la introducción en puestos claves del Estado de compañeros claramente identificados con Fidel, sobre los que no cabía dudas acerca de su verticalidad revolucionaria. Ello ocurrió oportunamente, en un momento en que la contrarrevolución interna y las agresiones imperialistas se encontraban en una fase primaria. Pero ello comportaba un elemento negativo de tipo táctico: validaba en parte la campaña contrarrevolucionaria de la inclinación a la izquierda radical ("al comunismo") de la Revolución, incrementando el ritmo de ruptura dentro de la ya precaria unidad entre el centro y la izquierda, y potenciando considerablemente el accionar contrarrevolucionario.

Como consecuencia de ello, asumieron cargos de primer nivel gubernamental compañeros esenciales en la Revolución, particularmente el Che, quien hasta entonces se hallaba desempeñando funciones aparentemente secundarias, y quien en menos de una semana asumió formalmente dos responsabilidades claves en la administración revolucionaria, sin pertenecer al Consejo de Ministros.

8 Testimonio de Rolando Díaz Aztaraín. La Habana, octubre de 2000.

Desde el 15 de septiembre, a su regreso de una gira de tres meses por Europa, África y Asia, el Che asumió de hecho la conducción de los asuntos relacionados con la industrialización del país, en el Instituto Nacional de Reforma Agraria. Pero no fue hasta el 21 de noviembre en que la asumió de forma oficial, cuando se creó por la Resolución 94 del Presidente del INRA, el Departamento de Industrialización,[9] con la tarea titánica de estudiar, planear y ejecutar una política tendente a la industrialización del país y a la administración de las industrias que pasaran a manos del Estado.

¿Quién mejor que el Che para ser el director del Departamento de Industrialización? Él había sido capaz, careciendo de recursos económicos y técnicos y de personal calificado, de crear en la Sierra Maestra una modesta producción industrial. A partir de 1959, sin todo el personal adecuado, administraría decenas de empresas industriales confiscadas por el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados, por el INRA, o creadas al amparo de la Ley de Reforma Agraria.

En la reunión del Consejo de Ministros del 25 de noviembre de 1959, el Presidente de la República dio cuenta de que había presentado su renuncia como Presidente del Banco Nacional de Cuba (BNC), el doctor Felipe Pazos Roque, la que había sido aceptada, designando en su lugar al comandante Ernesto Guevara de la Serna.[10] Todos estuvimos de acuerdo.

En los primeros años de la Revolución, el juramento y la toma de posesión del cargo de ministro tenía una importancia pública de primer orden, recibiendo una gran cobertura periodística. Se citaba a los corresponsales de los periódicos y las revistas, de la radio y la televisión y a distintas personalidades revolucionarias, transformándose en un acto político de gran connotación pública. El Presidente solía pronunciar breves palabras informando la designación del ministro y éste prestaba juramento público y firmaba el documento correspondiente.

9 Resolución 94. *Gaceta Oficial*, 14 de diciembre de 1959. El Reglamento Orgánico del Departamento fue dictado el 12 de septiembre de 1960. *Gaceta Oficial*, 23 de septiembre.

10 En la propia sesión del 25 de noviembre a Felipe Pazos se le designó como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República, Encargado de los Asuntos Económicos en Europa, responsabilidad que ocupó hasta el verano de 1960, cuando rompió con la Revolución y se marchó a los Estados Unidos.

El comandante Ernesto Guevara de la Serna fue designado Presidente del Banco Nacional de Cuba (noviembre de 1959) y su actividad resultó vital para resguardar financieramente a la Revolución Cubana, justamente cuando se producía una evasión de las reservas monetarias de Cuba.

En la ocasión de tomar posesión el doctor Ernesto Guevara de la Serna como Presidente del Banco Nacional de Cuba, firmó el documento de juramentación con su inconfundible *Che*. Yo le objeté, en voz baja, que debía firmar con su nombre completo, pero él insistió en firmar así. El Presidente Dorticós se percató de la situación, y nos preguntó:

— *¿Qué ocurre?*

Le expliqué que el doctor Guevara estaba firmando como *Che* y no como Ernesto Guevara de la Serna, que era su nombre. Sin esperar un segundo, el Che replicó, secamente:

— *Cada uno firma como quiere.*

Nos quedamos callados. Así quedó registrada primariamente la sencilla y legible firma con que se defendería con celo insuperable las finanzas del país y que, en el cambio de la moneda de 1961, rompería la espina dorsal a la economía de la contrarrevolución cubana.

Sin perder tiempo, el Che situó a compañeros sobre los que recaía una gran confianza política en posiciones económicas estratégicas. Uno de los cambios más importantes fue aprobado por el Consejo de Ministros a los pocos días, el 21 de diciembre: el reemplazo del doctor Ernesto Betancourt Hernández por Segundo Ceballos Pareja como director del Fondo de Estabilización de la Moneda. Antes del triunfo

de la Revolución, Ernesto Betancourt había cumplido una importante función en el Comité del Movimiento 26 de Julio en Washington, donde tenía grandes relaciones. Poco después de su sustitución, rompió con la Revolución y se marchó a los Estados Unidos. Fue el primer director de la emisora contrarrevolucionaria irrespetuosamente llamada *Radio Martí*. Segundo Ceballos había sido un gran defensor del campesinado cubano, llegando a ser dirigente del Partido Agrario Nacional (PAN). Al triunfar la Revolución, con el Che y otros compañeros, trabajó entusiastamente en la formulación de la Ley de Reforma Agraria. Murió con la Revolución.

Carácter

Aquella actitud irreverente del Che le era consustancial. Muchos compañeros tuvieron pruebas sobradas. Basta citar un caso. Semanas después de asumir como ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, una de las medidas dispuestas por el comandante Raúl Castro fue la de ordenar que los peludos y barbudos ex-guerrilleros del Ejército Rebelde se cortaran reglamentariamente sus cabellos. La tarea no era sencilla, pues muchos eran reacios a quitarse lo que entendían como sus mejores insignias de combatientes, todo un símbolo. El capitán Juan Escalona Reguera, quien fungía como enlace entre Raúl Castro y el Che, quedó encargado de comunicárselo. Una fría madrugada de diciembre, Escalona le comunicó al Che la decisión del ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. El Che escuchó atentamente. Cuando Escalona terminó de exponerle, le contestó:

— Dile a Raúl que me voy a pelar, porque entre otras cosas este pelo me tiene bien jodido, pero que no se le ocurra mandarme a afeitar porque eso sí que no lo voy hacer.[11]

En el Palacio Presidencial, en muchas ocasiones, pude comprobarlo. El Che solía llegar a mi oficina y, pese a mi carácter circunspecto, procedía a saludarme de una manera jocosa:

— ¿Qué dice el toro que más mea en Palacio?

Pasados los dos primeros años de la Revolución, comenzó una exigencia gradual por las formas. En correspondencia, el Presidente Dorticós le impartió instrucciones al jefe de la Casa Militar del Palacio Presidencial de exigir que los militares que concurrieran a las recepciones oficiales lo hicieran en traje de gala. Partía del principio

11 Testimonio de Juan Escalona Reguera, en *Secretos de Generales*, de Luis Báez, editorial SI-MAR, S.A., La Habana, 1996, p. 437.

de que si Fidel así lo hacía, los demás también debían hacerlo. En la recepción por el aniversario del triunfo de la Revolución, en 1962, al llegar el Che, el jefe de la Casa Militar le comunicó de que por disposición del Presidente de la República debía concurrir vestido con el uniforme de gala y no con el de campaña El Che le preguntó:

— *¿De verdad que te dijo eso el doctor?*

Respondió el oficial:

— *Precisamente, me lo dijo ayer*.

Sonriendo, el Che le contestó:

— *Eso es una broma del doctor. Tú sabes que a él le gustan las bromas.*

Sin dar tiempo a nada, entró a la recepción. El jefe de la Casa Militar se quedó parado, sin saber qué hacer. Al día siguiente, el Presidente le preguntó si se había producido alguna situación anormal. Al explicarle lo ocurrido con el Che, Dorticós se excusó:

— *Dispense, se me olvidó decirle que el Che no estaba incluido en esa disposición*.

Curiosamente, el Presidente Dorticós le insistía al Che para que entrara a su despacho sin tocar a la puerta, tal y como hacíamos algunos compañeros, pero el Che nunca lo hizo. Siempre se mostró extremadamente respetuoso con el Presidente Dorticós.

Íbamos a escribir en común parte de esta historia

Conocí al Che en mayo de 1958, en la Sierra Maestra, bajo un aguacero torrencial. Aunque él no pertenecía a la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, por insistencia de Faustino Pérez, fue invitado a participar de la reunión en que se iba a analizar las responsabilidades que los dirigentes del Llano teníamos en el revés de la huelga general del 9 de abril. Ello se explica porque el Che se había manifestado en varias oportunidades en términos muy críticos hacia los dirigentes del movimiento clandestino, al que subvaloraba.

El Che llegó, saludó a Fidel y a los demás compañeros que conocía, mientras se secaba la ropa al pie del fuego de la cocina. En ese momento, nos presentaron. Era un hombre seco al principio, cortante. Así que fue un mero saludo, en el que no pude advertir ningún gesto específico que denotara nada de lo que pensaba. Pasaron los años, triunfada la Revolución, siendo él ministro de Industrias, me

invitó a almorzar y luego pasamos a su despacho. Se sentó en el piso, descansando los pies sobre un sofá. En la conversación le dije:

*— Oye Che, cómo le "*dabas cranque*" a Fidel contra nosotros.*[12]

Se levantó dando un salto, visiblemente molesto:

— Ustedes han sido muy injustos conmigo. Yo no soy cubano, soy argentino, y no conocía los asuntos de Cuba, por lo que me fui haciendo juicios subjetivos de cada uno de ustedes. Fíjate contigo. Cuando nos presentaron en Mompié, pregunté luego a varios compañeros que quién eras tú y me dijeron que eras un abogado acomodado, con un buen bufete en La Habana, que vivías en Miramar, que venías prestando grandes servicios a la Revolución, que siempre estabas dispuesto a realizar las gestiones que se te encomendaran.

En aquel momento pensé: *Qué mal estamos. Esta gente se está metiendo entre nosotros.*

—En verdad me quedé preocupado. Al otro día, en el transcurso de la reunión, al observar tu conducta, fui analizando tus intervenciones y las respuestas a varias preguntas que te hice y varié un poco el criterio de reserva que me había formado, pero de todas maneras pensé: Éste nos acompañará hasta que la Revolución se radicalice, entonces nos abandonará.

— Pero ahora, con toda honestidad, Luis, te digo que estoy convencido que tú sigues con nosotros hasta el final, sea cual sea éste.

El Che era muy sincero, quizá demasiado. La primera impresión que tuvo de mí no fue nada buena. Denotaba una cautela y una desconfianza ideológica muy hondas, lo que no dejaba de ser positivo, porque evidencia una de las características que debe tener un líder: la capacidad y el instinto de analizar profundamente, desde un inicio, a las personas que giran a su alrededor o pertenecen a la dirección de la organización revolucionaria. Ésta es una cualidad innata en Fidel.

Por cierto, antes de que el Che ocupara las responsabilidades de Estado que han motivado estas disquisiciones, tuve oportunidad de advertir personalmente las magníficas relaciones de trabajo y amistad que siempre tuvieron él y Fidel.

En los primeros meses de la Revolución, alguna vez tuve que localizar urgentemente a Fidel para que firmara una nota diplomática u otro documento de gobierno que no podía demorar. Fidel se encon-

12 "Dar cuerda", "Dar cranque" (azuzar) contra los dirigentes del movimiento clandestino, los del Llano.

traba en la residencia de *Mily* Mendoza,[13] en la avenida Primera y calle 10, en Miramar, a un costado del teatro *Blanquita*, casa conocida por nosotros desde los días de la lucha clandestina como *El Club*, sitio de reunión de los dirigentes del Movimiento 26 de Julio.[14] Pasé a la habitación. En ese instante, Fidel discutía apasionadamente con el Che sobre la pretensión de éste de asumir la dirección del INRA. Tanto Fidel como el Che eran dos recias personalidades, que defendían con vehemencia sus puntos de vista, por lo cual era absolutamente normal que sus conversaciones derivaran en discusiones aparentes.

Fidel revisó el documento que yo llevé. Hizo varias notas, ampliando o rectificando ideas, y me lo devolvió para ponerlo en limpio. Me retiré. Cuando volví con el original para que lo firmara, ya Fidel y el Che habían terminado la discusión y conversaban familiarmente, acostados en sentido opuesto sobre la misma cama, boca arriba, mirando al techo, haciendo futuro.

El Che fue el precursor de la prensa guerrillera y de los testimonios históricos sobre la Revolución Cubana. Él escribió un artículo, en sus *Pasajes de la Guerra Revolucionaria,* en el que me confunde con *Tony* Buch, destacado combatiente revolucionario en Santiago de Cuba. Encontrándonos en una recepción le dije:

— *Oye, te equivocaste en tu artículo. El Buch que tú mencionas no soy yo, es mi primo* Tony.

Esto fue suficiente para que entre ambos se estableciera una animada conversación acerca de los sucesos de la Revolución. Caímos en lo que él había calificado como la *reunión decisiva* de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio en El Alto de Mompié, para analizar las causas del revés de la huelga de abril y trazar la estrategia que nos llevó al triunfo. El Che se asombró de la nitidez de mis recuerdos históricos. Llamó a Vilma Espín, y entre los tres re-

13 *Mily* estaba casada con un banquero de apellido Mendoza, un millonario que había colaborado en la lucha contra Machado, en los años treinta, y contra Batista, en los años cincuenta.

14 Ésta fue la casa que, tras el fracaso de la huelga de abril de 1958, se utilizó para que la cadena de televisión estadounidense *NBC* filmara una entrevista con Faustino Pérez Hernández, responsable de Acción y Sabotaje del Movimiento 26 de Julio, y Manuel Ray Rivero, responsable del Movimiento de Resistencia Cívica en La Habana. Ese día, las paredes y los muebles fueron cubiertos con sábanas, para que los cuerpos represivos de la tiranía no pudieran identificar la casa desde donde al día siguiente del mayor fracaso de la Revolución, el Movimiento 26 de Julio lanzara un mensaje de esperanza y seguridad en el triunfo, dejando en el ridículo a la dictadura, que se ufanaba de haber logrado una victoria definitiva sobre los revolucionarios.

construimos aquel acontecimiento y otros más en los que habíamos tomado parte. Como conclusión, me dijo:

— Vamos a ponernos de acuerdo para escribir juntos. Tú tienes buena memoria.

Quedamos en que yo iba a pasarle la documentación original que conservaba de la guerra, especialmente dos documentos de sumo valor: la carta manuscrita de Fidel, del 14 de diciembre de 1957, rompiendo con el Pacto de Miami, y el enfoque de Fidel sobre la unidad necesaria de todos los sectores revolucionarios, incluyendo al Partido Socialista Popular, para desencadenar la huelga general revolucionaria, que estaba contenido en un recetario del doctor Manuel *Piti* Fajardo, con letra de Celia Sánchez y firmado por Fidel. En pocos días, le entregué aquellos documentos.

Transcurrió el tiempo. Varias veces hablamos para reunirnos y escribir, pero por uno u otro motivo, no pudimos hacerlo. En una de las ocasiones en que almorzamos juntos en el Ministerio de Industrias, que radicaba en el edificio que hoy ocupa el Ministerio del Interior, en la Plaza de la Revolución,[15] le pregunté por los documentos que le había confiado. Me dijo que se los había entregado a Celia. Me molesté y lo recriminé duramente de que cómo era posible que, sin consultarme, hubiese dispuesto de aquellos valiosos papeles, que yo había conservado con celo. Se vio en una situación crítica, pero reaccionó con tremenda agilidad. Se cruzó de brazos, y con una sonrisa sarcástica me dijo:

— ¡Conque estas tenemos, tú desconfiando de Celia!

Quedé desarmado. Acepté, resignado, su determinación. Lo que ignoraba, porque el Che no me dio el menor indicio, era que ya estaba preparándose para ir a luchar a otras tierras. Probablemente, la entrega de los papeles a Celia era una de las tantas medidas que le imponían sus propósitos internacionalistas. El proyecto común quedó trunco por los derroteros de la agitada vida revolucionaria del Che, y por su muerte irreparable.

Él ha sido el animador silencioso de los libros de memorias en los que me he involucrado, y de estos recuerdos que hacen abandonar el hilo temático del libro. El lector sabrá excusar una licencia que ha querido ser un homenaje.

15 El almuerzo consistió en un alce que Fidel había cazado durante una cacería con Nikita Jrushchov en una reciente gira por la Unión Soviética. Por cierto, el Che se molestó con el cocinero porque éste preparó la carne del cuadrúpedo en salsa y no asada, que era la manera de conocer el sabor real de su carne.

Medidas y nuevas sustituciones

A finales del año 1959, se inició un proceso gradual de fortalecimiento del aparato institucional de la Revolución, con las miras puestas en lograr la concreción del programa y los proyectos revolucionarios; paralelamente, se dictó nuevas medidas de beneficio popular. Para comprobarlo, basta seguir el curso de los acuerdos del Consejo de Ministros en los últimos dos meses de 1959 y en los primeros meses de 1960.

El 20 de noviembre, el Consejo de Ministros acordó crear el Instituto Nacional de la Industria Turística (INIT),[1] organismo autónomo encargado de programar y ejecutar la política de fomento turístico, conservando y fomentando las riquezas naturales y el patrimonio histórico y cultural cubano. El Presidente del INIT sería el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario o la persona desig-

1 La creación del INIT implicó la supresión del Instituto Cubano del Turismo y de la Junta de Fomento Turístico. Al INIT fueron incorporados el Departamento de Playas para el Pueblo, la Autoridad del Centro Turístico de Varadero (ACETVA) y el Instituto Nacional de Hidrología y Climatología Médicas.

nada por el Presidente de la República.[2] Fidel asumió personalmente el cargo, desplegado una intensísima labor de reconocimiento del archipiélago cubano, buscando sitios atractivos para un ambicioso programa de desarrollo turístico, que fue uno de los planes más audaces de la Revolución, aunque quedó trunco por la precipitación de la agresión imperialista y la actividad de la contrarrevolución interna.

Petróleo I

En igual fecha se creó el Instituto Cubano del Petróleo (ICP) como dependencia del Departamento de Industrialización del INRA. Tenía una importancia estratégica de primer orden.

Cuba estaba a merced de los grandes consorcios petroleros, que controlaban completamente el mercado nacional y desfalcaban bestialmente las reservas monetarias del país. Los monopolios eran propietarios de los pozos de petróleo en el extranjero, de las empresas transportadoras de combustibles, de las refinerías en Cuba y de los establecimientos de distribución. En consecuencia, los precios que pagaba Cuba eran monopólicos, muy superiores a los que se podía lograr si el país regulaba o intervenía directamente en las operaciones. A las compañías se les había realizado durante décadas diversas concesiones para que exploraran y explotaran los recursos energéticos, pero se ignoraba el resultado de las investigaciones, con la situación añadida de que no mostraban interés alguno en ponerlos en explotación. La indefensión energética que heredó la Revolución no podía ser mayor.

Al Instituto Cubano del Petróleo se le fijó propósitos ambiciosos. Debía definir de una vez por todas si Cuba podía convertirse en un productor de petróleo en volúmenes y calidades comerciales, y en caso positivo, producir todo el petróleo que fuera necesario; estudiar y aplicar una medida eficaz para evitar la erogación injustificada de divisas en la importación de combustibles, especialmente para los excesos de consumo; identificar los verdaderos costos industriales del combustible que se refinaba en Cuba, regulando sus precios en favor de los intereses nacionales; orientar una política con los combustibles, que posibilitara respaldar los ambiciosos planes de desarrollo agrícola e industrial, y garantizar, con un sentido estratégico-militar, disponibilidades de combustibles.

2 El INIT tendría un director nacional, cargo que fue confiado al doctor Baudilio Castellanos García.

El ICP trabajó aceleradamente, concentrando toda la fuerza técnica y profesional y los recursos que las circunstancias posibilitaban, pero sin intervenir los negocios extranjeros. En pocos meses, emergieron los primeros resultados y surgieron conflictos irreconciliables con los monopolios extranjeros, que se resolvieron definitivamente en el verano de 1960.

En ese momento se creó un organismo similar al ICP, el Instituto Cubano de la Minería, subordinado al Departamento de Industrialización del INRA, y encargado de proteger y explotar los otros recursos mineros de la nación.

Trabajo y seguridad social

En los primeros diez meses de 1959 el Consejo de Ministros decretó aumentos salariales por ochenta y seis millones de pesos, lo que supuso un incremento del 14,3 %. Se siguió, además, una política de protección del empleo de los trabajadores. Los propietarios de industrias y comercios, quienes se beneficiaban del aumento del nivel de vida y consumo del pueblo, se opusieron, sin embargo, a ver reducidos sus niveles de ganancias y adoptaron una actitud sistemática de desconocimiento de las medidas. Se produjo una escalada de conflictos laborales, en los que las autoridades revolucionarias tuvieron que mediar. El asunto se tornó complejo.

El 24 de noviembre, se aprobó un Proyecto de Ley propuesto por el ministro de Trabajo, comandante Augusto Martínez Sánchez,[3] autorizando a ese organismo a intervenir aquellas empresas o los centros de trabajo en que, por alterarse ostensiblemente el desarrollo normal de la actividad por *lock-out*, cierre temporal o definitivo, hubiera situaciones de parálisis del trabajo, graves conflictos laborales, despidos en masa o incumplimientos de resoluciones de los tribunales de justicia o de las resoluciones del propio Ministerio de Trabajo en caso de conflictos laborales. Las intervenciones no podrían ser por un período mayor de seis meses, a no ser que el propio Presidente de la República decretara una prórroga por otro período similar.

Los interventores tendrían amplias facultades para administrar y dirigir la empresa o el centro de trabajo, quedando subrogados en

3 Cuando el comandante Augusto Martínez Sánchez asumió el cargo de ministro de Trabajo lo hizo con la encomienda expresa de estudiar todas las leyes sociales y laborales del país, para proponer al Consejo de Ministros las reformas necesarias.

lugar y grado del patrono. La ley prohibió el cierre temporal o definitivo de una empresa sin autorización del Ministerio de Trabajo. Al día siguiente, a propuesta del doctor Raúl Cepero Bonilla, el Consejo de Ministros aprobó la intervención de la Cooperativa de Suministros y Créditos Aliados, S.A. El capitán Juan Nuiry Sánchez fue designado en calidad de delegado-interventor. En las semanas y los meses siguientes, el número de empresas intervenidas por la conducta saboteadora o escapista de sus propietarios fue en aumento.

El 22 de diciembre se estableció que a partir del primero de enero de 1960 todos los trabajadores por cuenta ajena, incluyendo los de organismos autónomos, que laboraran en Cuba o en el extranjero al servicio de empresas domiciliadas o establecidas en el país, quedarían sujetos a un régimen de seguro social compulsivo, formado a partir de la obligación de los empleadores de aportar al Banco de Seguros Sociales de Cuba el 5 % de los sueldos, salarios, comisiones o retribuciones que pagasen a los empleados, además del 5% con que éstos debían contribuir. Los beneficios del seguro social quedaron extendidos a todos los trabajadores, con un mínimo de cuarenta pesos mensuales.

Fueron unificados los retiros y seguros, con excepción de los de los profesionales, por medio del Banco de Seguros Sociales de Cuba, creado en mayo de 1959. Este sería dirigido por una Junta y un Presidente, designados por el Consejo de Ministros. El comandante Antonio Enrique Lussón Battle fue nombrado Presidente. Meses después, se decidió delegar todas las facultades en el Presidente, con el propósito de conseguir los mejores resultados en el menor plazo posible, siendo reemplazado Lussón por Arnol Rodríguez.[4] En septiembre de 1960 toda la seguridad social del sector público quedó uniformada, cubriendo los riesgos por invalidez y muerte, situándose en cuatro mil ochocientos pesos anuales el tope de la prestación.[5]

Estas medidas añadieron nuevos motivos para que aumentara considerablemente el número de elementos contrarrevolucionarios entre los sectores pudientes del país. Muchos optaron por una actitud escapista, reflejada en el esfuerzo por extraer de Cuba sus fortunas o por emigrar físicamente, lo que implicaba lo anterior.

Este fenómeno fue combatido enérgicamente. El Banco Nacional de Cuba tomó medidas para proteger las divisas del país. El Fondo de Estabilización de la Moneda dictó la Circular General 217, que

4 Ley 677, de 23 de diciembre de 1959, y Ley 870, de 17 de agosto de 1960.

5 Ley 881, de 27 de septiembre de 1960.

establecía reglas estrictas para la importación de mercaderías y fijaba en ciento cincuenta pesos la cantidad anual que podían sacar los viajeros.[6] La medida provocó reacciones adversas en la burguesía nacional, acostumbrada a importar y consumir bienes suntuosos y a viajar y despilfarrar su dinero en Europa o en los Estados Unidos. Muchos burgueses viajaban semanal o mensualmente a Miami; incluso, muchos tenían la costumbre de ir de compras a La Florida. La decisión del Banco Nacional de Cuba, por supuesto, no afectaba a obreros y campesinos.

El 7 de diciembre, Fidel procedió a firmar, durante la tercera reunión nacional del INRA, el primer título de propiedad sobre las tierras recibidas en virtud de la Ley de Reforma Agraria. La beneficiada, Engracia Blet, era una campesina de Baracoa, de la hacienda *Nuevo Río Toa.* Fidel lo dijo muy gráficamente:

— Comenzamos a dar la tierra por donde los españoles comenzaron a quitarles las tierras a los indios.

Sin darles tiempo a reaccionar a los latifundistas, en los meses anteriores el INRA había ocupado miles de caballerías de tierra, procediendo a su reparto entre los campesinos. Pero a estas alturas de diciembre de 1959, se corría el riesgo de que la contrarrevolución, inescrupulosa, iniciara una campaña aduciendo de que no se entregaría los títulos de propiedad porque la intención del Gobierno Revolucionario era pasar las tierras a manos del Estado. Por burda y pérfida que pudiera ser, sus efectos serían muy perjudiciales; por eso se inició en diciembre un intenso y extenso proceso de entrega de títulos de propiedad.

En la sesión del Consejo de Ministros del 22 de diciembre, por iniciativa de Armando Hart, ministro de Educación, se aprobó la estructuración de un nuevo Sistema Nacional de Educación, comprendiendo tres niveles de enseñanza: primario, secundario[7] y universitario. Se estableció la obligatoriedad de la escolarización de los niños hasta los doce años y el sexto grado, límite de la enseñanza primaria, y el principio de la gratuidad cuando se tratase de escuelas financiadas por el Estado, las provincias y los municipios. Esta reestructuración del sistema educativo del país motivó la extinción de las Escuelas Primarias Superiores, Escuelas Normales para Maes-

6 Inglaterra había adoptado medidas similares a finales de la Segunda Guerra Mundial y las tuvo vigentes hasta la segunda mitad del año 1959, poco antes de que se dictara la nuestra.

7 Esta enseñanza se desdoblaba en Secundaria Básica y Secundaria Superior, de tres años cada una.

tros, Escuelas Normales de Kindergarten, Escuelas del Hogar y los Institutos de Segunda Enseñanza, y su reemplazo por Escuelas de Oficios y Ocupaciones Agrícolas, Escuelas Tecnológicas Agrícolas e Industriales, Escuelas Secundarias Básicas,[8] Escuelas de Maestros Primarios e Institutos Tecnológicos Agrícolas e Industriales y Preuniversitarios.

Acabando el año 1959, impulsado por el ministro de Justicia, doctor Alfredo Yabur Maluf, se procedió a una intensa campaña para que miles de parejas de hecho pudieran contraer matrimonio civil, en lo que dio en llamarse *Operación Matrimonio*. Este esfuerzo estuvo acompañado por otro no menos importante, dirigido a registrar los nacimientos.

El año 1958 había terminado con encarnizados combates en distintos puntos de la geografía nacional, especialmente en Santa Clara, donde se libraba una batalla decisiva para terminar con la tiranía, que en un nuevo impulso genocida bombardeó indiscriminadamente la ciudad. Un año después, el 28 de diciembre de 1959, aviones y helicópteros de la Fuerza Aérea Rebelde y del Instituto Nacional de Reforma Agraria "bombardearon" Santa Clara, pero esta vez con flores. Todo un símbolo.

A lo largo de 1959, el Consejo de Ministros aprobó seiscientas noventa y tres leyes. De ellas, cuatrocientas veintitrés en el primer semestre. El ritmo legisferante disminuyó en la medida en que avanzó el año, pero ganó en profundidad y radicalidad. A partir del mes de noviembre, se produjo una disminución en la frecuencia de las sesiones del Consejo de Ministros. En lugar de las cuatro reuniones que, como promedio, celebrábamos mensualmente, una por semana, el Consejo de Ministros estuvo sin reunirse casi un mes (26 de noviembre-21 y 22 de diciembre). Luego, no volvimos a reunirnos hasta el 21 de enero; un desacostumbrado receso legislativo.

Mil novecientos sesenta

La tendencia a disminuir las reuniones del gabinete se convirtió en norma a lo largo de 1960. También disminuyó el número de leyes promulgadas y acuerdos adoptados. En el primer semestre de 1960, el Consejo de Ministros se reunió ocho veces; tres en marzo y una,

8 La ley supuso una democratización de este nivel, al obligar a que hubiese al menos una escuela secundaria básica en cada departamento municipal de Educación.

mensual, en enero, febrero, abril, mayo y junio, con cerca de veinticinco días entre ellas. No se estaba tomando un respiro, pues la atención estaba concentrada en aplicar la Ley de Reforma Agraria, entregando los títulos de propiedad a los beneficiados, y fortaleciendo la capacidad defensiva de la Revolución frente a una creciente labor subversiva interna y externa. Cada medida implicó la implementación de cambios profundos en la sociedad cubana o en la vertebración de un Estado de nuevo tipo.

La primera reunión del Consejo de Ministros fue el 21 de enero. Acordamos la Ley Orgánica del Ministerio de Trabajo, que propendía al fortalecimiento de este organismo para ordenar, dirigir, supervisar y ejecutar la política laboral de la Revolución. Todos los empleos del país quedaron bajo su control. En virtud de la Ley, el Banco de Seguros Sociales de Cuba quedó sujeto a la fiscalización del Ministerio de Trabajo, independientemente del régimen económico-administrativo autónomo que le atribuía la Ley que lo creó.

En esta misma materia, se acordó[9] la Ley de Procedimiento Laboral, que eliminó un viejo amasijo de decretos y disposiciones inoperantes y arbitrarias, disponiendo un procedimiento rápido y eficaz para resolver los expedientes de despido, los conflictos laborales y los contratos de trabajo. Sustituyó por mecanismos más eficaces los que hasta entonces se utilizaba para conocer y resolver los conflictos entre las empresas y los trabajadores. En esencia, sometía a los diferentes órganos del Ministerio de Trabajo, sin perjuicio de la competencia de los juzgados y tribunales y del Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, todos los conflictos y las cuestiones derivados de las relaciones laborales.

Ningún trabajador podía ser separado de su empleo sin previa resolución de la autoridad competente. En caso de que los expedientes de despidos no fueran resueltos en treinta días por el Ministerio de Trabajo, el trabajador debía ser repuesto en su ocupación. Miles de obreros con expedientes de despidos por sus patronos, sin la resolución correspondiente, fueron reintegrados en sus puestos. Un expediente de despido podía demorar tres, cuatro o más años, reduciéndolo la ley, como máximo, a un año. Los trabajadores que fueran cesanteados sin expediente, podían reclamar ante las autoridades. La patronal dejó de ser juez y parte. De hecho, surgieron los Tribunales de Trabajo, viejo reclamo de los sectores productivos del país. También se dispuso la confección de un censo laboral, que estableciera

9 En la sesión del 11 de marzo de 1960.

una base de datos de todas las fuentes de empleo, los empleados y los desocupados, para formar un escalafón nacional que sirviera para aplicar una política laboral justa.

En la sesión del 21 de enero, a propuesta del ministro de Salubridad y Asistencia Social, doctor Serafín Ruiz de Zárate Ruiz, el Consejo de Ministros aprobó denominar en lo sucesivo al organismo Ministerio de Salud Pública y establecer una nueva organización técnico-administrativa para desarrollar los programas de fomento de la salud, especialmente en medicina preventiva, saneamiento ambiental y control de enfermedades transmisibles, además de los programas de atención médica. Igualmente, se aprobó una nueva Ley Orgánica para fortalecer el Ministerio de Comunicaciones. Más adelante serían reestructurados o fortalecidos por medio de leyes orgánicas los ministerios de Bienestar Social y de Educación.[10]

La banca I

El 17 de febrero de 1960, se acordó la disolución[11] del Banco de Desarrollo Económico y Social (BANDES). El Banco Nacional de Cuba asumió la representación y el ejercicio de los derechos que al Estado correspondían como dueño de las cincuenta mil acciones del organismo. Los departamentos Técnico y de Costo y Mercado del BANDES fueron incorporados al Instituto Nacional de Reforma Agraria.

El comandante Ernesto Guevara, en su doble condición de Presidente del Banco Nacional de Cuba y director del Departamento de Industrialización del INRA, asumió la responsabilidad máxima en la aplicación de tal reordenamiento. Sus conocimientos de economía eran pobres, pero su disciplina y afán de superación suplieron rápidamente las carencias que tenía para dirigir las finanzas y los proyectos de industrialización del país. Una ayuda inestimable le prestó en su vertiginoso aprendizaje el doctor Salvador Vilaseca Forné, a quien el 19 de febrero aprobamos como consejero del Banco Nacional de Cuba.

10 Ley Orgánica 845 del Ministerio de Bienestar Social. Ley Orgánica 856 del Ministerio de Educación.

11 Había sido creado como organismo autónomo por la Ley-Decreto 1947, de enero de 1955.

El 24 de marzo se incorporó el Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba (BANFAIC)[12] al Instituto Nacional de Reforma Agraria, transfiriéndole todos los activos y pasivos, bienes y obligaciones, deudas y responsabilidades. Para ello, fue necesario crear en el INRA el Departamento de Crédito Agrícola e Industrial.

El reordenamiento de las instituciones de crédito estatal[13] en función del fomento agrícola e industrial del país, se había circunscrito a las operaciones de producción interna. Se requería, también, hacerlo para las relaciones bancarias y financieras externas. Ello, más que suponer una acción de reordenamiento de las instituciones bancarias, implicaba un acto fundacional. En 1954 se había creado el Banco Cubano de Comercio Exterior, con un capital de tres millones quinientos mil pesos, con autorización para duplicar su monto con aportaciones de capital de otros bancos y por comerciantes y productores agrícolas e industriales del país. Pero esto no ocurrió, reduciéndose de hecho el Banco Cubano de Comercio Exterior a la condición de departamento del Banco Nacional de Cuba.

El 25 de abril de 1960, por la Ley 793,[14] se acordó fundar el Banco para el Comercio Exterior de Cuba (BANCEC), organismo autónomo de carácter estatal, con un capital inicial de seis millones de pesos. Debía contribuir al equilibrio de la balanza de pagos para hacerla compatible con el desarrollo económico que el Gobierno Revolucionario concebía. Debía ser también un mecanismo que impulsara la producción de bienes exportables. Se estableció que por su conducto se tramitara las operaciones de compra en el exterior de equipos, maquinarias, materias primas o mercaderías de los organismos estatales, las provincias, los municipios y los organismos autónomos. Esta institución sería clave en el futuro inmediato para las transacciones de importación y exportación, pues Cuba nacionalizó rápidamente las empresas privadas radicadas en el país, incluyendo los bancos y las empresas que comercializaban con el extranjero.

El doctor Regino Boti, ministro encargado del Consejo Nacional de Economía, tuvo a su cargo presentar el Proyecto de Ley para la creación de uno de los organismos más estratégicos que tuvo la Re-

12 Creado por la Ley 5, de 20 de diciembre de 1950.

13 El proceso continuó en los meses siguientes. Por la Ley 865, de 17 de agosto de 1960, se extinguió la Financiera Nacional de Cuba, creada en agosto de 1953; adjudicando al Banco Nacional de Cuba su liquidación. Semanas después, pasó a manos del Estado todo el sistema bancario privado del país. Pero eso es una historia con otra dinámica.

14 *Gaceta Oficial,* 4 de mayo de 1960.

volución a lo largo de décadas: la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN). Se había meditado largamente su conveniencia y utilidad. El 11 de marzo fue aprobada[15] la creación de este nuevo organismo revolucionario, encargado de fijar, orientar, supervisar y coordinar la política económica de los distintos organismos del Estado y las entidades autónomas y señalar las normas generales que orientaran al sector privado. Se trataba de introducir la planificación económica en un país profundamente capitalista, como aún era Cuba.

La Junta quedó integrada por el Primer Ministro, que fungía como su Presidente; por un secretario técnico, designado por el Presidente de la República, que sería a su vez ministro de Economía; por el Presidente del Banco Nacional de Cuba; los ministros de Hacienda, Trabajo, Comercio y Obras Públicas, y un Delegado del INRA. [16] Los demás ministros del Gobierno Revolucionario teníamos carácter de asesores.

La creación de la JUCEPLAN supuso la supresión del Consejo Nacional de Economía, la Comisión Nacional de Fomento y la Junta Nacional de Planificación. Uno de sus primeros resultados trascendentes fue la presentación, tres meses después, de la Ley de Presupuestos de la Administración Central y del Poder Judicial para el segundo semestre del año 1960.

¿El otro Estado?

El 17 de marzo tuvo lugar una muy importante reunión nacional del INRA, presidida por Fidel, a la que asistió el Presidente Dorticós. Estaban presentes los seis delegados provinciales y los veintiséis delegados de las zonas de desarrollo agrario en que se había dividido el país para la aplicación de la Ley de Reforma Agraria.

En diez meses, el INRA había eliminado la mayor parte de los latifundios en Cuba, rescatando para el patrimonio nacional o distribuyendo entre los pequeños productores cuatrocientas caballerías de tierra; impulsó la creación de setecientas sesenta y ocho cooperativas agrarias, pesqueras y ganaderas; logró que dieciséis henequeneras privadas se cooperativizaran; realizó inversiones por un monto de

15 Ley 757. *Gaceta Oficial*, 14 de marzo de 1960.

16 Por la Ley 853, de 6 de julio de 1960, se procedió a una redistribución de funciones en materia económica del Ministerio de Hacienda en favor de la Junta Central de Planificación. Ley Orgánica del Ministerio de Hacienda. *Gaceta Oficial*, 8 de julio de 1960.

ciento un millones de pesos; creó mil cuatrocientas tiendas del pueblo y veinticinco grandes almacenes, permitiendo un incremento notable en los niveles de consumo de alimentos y víveres entre la mayoritaria población rural cubana, y construyó seis astilleros y realizó reparaciones de emergencia en todos los puertos, embarcaciones, frigoríficos y varaderos. El INRA dirigía numerosas plantas industriales de procesamiento de los recursos pesqueros y administraba ciento nueve empresas industriales y treinta y seis centrales azucareros. De igual manera, había comenzado a desarrollar los centros turísticos Ciénaga de Zapata, Hacienda Cortina y Cayo Largo. Tenía en ejecución casi una decena de carreteras estratégicas en las zonas de menor desarrollo agrícola y social e inició la revolución de la salud en las montañas, en febrero, con la creación del Servicio Médico Rural.

En los meses siguientes, la actividad del INRA se incrementó notablemente. Decenas de miles de caballerías de latifundios cañeros fueron intervenidas, creándose quinientas nuevas cooperativas. Se arremetió contra los latifundios de empresas estadounidenses y se siguió trabajando intensamente en los distintos frentes abiertos.

Vencida la etapa más decisiva, la del rescate del patrimonio y su movilización transformadora de la sociedad cubana, y logrado un gradual, pero sostenido, proceso de fortalecimiento del Gobierno Revolucionario, Fidel anunció en la reunión de marzo el paso a una segunda etapa, en la que el inmenso aparato del INRA comenzaría a ser desmontado, para reducirlo a un organismo eminentemente agrícola. Sin embargo, las intenciones de Fidel tuvieron que ser postergadas, pues los acontecimientos del país obligaron a la Revolución a atender cuestiones muy perentorias. Por el contrario, los pasos inmediatos, lejos de disminuir la función administrativa del INRA, la incrementaron. Fue así como le fueron incorporados el Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba (BANFAIC), el 24 de marzo, y el Instituto Cubano de Estabilización del Café, un mes después. A finales de 1960, como parte de una política de racionalidad administrativa en aquellos casos en que dos o más organismos del Estado tuvieran responsabilidad en la consecución de un mismo servicio o función pública, el Ministerio de Agricultura fue suprimido, transfiriéndose sus bienes y atribuciones al INRA.[17] Entonces, el INRA llegó a su momento de mayor expansión.

La temprana depuración del Gobierno Revolucionario y la condición de Primer Ministro de Fidel hicieron innecesario que el INRA

17 Ley 905, de 31 de diciembre de 1960.

se transformara en un Estado dentro del Estado. Afortunadamente, no hubo divorcio entre la política general del Gobierno y la ejecutoria del INRA, aunque a éste correspondió la transformación principal del país, especialmente en las zonas rurales, que fue por donde se inició la Revolución.

El último conservador en el Gobierno Revolucionario

La salida del doctor Manuel Urrutia Lleó de la Presidencia, el 17 de julio de 1959, marcó virtualmente el fin de la presencia de los elementos conservadores en el Gobierno Revolucionario y el inicio de un rápido y escabroso proceso de ruptura del sector reformista, cuyo momento crítico lo aportaron la traición de Hubert Matos y las renuncias en noviembre de Manuel Ray, Felipe Pazos y de otros elementos que ocupaban cargos relevantes en la administración pública. Sin embargo, hasta marzo de 1960 permaneció en el Consejo de Ministros el doctor Rufo López Fresquet, claramente identificable como conservador.

El 17 de marzo de 1960, el Presidente Dorticós informó al Consejo de Ministros que había recibido la renuncia del doctor López Fresquet, ministro de Hacienda. Rufo no concurrió a la sesión del día 4, y ya era del dominio público que saldría del Consejo de Ministros. Alegó estar enfermo, lo que podía ser cierto,[18] pero la causa de fondo radicaba en que Rufo López Fresquet estaba imposibilitado, por su pensamiento conservador, de continuar en un gobierno que por días daba muestras de mayor radicalidad revolucionaria. Mirado desde la perspectiva de los muchos años transcurridos, resulta verdaderamente sorprendente que Rufo López Fresquet, pese a no coincidir ideológicamente con la Revolución, haya sido el último ministro conservador-reformista en salir del Gobierno Revolucionario.

El doctor Rufo López Fresquet se integró al primer gabinete revolucionario a principios de enero de 1959, de una forma bastante irregular. El doctor Raúl Cepero Bonilla planteó al Consejo de Ministros que le resultaba insostenible llevar simultáneamente las carteras de Comercio y Hacienda, las que se le atribuyeron al declinar el doctor

18 *El doctor López Fresquet se va porque está enfermo. Se quemó aquí*., fueron las palabras de su sustituto, el capitán de corbeta Rolando Díaz Aztaraín. Periódico *Revolución,* 19 de marzo de 1960.

Raúl Chibás asumir esta última. Yo conocía al doctor López Fresquet desde la época en que era vicepresidente del BANFAIC, pues solía reunirme con su Presidente, doctor Justo Carrillo, de quien era amigo. Sabía que era un buen economista, ducho en asuntos financieros. Por supuesto, también estaba impuesto de sus ideas conservadoras. Cuando Cepero Bonilla nos planteó la difícil situación que confrontaba, animado a resolver una situación perentoria dentro del Gobierno Revolucionario, sin consultar con la máxima dirección de la Revolución, le propuse al Presidente Urrutia hacer la designación del doctor Rufo López Fresquet como nuevo ministro de Hacienda. Urrutia estuvo de acuerdo, procediéndose de inmediato.

Mi actitud fue justamente criticada por Fidel en una reunión de algunos dirigentes del Movimiento 26 de Julio y funcionarios del Gobierno Revolucionario que se produjo en la casa del ministro de Comunicaciones, ingeniero Enrique Oltuski Ozacki, una fría madrugada de mediados de febrero de 1959, en la que se adoptó el acuerdo trascendental de proponerle a Urrutia la incorporación de Fidel al Gobierno. En aquella oportunidad, Fidel estuvo de acuerdo con la designación de Rufo López Fresquet, por lo que de aliciente pudiera tener para los sectores pudientes de Cuba y el extranjero, pero criticó la conducta de actuar inconsultamente en asuntos que podían comprometer el futuro de la Revolución.

La presencia de Rufo López Fresquet en el Gobierno Revolucionario fue muy valiosa desde dos puntos de vista principales: era un hombre capaz, inteligente, honesto, que contribuyó a organizar adecuadamente el Ministerio de Hacienda, organismo básico del Gobierno nacional que funcionó sin grandes contratiempos, y en Rufo López Fresquet muchos políticos, inversionistas y propietarios yanquis y la burguesía cubana creyeron tener siempre un guardián de sus intereses.

Pese a ser un hombre relativamente joven, López Fresquet se excusó por enfermedad de subir a la Comandancia General de La Plata en mayo de 1959 a firmar la Ley de Reforma Agraria, la que firmó posteriormente sin titubear, pese a que ésta quebraba la espina dorsal al latifundio en Cuba. También firmó otras leyes de importancia capital, como la que estableció la pena de muerte para los delitos contrarrevolucionarios y restableció los tribunales revolucionarios.

En varias oportunidades, pudo apreciarse su carácter conservador, su condición de tecnócrata. Un ejemplo: por considerar que era una manera de malgastar los dineros públicos, entorpeció las asignaciones crediticias para poner en funcionamiento dos armas esencia-

les en la proyección y defensa internacional de la Revolución Cubana: *Radio Habana Cuba* y *Prensa Latina*. De igual manera puso reparos para financiar la creación y los trabajos del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). La oportuna intervención de Fidel y Raúl lo disuadió y evitó que el asunto trascendiera a la opinión pública.[19]

Creo que López Fresquet llegó mucho más lejos y largo de lo que muchos pudimos suponer al principio. El doctor Rufo López Fresquet abandonó el país, sumándose a los planes contrarrevolucionarios organizados por los Estados Unidos. Para sustituirle, se designó al capitán de corbeta, Rolando Díaz Aztaraín, hasta entonces titular del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados. No fue necesario nombrar a ningún compañero para este ministerio, pues el organismo fue convertido en una subsecretaría del Ministerio de Hacienda, con todas las funciones que hasta entonces tenía.

Machado Ventura por Ruiz de Zárate Ruiz

Durante mayo y junio de 1960 hubo nuevas promociones al Consejo de Ministros. En los dos casos, los reemplazos no tuvieron de fondo motivaciones políticas de ruptura con la Revolución, como había ocurrido con López Fresquet. Se trató de la sustitución de compañeros de notable trayectoria revolucionaria, quienes luego de ser sustituidos cumplieron eficazmente funciones destacadas dentro de la Revolución.

Frente a la dramática situación de la salud pública cubana, en 1960 se hacia impostergable acometer ambiciosos planes de expansión y mejoramiento de los servicios médicos. Una de las necesidades más urgentes era la construcción de hospitales y la extensión de la cobertura médica a vastas zonas del territorio nacional.

Los índices de salud en Cuba eran de una desigualdad de espanto. Basta tomar un ejemplo de la infraestructura hospitalaria. En La Habana había ocho mil camas en veinte hospitales, para una población de un millón y medio de habitantes. En Oriente, mil trescientas camas en trece hospitales dispersos en un extenso territorio, para una población aproximada de un millón ochocientos mil habitantes. De acuerdo con valoraciones especializadas, Cuba requería con urgencia de otras cuarenta mil camas como mínimo, bien distribuidas.

19 Testimonio del ingeniero Enrique Oltuski Ozacki, entonces ministro de Comunicaciones. La Habana, febrero de 2000.

Era necesario promover al Ministerio de Salud Pública a un compañero de cualidades organizativas excepcionales. El 21 de mayo de 1960, el doctor Serafín Ruiz de Zárate Ruiz fue reemplazado por el doctor José Ramón Machado Ventura.[20]

Pese a su condición de médico, Machado Ventura se había incorporado a la lucha guerrillera en la Sierra Maestra en septiembre de 1957 en calidad de combatiente. En febrero de 1958, se integró como médico a la columna que comandada por Raúl Castro se internó en la Sierra Cristal para crear el Segundo Frente Oriental Frank País. Al consolidarse el Frente, se le encomendó organizar un departamento médico. Su capacidad fue puesta a prueba. En poco tiempo quedó organizado un servicio sanitario con doce hospitales de quince camas cada uno; cinco casas de socorro; una planta de esterilización; un sistema de suministros, y un cuerpo de dieciocho médicos y trescientos cincuenta auxiliares, asistentes y enfermeras. Todo ello fue logrado en una compleja y vasta cadena montañosa, en las condiciones de campaña, en plena guerra de guerrillas. En reconocimiento a su actividad como combatiente y médico guerrillero fue ascendido a capitán del Ejército Rebelde.

Al triunfo de la Revolución, fue nombrado jefe de la Casa Militar del Palacio Presidencial, responsabilidad que ocupó por escaso tiempo, pues se le designó al frente del Departamento Médico de La Habana, logrando aumentar rápidamente la capacidad hospitalaria en ciento cincuenta camas, transformando las casas de socorro en dispensarios. Con su esfuerzo personal, los servicios hospitalarios de la capital mejoraron, posibilitando, entre otras cosas, que los estudiantes de medicina concurrieran a los hospitales municipales a recibir y realizar clases y prácticas. Paralelamente, fue nombrado jefe de los Servicios Médicos del Ejército Rebelde, ostentando ya los grados de comandante.

El doctor Serafín Ruiz de Zárate Ruiz trabajó con esmero y supo hacer avanzar los programas iniciales, pero se requería de un compañero con mayor capacidad organizativa, capaz de acometer los am-

20 Nació en San Antonio de las Vueltas, provincia de Las Villas, en 1930. Estudió bachillerato en el Instituto de Remedios y en 1948 matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana. No intervino en la política universitaria, aunque sí en las agitaciones estudiantiles en diversas oportunidades, especialmente en ocasión del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Por medio de una enfermera del hospital universitario General Calixto García entró en contacto con los grupos insurreccionales, integrándose al Movimiento 26 de Julio en La Habana. Prestó valiosos servicios en la lucha clandestina. En la clínica de F y 25, en El Vedado, donde laboraba, escondió armas.

biciosos propósitos sanitarios de la Revolución. Con las credenciales expuestas, era lógico que se nombrara al doctor Machado Ventura como nuevo ministro de Salud Pública. Poco después de tomar posesión, describió el problema a que se enfrentaba en estos términos:

— En cincuenta y ocho años de República en Cuba se hicieron setenta y dos hospitales, con un total de dieciséis mil camas. De ellas descuente cinco mil, que son de hospitales de dementes. Quedan once mil camas. De acuerdo con estadísticas actuales, se estima que para tener bien atendidas las necesidades de un pueblo es necesaria una cama por cada cien habitantes. Eso quiere decir que en Cuba necesitamos sesenta mil camas más. Desde luego, si se descuenta el aporte de los centros regionales y las clínicas privadas, la tarea del Estado queda limitada a aportar cuarenta mil camas. Es un cuadro desolador.

— Calcule lo que significa con nuestros actuales recursos la construcción de ochenta hospitales de quinientas camas cada uno. En Cuba siempre se ha hablado del abandono educacional, del abandono al campesino, pero nunca se habla del abandono sanitario y ese es tan grave o más que los otros.[21]

La política sanitaria a seguir estaría basada en planear centralizadamente la construcción de dispensarios y hospitales pequeños donde fueran más necesarios y racionales, descentralizando administrativamente el trabajo. El primer paso era normalizar y lograr eficiencia en los servicios ya establecidos, terminar los hospitales en construcción, algunos de los cuales así estaban desde hacia varios años a consecuencia del robo de sus presupuestos, y acometer los dispensarios con ingresos médicos. Machado Ventura depositó su confianza en que el esfuerzo material y las labores preventivas, especialmente el progreso económico, pondrían coto al descalabro sanitario cubano.

Lo que muchos ignorábamos entonces era que esa inmensa y exitosa obra en el campo de la salud pública la tendría que acometer la Revolución solamente con la mitad de los seis mil médicos del país, porque otra mitad se había marchado a los Estados Unidos. La política de salud implementada fue un éxito tan descomunal, que no sólo convirtió en pocos años a Cuba en uno de los países de más vertiginoso progreso médico, sino también en paradigma para los países que aspiraban al desarrollo social.

21 Periódico *Revolución*, 27 de mayo de 1960.

La sustitución de Enrique Oltuski Ozacki

El 29 de junio, el Presidente de la República comunicó al Consejo de Ministros de varias renuncias y reemplazos en puestos importantes de la administración pública cubana. Sobresalían la del ingeniero Enrique Oltuski Ozacki, como ministro de Comunicaciones, y la de Francisco Chavarry Aduriz, como subsecretario técnico del Ministerio de Relaciones Exteriores. En este último caso, fue sustituido por el licenciado Héctor Rodríguez Llompart, funcionario del propio ministerio.

Igualmente el doctor Raúl Chibás Ribas renunció al cargo de Presidente del Consejo Director y Presidente de los Ferrocarriles Occidentales de Cuba, S.A., para ir camino de los Estados Unidos. Y como Raúl Chibás, por esos días, muchos otros renunciaron a sus cargos públicos, como es el caso del doctor José Miró Cardona, quien no llegó a ocupar el cargo de Embajador de Cuba en Washington, pese a que ya le habían concedido el *agreement,* porque, asustado por la inminencia de un conflicto con los Estados Unidos, se asiló en la Embajada de Argentina, y desde este país viajó a los Estados Unidos a intentar ser el Presidente Provisional de la República títere que los yanquis pretenderían montar en Bahía de Cochinos, menos de un año después, en abril de 1961.

Para el verano de 1960, por distintas razones, unas extremadamente complejas, algunos revolucionarios antibatistianos con militancia en el Movimiento 26 de Julio, personas honestas, víctimas de sus propias contradicciones ideológicas y políticas, se separaron de un proceso revolucionario que los sobrepasó con creces, y comenzaron a moverse hacia los Estados Unidos, porque les era más próximo a sus propósitos e ideas o porque lo consideraban más seguro para sus miedos. Renuncias, deserciones, fugas, asilos y otros procedimientos escapistas que comenzamos a observar día a día, en la mayoría de los casos, se originaban por el impacto personal que tenía en ellos el conflicto entre los Estados Unidos y la Revolución, que estaba alcanzando su momento crítico, y la lucha de clases e ideológica, que se había multiplicado. No creyeron que la Revolución lograría sobrevivir y prefirieron ponerse a salvo; habían llegado al límite de lo que su pensamiento les permitía como licencia revolucionaria.

Otros, en cambio, evidenciaron sus grandes contradicciones políticas, pero pudieron más su lealtad y amor a la Revolución. De otros, por una interpretación prejuiciada o equivocada, o ambas, algunos sospecharon infundadamente que sus intereses y actitudes no coinci-

días con los de la Revolución, que cada vez daba más evidencias de ser socialista.

En la mezcolanza de estos extremos, no siempre identificables, se puede hallar la explicación de la sustitución del ingeniero Enrique Oltuski Ozacki como ministro de Comunicaciones, acaecida el 29 de junio de 1960.

Aunque de apellidos de origen polaco, Enrique es cubano de nacimiento y sentimientos, hijo de inmigrantes. Nació en La Habana, el 25 de noviembre de 1930. Cursó estudios primarios y secundarios en la ciudad de Santa Clara. En 1955, se graduó como ingeniero en la Universidad de Miami.

Tras militar desde 1953 en el Movimiento Nacionalista Revolucionario, liderado por el profesor Rafael García Bárcena, en 1955 se incorporó al Movimiento 26 de Julio, donde cumplió importantes y diversas funciones de dirección. En enero de 1958, fue designado coordinador provincial del Movimiento 26 de Julio en Las Villas. Al llegar el Che a El Escambray, Enrique se supeditó a su jefatura.

Fue notoria su polémica con el Che en torno a la manera en que debía producirse la reforma agraria en Cuba. Oltuski creía que debía procederse de manera menos radical a la tesis propugnada por el Che de suprimir los latifundios y repartir la tierra entre los que la trabajaran. Oltuski creía que había que gravar a los latifundios y con el dinero resultante adquirir las tierras que, junto con las ociosas, serían vendidas a los campesinos, a bajos precios, con facilidades de pago y créditos para hacerlas producir. Era una solución extremadamente moderada del problema agrario cubano.

El Che lo criticó, alegando que sostenía una posición reaccionaria en el asunto, el más importante de todo el programa revolucionario. Oltuski fue ubicado en lo que se dio por llamar *la derecha* del Movimiento 26 de Julio.

En los primeros días posteriores al triunfo revolucionario, Enrique fue nombrado ministro de Comunicaciones, siendo el más joven de los miembros del Gobierno Revolucionario: veintiocho años.[22] Tuvo la responsabilidad de estudiar y aplicar medidas de beneficio popular tan trascendentes como las rebajas de las tarifas telefónica y eléctrica, y especialmente de producir la primera intervención de una empresa privada estadounidense en Cuba: la *Cuban Telephone Company*. Oltuski ocupó un lugar clave en la creación de la agencia

22 Tanto él como el doctor Armando Hart Dávalos contaban con veintiocho años, pero Oltuski era más joven por una diferencia de meses.

de noticias *Prensa Latina* y la emisora *Radio Habana Cuba*, que serían los dos grandes instrumentos de la Revolución para difundir y defender su verdad y su línea de conducta frente al cerco informativo impuesto por los Estados Unidos.

Días antes de su sustitución como ministro de Comunicaciones, Oltuski denunció a la mal llamada Compañía Cubana de Electricidad por sus procedimientos fraudulentos y su actitud saboteadora de la economía nacional, y la advirtió públicamente de que acometiera en breve término el plan de ampliación de sus servicios, pues de lo contrario el Gobierno Revolucionario lo haría por su cuenta, lo que implicaba el aviso de una posible intervención pública. Oltuski acusó a la compañía de estar en franca actitud contrarrevolucionaria, al paralizar los planes de ampliación en momentos en que el consumo y la demanda eléctrica habían aumentado en Cuba: un 11 % en 1959 y un 18 % en 1960.

Estos pronunciamientos públicos, de junio de 1960, por el contexto en que fueron hechos, en el pináculo del primer enfrentamiento económico con los Estados Unidos, no presagiaban que Oltuski fuera sustituido en el cargo, lo que lo privó de proceder a la nacionalización de ambas compañías, decisión adoptada a principios del mes de agosto, a una distancia de un mes y una semana.

A cuarenta años de distancia de los acontecimientos, extremadamente complejos, Enrique Oltuski accedió a explicar *in extenso* su versión personal de los motivos que determinaron su sustitución:

El asunto nace en los días de la lucha. Desde entonces existen las colisiones ideológicas, los enfrentamientos políticos dentro del Movimiento 26 de Julio. Yo los tuve con el Che en El Escambray, cuando lo conocí. El Che los había tenido con Armando Hart y con René Ramos Latour. Raúl participó también de estos encontronazos. Habían criterios de parte y parte, entre los que algunos han dado en llamar la derecha y la izquierda del Movimiento 26 de Julio, que se simplificó y se redujo a las posiciones del Llano frente a la Sierra. Pero el asunto es mucho más complejo.

A mi modo de ver, dentro de la Revolución había tres líneas fundamentales, con sus matices y complejidades. Estaban los comunistas y los compañeros del Movimiento 26 de Julio que tenían posiciones y propósitos estratégicos coincidentes con ellos, principalmente Raúl y el Che.

Estaban los combatientes revolucionarios que eran anticomunistas ideológicos y que rápidamente derivaron a posiciones francamente contrarrevolucionarias, por meros prejuicios, y estábamos los combatientes del Movimiento 26 de Julio de ideas de izquierda que no

éramos anticomunistas ideológicos, pero sí muy críticos del Partido Socialista Popular, por algunos errores históricos de mucho peso y especialmente por su continuada actitud contraria a la lucha armada, aunque no adoptábamos actitudes de excluirlos del proceso revolucionario.

Te pongo mi caso. Yo no era marxista porque no había tomado la decisión, pero tenía muchas lecturas marxistas. Cuando me hice cargo del Ministerio de Comunicaciones, traje a ocupar los más altos cargos a mis compañeros del Movimiento 26 de Julio en Las Villas, que era la gente que yo conocía y en la que confiaba: los que lucharon conmigo. Eso era totalmente normal en aquellos meses iniciales. Por otra parte, en el Ministerio de Comunicaciones comenzaron a ubicarse los comunistas. Yo lo sabía y los conocía, y los acepté en distintos cargos, aunque algunos eran funcionarios claves. Mi asesor principal, jefe del Consejo Técnico, era un comunista. Yo lo sabía, pero lo mantuve. Es más, cuando fui invitado por la Comisión de Comunicaciones del Gobierno de los Estados Unidos, lo llevé conmigo. Y había otros más.

Yo sabía que hacían esfuerzos por ocupar posiciones, y que ya predominaban en otras instituciones, pero consideré que ese era un proceso de integración lógico, pero no todos pensaban igual.

Rápidamente comenzó una lucha, casi igual en todos los ministerios, entre los comunistas y su entorno, y alguna gente del Movimiento 26 de Julio y otras personas que no eran contrarrevolucionarias y que querían también integrarse al proceso. Los comunistas comenzaron a acusar a varios compañeros de ser elementos negativos, incluso de ser contrarrevolucionarios, y pulsaron por sacarlos de las posiciones claves que ocupaban. Recuerdo los casos, por ejemplo, de Joaquín Argüelles, que había sido tesorero del Movimiento 26 de Julio en Las Villas, y Teresita Caballero, mi secretaria, que también había sido un cuadro dirigente en el Movimiento 26 de Julio en Las Villas, junto a Aleida March.

Esto te demuestra lo que subyacía, quiénes éramos y las fuerzas que se movían en las sombras. Por supuesto, porque no soy un politiquero, y confiaba en ellos, me negué a sustituir a los compañeros, pese a que me fue sugerido en varias oportunidades, pues confiaba que por ser personas honestas y bien intencionadas evolucionarían y se sumarían al proceso de transformaciones radicales de la Revolución.

Se creó una situación de tirantez y enfrentamiento político dentro del Ministerio de Comunicaciones, que fue informada a Fidel, quien

ordenó una reunión de análisis del problema creado, en la que se dijeron cosas injustas de algunos compañeros en los que yo confiaba. Los defendí.

Algunos de los compañeros sobre los que pesaban imputaciones y cuestionamientos, con el paso del tiempo, rompieron con la Revolución, pero otros se mantuvieron leales.

Poco después de regresar de su gira por América Latina, una noche Dorticós me mandó a buscar. Tras explicarme algunas cosas, me dijo:

— Se ha decidido tu sustitución porque hay divisiones en el Ministerio. La situación es tan profunda y grave que ya no estás en posibilidades de resolverla. Hay que traer a un compañero no comprometido con las partes. Te sustituimos por esa razón, no hay nada más contigo.

En la medida en que el Presidente Dorticós me iba diciendo aquello, me fui calentando. Y cuando él me dice:

— ¿Tú tienes ideas de donde quieres trabajar?. ¿Necesitas algún apoyo?

Yo pensé: Voy a trabajar con el tipo más radical, para que quede bien claro quién soy.

Y le digo:

— Yo quisiera trabajar con el Che.

— ¿Cómo?

— Si, chico, con el Che.

El Presidente quedó sorprendido con mi respuesta. Sólo atinó a decirme:

— Está bien, se lo vamos a plantear.

Inmediatamente, el Che me llamó:

— Coño, me alegro muchísimo. Ven para acá.

Una valoración

En junio de 1960 se vivía una intensa lucha de clases en el país y una no menor lucha ideológica dentro de los sectores revolucionarios. Había muchas desconfianzas mutuas entre los elementos revolucionarios quienes, con mayor o menor dedicación y protagonismo, habíamos participado en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista, y que teníamos en común que estábamos con Fidel en el propósito de hacer una revolución social en Cuba. Fidel era la perso-

nalidad que nos aglutinaba, pese a las muchas diferencias y resquemores; era el dinamo de la Revolución.

Fidel apostaba clara y decididamente por la unidad más amplia entre los revolucionarios, y luchaba por moldear y suavizar los antagonismos y las contradicciones inevitables que había entre nosotros. En aras de la unidad, se marchaba en silencio hacia la vertebración de una nueva organización revolucionaria, que reuniera a los que habíamos militado, principalmente, en el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Partido Socialista Popular. Pero los propósitos de Fidel tuvieron que imponerse lentamente, salvando muchos escollos.

La unidad no podía decretarse ni surgir por arte de magia. En la historia de Cuba sólo un hombre había logrado fundir en un haz a los revolucionarios: José Martí, quien unió a los diversos factores independentistas en el propósito de conseguir la liberación nacional. Tras la muerte de Martí, la revolución fracasó por la fragilidad de la unidad insurrecta y la perfidia de los Estados Unidos, tras lo cual emergió la mayor dispersión política de los sectores progresistas cubanos. Si el esfuerzo revolucionario de los años treinta "se fue a bolina", la causa principal es preciso encontrarla en la falta de unidad de los revolucionarios. Los comunistas cubanos tenían una cuota de responsabilidad histórica en ello, lo que en 1959 muchos les imputábamos con sentimiento de inculpación. El Partido Socialista Popular pudo haber captado a muchos de los revolucionarios que habíamos quedado frustrados por el fracaso revolucionario de los años treinta, en el proceso de desmontaje ideológico y organizativo habido a finales de esa década, pero como parte de la política de Frente Antifascista del movimiento comunista internacional pactó políticamente con la derecha para las elecciones de 1940.

Tras el 10 de marzo de 1952, para luchar contra Batista no se logró crear un instrumento como el Partido Revolucionario Cubano de Martí. Cada organización, por separado, hizo su aporte, siendo el Movimiento 26 de Julio el que propugnó el método correcto y cargó con la mayor cuota de protagonismo, y fue la organización hegemónica. El Partido Socialista Popular sostuvo durante casi todo el tiempo que duró la dictadura un método equivocado, por pretender una solución política de la crisis nacional, posición que condicionó en mucho la actitud de rechazo que posteriormente muchos le manifestamos.

No sólo no se logró la unidad de los revolucionarios para tomar el poder, sino que triunfamos con profundas diferencias, que parecían insalvables. Si la lucha contra Batista no nos unió, más difícil sería

unirnos para producir una revolución social. En unir a los revolucionarios una vez tomado el poder radica, quizás, el mayor de todos los méritos históricos de Fidel.

Fue un proceso largo, complejo y dramático en ocasiones. El magnetismo de Fidel fue determinante para que se lograra superar personalismos, prejuicios, rencores y contradicciones políticas entre la inmensa mayoría de los revolucionarios. Particularmente angosto fue el camino en los años 1959 y 1960.

El camino de la unidad de los revolucionarios cubanos estuvo salpicado por muchos sectarismos, de derecha e izquierda. Unos se expresarían tempranamente, otros más demoradamente. Pero hubo espacio y tiempo para todos los sectarios. A principios de marzo de 1960, Fidel se vio obligado a denunciar el fenómeno por su nombre, en su complejidad. Ocurrió a raíz de una maniobra contrarrevolucionaria del politiquero Luis Conte Agüero:[23]

— ¿Ha habido sectarismo? Sí. Pero ha habido sectarismo de individuos, no de grupos. Ha habido sectarismo por parte de comunistas, de miembros del Movimiento 26 de Julio, de los católicos (...).[24]

Las primeras víctimas del sectarismo fueron los comunistas. La derecha de la Revolución pretendió, infructuosamente, por la habilidad de Fidel y el decidido apoyo de Raúl y el Che, excluirlos del poder, negándoles la posibilidad de integrarse y ocupar responsabilidades en las estructuras de administración y gobierno. Esta misma actitud excluyente la mantuvo el sector reformista, que no evolucionó hacia posiciones revolucionarias. El ataque tanto a la ideología comunista como al Partido Socialista Popular le sirvió de argumento. Ambas posiciones tenían en común un sectarismo militante, activo, enderezado a combatir a los comunistas, pero que en muchas ocasiones escondía su incompatibilidad con la Revolución misma.

Por otra parte, si bien no se pretendía excluirlos, a muchos dirigentes y militantes del Movimiento 26 de Julio, principalmente a los que habíamos luchado en las ciudades, nos costó mucho esfuerzo

23 Fidel se opuso dicididamente a cualquier acción que provocara desunión entre los sectores y grupos que apoyaban a la Revolución. Con Carlos Prío, al que agradecía su contribución a la expedición del *Granma,* fue particularmente delicado y cuidadoso. Cuando Luis Conte Agüero publicó, sin consultarlo, una especie de biografía suya, en la que reprodujo intencionalmente un artículo de época en que él acusaba acremente los malos manejos de gobierno de Carlos Prío, Fidel se mostró visiblemente preocupado por la reacción que pudieran tener los familiares del ex-presidente, especialmente sus hijos, quienes se manifestaban en esos momentos muy simpatizantes con la Revolución.

24 Periódico *Revolución*, 29 de marzo de 1960.

asimilar que los cuadros del Partido Socialista Popular, al que imputábamos errores estratégicos muy importantes y escasa contribución al triunfo, pasaran a ocupar, responsabilidades de gran importancia en el aparato revolucionario, en ocasiones en lugar y grado de los que habían ocupado responsabilidades y lugares excepcionales en la etapa anterior de lucha. También implicaba un pensamiento sectario, una especie de sectarismo de *una izquierda* contra *otra izquierda*. No era una actitud activa, sino más bien defensiva frente al creciente protagonismo de los comunistas.

Por su parte, los comunistas, que en casi todas las latitudes se condujeron sectariamente en el siglo xx, habían desarrollado, por una infinidad de razones históricas, una psicología de lucha que los inducía al aislamiento, y por este camino al sectarismo. Por supuesto, hay excepciones abundantes.

Tras el triunfo de la Revolución, el sectarismo de los comunistas se expresó de dos formas principales: primero, muy homologablemente al anterior, como la desconfianza y el recelo ideológico hacia los que, por carecer de formación marxista y proceder de sectores sociales aburguesados, éramos considerados como proclives a la deserción y la traición. Esto se manifestó mediante incomprensiones y esfuerzos por colocar a personas que por su extracción social o formación ideológica garantizaran la *pureza revolucionaria,* lo que implicó en ocasiones una acción encaminada a provocar definiciones ideológicas o desplazarnos de los cargos y las responsabilidades decisorias que ocupábamos. Era un sectarismo innato, que se manifestó tempranamente de forma individual, y no dudo de que estuviera presente en la situación creada en el Ministerio de Comunicaciones. Lo practicaron compañeros que respetaban y aceptaron siempre la conducción de la Revolución por la dirección histórica, proveniente del Movimiento 26 de Julio. Los gérmenes de este fenómeno pueden hallarse, probablemente, en la crisis política del Ministerio de Comunicaciones.

El otro sectarismo entre los comunistas, peligroso y contrarrevolucionario, fue la conducta, deliberada y consciente, dirigida a concentrar el poder bajo el control de cierto sector del Partido Socialista Popular, sirviéndose de los mecanismos de unidad que iban lográndose. Se expresó por acciones generalizadas de sustituir o controlar la mayor parte de los cargos de dirección, incluyendo las máximas instancias de poder, individual o colectivo, donde estuvieran presentes dirigentes provenientes del Movimiento 26 de Julio y del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Fidel tuvo que luchar

duramente contra todos estos fenómenos. Logró vencerlos, no sin grandes conmociones.[25]

Ahora se dice fácilmente, pero en 1960 todo se manifestaba confuso, enmarañado, con todo tipo de matices. En mi criterio, en la sustitución de Enrique Oltuski Ozacki como ministro de Comunicaciones confluyeron varios sectarismos, algunos en su fase terminal y otros embrionariamente.

Tal y como ocurrió en la mayoría de los organismos del Estado, los compañeros que inicialmente fueron designados para dirigirlos a raíz del triunfo de la Revolución, carentes de la más mínima experiencia de gobierno, buscaron para cubrir los cargos de mayor responsabilidad a quienes les ofrecían confianza. No se debe olvidar que el triunfo de una revolución implica la subversión de todo el orden anterior, incluyendo, por supuesto, a los funcionarios del antiguo régimen. En el caso de la Revolución Cubana a esto, que de por sí representa un quebradero de cabeza, hay que añadirle que la organización hegemónica carecía de cuadros suficientes con formación y preparación técnica y política adecuadas.

En el Ministerio de Comunicaciones, Oltuski, con apenas veintiocho años, quien había estudiado en los Estados Unidos hasta los veinticuatro años y luego trabajado para un consorcio extranjero, careciendo de la más mínima experiencia de gobierno y técnica en el sector de las comunicaciones, sorprendido con su designación, trajo a trabajar consigo a los compañeros que conocía y le merecían confianza: los que lucharon con él en el Movimiento 26 de Julio en Las Villas.

La extracción social de los funcionarios designados era diversa, al igual que su formación política. Los más preparados, cultural y profesionalmente, era lógico que pertenecieran a la clase media villareña y eran los que tenían mayores prejuicios anticomunistas. Al nivel individual, varios funcionarios evidenciaban sus enormes contradicciones políticas, sus dudas acerca de la capacidad de la Revolución para lograr vencer en el enfrentamiento con los Estados Unidos, y colisionaban ideológicamente con los comunistas. Éste era el caldo de cultivo ideal para que a mediados de 1960 estuviera planteada en toda su intensidad una crisis política en el Ministerio de Comunicaciones.

25 En marzo de 1962, Fidel denunciaría públicamente el sectarismo organizado de un sector minoritario del Partido Socialista Popular, encabezado por uno de sus cuadros de mayor relieve: Aníbal Escalante, quien ya en 1960 venía actuando deliberadamente.

En un instante tan tenso y definitorio para la Revolución, con el enemigo refugiado en el anticomunismo más visceral para tratar de detenerla, era esencial fortalecer las estructuras revolucionarias de mando con compañeros políticamente seguros. Como consecuencia, a todos aquellos que manifestaban prejuicios ideológicos o asumían actitudes que podían conducir a posiciones contrarrevolucionarias se les quiso sustituir, lo que no era nada sencillo pues se trataba, en muchos casos, de compañeros que habían ocupado un lugar relevante en la lucha contra la tiranía.

Correspondió a los militantes comunistas, en los que la máxima dirección revolucionaria confiaba, por su homogeneidad ideológica y lealtad a un proyecto de revolución social, seguir una política consciente de penetración y copación de puestos y cargos directivos. Ello implicó controlar y combatir a aquellos funcionarios y empleados caracterizados por su pensamiento anticomunista o significados por asumir actitudes confusas políticamente. Por supuesto, esto se hizo con una carga enorme de subjetividad, que produjo, inevitablemente, la injusticia personal, pues los factores circunstanciales y humanos, el error o el exceso en la apreciación la provocan, y los comunistas vivían sus propias contradicciones y prejuicios.

Éste sería un episodio de un complejísimo proceso interno dentro de las filas revolucionarias, que se inició a finales de 1959 y se extendería durante 1960 y parte de 1961.

El enfrentamiento político entre estas fuerzas en el Ministerio de Comunicaciones fue informado a Fidel, quien sugirió a Oltuski resolver la crisis sustituyendo a aquellos en los que las imputaciones se justificaran. Oltuski, pese a ser consciente de las contradicciones políticas e ideológicas de sus compañeros de lucha, y suyas, confiaba en la lealtad y entereza revolucionaria de sus subordinados. Decidió no realizar una reestructuración en los cuadros de dirección. Con conocimiento de la complejidad política que se vivía en el Ministerio de Comunicaciones y del peligro de que se fuera a más, provocando un cisma en la unidad revolucionaria, Fidel ordenó una reunión de análisis.

Considerando infundadas las inculpaciones políticas, Oltuski ratificó su confianza en sus subordinados y los defendió de las acusaciones de que eran objeto.

Como la crisis política del Ministerio de Comunicaciones se agravó, y considerando que Oltuski, a quien se reconocía un buen desempeño administrativo, no sería capaz de resolverla, Fidel y Dorticós decidieron sustituirlo como ministro y proceder a una profunda de-

puración administrativa de todos los funcionarios sobre los que hubiera elementos suficientes de inculpación o desconfianza política.

Nombramiento de Raúl Curbelo Morales

Al ser sustituido como ministro de Comunicaciones, Enrique Oltuski fue a trabajar con el Che Guevara, bajo cuya dirección sería a lo largo de 1961 y 1962, director de Organización y después viceministro de Desarrollo Técnico en el Ministerio de Industrias. En 1962 fue designado viceministro de la Junta Central de Planificación a cargo de la industria, la agricultura, las construcciones, las inversiones, el comercio exterior y los balances globales de la economía. Tras ocupar otras importantes responsabilidades, en 1977 fue nombrado viceministro de la Industria Pesquera, su responsabilidad pública actual.[26]

Para sustituir a Oltuski se nombró a Raúl Curbelo Morales, por considerar que podía resolver la crisis política del Ministerio de Comunicaciones con las necesarias objetividad y neutralidad que el caso requería.

Por cierto, cuando acordamos nombrarle, se le informó a Curbelo por teléfono. Sorprendido, se vio obligado a pedir prestado un traje para venir al Palacio Presidencial a jurar el cargo. Cuando llegó a las oficinas de la Secretaría de la Presidencia no se identificó, sino que pidió hablar conmigo, sentándose, acurrucado en un butacón, a esperarme. Me dijeron que alguien esperaba por mí, sin decirme de quién se trataba. Por demás, yo no lo conocía. En ese momento tenía otros asuntos importantes que atender, así que pasó el tiempo. Cuando me informaron que quien aguardaba era Raúl Curbelo, fui rápidamente hasta él, me excusé y lo acompañé hasta el despacho del Presidente de la República, donde juró el cargo sin grandes formalidades.

Raúl Curbelo Morales había nacido en Cienfuegos, el 20 de septiembre de 1932, y descendía de una familia latifundista de esa ciudad propietaria de más de doscientas caballerías de fértiles tierras, sometidas a un régimen intensivo de explotación. Los hermanos Curbelo Morales se incorporaron tempranamente al Movimiento 26

26 Ha escrito un primer libro con sus vivencias, *Gente del Llano* (Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2000), que expone en lenguaje fácil el proceso de su formación revolucionaria y su participación en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista, junto a otros elementos que permiten valorar la situación narrada en este capítulo.

de Julio, cumpliendo misiones riesgosas. Después del alzamiento del 5 de septiembre, Raúl fue apresado en la finca de su padre por Emilio Laurent y otros esbirros llegados de La Habana expresamente a Cienfuegos con ese fin, siendo sometido a crueles torturas para obtener información sensible sobre el movimiento revolucionario. Su silencio impulsó a los sicarios a intentar asesinarlo, mediante un disparo a quemarropa que le interesó un pulmón y el hígado. Lo dieron por muerto, pero, milagrosamente, logró salvar la vida. Terminó la guerra incorporado a la guerrilla en El Escambray.

Al triunfar la Revolución, Raúl Curbelo fue designado inicialmente comisionado municipal en Rodas. Poco después, asumió igual responsabilidad en la ciudad de Cienfuegos, hasta que se le nombró coordinador del Movimiento 26 de Julio en la provincia de Las Villas, responsabilidad que ocupaba cuando se le nombró ministro de Comunicaciones.

De hecho, Raúl Curbelo solamente fungió ejecutivamente[27] en el cargo durante aproximadamente tres meses, tiempo suficiente para acometer una labor de depuración de los funcionarios sobre los que se había acumulado evidencias de actitudes contrarrevolucionarias o que no resultaran políticamente confiables. De forma simultánea, comenzó a trabajar en la organización de las Milicias Nacionales Revolucionarias en La Habana, en el inmenso esfuerzo que se realizaba entonces en la preparación del país para enfrentar la acción contrarrevolucionaria interna y los actos agresivos provenientes del extranjero, especialmente de los Estados Unidos, que en el mes de julio de 1960, al momento de asumir, se habían multiplicado. Siendo ministro de Comunicaciones del Gobierno Revolucionario, Raúl Curbelo participó también, durante varios meses, como jefe del Estado Mayor de las Milicias Nacionales Revolucionarias de uno de los cuatro sectores en que se organizó la lucha contra las bandas contrarrevolucionarias asentadas en El Escambray. Estábamos en el momento de explosión en cadena en el conflicto Revolución-Estados Unidos-Contrarrevolución, resultado de una escalada que conviene exponer con autonomía a continuación.

27 Fue ministro de Comunicaciones hasta horas antes de producirse el ataque mercenario por Bahía de Cochinos, cuando fue designado jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria.

Ante la consternación que nos ha producido la indefensión de los Estados Unidos frente al coloso cubano, y verdaderamente temerosos de que los Estados Unidos sean derrotados por las poderosas fuerzas invasoras de Cuba, queremos ayudar a la débil nación norteamericana de las asechanzas de su pavoroso enemigo.

Carta de estudiantes chilenos al director del periódico *El Mercurio*, que había denunciado supuestas agresiones cubanas a los Estados Unidos.

David contra Goliat

La Revolución Cubana se hizo sin deudas de gratitud con ninguna potencia. Muy a pesar del Departamento de Estado, la Agencia Central de Inteligencia y el Pentágono, triunfamos. Venciendo viejos dogmas revolucionarios, sin que nos prestaran atención en el Kremlin y sin apoyo soviético —absolutamente ninguno—, logramos derrotar a la tiranía y tomar el poder. La Revolución, tan cubana como las palmas,[1] no se hizo para que girara en ninguna órbita geopolítica mundial, sino para darle al país un gobierno honesto —al decir de Herbert L. Matthews, el primero en cuatrocientos cincuenta años—, independencia real y justicia socioeconómica.

1 La inmensa mayoría de los que nos involucramos en la lucha contra la tiranía no teníamos una ideología definida. Nos impulsaba el amor inmenso a la Patria. Yo no era comunista, ni aspiraba a serlo, y como yo, la inmensa mayoría de los militantes y dirigentes del Movimiento 26 de Julio. Nos hicimos marxistas y comunistas sobre la marcha, como un acto de incorporación a nuestro arsenal revolucionario.

La Revolución no se propuso hacerle el juego a ninguna de las potencias mundiales.[2] Nació determinada a seguir su propio camino, porque muy a pesar de cobardes, vendepatrias, ignorantes y pesimistas, teníamos nuestros propios intereses como Estado. Eso quiso y eso hizo la Revolución Cubana.

Para dirigir los asuntos externos del país, el Presidente Manuel Urrutia Lleó nombró, en su exilio estadounidense, al doctor Roberto Agramonte Pichardo, profesor universitario, político ortodoxo[3] de tendencia conservadora, de escasa personalidad. Agramonte no hizo virtualmente política exterior, limitándose a administrar el Ministerio de Estado, el que mantuvo, estructural y organizativamente, casi por igual a como lo heredó de la dictadura. Agramonte no logró desprenderse del viejo, incómodo y pesado hábito de los políticos cubanos, de mirar al norte antes de hacer política exterior. El doctor Agramonte fue sustituido en la crisis ministerial de la noche del 11 de junio de 1959.

El canciller, Raúl Roa

Antes de comenzar la reunión del Consejo de Ministros, Agramonte se excusó por tener una cena con Phillip W.Bonsal, Embajador de los Estados Unidos. De hecho, Bonsal puede ser considerado como el único Embajador de los Estados Unidos durante la Revolución, pues Earl E. Smith solamente estuvo unas horas luego de que en la noche del 5 de enero de 1959 el Gobierno Revolucionario quedó instalado en La Habana, y su única acción pública, que debió sentir como el epitafio de su relación carnal con Batista, fue acompañar a una representación diplomática que hizo una visita de cortesía al Presidente Manuel Urrutia apenas éste se instaló en el Palacio Presidencial. Tras ello, viajó a Washington, recomendando el reconocimiento del Gobierno Revolucionario, y fue sustituido. La designación de

2 Cuando comenzaban a desatarse los vientos contrarrevolucionarios escudados en el anticomunismo, Fidel proclamó, por medio de Henry N. Taylor, de la cadena de diarios *Scripps-Howard*, que la Revolución no estaría ni con Rusia, ni con los Estados Unidos, sino con Cuba, porque la aspiración era que Cuba fuera independiente, no supeditada a ninguna potencia extranjera.

3 Otros dos dirigentes ortodoxos, Manuel Bisbé, Embajador ante la Organización de Naciones Unidas, y Raúl Primelles, subsecretario de Estado, se condujeron diametralmente distinto. Asumieron los destinos de la Revolución, con lo que fueron consecuentes en sus altas investiduras diplomáticas.

Phillip Bonsal fue acertada, y pudo haber sido un buen Embajador,[4] si los Estados Unidos no hubiesen equivocado su política con la Revolución.

En torno a Phillip Bonsal se movían no pocas casualidades o ironías del tiempo y de la historia. Vino a Cuba en 1926, como empleado de la *Cuban Telephone Company,* En 1926 también nació Fidel, y matriculaba en la Universidad de La Habana, para fabricarse como revolucionario sobresaliente e intelectual de renombre, quien sería su gran contrincante en la pelea diplomática entre los Estados Unidos y la Revolución: Raúl Roa García; y fue la *Cuban Telephone Company* la primera empresa estadounidense intervenida[5] por la Revolución, tan sólo doce días después de acreditado.

Al exponer el doctor Agramonte el compromiso que tenía con Phillip Bonsal, se le autorizó. Mientras ambos cenaban y discutían acerca del impacto de la Ley de Reforma Agraria para los intereses estadounidenses en Cuba, Fidel, en el Consejo de Ministros, evaluó el desempeño ministerial de cada uno de los titulares. Fue crítico de la manera poco revolucionaria con que Agramonte había afrontado las tareas y responsabilidades derivadas de su cargo. Se determinó sustituirle. A propuesta de Fidel, el Presidente y el Consejo de Ministros acordaron designar en su lugar al doctor Raúl Roa García, representante de Cuba ante la Organización de Estados Americanos (OEA), con sede en Washington.

El doctor Raúl Roa García era un hombre arisco, nervudo, de estirpe mambisa. Una personalidad simpática y rebelde; arquetipo del intelectual de edad para una revolución irreverente con los poderes e intereses creados. Era un revolucionario de siempre, de la Generación del Treinta y de los tiempos de Fidel.

Es recurrente encontrar en viejos funcionarios del servicio exterior cubano la expresión de que la Revolución llegó al Ministerio de Estado con Raúl Roa. Como en muchos organismos del Estado, la estructura heredada era inadecuada, burocrática, ineficiente para cumplir con la misión de conducir la política exterior de la Revolución. Roa se encontró con el hecho de que la mayor parte del personal del Ministerio de Estado carecía de preparación técnica y era poco confiable políticamente, por ser incapaz de asimilar el cambio que

4 Su carrera diplomática fue iniciada en Cuba, en 1938, en calidad de vicecónsul y tercer secretario de la Embajada. Ello le permitió adquirir un gran conocimiento del país, que mucho debió pesar en su designación de 1959. En febrero de 1955, visitó La Habana, acompañando al vicepresidente Richard Nixon.

5 Ley 122, de 3 de marzo de 1959.

suponía la Revolución. En consecuencia, procedió a sustituir a una parte del personal, sin que ello resolviera el déficit técnico y sin que implicara necesariamente que se desterrara la vacilación, el oportunismo y la deserción. Fueron respetados los funcionarios diplomáticos no comprometidos con la tiranía; con los demás se procedió a una racionalización. Roa respetó a los funcionarios que llegaron con Agramonte[6] y se dio a la tarea de introducir jóvenes talentosos, profesores universitarios e intelectuales de renombre.

Lo primero que tuvo que resolver, apenas quedó instalado, fue responder una nota diplomática firmada por el Embajador Phillip Bonsal, redactada el 12 de junio, poco después de que se había reunido con Agramonte. Los Estados Unidos se quejaban y advertían del impacto que tendría la Ley de Reforma Agraria en los intereses estadounidenses. Decía Bonsal esperar *confiadamente* en que la ley no perjudicara o afectara la productividad de los negocios, y se manifestaba gravemente preocupado con respecto a la suficiencia de la compensación prevista en dicha legislación.

La respuesta de Roa confirmó que Cuba proscribiría el latifundio y haría la Reforma Agraria por mandato constitucional y voluntad política y que optaba por la forma de indemnización que juzgaba más conveniente para sus intereses, que estarían antepuestos a cualesquiera otros. A la vez, decía que Cuba oiría con respeto todas las sugerencias y observaciones que se quisiera hacer a la ley, pero reservándose el derecho de decidir lo que considerase más conveniente para *los intereses vitales del pueblo cubano*, sin admitir indicación o propuesta que fuera en menoscabo o detrimento de la más mínima porción de la soberanía y dignidad nacionales.

Era un lenguaje inédito en la historia de las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba. Bonsal debió sorprenderse, pero Roa no hacía más que reafirmar la inalterable línea de principios sostenida por Fidel desde los días de la lucha insurreccional.

Siendo Coordinador General y Responsable de Relaciones Públicas del Comité del Exilio del Movimiento 26 de Julio, en varias oportunidades rechacé de plano cualquier injerencia de los Estados Unidos en los asuntos cubanos, aunque fuera en provecho nuestro. De esa nación sólo queríamos la más absoluta neutralidad.

6 Con Agramonte llegaron al Ministerio de Estado personalidades fundamentales de la cultura nacional, proceso que se incrementó bajo el mandato de Raúl Roa. Así, ingresaron al servicio diplomático José Antonio Portuondo, Salvador Massip, Salvador Vilaseca, Salvador García Agüero, Carlos Lechuga, Raymundo Lazo, y otros.

Con cara destemplada

Phillip Bonsal rápidamente tuvo ocasión de percatarse de que en el Palacio Presidencial y en el Ministerio de Estado había ocurrido un cambio fundamental con la asunción de los doctores Osvaldo Dorticós y Raúl Roa, respectivamente. A tanta distancia en el tiempo, resulta imposible fijar con exactitud el momento en que ocurrió el hecho que voy a narrar, pero fue a raíz de alguna de las medidas de la Revolución que afectó los intereses de los monopolios yanquis en Cuba.

Phillip Bonsal solicitó una entrevista con el Presidente de la República. Dorticós me lo comunicó, a efectos de preparar las condiciones para recibirlo en audiencia, de acuerdo con las normas protocolares de rutina, que básicamente consistían en que el jefe de la Casa Militar esperara al Embajador en la puerta principal del Palacio Presidencial, conduciéndolo al Salón de las Banderas, antes de llevarlo al despacho del Presidente de la República. Ignoro por cuál motivo olvidé dar las instrucciones correspondientes a la Casa Militar y al Servicio de Protocolo.

En la fecha y hora previstas, se presentó el Embajador Bonsal, acompañado por el subsecretario de Relaciones Exteriores, Francisco Chavarry. Como nadie los estaba esperando, fueron por la puerta trasera del Palacio Presidencial y subieron directamente hasta el salón del Consejo de Ministros. Informado, con natural preocupación por la omisión, me excusé con el Embajador por la embarazosa situación. Cuál no sería mi sorpresa, cuando observé que Bonsal me recibía con una sonrisa, sin aceptar mis explicaciones, en estos términos:

— No se preocupe usted, Señor Ministro, si para mí ha sido de mucha satisfacción que me reciban como a un familiar, sin normas de protocolo. Eso me satisface enormemente.

Antes de que Bonsal pasara al despacho del Presidente de la República, me adelanté y le expliqué a éste lo que había pasado y lo que Bonsal me había dicho acerca del trato familiar que se le brindó. Dorticós no me hizo acreedor del reproche que mi olvido merecía. En el tiempo prudencial que se estima que debe esperar un visitante, el Presidente hizo pasar a Bonsal por medio de su ayudante militar.

Ignoro los detalles de lo que se trató, pero sí sé que fue una discusión muy acalorada en la que Dorticós se mostró enérgico. Al cabo, Phillip Bonsal salió con cara destemplada del despacho presidencial, y no abandonó el Palacio Presidencial por la puerta trasera, como en familia, sino por la puerta principal, pues ordené que a su salida se

cumpliera rigurosamente las normas de protocolo previstas para las audiencias de los embajadores acreditados en Cuba.

Phillip Bonsal debió someter el hecho a retrospectiva y recordar las escenas vividas cuando a principios del año 1959 fue acreditado como Embajador de los Estados Unidos en Cuba. Ese día, el Presidente Manuel Urrutia se condujo de una manera que nos molestó mucho, por no avenirse a la conducta equidistante que nos exigíamos en las relaciones con los Estados Unidos desde los días de la Sierra Maestra.

Phillip Bonsal presenta sus cartas credenciales como Embajador de los Estados Unidos de América ante el Presidente de la República, doctor Manuel Urrutia, quien es asistido por Roberto Agramonte, ministro de Estado, y Luis M. Buch, ministro de la Presidencia.

Junto al doctor Roberto Agramonte, acompañé al Presidente Urrutia en la ceremonia de presentación de cartas credenciales de Bonsal. En todo momento, Urrutia se mostró especialmente displicente, demasiado. En un gesto inusual e impropio, su esposa, Esperanza Llaguno, observó la ceremonia desde uno de los balcones interiores del Salón de los Espejos, y al terminar, en actitud desafortunada, Urrutia despidió a Bonsal desde la terraza norte, gesto que el protocolo reservaba para casos muy especiales. Al hacerlo —caso único en la historia de la Revolución— Urrutia parecía haber olvidado que hasta hacía apenas unos meses el Gobierno de los Estados Unidos había apoyado abierta y desenfadadamente a la tiranía de Fulgencio

Batista, que dejó un saldo de miles de muertos y torturados. El crimen fue convertido en política de Estado y se cometió con armas y municiones de origen estadounidense, con su asesoría y entrenamiento.

Canciller en acción

Tras el triunfo revolucionario, frente a las primeras amenazas de agresión o de represalias, Fidel sostuvo que Cuba debía ser tratada con el mismo respeto que como nación merecían los Estados Unidos. Debía primar el principio de la más absoluta reciprocidad. Ni más ni menos. La Revolución estaba resuelta a que aquellas proclamaciones fueran un hecho. Por eso, ante la debilidad y las ambigüedades de Agramonte, se había nombrado al doctor Raúl Roa, cuya capacidad fue rápidamente puesta a prueba en la arena internacional.

A principios de julio de 1959, el Gobierno de Haití solicitó la convocatoria a la Quinta Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de la Organización de Estados Americanos, para analizar temas de urgencia, incluyendo la situación de las tensiones políticas y militares en El Caribe. En el fondo, se pretendía el aislamiento diplomático de Cuba y lograr avanzar en la idea de la concertación militar para intervenir en casos de conflictos en las naciones americanas. La reunión se inició el miércoles 12 de agosto en Santiago de Chile. Desde dos días antes, se encontraba allí la delegación presidida por Roa, quien tuvo un protagonismo excepcional, realizando manifestaciones de enorme repercusión en la opinión pública y entre los diplomáticos reunidos. En su voz, Cuba denunció los diversos planes que se estaba fraguando contra su soberanía, evitando así su aislamiento diplomático y la creación de un cuerpo militar para conjurar tensiones, lo que iba a ser utilizado en el futuro, al seguro, contra la Revolución Cubana. En Santiago de Chile, los cancilleres de América descubrieron a un canciller revolucionario.

Los cambios en la política exterior cubana requerían de un respaldo legislativo. En septiembre de 1959, el Consejo de Ministros aprobó la Ley de Reestructuración del Ministerio de Estado. Se introdujo direcciones políticas para Europa, África, Asia y América Latina, que debían realizar estudios de los países y las áreas geográficas, con el fin de facilitar la elaboración de una política exterior correcta y coherente.

Pasado el verano de 1959, fueron usuales los sobrevuelos del territorio cubano por aviones y avionetas procedentes de los Estados Unidos. No era nuevo, sólo que al principio estaban relacionados

con el rescate de batistianos perseguidos por la justicia revolucionaria. Pronto adquirieron ribetes agresivos. El Gobierno Revolucionario, en la persona de su Embajador en Washington, doctor Ernesto Dihigo, se quejó ante el Gobierno de los Estados Unidos. Las quejas fueron acogidas con frialdad e indiferencia. El bombardeo y los daños ocasionados a la sección de calderas del central *Niágara*, ocurridos a principios de octubre de 1959, corroboraron las denuncias cubanas, aunque no produjeron la reacción que se debía esperar de las autoridades estadounidenses. Bombardeada y ametrallada La Habana el 21 de octubre de 1959 por el desertor Pedro Luis Díaz Lanz, hubo un nuevo motivo de protesta, esta vez matizada por la secuela de dos muertos y más de cuarenta heridos.

Pronto hubo nuevas razones para provocar que Cuba levantara su protesta y denuncia. Horas después de la acción de Díaz Lanz, otro avión procedente de los Estados Unidos ametralló un tren de pasajeros en Caibarién, y otro dejó caer una bomba sobre el cuartel de la Policía Rural en Consolación del Norte, destrozando una casa.

En el Departamento de Estado declararon carecer de informes precisos sobre las acciones contra Cuba. Mientras, su Embajador en Cuba, Phillip Bonsal, cínicamente, visitaba nuestra Cancillería para pedir información. Evaluó públicamente el bombardeo y ametrallamiento de la ciudad de La Habana como *incalificable,* comprometiendo una minuciosa investigación por parte de su Gobierno.

A las denuncias cubanas iniciales, el Gobierno de los Estados Unidos dijo tener dificultades para determinar la participación de Díaz Lanz. El Buró Federal de Investigaciones (FBI) se hizo el tonto. Sin embargo, un reportero de la revista *Bohemia* investigó y publicó en cuestión de horas un reportaje denunciando, con inclusión de las fotografías, que Díaz Lanz y sus compinches habían despegado de Pompano Beach, a cincuenta kilómetros al norte de Miami, en un avión *Mitchell B-25*, matrícula 9876-C*,* comprado con dinero de la Fuerza Aérea Rebelde de Cuba, retenido allá por la negativa de los Estados Unidos a conceder licencia de exportación.[7]

En menos de veinticuatro horas, el FBI dijo haberlo ocupado, mientras Frank Fiorini, oficial de la CIA y amigo de Díaz Lanz, se ufanó de haber participado de la acción criminal. Cuba presentó pruebas irrebatibles, obligando a que el FBI estableciera públicamente la responsabilidad de Díaz Lanz, lo que fue aprovechado por el Gobierno

7 Cuando Díaz Lanz desertó, en junio, el s*heriff* del condado Dade, en Miami, entregó el avión a uno de sus cómplices, Frank Fiorini, pese a las protestas del Gobierno Revolucionario.

Revolucionario para solicitar su extradición para ser juzgado por las causas 4482 y 3007 de 1959, las que le fueron abiertas en los juzgados de instrucción de las secciones cuarta y sexta de la Audiencia de La Habana por los delitos de homicidio, lesiones graves y asesinato imperfecto, entre otros. Díaz Lanz fue detenido provisionalmente. Final de la historia: en pocos días el criminal quedó libre, y la impunidad se agigantó, conducta que también fue denunciada por el Gobierno Revolucionario.

En la mañana del 27 de octubre, Osvaldo Dorticós y Raúl Roa recibieron en el Palacio Presidencial a Phillip Bonsal y al ministro consejero de la Embajada de los Estados Unidos, Daniel M. Braddock. Bonsal portaba una nota diplomática, hecha en tono templado, pero de corte injerencista. Los Estados Unidos se mostraban preocupados por lo que, dijeron, parecía *un deliberado esfuerzo que se realiza en Cuba para reemplazar las tradicionales relaciones amistosas entre el pueblo de Cuba y el de los Estados Unidos por desconfianza y hostilidad, cosa que no contribuirá al mantenimiento de esas buenas relaciones*.

Por su parte, el Presidente de los Estados Unidos, Dwight —*Ike*— Eisenhower, declaró en una conferencia de prensa que su país había realizado una gran contribución a la independencia cubana,[8] haciendo luego diversas concesiones comerciales y manteniendo una relación muy estrecha, por lo que le resultaba difícil comprender por qué nos mostrábamos tan descontentos, *cuando, después de todo, Estados Unidos era su mercado principal*. Cuba, de acuerdo con la historia contada por *Ike*, era uno de aquellos países a los que no cabía otra actitud que considerarse un verdadero amigo de los Estados Unidos. Dijo sentirse sorprendido por las inculpaciones cubanas y aseguró que se realizaba todos los esfuerzos posibles por evitar que aviones con origen en Norteamérica volaran sobre Cuba. Eso fue el 28 de octubre.

Una semana después, volvió sobre Cuba, aclarando en la nota diplomática presentada por Bonsal de que habían incluido una referencia general al peligro comunista porque era un tema que debía plantearse siempre que hubiera una zona agitada donde los comunis-

8 Los políticos y muchos estudiosos de las relaciones cubano-estadounidenses no desperdiciaban oportunidad —no dejan de hacerlo hoy— para afirmar la contribución de los Estados Unidos a la independencia y al progreso cubanos, desconociendo o silenciando en todo caso el aporte cubano a la independencia y el progreso de los Estados Unidos, y soslayando el nefasto papel de aquella potencia en la historia de Cuba.

tas pudieran asirse, sirviéndose de su habilidad para pescar en aguas revueltas. *Y allí hay ciertamente aguas revueltas*.[9]

A las doce y treinta del mediodía del 13 de noviembre, Phillip Bonsal concurrió al Ministerio de Estado. El Embajador tan sólo estuvo quince minutos en la Cancillería. Al salir, no quiso hacer declaraciones; no era para menos, llevaba bajo el brazo la respuesta cubana, un voluminoso majín de denuncia de más de veinte páginas.

El Gobierno Revolucionario de Cuba rechazó de plano que nuestras protestas fueran invenciones malévolas, deliberadamente dirigidas a provocar hostilidad entre ambos países. Carecíamos del menor interés en precipitar un conflicto con los Estados Unidos. De hecho, las acciones del Gobierno Revolucionario se encaminaban a mantener la comunicación normal entre los dos gobiernos y pueblos; eso sí, sobre la base del respeto recíproco.

En franca constestación al azuzado miedo al comunismo, se dejó subrayado claramente una idea esencial: la naturaleza, la estructura y los objetivos del Gobierno Revolucionario se definían por los hechos y no por las etiquetas o los ropajes que maliciosamente se le endilgaran.

Para hacer llegar la verdad de lo que había ocurrido a muchas latitudes, en los días siguientes al bombardeo y ametrallamiento de La Habana, el Departamento de Relaciones Públicas del Ministerio de Estado editó un material publicitario para dar cuenta del criminal acto de agresión. Era lo menos que podía hacer el Gobierno Revolucionario para contrarrestar la aviesa campaña de prensa de las agencias noticiosas y de muchos periódicos, revistas y emisoras de radio y televisión de los Estados Unidos, que ignoraron o tergiversaron el crimen, reduciéndolo a nada o culpándonos de autoagresión.

En el documento se usó frases demostrativas de que el hecho era un eslabón más en la cadena de agresiones aéreas contra Cuba, inspirada y dirigida por criminales de guerra refugiados en La Florida y en otros puntos del extranjero. Pese a tener plena convicción de su responsabilidad, por ningún lado el documento inculpó al Gobierno de los Estados Unidos, más bien se recalcó la ambición cubana de vivir en paz y en concordia amistosa con su vecino. El material, que acogía innumerables fotografías de los hechos, de los aviones agresores en sus bases en los Estados Unidos y de los criminales de guerra y sus crímenes pasados, no mentía ni exageraba.

Pues bien, aquel documento produjo una descomunal e incomprensible diatriba publicitaria contra el Gobierno Revolucionario,

9 Periódico *Sierra Maestra*, 29 de octubre y 5 de noviembre de 1959.

alentada por el Gobierno estadounidense. El diario *The Washington Post* llegó a calificarlo como *folleto atroz*. No faltó, incluso, quien se atrevió, usando la coartada de fuentes sin identificar, a evaluar el material como una de las grandes mentiras al estilo hitleriano. Se dijo sandeces de todo tipo, sólo que en medios de comunicación que por su importancia creaban sentimientos e ideas en sectores influyentes de la opinión pública. Para Enrique de la Osa y sus compañeros de la sección *En Cuba,*[10] aquellos adjetivos periodísticos eran tan sólo los proyectiles de *ablandamiento*, pues los proyectiles pesados cayeron con el memorándum, que el lunes 11 de noviembre, entregó el Departamento de Estado a nuestro Embajador en Washington, doctor Ernesto Dihigo.

Los yanquis, que no demoraron en hacer viajar la nota diplomática, dijeron que el Gobierno Revolucionario había hecho circular por el mundo *informes inexactos, maliciosos y conducentes a conclusiones erróneas*, en lo que consideraban una deliberada campaña nuestra para profundizar la *atmósfera de hostilidad* prevaleciente en las relaciones bilaterales, y reiteraron el argumento de las deudas de gratitud que supuestamente Cuba tenía para con los Estados Unidos.

Fidel dio instrucciones al doctor Raúl Roa de preparar el proyecto de respuesta. El 21 de noviembre Roa, Fidel y Dorticós se reunieron en el despacho presidencial para revisar minuciosamente el documento. Al terminar la jornada, quedó lista la respuesta cubana, la que fue entregada en la Cancillería, al mediodía del 22 de noviembre, al Embajador Phillip Bonsal, y en gesto de reciprocidad, se reprodujo y entregó a los medios de comunicación, nacionales y extranjeros.

La respuesta dada por el Gobierno Revolucionario recordó que Cuba había dado a los Estados Unidos mucho más de lo que había recibido, y abundaba en ejemplos. El más ilustrativo: en las dos guerras mundiales Cuba, siendo virtualmente el único abastecedor, se sacrificó vendiendo a los Estados Unidos su azúcar a mucho menor precio del que podía obtener en el mercado mundial. Por ese concepto, durante la Primera Guerra Mundial, Cuba sacrificó la astronómica cifra de casi seiscientos millones de dólares, prestándole a la nación vecina un servicio de incalculable valor estratégico.

La nota les recordó a los gobernantes estadounidenses lo que ya le había expresado personalmente el Presidente Dorticós al Embajador Bonsal cuando lo visitó en el Palacio Presidencial: *no había inten-*

10 Revista *Bohemia*, 22 noviembre de 1959.

ción alguna en sustituir, por ningún medio, los lazos de amistad entre ambos pueblos. Reconocía el respaldo noble y la contribución desinteresada del pueblo estadounidense a la independencia cubana, pero se negaba a aceptar lo que antes, entonces y ahora han querido hacer creer en los círculos de poder de los Estados Unidos: que Cuba les debe su independencia.

— El pueblo cubano conquistó, a costa de sacrificios y proezas sin tasa, el derecho a regirse por cuenta propia, y a su propio y ahincado empeño debe, no obstante menoscabos, ataduras y supeditaciones asaz conocidos, el nivel de desarrollo político, económico, social y cultural que logró en cincuenta y seis años de estructura seudo-republicana. La Revolución triunfante el primero de enero de 1959, puso término a ese ominoso estado de cosas, y hoy Cuba es, por primera vez en su historia, verdaderamente libre, independiente y soberana.

El Gobierno Revolucionario proclamó que, sin perjuicio del interés nuestro en intensificar las relaciones con los Estados Unidos, Cuba intentaría resolver su grave déficit en la balanza comercial, diversificando la producción, abriéndose a nuevos mercados. En fin, en la prosa encendida de Roa, el Gobierno Revolucionario proclamó la determinación política de avanzar, pese a peligros y obstáculos:

—A la Revolución Cubana no le atemorizan fantasmas ni aparecidos. Sabe de dónde viene, lo que quiere y a dónde va. Navega por aguas límpidas y lleva clavada, en el palo mayor, la bandera de la estrella solitaria.

Curiosamente, aquella nota diplomática sería la última de esta naturaleza cursada con la denominación de Ministerio de Estado, por Cuba al Gobierno de los Estados Unidos. Al comenzar a usarse en Cuba la denominación de ministerios en lugar de secretarías, a partir de la promulgación de la Constitución de 1940, la antigua Secretaría de Estado[11] pasó a llamarse Ministerio de Estado, contradictorio en sí mismo, porque todos los demás ministerios de la República eran del Estado, con lo cual la denominación no señalaba de forma específica y clara el objeto o la misión de aquel organismo. En consecuencia, se acordó llamarle, a partir del 23 de diciembre de 1959, por la Ley 663, Ministerio de Relaciones Exteriores (MINREX). En ello iba implícito algo muy hondo: por primera vez, Cuba tenía una filosofía de las relaciones exteriores como Estado soberano.

11 Era una traslación a Cuba de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos. Muchas otras cosas serían copiadas, incluyendo el Capitolio de la ciudad de Washington.

Respuesta legislativa

A finales de 1959 y en los primeros tres meses de 1960, los elementos de tensión entre Cuba y los Estados Unidos se multiplicaron. Ellos no aceptaron, en ningún extremo, la política soberana e independiente de Cuba y sus medidas nacionalistas, y el Gobierno Revolucionario no estaba en disposición de claudicar. Al ametrallamiento y bombardeo de La Habana por aviones procedentes de los Estados Unidos, el Gobierno Revolucionario respondió promulgando dos leyes esenciales para el rescate y la defensa del patrimonio nacional: la de minas y la petrolera. Éstas, las medidas nacionalistas cubanas en materia económica, produjeron una profundización en el litigio.

La legislación minera del Gobierno Revolucionario[12] no estaba dirigida a incautar las grandes compañías estadounidenses en Cuba: la *Freeport Sulphur Co*., de Nicaro (con una inversión de setenta y cinco millones de dólares); la *Moa Bay Mining Co*. (ochenta y cinco millones); la *Bethlehem Steel Corp.* (diez millones), y otras por un monto de unos diez millones de dólares. Nuestra intención era reordenar el régimen de concesiones, obligar a los beneficiarios a explotar adecuadamente los recursos mineros para reducir el desempleo, ayudar al desarrollo industrial, recaudar divisas y obtener mejores condiciones para el Estado en las explotaciones mineras. El fondo: remediar la iniquidad de administraciones cubanas anteriores que habían entregado al capital extranjero las riquezas mineras del país, sin obtener virtualmente dividendos para la nación.

En virtud de la ley, los que gozaban de concesiones mineras tenían que reinscribirlas, y reiterar las solicitudes los que las pretendían. Contaban con un plazo de ciento veinte días, entendiendo el incumplimiento de la disposición un acto de renuncia, en cuyo caso el Ministerio de Agricultura, por medio del recién creado Departamento de Minas y Petróleo, asumía todos los derechos y las obligaciones. Se facultó al ministro de Agricultura para ordenar dentro de un plazo de sesenta días la explotación comercial de las minas que fuesen consideradas como de interés nacional, cancelando la concesión en caso de incumplimiento y disponiendo la ocupación y explotación de la empresa.

Se estableció distintas contribuciones al Fondo de Desarrollo de la Minería, entre ellas veinte dólares anuales por hectárea no explotada y diez dólares por hectárea en explotación. También un 5 % del

12 Ley 617, de 26 de octubre de 1959.

valor de los minerales extraídos, según la cotización promedio anual más alta del mercado mundial. Esta cifra se elevaba al 25 % si los minerales eran exportados. El Gobierno Revolucionario calculaba obtener ingresos cercanos a los veinticinco millones de dólares al año.

Por supuesto, las empresas extranjeras alegaron lo que se esperaba: que las disposiciones dictadas por el Gobierno Revolucionario las llevaban a la incosteabilidad. Era absolutamente falso. Sólo se dolieron de una medida que daba por terminada la explotación impune de la riqueza minera de Cuba.

A lo mínimo a que se aspiraba era a lograr un acuerdo general que evitara una crisis productiva y laboral. No fue posible, y en los meses siguientes ocurrieron varios conflictos que determinaron la nacionalización de los negocios.

Petróleo II

A su vez, el Estado había venido realizando diversas concesiones para la exploración y explotación del petróleo del subsuelo cubano a las mismas compañías que controlaban monopólicamente el mercado de combustible del país. Las labores de exploración se efectuaron, desconociéndose sus resultados, y sin que hubiera una política empresarial de explotar los hidrocarburos del país. Era lógico, ya que el petróleo que consumíamos era producido en otras partes, principalmente en Venezuela, por las mismas compañías, e importaban aquel combustible en unas condiciones inmejorables para sus arcas.

El 20 de noviembre, el Consejo de Ministros acordó[13] que en lo adelante no se admitirían solicitudes de registros de exploración o explotación de minerales combustibles (petróleo y nafta), procediéndose a cancelar todas las solicitudes presentadas hasta entonces, con independencia del estado de tramitación en que se encontrasen. Se permitiría prorrogar por dos años los casos de concesiones de exploración ya hechas, pero se prohibía las operaciones de traspaso de concesiones. Se estableció que las personas que explotaban comercialmente yacimientos estaban obligadas a abonar al Estado como participación el 60 % en efectivo o especie, a opción gubernamental, de todo el mineral que se extrajera. Esta cifra se reduciría al 55 % en aquellos casos en los que el combustible fuera refinado en Cuba para su exportación. El Estado se reservó el

13 Ley 635, de 23 de noviembre de 1959.

derecho de adquirir toda la producción a los precios del mercado mundial y de fijar las cuotas anuales de refinación de petróleo en las industrias asentadas en Cuba. Estas disposiciones venían acompañadas por la decisión de crear el Instituto Cubano del Petróleo.

En poco tiempo, se produjo una situación de conflicto con las compañías petroleras, negadas a cumplir con la legislación y comprometidas a asfixiar la economía cubana, confabuladas en un gran proyecto contrarrevolucionario, lo que determinaría su nacionalización.

Antes de que aquello aconteciera, cerrando el año 1959, sufrimos una grave y deliberada acción de embargo económico, al negar el Gobierno de los Estados Unidos la venta a Cuba de aviones de combate. Casi simultáneamente, interpuso su influencia ante el Gobierno de Gran Bretaña para que éste se negara igualmente a vender aviones para la defensa de Cuba. Del embargo se pasó al bloqueo.

El Departamento de Estado presentó queja verbal ante el Gobierno británico por los planes de éste de vendernos aviones de combate. Un funcionario lo negó en Washington, pero la prensa confirmó: no sólo el Ministerio de Asuntos Exteriores, sino el Gobierno británico era compelido a rechazar los planes de venta. Gran Bretaña flaqueó a la maniobra.[14] El Gobierno Revolucionario reaccionó por voz de sus diplomáticos y líderes: *los compraríamos en otros mercados, los que tuvieran voluntad de venderlos*.

Evitando la ruptura total

Favorecidas por la distensión que propician las festividades de Navidad y el Año Nuevo, las voces más autorizadas del Gobierno Revolucionario se encargaron de enviar señales de buena voluntad, de la disposición nuestra de evitar una profundización en las tensiones con los Estados Unidos, claro que sin claudicar en lo más mínimo en la defensa de la soberanía nacional. La última comparecencia del año 1959 de un dirigente revolucionario ante las cámaras de televisión la protagonizó el Presidente de la República, doctor Osvaldo Dorticós Torrado. Al Canal 4, refiriéndose a las complicadas relaciones con el vecino del norte, Dorticós dijo:

— Decir que esas relaciones ofrecen un panorama óptimo en la actualidad, sería mentir, lo cual no implica que descartemos toda

14 Igual gestión hicieron los yanquis ante el Gobierno de Bélgica y otros gobiernos europeos para impedir la venta de armamento ligero, sin éxito.

posibilidad de mejoramiento futuro. El desarrollo en el porvenir de las relaciones entre ambos países estará condicionado por la actitud que el Gobierno de los Estados Unidos mantenga frente al nuestro, porque lo que sí es una cosa absolutamente cierta y definitiva es que la posición adoptada en la actualidad por el Gobierno cubano en defensa integral de la soberanía nacional es una posición firme, y, repito, una posición definitiva.

En Nueva York, pocas horas después de iniciarse el año 1960, el doctor Raúl Roa dijo, sin optimismo, que las relaciones bilaterales podían mejorar. Voluntad había, siempre que no implicara que se le exigiera claudicaciones a la Revolución Cubana, porque no habría ni asomo de doblez en la determinación de devolverle al país la dignidad y la soberanía secuestradas por los Estados Unidos.

Cuba hacía entonces esfuerzos por atraer al turismo norteamericano y por no obstaculizar el flujo de ciudadanos de aquel país hacia Cuba, pese a que decenas de yanquis ya aparecían involucrados en conatos terroristas contrarrevolucionarios.

En el salón *Pavillion* del hotel *Havana Hilton*, Fidel, en su condición de Presidente del Instituto Nacional de la Industria Turística, ofreció una recepción de fin de año a destacadas personalidades extranjeras, principalmente estadounidenses. Asistió infinidad de editores de periódicos, periodistas y publicistas, y personalidades de la cultura, el arte, las ciencias, el deporte, comerciantes e industriales, educadores y representantes de sectores populares de los Estados Unidos, la mayoría negros. Destacaba *Joe* Louis, ex-campeón mundial de boxeo profesional. Por Cuba, asistieron el Presidente Osvaldo Dorticós, algunos ministros, jefes militares y otras personalidades del Estado.

A las doce de la noche, con las doce campanadas, todos cantaron las notas de los himnos nacionales de Cuba y de los Estados Unidos. A aquellos hombres y mujeres que representaban al pueblo estadounidense, en esencia, Fidel les dijo, en su escaso inglés, que a Cuba podían venir todos los hombres y las mujeres del mundo, sin discriminación alguna, *en son de paz*.

Ya entonces era habitual que medios de comunicación estadounidenses muy influyentes insistieran en aplicar medidas económicas de carácter coercitivo contra Cuba. La rebaja de la cuota azucarera cubana en el mercado yanqui se manejaba como el gran miedo. Había sido siempre el recurso para amedrentar a políticos cubanos. Por

supuesto, no faltaron los que en los Estados Unidos se pronunciaron porque hubiera comprensión de la nueva realidad política cubana. Varios medios de prensa y personalidades públicas advirtieron que acudir al garrote contra Cuba sería una política equivocada. El diario *The New York Times* escribió:

— Los norteamericanos no debemos pensar que el sobreprecio que pagamos a Cuba por el azúcar en relación con el precio del mercado mundial lo hacemos por premiarla; ese sobreprecio lo abonamos para proteger a los productores de nuestro propio mercado (...) Limitar la cuota como medida punitiva tendría dos efectos: fortalecería a Fidel Castro en lo interior, agrupando a todos los cubanos detrás de él, y representaría un doloroso fracaso de la política del buen vecino en todo el hemisferio. En resumen, violaríamos la Carta de Bogotá, que específicamente prohibe las intervenciones a través de medidas económicas.

Goliat en defensa de los derechos de propiedad

El diario *The Washington Post* iba más hondo:

— La política de fuerza que se ha recomendado usen los Estados Unidos contra Cuba provocaría que su población y las demás de Latinoamérica se preguntaran por qué el Departamento de Estado muestra tantas preocupaciones por los derechos de propiedad, cuando se mantuvo casi completamente en silencio frente a la cuestión de los derechos humanos durante los años de la dictadura de Batista. Sería un desatino trágico si en nombre de la política de firmeza, los Estados Unidos dieran la impresión de oponerse a los derechos soberanos que tiene Cuba de alterar su economía agrícola, que estaba monolíticamente controlada. (...) Una política dura, su propia naturaleza, crearía mártires; una política de retraimiento y no intervención, a la larga nos traería amigos. Riesgo por riesgo, esta última solución parece mejor que llamar a los infantes de marina o cortar la cuota azucarera cubana.[15]

Los círculos reaccionarios que se oponían a ultranza a la Revolución acudieron a diversos procedimientos. Uno de ellos era una manera muy curiosa de intimidar. Oficiosamente, anunciaban haber enviado una nota a la Cancillería cubana, quejándose del tratamiento

15 Revista *Bohemia*, 24 de enero de 1960, p. 82.

dado a intereses estadounidenses en Cuba, mientras el Departamento de Estado negaba haber recurrido a las amenazas contra la Revolución por la aplicación de la Ley de Reforma Agraria.

Por concepto de expropiaciones al amparo de la Ley de Reforma Agraria, cuantiosos bienes fueron reintegrados al patrimonio nacional, pero fueron afectados pocos ciudadanos extranjeros. La explicación era muy sencilla: unos pocos tenían mucha propiedad agrícola.

Esta ley preveía que el máximo de tierra a poseer por una entidad o persona era de treinta caballerías, aceptándose en algunos casos excepcionales hasta cien caballerías. Dada su extensión, casi todas las propiedades agrícolas de ciudadanos estadounidenses en Cuba quedaron comprendidas dentro de las expropiables. De acuerdo con datos de la Embajada de los Estados Unidos en La Habana, citados por la revista *Bohemia*, nueve compañías pertenecientes a la *Cuban-American Sugar Council* poseían cincuenta y cinco mil caballerías de tierra, supuestamente dedicadas a la producción de caña de azúcar. Ello equivalía a decir que eran propietarias de aproximadamente el 15 % de las tierras de Cuba y del 40 % de las dedicadas a la industria azucarera.

Éste fue uno de los temas más agudos en la tirantez inicial. El Gobierno de los Estados Unidos salió en apoyo decidido de los intereses particulares afectados en Cuba: *el derecho de propiedad por encima de los derechos humanos*, al decir del rotativo *The Washington Post*. Durante el año 1959, con las confiscaciones y expropiaciones realizadas por el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados y por el Instituto Nacional de Reforma Agraria, varios ciudadanos estadounidenses resultaron afectados.

La política seguida por Fidel en el INRA había sido cuidadosa. Con apego a la Ley de Reforma Agraria, se contaba con un año para realizar las expropiaciones de tierra de las empresas dedicadas a la siembra de caña, por lo que se esperó pacientemente la llegada del año 1960 para proceder contra éstas. Los latifundios ganaderos, en cambio, fueron expropiados en el segundo semestre del año 1959. Éstos dan una medida de lo mucho que se recuperó en tan pocos meses: *King's Ranch*: mil ochocientas caballerías de tierra y siete mil cabezas de ganado; *St. Marks Land & Cattle Corp*., seiscientas caballerías y novecientas cabezas; *Sumner Pingree*, mil seiscientas cincuenta caballerías y once mil cabezas; *Francisco Sugar Co*., setecientas caballerías, y *Lykes Brothers*, cuatrocientas cincuenta caballerías y tres mil doscientas cuarenta y cinco cabezas.

Por supuesto, estas compañías habían reclamado, con el apoyo del Gobierno estadounidense, el pago de las indemnizaciones correspondientes, sobre la base de que fuera al contado y por el monto que demandaban. El Gobierno Revolucionario podía hacer frente, sin grandes contratiempos, a los montos de indemnización que se determinara, pero no en una sola amortización al contado, sino a plazos, en bonos, reconociendo y pagando los intereses adecuados.

El primer problema serio a resolver era la situación delictiva de los propietarios, pues habían cometido perjurio al fisco cubano. Habían registrado las propiedades en valores muy inferiores a los reales, con la intención de eludir las cargas impositivas. Previendo aquella situación, en su momento el Gobierno Revolucionario no procedió contra los deudores en lo referente a los impuestos atrasados, con la condición de que declarasen el valor correcto de las propiedades, para fijar un monto fiscal justo. Los propietarios hicieron sus nuevas declaraciones a un valor mínimo, continuando en su festinada actitud de disminuir sus erogaciones fiscales.[16] Cuando las tierras fueron expropiadas, reclamaron por los montos que consideraban reales. Habían engañado descaradamente al fisco cubano. Así la *Sumner Pingree* demandaba ocho millones de pesos; *St. Marks Land & Cattle Corp*., un millón quinientos mil; *King's Ranch*, cuatro millones setecientos mil; *Lykes Brothers*, cuatro millones, y *Francisco Sugar Co*., diez millones.

El segundo asunto era de pura memoria. Olvidaban los Estados Unidos algunos hechos bien simples. La Ley de Reforma Agraria para el Japón (*Owner-farmer Establishment Law*), dictada el 21 de octubre de 1946, por el general Douglas MacArthur, en nombre del Consejo Aliado Supremo, expropió todas las tierras que excedieran de una héctarea. Esto equivalía a cuatrocientas veces menos que lo que la Ley de Reforma Agraria cubana prescribió como el máximo de tierra que podía poseer una persona: en Japón una hectárea, en Cuba cuatrocientas hectáreas, o sea, treinta caballerías; incluso, excepcionalmente, nuestra Ley de Reforma Agraria permitía retener hasta cien caballerías de tierra. En Japón, las indemnizaciones se pagarían mediante la emisión de bonos agrarios con un 3.5 % de interés anual, a pagar durante veintidós años. La Ley de Reforma

16 Si la caballería de tierra valía una cifra que se situaba entre los dos mil y los cinco mil pesos, de acuerdo con la calidad de las tierras, los propietarios declaraban mil pesos.

Agraria nuestra elevó el interés anual de los bonos al 4 %, a pagar en veinte años.[17]

En Alemania Occidental, tanto los Estados Unidos como Inglaterra aplicaron leyes de reforma agraria más radicales que la cubana. Los Estados Unidos expropiaron los latifundios superiores a cien hectáreas de tierras, cuatro veces menos que en Cuba. Inglaterra expropió los terrenos mayores de ciento cincuenta hectáreas. Las indemnizaciones, en ambos casos, fueron parte en numerario y parte en bonos del Gobierno.

Estos datos no fueron fabricados ni descubiertos por el Gobierno Revolucionario de Cuba. Aparecieron en el libro *Progresos en materia de reforma agraria*, editado por el Departamento de Asuntos Económicos de la Organización de Naciones Unidas, varios años antes de que se promulgara en La Plata la Ley de Reforma Agraria cubana.

Nuestra Ley de Reforma Agraria no se hizo contra la propiedad agrícola extranjera. No hubo chauvinismo. A los ciudadanos extranjeros de bajos recursos, desposeídos, que trabajaban la tierra, se les concedió todos los beneficios, en igualdad con los que los campesinos cubanos tenían derecho, y a los latifundistas cubanos se les expropió al igual que a los extranjeros. Es más, las tierras a que el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario y Presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria, comandante Fidel Castro, y el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, comandante Raúl Castro, tenían derecho a la muerte de su padre, Ramón Castro, estaban comprendidas dentro de las expropiaciones de la ley, y fueron expropiadas junto con el resto de las tierras de la familia Castro-Ruz.

El tema de las compensaciones, introducido en la agenda bilateral poco después de promulgada la Ley de Reforma Agraria, lejos de resolverse constructivamente, como era la intención del Gobierno Revolucionario, se acumuló, haciéndose realmente conflictivo, hasta ser convertido por la propaganda estadounidense en un arma de ataque, en un pretexto para la agresión.

17 En 1951 habían distribuido la tierra a cuatro millones doscientos mil agricultores, afectando el 92 % de las tierras.

Agredidos

En territorio estadounidense, particularmente en Miami, los criminales de guerra cubanos realizaban impunemente acciones vandálicas contra los simpatizantes de la Revolución y contra Cuba. El Embajador de Cuba en Washington, doctor Ernesto Dihigo, denunció reiteradamente que La Florida era la base de ataques contrarrevolucionarios contra Cuba. Un manto de impunidad, tolerancia y complicidad fue extendiéndose, en un temprano anticipo de la imbricación absoluta que tenían las autoridades yanquis con la contrarrevolución. Ya esto era perfectamente perceptible en octubre, noviembre y diciembre de 1959.

A ratos, su centro de operaciones militares fue la República Dominicana, al amparo del tirano Rafael Leónidas Trujillo, pero luego del descalabro de agosto de 1959, se fueron desplazando definitivamente hacia Miami, donde comenzaron a disfrutar de absoluta libertad de acción, impunidad e inmunidad, como no había gozado jamás ningún grupo político extranjero. Iniciado el año 1960, convocados por *La Rosa Blanca,* crearon un nuevo "Gobierno en el Exilio", nombrando esta vez a Gómez Gimeránez como Presidente. La fórmula no encajó. Cuando el obsoleto Carlos Márquez Sterling llegó al exilio, tras una breve estancia asilado en la Embajada de Venezuela en La Habana, quisieron nombrarlo, pero el hombre "resbaló el cargo". Entonces se lo dieron a un acaudalado batistiano de Isla de Pinos, Francisco Cagigas, uno de los personajes que el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados había "siquitrillado". Estos eran los rejuegos civiles de los criminales de guerra, pero en todo momento mantuvieron al asesino José Eleuterio Pedraza, todavía refugiado en la República Dominicana, como jefe militar de una invasión que nunca llegaron a protagonizar, por sí mismos.

Del refugio a los criminales de guerra, negando las solicitudes de extradición, los Estados Unidos habían pasado a alentar, potenciar y apoyar descaradamente las acciones violentas de éstos y de los elementos que, como Pedro Luis Díaz Lanz, desertaban de la Revolución. La implicación de ciudadanos estadounidenses en actividades contrarrevolucionarias fue motivo de nuevas fricciones entre ambos gobiernos, lo que se asoció a la firmeza con que el Gobierno Revolucionario actuó en casos realmente inaceptables de violación del orden legal de la República por parte de individuos que se escudaban en aquella ciudadanía como una patente de corso para actuar contra la Revolución.

En marzo de 1959, el piloto de Indianapolis, Austin Young, fue capturado, luego de aterrizar con el propósito de sacar de Cuba a varios batistianos prófugos de la justicia revolucionaria. Pese al flagrante delito, y en evitación de una situación de tirantez con los Estados Unidos, no se le procesó penalmente y se le expulsó de Cuba. Sin embargo, en septiembre, al servicio de *La Rosa Blanca* y Trujillo, Austin Young volvió a Cuba con el propósito de comandar un frente guerrillero contrarrevolucionario en la Sierra de los Órganos, exactamente en las proximidades de Consolación del Sur. Se autoascendió a coronel y estuvo maniobrando, en espera de refuerzos provenientes de los Estados Unidos, hasta que un operativo del Ejército Rebelde, en el que murió uno de nuestros soldados, permitió capturarle. Sometido a juicio, se le condenó a treinta años de privación de libertad. Otro estadounidense, Peter Lambton, implicado en los mismos hechos, fue condenado a veinticinco años de prisión. Poco después, Young se fugó de la cárcel y se refugió en el hotel *Saint Johns*, a donde fue un periodista del diario *The Miami Herald*, James Buchanan, prestándole auxilio. Ambos fueron detenidos por el Departamento de Investigaciones del Ejército Rebelde (DIER). Austin Young fue regresado a la prisión, y a Buchanan se le instruyó de cargos por el delito de encubrimiento.

Pese a las numerosas evidencias que se tenía, la prensa estadounidense vendió la leyenda de que actuábamos injustamente, pues Buchanan era un "intrépido periodista" en busca de la noticia que representaba Austin Young. Silenciaron su acción encubridora, consistente en facilitar dinero y utensilios a un convicto prófugo. El Presidente Dorticós habló alto y claro por el Gobierno Revolucionario: con la excusa o al amparo de la condición de periodistas, no se permitiría violación alguna de las leyes cubanas.

La sangre no llegó al río. Buchanan fue expulsado de Cuba y el tema quedó sepultado, pero quedó claro que la justicia revolucionaria se extendería a todos los que violaran nuestro orden jurídico. En los meses y años siguientes, decenas de estadounidenses fueron juzgados y condenados, incluso a muerte, por cometer actos terroristas y delitos de naturaleza contrarrevolucionaria.

El incidente con el marqués de Vellisca

Los diversos planes contrarrevolucionarios originados en los Estados Unidos y en Cuba comenzaron a tener respaldo en instituciones

que debían mantenerse neutrales, cuando menos: la Iglesia Católica y algunas de las embajadas acreditadas en La Habana. Con documentos probatorios que las involucraban, en la noche del 20 de enero de 1960, Fidel denunció ante la prensa cubana los planes y las acciones contrarrevolucionarias. Como de costumbre, el Presidente de la República, los miembros del Consejo de Ministros y altos oficiales del Ejército Rebelde, concurrimos a los estudios de la telemisora *CMQ-TV* a escucharle. Esa noche fuimos testigos del más sonado incidente con un diplomático acreditado en La Habana, el Embajador de España: Juan Pablo de Lojendio, marqués de Vellisca.

Avanzada la comparecencia, Fidel denunció que la Embajada de España estaba implicada en los esfuerzos por sacar de Cuba a connotados contrarrevolucionarios y que diversos elementos eclesiásticos, incluyendo curas españoles, estaban involucrados en el trasiego y la ocultación de armas dentro de edificios de culto. Ocurrió lo insólito. Al parecer, Lojendio, quien estaba escuchando a Fidel por un receptor, se sintió aludido. Se presentó en el edificio de *CMQ-TV* y, sin consultar ni pedir permiso, avanzó hacia donde estaban Fidel y el panel de periodistas. Trataba de interrumpir a Fidel y refutar sus palabras.

En vivo, frente a las cámaras de televisión, el Embajador español irrumpió intempestivamente en el estudio. Le pidió al moderador del programa que le permitiera responder a las acusaciones que el Primer Ministro hacía. Desde su asiento, Fidel le advirtió:

— Señor Embajador, usted tiene que pedirle permiso también al Primer Ministro del Gobierno, que es el entrevistado.

Lojendio agitó sus brazos. Como la situación continuaba, Fidel se puso de pie y lo enfrentó. Ambos estaban muy próximos. Dada la gravedad del momento, cualquier cosa podía pasar. Fidel cerró los puños, advirtiéndole que debía respetar al Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, pero el Embajador no se enmendó, persistiendo en sus pretensiones de refutar las supuestas calumnias de Fidel. Se creó una situación, que por un instante ofrecía la sensación de que desembocaría en un enfrentamiento físico. En medio de la situación, que se prolongaba, Fidel comentó:

— ¡Esto es increíble! Es una provocación y una falta de respeto, no sólo a mí, sino al Gobierno de Cuba.

Y dirigiéndose al insolente Embajador:

— ¡Está usted en Cuba, en un país libre! ¡No está usted en la España franquista!

Lojendio acudió entonces al Presidente de la República, tratando de encontrar aprobación para sus pretensiones, pero Dorticós las rechazó enérgicamente. Finalmente, se logró convencerlo de que debía retirarse. Se evitó que la situación desencadenara un incidente violento. Fidel encargó al comandante Juan Almeida que acompañara al Embajador hasta su residencia, a fin de impedir cualquier agresión de que pudiera ser objeto. Al llegar, Lojendio invitó a Almeida a pasar a la residencia. Con firmeza, Almeida se excusó:

—Ése es territorio español. Yo me quedo en suelo cubano.

Mientras, en el estudio de televisión, nos sentamos en las butacas y el programa continuó. Fidel comunicó que Pablo de Lojendio quedaba declarado *persona non grata* y expulsado de Cuba.

— El hecho de que el Primer Ministro no esté rodeado de una guardia mora aquí, no le da derecho a ese falangista a proceder como lo ha hecho y, sobre todo, nada menos que el representante de una tiranía que lleva veinte años oprimiendo al pueblo español. Y yo pregunto si en España le dan derecho a alguien a presentarse insolentemente ante el Jefe de Estado español, generalísimo Francisco Franco, a hacer declaraciones. Da vergüenza que un diplomático haga lo que acaba de hacer el falangista marqués de Vellisca. No le faltó más que la cachiporra, porque ese tipo se envalentonó a tal punto que no tuvo recato de su condición de diplomático; y si salió bien, no fue por su investidura, sino por la benevolencia de los cubanos, que supieron comportarse a la altura de las circunstancias. Quede bien entendido por las propias palabras del señor Presidente de la República, que le quedan a ese Embajador sólo veinticuatro horas de permanencia en Cuba.

Se le cursó un cable urgente a nuestro Embajador en Madrid, doctor José Miró Cardona, para que regresara a Cuba.[18] Juan Pablo de Lojendio abandonó el territorio nacional, vía Nueva York. Ni el mismísimo general Francisco Franco aprobó su conducta. El incidente probaba cuanta insolencia y desprecio se permitían algunos diplomáticos y políticos hacia Cuba. Debió bregar mucho la Revolución Cubana para transformar esta situación.

18 Miró Cardona había asumido la Embajada poco después de la crisis constitucional de julio. Regresó a Cuba y se le nombró Embajador en Washington, cargo que no llegó a asumir, pues buscó asilo político en la Embajada de Argentina. Al abandonar el territorio nacional, se integró a la contrarrevolución. De haber triunfado la expedición mercenaria por Playa Girón, Miró Cardona hubiese sido el Presidente impuesto por los yanquis en Cuba. ¡Vaya mérito!

La España de esos días demostraba cuán hipócritamente se conducía el imperio. Valga recordarlo. Curiosamente, el 19 de diciembre de 1959, después de entrevistarse en París con Harold MacMillan, Charles de Gaulle y Konrad Adenauer, jefes de Gobierno de Inglaterra, Francia y Alemania, el Presidente de los Estados Unidos, Dwight Eisenhower, llegó a Madrid a encontrarse con el único jerarca fascista sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial: el general Francisco Franco. En 1950, los Estados Unidos habían abandonado la política de las Naciones Unidas de sancionar a España. Dos años después, la habían incorporado a su eje estratégico. El argumento era que Washington estaba obligado a tratar con los gobiernos del momento, sin averiguar si estos eran democráticos o dictatoriales, porque correspondía a los pueblos darse los gobiernos respectivos. En su política exterior, Washington apostó por los dictadores de derecha y extrema derecha y por el terrorismo más criminal para combatir las revoluciones sociales. Mientras, hacía acusaciones a conveniencia. Como siempre lo han hecho con Cuba.

Quemar la riqueza de Cuba

Tras aquella comparecencia de Fidel del 20 de enero de 1960, el Departamento de Estado llamó a Washington, *a consultas*, a su Embajador, Phillip Bonsal, como gesto de preocupación por el deterioro de la situación cubana. Se iba a más por la persistencia de los Estados Unidos en agredir o permitir agredir a Cuba.

En enero de 1960 comenzó la zafra azucarera, fuente principal de riquezas de Cuba. Cuando la Revolución triunfó, en enero de 1959, la consigna que enarboló Fidel fue la de *hacer la zafra*. Ahora había que *defender la zafra*. Estábamos tempranamente apercibidos: con el incremento de la contrarrevolución y las agresiones estadounidenses, la zafra se transfiguraba de un hecho esencialmente económico, fabril, en hecho político-militar. No era para menos. Los que querían doblegar a la Revolución pretendieron hacerlo destruyendo la principal fuente de riqueza nacional. La zafra azucarera de 1960 fue convertida durante meses en el blanco de ataque contrarrevolucionario más importante.

Para protegerla, se organizó a cincuenta mil trabajadores, preparados y armados como milicianos. Se cortaba caña de día, y de noche y con fusiles, se protegía los campos contra los saboteadores. Algunos fueron atrapados y condenados por los tribunales revolucionarios. La vigilancia disuadió a otros. Desde dentro, el daño terrorista

fue limitado. Sin embargo, las plantaciones y la propia industria azucarera fueron seriamente afectadas. Centenares de incendios fueron provocados desde el aire, por aviones y avionetas procedentes de los Estados Unidos, los que sobrevolando a baja altura, dejaban caer materias incendiarias. El primer ataque se produjo el 12 de enero contra el central *Hershey*. Se encontró cápsulas de fósforo vivo con inscripciones en inglés.

El Gobierno Revolucionario, en las voces de Fidel y Dorticós, reaccionó denunciando a la opinión pública los actos vandálicos de que éramos víctimas. La reacción estadounidense fue la de negar que los incendios fueran producidos por aviones que salieran desde su territorio. El vocero Lincoln White puso en duda, incluso, que los incendios hubiesen ocurrido en realidad.

Durante días y semanas continuaron las acciones incendiarias contra la zafra azucarera, obligándonos a esfuerzos titánicos y costosos para la economía cubana. Las denuncias del Gobierno Revolucionario eran contundentes y estaban resguardadas por evidencias muy sólidas, pero se nos exigía una prueba irrefutable. Ésta vino, inexorable. A mediados de febrero, un avión pirata que pretendía bombardear el central *España* cayó en suelo cubano. Se logró pruebas documentales irrebatibles: su piloto, el estadounidense Robert Kelly Frost, había realizado tres incursiones anteriores. Esta vez había partido desde Miami, haciendo un aterrizaje en otro punto de La Florida, antes de internarse en la provincia de Matanzas.

La Coubre

La denuncia del hecho, realizada por Fidel el 19 de febrero, no detuvo las acciones vandálicas desde los Estados Unidos. No hicieron absolutamente nada por impedir los vuelos piratas contra la Isla. No hubo corrección en la política agresiva; todo lo contrario, persistieron, recurriendo a procedimientos más criminales.

El 2 de marzo se reveló públicamente que el Poder Ejecutivo de los Estados Unidos había redactado un Proyecto de Ley pidiendo al Congreso que rebajara en ciento noventa y dos mil toneladas la cuota anual de importaciones de azúcar cubano al mercado estadounidense y que facultara al Presidente para rebajarla libremente en el futuro, cuando lo considerara *necesario al interés nacional*. Se estaba pasando de las amenazas de agresión económica a los actos preparatorios.

Como si la escalada de agresiones no bastara, en la mañana del 4 de marzo, el periódico *Revolución* reveló un nuevo episodio de la cadena de gestos inamistosos contra Cuba. El ex-general José Eleuterio Pedraza, quien desde la República Dominicana, en contubernio con el tirano Rafael Leónidas Trujillo, había organizado una invasión mercenaria contra Cuba, se hallaba en los Estados Unidos. El Gobierno estadounidense le permitió ingresar y trabajar desde su territorio, violando la Ley de Neutralidad que tantas veces se aplicó contra los revolucionarios cubanos combatientes contra la tiranía colonial de España y la dictadura de Fulgencio Batista.

Cuando esa mañana llegué al Palacio Presidencial y leí la noticia, muy lejos estaba de imaginar que horas después nos estremeceríamos del dolor por la muerte de decenas de valiosos compañeros de lucha y hombres inocentes.

Habiendo terminado de almorzar con el Presidente, justamente cuando nos servían el café, sentimos una explosión descomunal en dirección al cercano puerto de La Habana, zona donde estaban situadas varias industrias, entre ellas la central termoeléctrica de Tallapiedra. De momento, no logramos precisión en las distintas suposiciones que hicimos; incluso, ignorábamos exactamente qué tipo de explosión era. Pese a la incertidumbre, teníamos la convicción de que se trataba de algo extraordinariamente grave, pues la explosión nos llegó con mucha nitidez y el mismo edificio palatino se sacudió.

El Presidente dio instrucciones al ayudante de guardia de averiguar lo ocurrido e informar de inmediato. Dejamos las tazas y bajamos al despacho de Dorticós en el segundo piso. En breve supimos que la explosión había sido en la bahía, al parecer en un barco o en un almacén. Sin aguardar un minuto más, Dorticós dispuso salir para el lugar de los hechos. Guillermo Sánchez, quien me servía de escolta,[19] siempre estaba alerta y cuidaba religiosamente de los más mínimos detalles. En consecuencia, tenía el automóvil listo para cualquier eventualidad. Al bajar Dorticós y yo, subimos al vehículo. A toda velocidad, el hábil chofer nos condujo hacia el puerto. Preguntando, fuimos hasta el lugar del siniestro. Estacionamos el automóvil junto a los muros sobrevivientes de la antigua muralla de la ciudad, frente al Archivo Nacional.

Cientos de personas se habían aproximado y espontáneamente trataban de ayudar. El panorama era desgarrador. Muchos cuerpos, lan-

19 Guillermo Sánchez había sido chofer y hombre de la absoluta confianza de Antonio Guiteras.

zados con furia, estaban dramáticamente mutilados. En el instante en que nos dirigíamos hacia los muelles, huía en un camión un grupo de marineros franceses, advirtiendo de no continuar avanzando y avisando que habría una segunda explosión. Nos detuvimos en seco y nos dirigimos al vehículo estacionado junto a la muralla. A las tres y cuarenta y cinco, a media hora de la primera explosión e instantes después de nuestra llegada, ocurrió la segunda explosión, al mismo tiempo en que una inmensa nube de humo se alzaba sobre el muelle en forma de hongo atómico y miles de fragmentos de hierro y madera caían en los alrededores. Al ver los hierros incandescentes que subían al espacio, le grité a Dorticós:

— Tírate al suelo. Pégate al carro.

Todos nos lanzamos al suelo junto al vehículo. Se tuvo la gran suerte de que al haber escorado el barco con la primera explosión, la segunda lanzó al mar la mayor parte de los hierros y los objetos contundentes que, al rojo vivo, volaban por el aire.

Fidel,[20] Raúl, el Che, *Pepe* Llanusa y otros dirigentes que también habían concurrido al lugar, se hallaban en el lado opuesto a nosotros, sin que tuviéramos contacto con ellos. Apenas Fidel supo que el Presidente se hallaba en el muelle, le envió un mensaje indicándonos que nos dirigiéramos al Estado Mayor de la Marina de Guerra, situado en la avenida del Puerto. Allí fueron llegando los partes del gran desastre ocurrido.

Fidel dirigió personalmente las intensas labores de rescate y salvamento. Sus órdenes fueron precisas y efectivas. Todas las ambulancias de La Habana acudieron a los muelles y todos los recursos y el personal del Ministerio de Salud Pública fueron puestos en tensión para afrontar la emergencia. Durante horas, se luchó para hallar sobrevivientes o restos humanos esparcidos. El fuego cedió al cabo de cinco horas.

Se trataba del siniestro del barco francés *La Coubre,* que había llegado ese mismo día al puerto de La Habana, aproximadamente a las ocho y doce de la mañana, desplazando cuatro mil trescientas nueve toneladas, de ellas cerca de ochenta toneladas de municiones: granadas y balas para fusiles automáticos ligeros FAL. Provenía de Europa, habiendo atracado antes en Hamburgo, Bremen, Amberes y Le Havre. En Bélgica cargó los implementos bélicos que, venciendo

20 La explosión lo sorprendió en sus oficinas del INRA, en la Plaza Cívica José Martí. Él no necesitó de informes para percatarse de qué se trataba, pues conocía de que había llegado un barco con explosivos al puerto, los que estaban siendo desembarcados.

las presiones estadounidenses, habíamos logrado adquirir. Atracó en los muelles de *Pan American Docks*. De inmediato, cincuenta y siete estibadores expertos, custodiados por una treintena de oficiales y soldados rebeldes, iniciaron las maniobras de descarga. Las cajas de balas fueron extraídas del barco sin dificultad, al igual que una parte de las cajas de granadas, garantizadas contra accidentes. Al parecer, al levantar una de ellas, se produjo la monstruosa explosión.

Decenas de trabajadores, tripulantes del barco y miembros del Ejército Rebelde quedaron destrozados, muertos o heridos. El propio capitán del barco, Georges Dalmas, sufrió fracturas de la tibia y el peroné de la pierna izquierda y de los huesos de la nariz. El barco quedó dividido en dos partes. En la popa, donde ocurrió la explosión, había una veintena de personas; quedó destruida, convertida en un amasijo de hierros. De ella salían lenguas de fuego, mientras quedaban decenas de cajas de explosivos por descargar, que estallaron durante la segunda explosión, justamente cuando se había iniciado las desesperadas maniobras de rescate de las víctimas de la primera explosión. El número de muertos y heridos se multiplicó.

Cuando se logró reunir los primeros elementos, Fidel orientó que se hiciera una declaración oficial del Gobierno Revolucionario, analizando el hecho. Recuerdo que después de haberse terminado la confección del documento, Fidel decidió que se radiara para informar a la nación e indicó que fuera José Pardo Llada, locutor ampliamente conocido del llamado Frente Independiente de Emisoras Libres, al que se encargara la misión. Se le localizó. Pardo Llada llegó al Estado Mayor, donde se le entregó el documento y partió de inmediato a divulgarlo por la cadena nacional.

Esa misma noche, el Consejo de Ministros se reunió en sesión extraordinaria. Tras escuchar una breve, serena y profunda reflexión de Fidel sobre el acontecimiento, se acordó dirigirse al pueblo de Cuba en los términos siguientes:

AL PUEBLO DE CUBA: El Consejo de Ministros, conmovido por la dolorosa tragedia del día de hoy, que arrojó un cuantioso saldo de muertos y heridos, en su mayoría trabajadores portuarios y miembros del Ejército Rebelde, expresa su dolor y su profunda indignación ante este acontecimiento que tiene todas las características de un bárbaro y criminal atentado contra el pueblo de Cuba.

Asimismo, el Consejo de Ministros expresa al pueblo de Francia y en especial a los trabajadores de esa nación, su hondo pesar por los tripulantes del vapor La Coubre, *que en cumplimiento de sus obligaciones de obreros honestos y laboriosos, rindieron la vida en nuestra Patria, que también los acoge como hijos suyos.*

— El Consejo de Ministros rinde público homenaje a los miembros del Ejército Rebelde, de la Policía Nacional Revolucionaria, de la Marina de Guerra Revolucionaria, de la Cruz Roja y del Cuerpo de Bomberos, y a los componentes de las Milicias y al pueblo de La Habana, por el sin par heroísmo y la infatigable abnegación con que arriesgaron sus vidas, y en muchos casos, las ofrendaron, en el noble fin de socorrer y salvar a las víctimas del desastre.[21]

Se declaró duelo nacional por veinticuatro horas, a partir de la medianoche de ese día, y luto oficial durante los días 6, 7 y 8 de marzo. Igualmente, se acordó conceder un crédito extraordinario por la suma de un millón de pesos para auxiliar a los familiares de las víctimas. Por Decreto Presidencial, se fijaría una indemnización especial que comprendía una pensión en efectivo de acuerdo con las necesidades de cada caso y la donación de casas para los familiares que estaban al abrigo y la protección de los compañeros muertos, y una pensión especial para los que resultaron incapacitados total o parcialmente para el trabajo. El Estado Revolucionario asumió totalmente la educación de los hijos menores de edad y el Ministerio de Bienestar Social quedó encargado de atender todas las necesidades inmediatas de los compañeros siniestrados o de sus familiares. En el caso de los marinos franceses, se concedió a sus familiares un auxilio económico de diez mil pesos (dólares) en efectivo. Los fondos del crédito fueron aportados por el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados. Simbólicamente, los criminales de guerra y malversadores batistianos, entonces cabezas visibles y prominentes de la contrarrevolución, pagaron a las víctimas de la explosión del barco *La Coubre*.

Días después, en la plazoleta del Muelle de Luz, en un acto de homenaje a los obreros muertos, Fidel dejó sentada la política que seguiría el Gobierno Revolucionario para todos los casos en que la acción contrarrevolucionaria e imperialista dejara víctimas:

— Y obrero que caiga no tendrá que preocuparse de sus hijos, y cubano que caiga, no tendrá que preocuparse como antes de sus hijos, porque el primer bocado, el primer pan, la primera escuela y el primer peso, serán para los hijos de los héroes y de los mártires de la Revolución.[22]

Esa noche del 4 de marzo, Fidel nos expuso su convicción más profunda de que las explosiones eran el fruto de una acción delibera-

21 Libro de Actas No. 5 del Consejo de Ministros del Gobierno Revolucionario, p. 225.
22 Revista *Carteles*, 27 de marzo de 1960, p. 68.

da. Este era un asunto esencial. Había que determinar si las explosiones fueron causadas por un accidente o por un sabotaje, porque el manejo de explosivos siempre presupone la posibilidad del primero de ellos.

En la mañana del 5 de marzo, mientras los familiares y el pueblo rendían doloroso homenaje a las víctimas, por orden de Fidel se realizó un experimento en busca de una posible causa accidental. Dos cajas de granadas similares a las que habían estallado, en el mismo estado en que el fabricante las había embalado y embarcado, fueron lanzadas desde un avión, a cuatrocientos y seiscientos pies de altura, respectivamente. No estallaron; no podían estallar. Era tal la seguridad que se tenía de que no ocurriría una explosión accidental, que la carga del barco *La Coubre* ni siquiera estaba asegurada.

Las operaciones portuarias habían sido efectuadas por estibadores expertos, bajo la vigilancia de efectivos suficientes del Ejército Rebelde, y habían transcurrido sin incidencias. Además, los operarios cubanos, desde los que abrieron las bodegas hasta los que manipularon la carga, resultaron víctimas directas y mortales de las explosiones. Los oficiales y casi todos los tripulantes del barco *La Coubre*, incluyendo dos pasajeros, estaban a bordo durante el siniestro. Solamente cuatro tripulantes, plenamente justificados, no se hallaban en el barco. Eliminada la opción accidental, quedaba sólo la variante del sabotaje.

Había motivos sobrados para considerar que la explosión obedeció a un plan. Por supuesto, la prueba final y definitiva de cuándo, dónde, quién, cómo y por qué se preparó el sabotaje no la tenían Fidel ni el Gobierno Revolucionario. Pero no era difícil elucubrar una conclusión: todas las evidencias apuntaban a que el sabotaje se había planificado y preparado fuera del territorio nacional, por manos extranjeras. Debió fraguarse en uno de los puertos europeos de embarque. Allá, a mucha distancia física y sentimental de los graves acontecimientos que obligaban a la Revolución a armarse adecuadamente para enfrentar los planes subversivos y de agresión, no había razones para mostrar un celo especial en la vigilancia de las operaciones portuarias. Técnicamente, habría sido muy sencillo preparar aquella explosión. Bastaba una trampa explosiva en una de las cajas, la que al moverse produjera el estallido del resto de la carga.

¿Por quiénes?: por aquellos que tenían un interés especial en perjudicar o destruir a la Revolución, los mismos que primero se negaron a vendernos armas o a entregarnos los equipos ya adquiridos en su mercado y que, posteriormente, bloquearon la compra de aviones

en Inglaterra o que presionaron abiertamente para evitar que otros gobiernos europeos vendieran armamento ligero: los Estados Unidos. En los meses y años posteriores, las administraciones estadounidenses mostraron tantas actitudes genocidas en relación con Cuba, que el bárbaro sabotaje del barco *La Coubre* pudiera haber parecido un asunto trivial.

Al concluir la sesión del Consejo de Ministros, pasadas las dos de la madrugada, el Presidente de la República concurrió al Palacio de los Trabajadores a rendir homenaje y ofrecer su pésame a los familiares de los primeros veintisiete hombres que hasta ese momento habían podido ser identificados y expuestos. Lo acompañamos Armando Hart, Augusto Martínez Sánchez, Alfredo Yabur, Enrique Oltuski, Serafín Ruiz de Zárate, Pedro Miret y yo. Junto a nosotros, como en todos los momentos trascendentes, iba Faustino Pérez.

El 5 de marzo fue un día de recogimiento y luto, de indignación revolucionaria. En la tarde, en el sepelio de las víctimas, hubo una impresionante marcha de duelo. La calle 23, en El Vedado, fue cubierta con una alfombra de flores. Fidel, Dorticós, el Che[23] y los ministros, jefes militares y dirigentes sindicales, codo con codo, desfilamos al frente del pueblo.

Sobre la cama de una rastra del Ministerio de Obras Públicas, situada en la intersección de las calles 12 y 23, en El Vedado, justamente cerca de la entrada del Cementerio de Colón, Fidel expuso al pueblo los muchos argumentos que nos asistían para considerar que las explosiones habían sido provocadas en forma alevosamente deliberada. Expuso las evidencias que acusaban al Gobierno de los Estados Unidos, aunque cuidó de incriminarlo concluyentemente.

El crimen nos dejó claramente configurada una señal: el enfrentamiento con los yanquis por la defensa de la soberanía nacional iba a ser brutal, a muerte. De allí, con las víctimas del barco *La Coubre* y el pueblo por testigos, Fidel contextualizó la determinación revolucionaria del himno nacional de que "morir por la patria es vivir".

— *Y sin inmutarnos por las amenazas, sin inmutarnos por las maniobras, recordando que un día nosotros fuimos doce hombres solamente y que comparada aquella fuerza nuestra con la fuerza de la tiranía, nuestra fuerza era tan pequeña y tan insignificante, que nadie habría creído posible resistir, sin embargo, nosotros creíamos que resistíamos entonces, como creemos hoy que resistimos cual-*

23 Pese a la fiebre alta que estaba padeciendo, ese día le fue tomada la fotografía más famosa de la historia.

quier agresión. Y no sólo que sabemos resistir cualquier agresión, sino que sabemos vencer a cualquier agresión y que nuevamente no tendríamos otra disyuntiva que aquella con que iniciamos la lucha revolucionaria, la de Libertad o Muerte*; sólo que ahora libertad quiere decir algo más todavía, libertad quiere decir Patria, y la disyuntiva nuestra sería*: Patria o Muerte.

Horas después de sepultar a los caídos, un avión procedente de los Estados Unidos lanzó materias inflamables sobre las colonias agrícolas del central *San Cristóbal*. Doscientas cincuenta mil arrobas de caña de azúcar fueron quemadas en pie. Era la prueba de la determinación yanqui y contrarrevolucionaria de rendirnos a cualquier precio, sin detenerse ante nada. El Gobierno Revolucionario continuó denunciando cada agresión, sabiendo que no iban a rectificar su decisión de destruirnos, y preparando la defensa del país para un enfrentamiento a muerte. La decisión de lucha fue expresada en términos bien enérgicos por Fidel:

— Ahora bien, en caso de invasión, en caso que nos ataquen extranjeros, la guerra, pueden estar seguros, será a muerte. En la guerra civil fuimos generosos, pero si tenemos que luchar con extranjeros les aseguramos que vamos a hacer la guerra más feroz que haya conocido jamás la historia. Así que los extranjeros que piensen agredirnos, si se deciden a venir, que vengan con el testamento hecho.

El 8 de junio de 1960, durante la clausura de un congreso de barberos y peluqueros, en medio de un incremento de la actividad contrarrevolucionaria y agresiva del imperialismo, Fidel desarrolló la convicción de que en el pulseo a muerte con el enemigo, la Revolución vencería, como lo había hecho la guerrilla frente a la tiranía. Aquel día nació *Patria o Muerte. Venceremos*. La determinación de morir por la Patria se expresó en un canto de victoria.

Relaciones con todos

Con la declaración de independencia del 20 de mayo de 1902, Cuba quedó supeditada a los Estados Unidos de América. Sus relaciones con el resto del mundo eran inexistentes o insignificantes. Esta gravitación en torno a aquel país era el factor de dependencia que queríamos romper definitivamente. Cuba quería abrirse al mundo común y afín: los países del denominado Tercer Mundo, como filosofía y como factor de defensa frente a las agresiones imperialistas. Pero el asunto era peliagudo, extremadamente complejo en el contexto hemisférico de 1959. A los factores prohibitivos tradicionales procedentes de Norteamérica, se unía el lacayismo o el pesimismo de muchos, en Cuba y en América.

Con los pobres de la tierra

Desde las primeras semanas, quedó claro que Cuba concebía de otra manera su existencia como Estado en el concierto de naciones. La primera visita de Fidel Castro al exterior no fue a los Estados Unidos, sino a Venezuela, a finales de enero de 1959, a agradecer la ines-

timable contribución de ese país a la causa de la liberación cubana. En abril iría a los Estados Unidos, invitado por la prensa de aquella nación, pero lo hizo con una filosofía distinta: a explicar la nueva realidad del país y los proyectos de transformación socioeconómica, con un mensaje de comprensión para la Revolución Cubana. En sus discursos, actividades y acciones estuvo desterrada por completo la conducta tradicional de los gobernantes cubanos de ir a pedir ayudas o limosnas, autorizaciones o beneplácitos, reconocimientos o prebendas.

Tras aquella estancia en los Estados Unidos, Fidel hizo un recorrido extenso por América Latina. Asistió a una conferencia económica en Argentina, para demandar reformas y cambios estructurales en materia socioeconómica para nuestros pueblos. Cuba actuaba con criterio solidario, interesada en hallar respeto para sí.

Fidel regresó el 8 de mayo. Casi un mes después, coincidiendo con la toma de posesión, en junio de 1959, del doctor Raúl Roa como ministro de Estado, el comandante Ernesto Guevara de la Serna inició un largo y prolongado periplo de tres meses por Europa, África y Asia. Iba a decir de los avatares revolucionarios en Cuba y a conocer de otras experiencias.

Por su parte, Roa se encargó de replantear diplomáticamente las relaciones con los Estados Unidos y favorecer los vínculos oficiales con la mayor cantidad posible de naciones. En la segunda mitad del año 1959, Cuba estableció relaciones diplomáticas con varias naciones de Europa y del llamado Tercer Mundo. El 29 de julio, el Consejo de Ministros acordó establecerlas con Marruecos, Ceilán (hoy Sri Lanka) y la Soberana y Militar Orden de Malta, y se elevó a la categoría de embajada a las legaciones cubanas en Grecia y la República Árabe Unida (Egipto y Siria).

El 2 de noviembre, se elevó a la categoría de embajada a la legación cubana en La Paz, Bolivia. El 23 de diciembre, acordamos establecer relaciones diplomáticas con Túnez y Ghana, elevando al nivel de embajada la legación cubana en Filipinas, y encomendar al ministro de Relaciones Exteriores para establecerlas con Libia, Sudán, Etiopía, Guinea, Liberia, Yemen, Iraq, Jordania, Irán, Afganistán, Birmania, Tailandia, Laos, Cambodia, la Federación Malaya, Indonesia, Australia, Nueva Zelanda e Irlanda.

Pese a la pequeñez de Cuba, se trabajó arduamente porque sus vínculos oficiales y económicos fueran con la mayor parte posible del mundo, especialmente con los países subdesarrollados. Importantes dirigentes políticos y estadistas de estos países visitaron Cuba

en los primeros dieciocho meses del Gobierno Revolucionario. Salvador Allende, Janio Quadros y Lázaro Cárdenas entre los primeros; Cheddi Jagan, Primer Ministro de Guyana, y el doctor Ahmed Sukarno, Presidente de la República de Indonesia, entre los segundos.

La Revolución cubana se propuso estrechar relaciones diplomáticas y políticas con todos los países especialmente con sus pares: las naciones pobres. El Presidente Osvaldo Dorticós, asistido por Raúl Roa García, ministro de Relaciones Exteriores, y Luis M. Buch, ministro de la Presidencia, recibe las cartas credenciales del Embajador de Guinea.

La primera misión cultural cubana de alto nivel en visitar un país africano, la República de Guinea, lo hizo a finales de julio de 1960, en el marco de la Tercera Conferencia Mundial de Educadores. Estuvo presidida por el doctor Armando Hart Dávalos, ministro de Educación.

Durante el período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas de 1959, el Gobierno Revolucionario, en voz de su canciller, lanzó la idea de convocar para La Habana una Conferencia Internacional de Países Subindustrializados.[1] Para explorar las po-

1 La propuesta cubana contemplaba el concepto de países subdesarrollados, pero fue variado a propuesta de la India. En Nueva York, camino de Yugoslavia y la República Árabe Unida, Roa diría que sería la conferencia de los países con hambre.

sibilidades reales, su conveniencia y factibilidad, a fines de 1959,[2] se conformaron tres misiones especiales. La primera, presidida personalmente por el doctor Raúl Roa, para visitar la República Árabe Unida, Yugoslavia, Túnez y el Reino de Marruecos. La segunda misión, encabezada por Eugenio Soler Alonso, visitaría Ceilán, Iraq, Irán, Pakistán, Tailandia, Jordania, Filipinas, Indonesia y Líbano. La tercera misión, integrada por Leví Marrero Artiles y Carlos Lechuga Hevia, recorrería América Latina. De progresar las gestiones, al regreso de Roa, se convocaría la conferencia para septiembre de 1960, previa a las sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Sin embargo, no se logró respaldo suficiente, especialmente entre los países latinoamericanos, los que en su inmensa mayoría andaban con la rémora de los Estados Unidos. La primera gran iniciativa cubana de aproximación colectiva del llamado Tercer Mundo, se diluyó. Dos años después, en Belgrado, Cuba sería el único país latinoamericano fundador del esquema de concertación política de los pobres del mundo, el Movimiento de Países No Alineados.[3] En aquella oportunidad, el Presidente Osvaldo Dorticós encabezó la delegación cubana.

Aproximación a los países socialistas

En la segunda mitad del año 1959, cuando las primeras agresiones descaradas contra el país se hicieron cotidianas y en ellas se visibilizaba cada vez más la mano de los círculos de poder de los Estados Unidos, la Revolución decidió fraguar una aproximación amistosa, basada en el respeto mutuo, hacia la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el resto de la comunidad socialista. Tempranamente, se inició acciones de reconocimiento y aproximación a los países socialistas de Europa y Asia. El Che, a su regreso a Cuba en septiembre de 1959, incluyó en su gira a la República Popular Federativa de Yugoslavia.[4] Con la mayor discreción posible, Fidel, Raúl, el Che y el Presidente Dorticós realizaron esfuerzos por poten-

2 Decretos presidenciales 2309, 2310 y 2311, de 28 de diciembre de 1959.

3 Cuba acogería una Conferencia Cumbre del Movimiento de Países No Alineados en 1979.

4 Las posiciones tercermundistas e independientes del líder de la resistencia antifascista en los Balcanes y Presidente de la República Popular Federativa de Yugoslavia, Josip Broz Tito, facilitaban el acercamiento, pese a que este país había mantenido relaciones con la dictadura de Fulgencio Batista.

ciar una relación económica con el campo socialista, que atenuara el impacto o sirviera de alternativa para nuestra economía en caso de embestida de los Estados Unidos. En lo interno, se trabajó discretamente en una alianza unitaria con el Partido Socialista Popular (Comunista).

Los países socialistas, por su parte, estaban vivamente interesados por los acontecimientos en Cuba, donde la Revolución rompía todos los códigos de lucha revolucionaria aceptados por el marxismo-leninismo en uso oficialmente. Dichos países realizaban acciones exploratorias. La primera visita de la que he tenido noticias vino en agosto de 1959, cuando estuvo en La Habana una delegación comercial de la República Socialista de Checoslovaquia.

El 12 de agosto, el Presidente Osvaldo Dorticós recibió en el Palacio Presidencial al ingeniero Miroslav Maruška, director del Ministerio de Comercio Exterior de Checoslovaquia. El funcionario checo aprovechó la visita de cortesía para invitarnos, al Presidente y a mí, a la recepción que ofrecería esa noche en el hotel *Havana Riviera*. Decidimos no asistir, pero enviamos a nuestros respectivos ayudantes militares, el capitán José L. Cuza y el primer teniente Francisco Lago.

El primer país socialista con el que se estableció relaciones diplomáticas fue Yugoslavia. El 16 de octubre, se dispuso elevar a la condición de embajada la legación de Cuba en Belgrado. El 25 de noviembre, designamos al primer Embajador de la Revolución en un país socialista: el doctor Gustavo Aldereguía Lima. A los yugoslavos correspondió acreditar al primer Embajador de un país socialista en Cuba: Zvonko Grahek, quien presentó sus cartas credenciales ante el Presidente de la República al mediodía del 19 de febrero de 1960.

Primeros contactos con la Unión Soviética

Más complejo y angosto fue el camino para producir las relaciones económicas y políticas con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los países europeos de su entorno geográfico y político. La propaganda anticomunista y antisoviética, contrarrevolucionaria o exageradamente sectaria, según de donde proviniera, lo hacía todo más difícil. Hubo que trabajar con cuidado y discreción, para no alentar o precipitar las críticas y campañas de los adversarios o enemigos de la Revolución, ansiosos por hallar pretextos para sus diatribas.

A finales del mes de septiembre de 1959, siguiendo instrucciones del comandante Raúl Castro, partió la primera delegación militar del Ejército Rebelde que visitó los dos principales países socialistas: la República Popular China y la Unión Soviética. El propósito esencial de la gira de dos meses era participar en las actividades por el décimo aniversario de la Revolución China y el cuadragésimo segundo aniversario de la Revolución de Octubre en la Unión Soviética.

Al frente de la delegación viajó el comandante Faure Chomón Mediavilla, secretario general del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. A esta organización pertenecían todos los miembros de la comitiva, salvo uno, militante del Partido Socialista Popular. Oficialmente, no era una visita que comprometiera al Gobierno Revolucionario cubano, porque el Directorio Revolucionario 13 de Marzo no formaba parte, como organización,[5] del Consejo de Ministros, aunque José Naranjo, uno de sus combatientes, se desempeñaba como ministro de Gobernación. Tampoco se informó oficialmente que se iba en representación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Ejército Rebelde), del cual eran oficiales .

Por su valor histórico, reproduzco *in extenso* el testimonio del comandante Faure Chomón:

— Después de los primeros acontecimientos que originan confusión en las relaciones entre el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario, se producen varios encuentros con Fidel y con Raúl, en los cuales surge una claridad en la comunidad de objetivos revolucionarios entre ambas organizaciones. Paralelo a ello, se ha dado la integración militar de los efectivos del Directorio Revolucionario en el Ejército Rebelde, al que yo paso como comandante, aunque sigo siendo el secretario general del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Raúl, que es el jefe del Ejército Rebelde, me plantea llevar a la República Popular China y a la URSS una delegación militar cubana. Debíamos asistir al décimo aniversario de la Revolución China y al cuadragésimo segundo de la Revolución Bolchevique.

Yo debía escoger a los oficiales rebeldes que me acompañarían. Todos, menos uno, que designó el comandante Camilo Cienfuegos, jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde, eran combatientes del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. El "extraño" era un muchacho que teníamos identificado como de la Juventud Socialista, al que los jodedores del grupo lo comenzaron a fastidiar, llamándolo El Comisario.

5 El Gobierno Revolucionario se había creado sin pretensiones partidaristas.

El Partido Socialista Popular tenía las relaciones y se encargó de realizar los contactos pertinentes. El recorrido sería La Habana-Zürich-Praga-Moscú-Pekín.

Al llegar al aeropuerto de Zürich, como íbamos de completo uniforme verdeolivo, no nos dejaban entrar. Preguntamos la razón y nos dijeron que como Suiza era un país neutral y nosotros íbamos en uniforme militar de un país extranjero, no podíamos entrar al país. Nos indicaron que debíamos cambiar de ropas, y vestir de civil. Al principio pensamos que nos estaban "tomando el pelo", que era una broma. Pero nos vestimos y no hubo problemas para que nos dejaran pasar el perímetro fronterizo del aeropuerto. En Zürich estuvimos un día.

Tomamos el avión a Praga, y al llegar fuimos, virtualmente presos, a unos salones del aeropuerto. Dijimos que éramos del Ejército Rebelde, oficiales de una revolución. Pero los funcionarios no se daban por aludidos. Nos miraban sin interés ni simpatías. Cuando hubo avión, salimos para Moscú.

Lo curioso es que, ya de regreso a Cuba, nos dieron una bienvenida extraordinaria: nos esperaban coroneles y nos trataron con toda clase de deferencias. Nos llevaron incluso a una casa de oficiales del Ejército checoslovaco. Bueno, esta vez en la pista estaba esperándonos Fabio Grobart, uno de los máximos dirigentes del Partido Socialista Popular.

En Moscú no hubo problemas. Y seguimos viaje a China, rápidamente. En Pekín nos hicieron un plan militar, con visitas a diversas unidades del Ejército Popular Chino y ejercicios en frío, pero se notaba, al comienzo de nuestra estancia, que no le concedían especial atención a la visita, ni éramos objeto de un tratamiento deferente. Pero a medida que les fue llegando información, mejoró el tratamiento que nos daban.

La mejoría se observó en el hecho, por ejemplo, de que al principio, en las recepciones, los intelectuales estaban por delante nuestro. Nos ubicaban en la última fila y éramos los últimos en saludar a las autoridades. Y de pronto comenzaron a ubicarnos en la primera fila y éramos los primeros en saludar. Nos fueron destacando como un grupo de comandantes del Ejército Rebelde. Hasta ese momento no creo que tuvieran idea exacta de que teníamos la máxima graduación a que se podía aspirar en el Ejército Rebelde. Luego, tomaron interés en hacernos ver el cambio de actitud.

Nos entrevistamos con Mao Tse-tung y con las máximas autoridades chinas. Recorrimos el país y tuvimos varios contactos al máximo nivel político. En la reunión con el Primer Ministro, Chou En-lai

nos hizo una definición de la estrategia de desarrollo de China que nos impresionó. Nos dijo que el primer logro después de diez años del triunfo de la Revolución China era que ya nadie muriese de hambre, porque la primera enfermedad del país era el hambre extendida. Ya nadie moría de hambre en las ciudades y se había logrado desterrar el espectáculo tremendo de tener que recoger en las ciudades con carretones los cadáveres de los hambrientos. Dijo que ello había sido posible por la organización de las comunas, que debían producir para alimentarse y para tejer un abrigo y una manta para no morir de frío, y construir una vivienda humilde para resguardarse de las inclemencias de la atmósfera, y tener una biblioteca y una escuelita. Esa era la apuesta esencial para un país cuya población era un enorme misterio. Con picardía china, nos dijo, casi confidencialmente: "Aquí no hay setecientos millones de personas, como dicen en Occidente, sino mil millones. Pero no lo divulguen."

De todos modos, nos tocó conocer a China en un momento económico difícil. Vimos a Pekín de azul. Todos con la misma chaqueta y la misma gorra. Parecía un país uniformado. Sin embargo, en Shanghai, que funcionaba como la Hong Kong socialista, una puerta de acceso a Occidente, a la tecnología, la gente iba de saco y corbata, montando Chevrolets y Fords. Eran más abiertos y suspicaces. Ellos se mostraban más interesados en mostrarnos lo nuevo que lo viejo. Lo moderno sobre lo tradicional.

Según nos definió el Primer Ministro, a partir de la peculiaridad china de tener concentradas hacia el Este, en el litoral, las zonas de desarrollo industrial y en el resto del país el predominio de una agricultura atrasada, la línea estratégica a seguir por ellos era desarrollar el Este aún más para que pudiera aportar los recursos con los que desarrollar al resto de China. Más o menos la concepción, por un tiempo, de una China y dos realidades; que equivale a la concepción contemporánea de una China y dos sistemas para reunificar el país. La línea estratégica china no ha cambiado. Sólo que lo que no pudo hacer Mao por razones circunstanciales, lo inició e impulsó Deng y lo continúan hoy. Quizá todo esté muy relacionado con la persistencia y paciencia chinas.[6]

A su regreso, visiblemente contento con los resultados del viaje exploratorio, Faure Chomón, en declaraciones para la prensa nacional, defendió el derecho de Cuba de relacionarse con todos los países del mundo, que era la misma tesis de Fidel, Dorticós y la mayoría

6 Entrevista con los autores, junio de 2000.

de los miembros del Gobierno Revolucionario. Dijo que la intención había sido conocer de primera mano, por experiencia propia, la situación de aquellos países y las posibilidades de mercado que ofrecían, frente a la eventualidad de que se adoptara medidas de coerción y agresión económica contra Cuba. Chomón rechazó de plano de que, por servidumbre, los hombres americanos ignoraran el extraordinario trabajo que allá se realizaba para paliar o resolver graves problemas socioeconómicos y humanos. Con evidente ironía, dijo que Eisenhower corría el peligro de ser tildado de comunista por estar en contacto con Nikita Jrushchov, Primer Ministro de la URSS. Para contrarrestar la campaña anticomunista, el comandante Faure Chomón, siguiendo orientaciones de Raúl, ofreció en Santiago de Cuba una polémica conferencia sobre los logros del socialismo. Entonces, esa era una palabra maldita.

Sin embargo, los primeros contactos de miembros del Gobierno Revolucionario con los soviéticos fueron secretos y aparecen registrados en la historiografía de forma dispersa, tal y como fueron en un inicio.

A finales de julio de 1959, el doctor Antonio Núñez Jiménez, director ejecutivo del Instituto Nacional de Reforma Agraria, quien asistía en Nueva York a un acto por el aniversario del asalto al cuartel Moncada, se entrevistó extraoficialmente con los directores de la Exposición Soviética en esa ciudad, con la intención de invitarlos a llevarla a La Habana.

El 16 de octubre, el comandante Camilo Cienfuegos informó a Fidel haber sostenido una entrevista en el hotel *Havana Riviera* con Alexándr Alexéiev (*Alejandro*) , corresponsal de la agencia soviética de noticias *TASS*. *Alejandro*, quien había llegado a Cuba ocho meses antes, pedía entrevistarse con Fidel. El Comandante en Jefe estuvo de acuerdo. Por medio de Núñez Jiménez quedó concertada la conversación. Dos soldados rebeldes fueron por *Alejandro* al hotel *Sevilla* y lo llevaron a presencia de Fidel y Núñez Jiménez, en el último piso del edificio del INRA. Fidel planteó el interés del Gobierno Revolucionario en establecer nexos comerciales con la URSS, en cuanto las circunstancias resultaran favorables. A la vez, insistió en la intención de traer a Cuba la Exposición Soviética, por el impacto positivo que podía tener para contrarrestar la campaña antisoviética en boga y posibilitar la apertura y el fortalecimiento de las relaciones económicas. Fidel se mostró vivamente interesado en que a la inauguración viniera, tal y como lo había hecho en Nueva York, el Vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, Anastas I. Mikoyán.

Introducido por *Alejandro* el tema de las posibles relaciones diplomáticas, Fidel se expresó favorable, pero pidió esperar a que la Revolución lograra crear las condiciones propicias, pues el clima anticomunista hacía que todo cuanto se decía de la URSS fuera enormemente negativo. Un paso de esa naturaleza podía servir a los enemigos para justificar sus ataques a las medidas revolucionarias. Fidel se esforzaba por sortear y neutralizar la diatriba anticomunista, estimulada ante la presencia cada vez mayor de comunistas en posiciones estratégicas del Estado.

Anastas Mikoyán a Cuba

Fue el Che quien negoció los detalles para traer la Exposición Soviética a La Habana. A finales de 1959, Héctor Rodríguez Llompart, subsecretario de Estado, viajó a México con la misión de acordar la fecha más conveniente para que Mikoyán, quien había ido a inaugurar la Exposición Soviética en ese país, visitara Cuba, y, de ser posible, trajera la muestra expositiva. Los soviéticos aceptaron incluir a Cuba en su esfuerzo expositivo y Mikoyán confirmó que visitaría el país.

Desde el mes de enero de 1960, comenzó a llegar a Cuba el personal soviético encargado de montar la exposición. Por mar, procedentes de Veracruz, llegaron las muestras. Uno de aquellos días *Alejandro* me invitó para que lo acompañara al Palacio de Bellas Artes para apreciar los preparativos. Me llamó poderosamente la atención el hecho de que cada vez que llegábamos a un lugar, los trabajadores paralizaban su labor y se ponían en *posición de firmes* mientras Alexéiev explicaba.

El 4 de febrero de 1960, el vicepresidente del Consejo Ministros de la URSS, Anastas I. Mikoyán, llegó a Cuba. Como entre ambos países no había relaciones diplomáticas ni consulares, rotas por el tirano Fulgencio Batista tras el golpe de Estado de marzo de 1952, Leovigildo Fernández Chaviano, funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, viajó a Gander, Canadá, para visar los pasaportes de la delegación soviética. Anastas I. Mikoyán fue recibido con todos los honores. En el aeropuerto internacional José Martí lo esperaron Fidel, Dorticós, Roa, el Che y varios ministros. También se hallaban varios dirigentes del Partido Socialista Popular. Esa noche, Mikoyán realizó una visita de cortesía al Presidente de la República, en el Palacio Presidencial.

Febrero de 1960. Anastas Mikoyán, Vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, visitó a Cuba. En conversaciones con Fidel, el Che y Dorticós, se acordó establecer y estrechar relaciones económicas y comerciales.

En la mañana del 5 de febrero, la delegación soviética depositó una ofrenda floral en el monumento a José Martí, en el Parque Central. Cuando se había retirado la delegación, un grupo de elementos contrarrevolucionarios, integrados en el incipiente Movimiento Demócrata Cristiano, trató de destruir la ofrenda, como supuesto acto de desagravio a Martí por la visita de Mikoyán. Portaban cartelones anticomunistas y antisoviéticos, y algunos iban armados. Se trataba de una provocación, pues el Palacio de Bellas Artes, donde se inauguraría poco después la Exposición Soviética, se encuentra muy próximo al Parque Central. Se produjo la reacción de los militantes revolucionarios que estaban en el lugar, impidiendo la consumación del propósito del grupo de jóvenes católicos. Sonaron disparos al aire, produciéndose un fuerte intercambio con los elementos contrarrevolucionarios que desde el edificio de la Manzana de Gómez abrieron fuego. Los provocadores se vieron obligados a replegarse de las inmediaciones del Palacio de Bellas Artes, siendo detenida la mayoría de ellos.

Me impresionó la eficiencia de los miembros de la Seguridad Personal que traía Mikoyán. Cuando en el Palacio de Bellas Artes se escuchó las primeras detonaciones, los miembros de la seguridad corrieron junto a aquél y lo rodearon, cubriéndolo de forma tal que

era inaccesible. Se reunieron vertiginosamente, codo con codo, cuerpo con cuerpo, en torno a Mikoyán.

Poco después, ya inaugurada la Exposición Soviética, tuve una nueva prueba del celo con que trabajaban. Ocurrió que Fidel recibió espontáneamente un regalo de una anciana mientras se encontraba sentado en la Exposición. La anciana se acercó a la silla de Fidel y le entregó una cajita con el obsequio. Fidel tomó la cajita y la colocó sobre las piernas, como si nada hubiese pasado. En realidad, estaba acostumbrado a ese tipo de situación en sus frecuentes contactos con el pueblo, pero los miembros de la Seguridad Personal soviética se alarmaron. Se acercaron a los custodios cubanos, aconsejando quitarle la caja a Fidel, por temer de que se tratara de una bomba, no descansando hasta lograr que Fidel entregara el objeto.

Al mediodía, se inauguró la exposición. Al acto asistieron Dorticós, Fidel, el Consejo de Ministros en pleno y los más altos jefes militares rebeldes, así como también el Cuerpo Diplomático. En nombre del Gobierno Revolucionario, habló el doctor Raúl Cepero Bonilla, ministro de Comercio. Afirmó lo que era el propósito del Gobierno Revolucionario: establecer relaciones de intercambio comercial, económico y cultural entre ambos países. Manifestó que la Exposición Soviética debía servir para propiciar un mayor conocimiento de la URSS, pero no dijo, por supuesto —porque la rabiosa campaña anticomunista estaba en su apogeo— que la máxima dirección de la Revolución albergaba la esperanza de propinar un fuerte golpe a la campaña maccartista, al mostrar los colosales adelantos de los soviéticos a sólo quince años de haber sido virtualmente arrasada la economía del país por la invasión hitleriana.

Ocurrió que cuando Mikoyán se disponía a cortar la cinta roja para dejar inaugurada la Exposición y permitir el acceso del público, el comandante Crescencio Pérez Montano, seguido por varios soldados rebeldes y familiares suyos, avanzaba en sentido opuesto tras haber recorrido los pabellones. Era una muestra de las conductas poco protocolares que continuamente muchos compañeros asumían. Tras un breve titubeo, Mikoyán cortó la cinta y Crescencio Pérez y su gente se unieron a la comitiva.

En la noche del lunes 8 de febrero, el Presidente de la República ofreció una recepción en el Palacio Presidencial en honor de Mikoyán y su delegación. A esta se invitó al Cuerpo Diplomático acreditado en Cuba, como es norma protocolar, y a personalidades gubernamentales y políticas del país. Entre los presentes en Palacio, figuraba el ex-presidente Carlos Prío Socarrás. Durante la recepción, fui protagonista de un hecho al parecer intrascendente, pero que en los días

siguientes fue noticia distribuida por las agencias de información como algo significativo.

El Encargado de Negocios[7] de los Estados Unidos en Cuba, Daniel M. Braddock, se encontraba entre los invitados. En un momento determinado, cuando ya estábamos en un ambiente distendido, el diplomático se me acercó y explicó que había coincidido tiempo atrás con Mikoyán, en una ciudad que no logro establecer hoy, mientras ambos prestaban servicios diplomáticos. Me trasladó su interés en acercarse a Mikoyán para saludarlo. Estuve de acuerdo en servir de intermediario, y Mikoyán aceptó. Se saludaron y comenzaron a hablar. Los fotógrafos no desperdiciaron la oportunidad. Una de aquellas fotografías dio la vuelta al mundo, pues Braddock y Mikoyán (USA-URSS), con las copas en alto, brindaban, mientras que yo (Cuba), sonreía enigmáticamente entre ellos. Era todo un símbolo y los fotógrafos supieron captarlo.

Febrero de 1960. Daniel M. Braddock, Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Cuba; Luis M. Buch, ministro de la Presidencia, y Anastas Mikoyan, Vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, conversan durante la recepción oficial que se le tributó a este último en el Palacio Presidencial.

7 En una medida de presión sobre el Gobierno Revolucionario, el Embajador, Phillip Bonsal, había sido llamado a consultas desde mediados de enero.

En los días siguientes, Mikoyán cumplió una agitada agenda de trabajo, que incluyó conversaciones con los principales dirigentes de la Revolución, especialmente con Fidel y el Che. La visita de Mikoyán despertó una gran expectativa.

En la mañana del 9 de febrero, Mikoyán y Fidel iniciaron un largo recorrido por el archipiélago cubano. Por carretera fueron a Pinar del Río. En un helicóptero *KL 18*, que los soviéticos trajeron, visitaron Isla de Pinos y Cayo Largo. De regreso a la isla grande, rumbo a la Ciénaga de Zapata, corrieron grave peligro de accidentarse en las aguas del Mar Caribe, por la desorientación de los pilotos y el agotamiento del combustible. El 11 de febrero regresaron a La Habana, y en el avión de Mikoyán volaron a Camagüey, primero, y después a Santiago de Cuba. Subieron a La Gran Piedra y durmieron en la humilde casa de un campesino serrano.

Convenio soviético-cubano

De regreso a La Habana, el 13 de febrero, Mikoyán y Fidel firmaron el primer convenio comercial soviético-cubano, fruto de arduas negociaciones que fueron encargadas al Che. Hubo un momento complicado en las conversaciones preacuerdo. El Che se molestó muy gravemente con los soviéticos, según tengo entendido, por el precio del azúcar. Las negociaciones estuvieron a punto de romperse. Fidel intervino, el asunto fue zanjado y se llegó a un acuerdo comercial de carácter público.

Cuba vendería a la URSS un millón de toneladas de azúcar, anualmente durante un lustro, comprometiéndose la URSS a no reexportarla a los importadores habituales del azúcar cubano. La URSS realizaría los pagos en un 80 % con mercaderías y en un 20 % con divisas convertibles. Como para el año 1960 ya la URSS había comprado quinientas setenta y cinco mil toneladas de azúcar, se acordó completar la cifra del millón pactado, con la venta de otras cuatrocientas veinticinco mil toneladas, las que serían pagadas íntegramente con mercaderías. En la lista de productos anexa ocuparon un orden preferente el petróleo y sus derivados, esencial en caso de cualquier eventualidad en las relaciones económicas entre Cuba y los Estados Unidos.

La URSS y Cuba se concedieron la condición de nación más favorecida en todo lo concerniente a derechos arancelarios y sus recargos, derechos consulares u otros derechos e impuestos de cualquier

clase. Los barcos mercantes de ambos países gozarían al entrar, permanecer y salir de los puertos respectivos de las condiciones más favorables que cada país concedía a terceros.

De igual manera, se firmó un convenio mediante el cual la URSS nos concedía un crédito de hasta cien millones de dólares, con un 2,5 % de interés, a pagar en doce años, con cargo al cual se proveería de asistencia técnica (prospección, proyectos e investigaciones; equipos, maquinarias y materiales; diseño y descripción de los procesos tecnológicos, y prestación de servicios por especialistas soviéticos) para las nuevas plantas y fábricas que Cuba construiría entre 1961 y 1965. El pago del principal y sus intereses se haría con azúcar y mercaderías cubanas.

Los primeros convenios soviético-cubanos se negociaron con la mayor discreción. Solamente Fidel, Dorticós, Raúl, el Che, y quizás algún que otro compañero, tuvieron acceso a la información de lo discutido y pactado.

A lo largo de mi vida he tenido pruebas inequívocas de la confianza de Fidel en mí. La mayor de todas fue en mayo de 1958, a raíz de la reunión en El Alto de Mompié, cuando casi sin conocerme y ya me aprestaba a bajar de la Sierra Maestra para cumplir varias misiones en el extranjero, teniendo que pasar por territorio enemigo, Fidel me confió su plan estratégico de repliegue, en caso de que la ofensiva militar de la dictadura de Batista tuviera éxito parcial y la guerrilla tuviera que abandonar las posiciones que iba a defender a todo costo. De esa muestra suprema de confianza siempre he vivido orgulloso. De igual manera me enorgullece la confianza absoluta que el Presidente Dorticós depositó en mí al cerrarse las conversaciones con Mikoyán, en febrero de 1960.

Una vez llegado a acuerdos gubernamentales era preciso, como requisito formal de carácter esencial para otorgarle validez al acto, certificar los documentos con el cuño seco de la República, que se encontraba depositado en el Ministerio de Relaciones Exteriores. El doctor Raúl Roa no se hallaba en el país, y el Presidente pudo haber ordenado buscar el cuño y validar personalmente los acuerdos. Sin embargo, me entregó los valiosos y sensibles documentos y me pidió que cumpliera el trámite.

Consciente de la responsabilidad que recaía sobre mí, pues un descuido podía implicar que el enemigo conociera lo acordado con la principal nación socialista del mundo en momentos en que acusarnos de comunistas era su argumento predilecto, me personé en el edificio del MINREX, por la puerta trasera, y solicité al funcionario

correspondiente que me facilitara el cuño seco de la República; acuñé el documento y de inmediato volví al Palacio Presidencial, devolviéndolo al Presidente Dorticós.

Anastas I. Mikoyán quedó convertido en un fervoroso y leal amigo de la Revolución Cubana, encargado en el futuro de tratar con las principales autoridades revolucionarias los más espinosos y difíciles temas bilaterales. En esta, su primera visita a Cuba, fue despedido al más alto nivel gubernamental en el aeropuerto internacional José Martí.

El 17 de febrero, mediante sendos mensajes, el Presidente Dorticós cumplió con el requisito exigido por la Ley Fundamental de someter a la consideración del Poder Legislativo (Consejo de Ministros) los acuerdos económicos logrados con los soviéticos.[8] Era una mera formalidad, pues todos estábamos de acuerdo con dar aquel paso, que garantizaba la continuidad productiva cubana en momentos en que se veía avanzar una guerra económica decretada en Washington.[9]

A partir de aquel primer acuerdo, se negoció rápidamente otros acuerdos comerciales con varios países socialistas. Casi todos fueron firmados en La Habana, a donde comenzaron a llegar decenas de delegaciones. El 29 de febrero, el Che y el señor Kurt Gawehn, director del *Deutsche Notenbank,* de la República Democrática Alemana, firmaron un convenio para el intercambio de mercancías. Venderíamos sesenta mil toneladas de azúcar, para entregar a partir de marzo. El 31 de marzo, fueron suscritos convenios de cooperación técnica, asistencia científica y entrega de equipo industrial a crédito, y comercial y de pagos con la República Popular de Polonia. Igualmente, se hizo con la República Socialista de Checoslovaquia, en junio. Para mediados de 1960, Cuba ya había concertado acuerdos comerciales y de crédito con casi todos los países socialistas, incluyendo uno muy favorable con la República Popular China.[10]

Pero no fue esta carrera veloz por crear nuevos mercados y relaciones comerciales una elección inmotivada. La aproximación acelerada con los países socialistas se produjo por dos razones básicas: primera, la Revolución estaba decidida a ampliar sus relaciones polí-

8 Ambos convenios aparecieron publicados en la *Gaceta Oficial,* de 8 de marzo de 1960.

9 Ese mismo día aprobamos la prórroga de los convenios comerciales concertados desde tiempos de la dictadura con el Reino de Dinamarca, el Estado de Israel y la Confederación Suiza.

10 El 23 de julio fueron firmados tres convenios de intercambio: cultural, científico-técnico, y comercial y de pagos.

ticas y económicas con todo el mundo, y había heredado una situación de aislamiento impresionante. Prueba de la voluntad de diversificación económica y política es que varias delegaciones cubanas de alto nivel visitaron decenas de países del llamado Tercer Mundo, concertando convenios y relaciones de todo tipo. Cito los casos del acuerdo cultural acordado con la República Árabe Unida en enero, y otro similar suscrito con Indonesia, en mayo de 1960. Ocurrió lo propio con dos de las principales potencias capitalistas: Alemania y Japón, países a los que fue el ministro de Comercio, doctor Raúl Cepero Bonilla, firmando sendos acuerdos comerciales. Cuba aceptó relacionarse en plan de igualdad con todos los países que estaban en disposición de acudir al principio de reciprocidad. La segunda razón era que, además de las simpatías naturales que sentíamos por los proyectos socialistas en marcha en el mundo, fueron aquellos países los que se mostraron rápidamente en disposición de auxiliar económicamente a Cuba; y no iba la Revolución a ser tan ingenua de rechazar las manos amigas que se le ofrecían en los momentos de mayor tensión.

Estos pasos permitieron menguar notablemente el impacto inmediato de las medidas de guerra económica adoptadas por los Estados Unidos y de las contramedidas nacionalizadoras, hechos ocurridos pocos meses después.

Relaciones diplomáticas

A las ocho y treinta de la noche del sábado 7 de mayo, simultáneamente en Moscú y La Habana, las respectivas cancillerías publicitaron que ambos gobiernos habían decidido restablecer las relaciones diplomáticas, paso que se consideró como natural, luego de que, a principios de 1959, el Gobierno soviético hubiera reconocido al Gobierno Revolucionario de Cuba y en febrero de 1960 se suscribieran dos importantes convenios públicos: comercial y de crédito. El 8 de mayo, el Presidente de la República, doctor Osvaldo Dorticós Torrado, firmó el Decreto 2574,[11] disponiendo el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la URSS, de ahí que oficialmente se tome esta fecha para conmemorar aniversarios.

Sin embargo, la decisión gubernamental se había tomado en la reunión del Consejo de Ministros del 21 de abril, y no fue hasta el 19

11 *Gaceta Oficial,* de 10 de mayo de 1960.

de mayo, a propuesta del Presidente Dorticós, que el Consejo de Ministros acordó designar al comandante Faure Chomón Mediavilla como primer Embajador[12] de Cuba en Moscú.

El 16 de junio, el Gobierno Revolucionario decidió elevar la legación que había en Praga, Checoslovaquia, a la categoría de embajada. Ángel Ramón Ruiz Cortés fue designado Embajador. De igual manera, el doctor Salvador Massip Valdés fue nombrado con igual cargo en Polonia, aunque, contradictoriamente, la legación de Cuba no se elevó al rango de embajada hasta el 30 de agosto.[13] Checoslovaquia y la URSS, después de Yugoslavia, fueron los primeros países en acreditar sus embajadores en La Habana: los checos a Vladimír Pavlíček, el 20 de junio de 1960, y los soviéticos al aristocrático Serguéi Mijáilovich Kudriávtsev, el 25 de agosto.

Con China

Prueba inequívoca de la amplitud de miras de la política exterior del Gobierno Revolucionario es que al día siguiente de establecerse las relaciones diplomáticas con la URSS, llegó a Cuba, por primera vez en nuestra historia, un Presidente del otro extremo del mundo: Ahmed Sukarno, de Indonesia. Se anunciaba la pronta gira por América Latina, también la primera en nuestra historia, del Presidente de la República, doctor Osvaldo Dorticós Torrado.

Un caso particular de establecimiento de vínculos diplomáticos fue el de la República Popular China, víctima por aquellos meses de una injusticia internacional. Al final de la Segunda Guerra Mundial, al producirse la Revolución China, los reductos nacionalistas se refugiaron en la isla de Formosa (Taiwán), mientras que en el territorio continental tomaban el poder los comunistas. Los Estados Unidos y los países occidentales impusieron que el escaño de China en la Organización de Naciones Unidas fuera ocupado por la minúscula Formosa. La Revolución Cubana recibió como herencia el hecho de

12 Desde antes se especulaba en la prensa que a Faure Chomón se le encomendaría la misión diplomática en la Unión Soviética. El acuerdo se hizo oficial el 16 de junio. El día 30 de junio se designó a Nicolás Guillén Batista, el Poeta Nacional, como consejero cultural.

13 Con la República Popular de Bulgaria se estableció relaciones diplomáticas el 14 de octubre del mismo año. Sucesivamente, se estableció relaciones diplomáticas con los demás países socialistas.

que tuviéramos relaciones diplomáticas con Taiwán; había sido el resultado de una de las tantas imposiciones del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

Por orientaciones de Fidel, hubo un proceso gradual de reconocimiento y aproximación a la República Popular China, acelerado a partir de que los Estados Unidos se comprometieron en una política agresiva contra la Revolución. A la visita de Faure Chomón, a finales de 1959, continuó la de una delegación, encabezada por el comandante William Gálvez, quien se entrevistó con el Presidente Mao Tse-tung en Chengchow, en mayo de 1960.

El 2 de septiembre de 1960, como respuesta a la mayor maniobra diplomática contra Cuba hasta ese momento, acaecida en una reunión de consulta de la Organización de Estados Americanos, se convocó al pueblo de La Habana en Asamblea General Nacional. Entre los puntos acordados a mano alzada por casi un millón de ciudadanos estuvo el de romper las relaciones diplomáticas con el régimen títere de Formosa[14] y reconocer al Gobierno de la República Popular China, como único y legítimo representante del pueblo chino. El 24 de septiembre[15] quedaron establecidas las relaciones diplomáticas formalmente. Oscar Pino-Santos, uno de los compañeros que más arduamente había trabajado en la elaboración de la Ley de Reforma Agraria, fue designado como nuestro primer Embajador en Pekín.[16]

Misiones de Gobierno

A principios de mayo de 1960, Fidel y el Che prepararon cuidadosamente la que sería la primera delegación oficial cubana a la URSS.[17] En calidad de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, el capitán Antonio Núñez Jiménez encabezaba la que se denominó Misión

14 Decreto Presidencial 2768, de 2 de septiembre de 1960.

15 El acuerdo fue tomado formalmente el día anterior por el Consejo de Ministros. Decreto Presidencial 2777, de 23 de septiembre de 1960. En igual fecha se establecieron con la República Popular Democrática de Corea.

16 Decreto Presidencial 2778, de 14 de octubre de 1960.

17 En marzo había partido para Alemania, Japón y Yugoslavia una delegación comercial presidida por el ministro de Comercio, doctor Raúl Cepero Bonilla, e integrada, entre otros, por Héctor Rodríguez Llompart. Se intentaba asegurar la mayor diversidad posible en el comercio exterior del país.

Gubernamental Económica de la República de Cuba.[18] El propósito era bien ambicioso: ampliar la composición y el volumen del comercio bilateral, y la colaboración y ayuda soviética a los planes de electrificación, industrialización y desarrollo agrícola impulsados por Fidel y el Che desde el INRA. Puntos esenciales eran asegurar el suministro de hidrocarburos, las firmas de un convenio entre el Banco Nacional de Cuba y el Banco Estatal Soviético, y de un contrato para la compra de cuatrocientas veinticinco mil toneladas de azúcar por la URSS. La delegación partió el 27 de mayo.

En la Conferencia Cumbre de París, semanas antes, Nikita Jrushchov, Primer Ministro de la URSS, dijo tener deseos de visitar América Latina, pero se quejó de no haber sido invitado nunca. Esto coincidió con la visita de la primera delegación económica cubana a Moscú. La ocasión fue aprovechada por Fidel para cursarle una invitación para visitar a Cuba, en correspondencia con sus deseos y con los de nuestro país. La invitación fue aceptada en ese momento a reserva, se dijo por la diplomacia soviética, de hallar prontamente una fecha adecuada para cumplimentarla. El 4 de junio, la Cancillería soviética hizo pública su aceptación. Pero nunca se realizó el viaje.

Además de la URSS, la delegación económica cubana visitó Polonia, Checoslovaquia y la República Democrática Alemana. En cada país realizó concertaciones económicas altamente beneficiosas y oportunas para Cuba. Regresó a mediados de julio, cuando la agresión económica de los Estados Unidos entraba en su apogeo.

Esto último provocó que el comandante Raúl Castro Ruz,[19] ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, viajara a la URSS. El 26 de junio de 1960, Raúl llegó a Praga, a representar a Cuba en las Espartaquiadas y en tránsito hacia la República Árabe Unida, a las fiestas por el aniversario de la nacionalización del canal de Suez. Encontrándose todavía Raúl en Praga, hubo declaraciones muy amenazantes por parte de voceros del Gobierno norteamericano, contestadas enérgicamente por Fidel y otros dirigentes revolucionarios.

18 Lo acompañaban el teniente Orlando Borrego Díaz, administrador general del Departamento de Industrialización del INRA, y también varios especialistas en agricultura, hidrocarburos e industrias.

19 Iba acompañado por altos oficiales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias: los comandantes Efigenio Ameijeiras Delgado, Ramiro Valdés Menéndez, Guillermo García Frías, Félix Lugones Ramírez, Belarmino Castilla Mas, y los capitanes Felipe Guerra Matos, Juan Luis Rodríguez Infante, Marcelino Sánchez Díaz, Diocles Torralbas González y Juan Bautista Pérez. Decreto 2649 del MINREX. *Gaceta Oficial*, 28 de junio de 1960.

Nikita Jrushchov nos sorprendió al declarar que los cohetes soviéticos podían defender a Cuba si era víctima de una agresión imperialista. Entonces, Fidel impartió instrucciones a Raúl de viajar a Moscú a agradecer el gesto, ocasión que se aprovechó para concretar la ayuda militar soviética, consistente en el suministro de variada técnica militar de carácter convencional. El armamento soviético comenzó a llegar a Cuba en el segundo semestre del año 1960, semanas después de que los Estados Unidos cercenaran la cuota azucarera cubana en el mercado de esa nación, y Cuba respondió nacionalizando todas las empresas estadounidenses.

Después de visitar la URSS y Checoslovaquia, donde hubo también un acuerdo sobre ayuda militar, el 24 de julio Raúl arribó a El Cairo, regresando a Cuba a principios de agosto,[20] justamente para ser protagonista de la respuesta del Gobierno Revolucionario a la agresión económica de los Estados Unidos.

En el descomunal enfrentamiento económico, político, diplomático y militar con los Estados Unidos y sus aliados de América Latina y Europa, la Revolución Cubana buscó y encontró una ayuda inestimable en el campo socialista. Si en Cuba no se produjo un suceso similar o más dantesco que el de Vietnam, mucho tuvo que ver en ello la oportuna y vital solidaridad de la Unión Soviética, la República Popular China y otros países socialistas, porque los gobiernos latinoamericanos de entonces, salvo México, terminaron siendo aliados de los Estados Unidos contra la Revolución Cubana.

20 Éstas no fueron las únicas delegaciones cubanas que propendían a un rápido desarrollo de las relaciones de cooperación con el campo socialista. Una misión especial médica, presidida por el ministro de Salud Pública, doctor José Ramón Machado Ventura, visitó la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, China, Polonia y la URSS. A finales de año, el comandante Ernesto Guevara visitó la URSS, la República Democrática Alemana, la República Popular China y la República Popular Democrática de Corea, con el objeto de firmar los protocolos comerciales para 1961.

Yo tengo para mí, si no tuviera muchos orgullos que no merezco exhibir, el de haber sido el primer Presidente de Cuba que en el ejercicio de su cargo visita países de América Latina, porque antes nuestros presidentes sólo visitaban a los Estados Unidos.

Osvaldo Dorticós Torrado, Montevideo, mayo de 1960.

Gira por América Latina

A finales de febrero y principios de marzo de 1960, el Presidente de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, realizó un largo periplo por América Latina. Visitó Puerto Rico, Brasil, Argentina, Chile, Perú y Uruguay. En todas partes fue objeto de fuertes protestas populares, especialmente en Montevideo, donde el entusiasmo oficial contrastó con el repudio popular.

Cuando el Presidente Eisenhower pasaba frente al edificio de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Montevideo, los estudiantes desplegaron una tela de cincuenta metros de largo en la que se leía: *Abajo el imperialismo yanqui en América Latina*. A chorros de agua, los bomberos arremetieron contra los estudiantes concentrados en el quinto piso. La policía usó gases lacrimógenos para reprimir las manifestaciones estudiantiles. El mandatario, su chofer, los guardaespaldas y el resto de la comitiva yanqui llegaron al Palacio de Gobierno de Uruguay llorando, por el efecto de los gases. Ésas fueron las imágenes que recorrieron el mundo. Muy distinto sería el recibimiento al Presidente de Cuba, doctor Osvaldo Dorticós Torrado, tres meses después.

Encontronazo epistolar

El viernes 8 de abril de 1960, se hizo pública una carta de catorce páginas del Presidente Eisenhower a los estudiantes chilenos en la que arremetía contra la Revolución Cubana. Era en contestación a una que el primero de marzo los estudiantes entregaron al Presidente de los Estados Unidos en la capital chilena, criticando la política del Departamento de Estado hacia América Latina, especialmente en el caso cubano.

Eisenhower afirmó, sin rubor, que los Estados Unidos mantenían su política de no intervención en los asuntos de Cuba, y llegó a más en su cinismo: ningún funcionario de su Gobierno había realizado declaraciones o cometido actos inamistosos hacia Cuba.

— Es lamentable que no pueda decirse lo mismo con respecto a los funcionarios del Gobierno cubano, que parecen haber hecho intencionalmente declaraciones derogatorias y hostiles respecto al Gobierno y al pueblo de los Estados Unidos, destinadas a dificultar nuestras relaciones, tradicionalmente amigables.

Dijo que la intromisión en los asuntos cubanos era tan desagradable como hacerlo en cualquier otro país latinoamericano y que los Estados Unidos habían iniciado o apoyado la reforma agraria en Japón, Guatemala y otras naciones, negando que se opusiera automáticamente a tales progresos por querer preservar sus intereses. Se ufanó de que las compañías estadounidenses habían proporcionado a Cuba uno de los más altos niveles de vida del continente. Acusó a los dirigentes revolucionarios de traicionar los ideales de la Revolución: la libertad de expresión, la protección igual de las leyes y el derecho a elegir libremente un gobierno representativo.

— La Unión no interviene en asuntos internos de otros países, pero es evidente que el Gobierno cubano está decidido a poner término a la amistad con los Estados Unidos.[1]

La imputación de que el Primer Ministro de Cuba *ha traicionado la causa que lo llevó al poder* provocó sorpresa, incluso en círculos allegados al Departamento de Estado.

La carta de Eisenhower no quedó sin respuesta. El Presidente de la República, doctor Osvaldo Dorticós, en tono sereno y respetuoso, escribió a los estudiantes chilenos, agradeciendo su preocupación por la suerte de Cuba y dando merecida rectificación a las afirmaciones y conjeturas del Presidente yanqui.

1 Periódico *Revolución,* 9 de abril de 1960.

— En la susodicha carta hay reiteradas alusiones al principio de no intervención, piedra angular del Derecho Internacional Americano; más, al mismo tiempo, se vulnera ostensiblemente ese principio al enjuiciar, de manera directa, arbitraria y poco amistosa, al Gobierno que el pueblo de Cuba se ha dado a sí mismo al precio de veinte mil vidas útiles, generosas y dignas, y de siete años de heroica, abnegada y pertinaz brega patriótica. Durante largos períodos de censura total de prensa, cuando caían asesinados periodistas, profesores, estudiantes, obreros y campesinos, cuyo único delito era expresar de algún modo su repudio a un régimen de exterminio al servicio de intereses antinacionales, no hubo candorosas inquietudes por la traición que contra la democracia continuaban perpetuando quienes se habían apoderado del poder mediante un típico golpe filibustero. En cambio, en esa trágica sazón armas norteamericanas, diz que destinadas a garantizar la defensa hemisférica contra agresiones extracontinentales, se volvían contra el pueblo de Cuba y eran utilizadas para ametrallar y asesinar a los combatientes de la libertad. No hubo entonces la más leve manifestación de censura, ni amago alguno de denuncia formal, ni mucho menos retirada de asesores militares. Hubo algo peor, la condecoración de los más calificados verdugos del pueblo cubano por un almirante naval de los Estados Unidos.

Y continuaba la misiva presidencial*:*

— Jamás gobierno alguno fue tan leal a su pueblo y a los principios que lo llevaron al poder que éste que yo me honro en presidir. Si por primera vez en su historia Cuba es hoy verdaderamente independiente, libre y soberana, por primera vez, también, el pueblo cubano se rige directamente a sí mismo en una democracia efectiva, mediante su participación real en la conducción de sus propios destinos.

Dorticós enumeró el programa básico que la Revolución había prometido en los días de la lucha contra la tiranía: modificar el régimen de posesión de la tierra, proscribiendo efectivamente el latifundio, entregando la tierra al que la trabajara; acrecentar el nivel de consumo de los campesinos; impulsar el nivel de desarrollo industrial del país; defender con firmeza la soberanía nacional y la independencia económica; reformar la enseñanza y combatir el analfabetismo hasta erradicarlo, además de resolver el dramático problema de la vivienda, construyendo decenas de miles de casas económicas.

— Los líderes de nuestra Revolución prometieron la igualdad ante

la ley y el Gobierno Revolucionario garantiza esa igualdad del único modo posible, o sea, mediante la igualdad de posibilidades para todos y mediante la garantía de que el poderío económico privado no sea fuente de privilegios.

A la aseveración de que ningún funcionario yanqui había formulado jamás declaraciones hostiles, Dorticós contestó:

— ¿Cabe mayor hostilidad verbal que hablar de "traición" refiriéndose a un Gobierno amigo? Y esta declaración es la última de una serie, pero la última. La Oficina de Prensa de la Casa Blanca, el Secretario de Estado y miembros del Congreso, de las Fuerzas Armadas y hasta del Poder Judicial, han venido conjuntando su hostilidad a las medidas de justicia social y de transformación política y económica que ha adoptado, en uso de sus potestades inalienables y en beneficio del pueblo cubano, el Gobierno Revolucionario.

Y concluía*:*

—¿Es que se pretende obligarnos a considerar como irrespetuosidad, irreverencia o crimen que un país pequeño haga llegar sus puntos de vista a la opinión pública mundial, y que sea en cambio legítimo y plausible que las grandes naciones usufructúen en perjuicio ajeno los oligopólicos medios de información de nuestro tiempo?[2]

Tras pormenorizar las muchas razones de Cuba, incluyendo la desproporción con que los Estados Unidos se beneficiaron siempre en las relaciones económicas bilaterales, Dorticós invitó a los estudiantes chilenos a confrontar ambos textos para hallar la verdad, y venir a Cuba a comprobar *in situ*, hurgando en nuestra realidad, cada una de las afirmaciones contenidas en su carta.

El Embajador de Cuba en Santiago de Chile, Juan José Díaz del Real, entregó la carta al Directorio de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), miembros del cual aceptaron visitar a Cuba. La carta recibió una divulgación amplísima, siendo acogida favorablemente por la opinión pública chilena. De igual manera, un impacto importante tuvo una enérgica carta dirigida a los estudiantes chilenos por Ricardo Alarcón de Quesada, entonces Presidente interino de la Federación Estudiantil Universitaria, y otros dirigentes universitarios cubanos.

Los dirigentes estudiantiles chilenos tuvieron oportunidad de visitar ambos países, tras lo cual le dieron la razón a la Revolución Cubana. Curiosamente, cuando el Presidente Dorticós hizo una extensa gira por Suramérica, no llegó a Santiago de Chile, al no ser

2 Las citas pueden ser halladas en el periódico *Revolución* del 12 de abril de 1960.

invitado por las autoridades de aquella nación.

Lo inédito

Tuve el privilegio de acompañar al Presidente Osvaldo Dorticós en un episodio inédito: la primera gira que hiciera un Presidente de la República de Cuba por América Latina. Hasta entonces, los presidentes cubanos solían viajar a los Estados Unidos poco después de ser elegidos o de asumir la primera magistratura de la nación, en busca de bendiciones políticas y apoyos económicos, de consejos y orientaciones. A los Estados Unidos viajaron Gerardo Machado, Miguel Mariano Gómez, Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás. Los dos últimos tuvieron el gesto de incluir, por mera cortesía, a México. Todas las visitas a los Estados Unidos fueron de carácter oficial. En visita privada, lo hizo Fulgencio Batista.

Sin embargo, ningún Presidente de la República durante la Revolución ha visitado oficialmente los Estados Unidos. No lo hizo Manuel Urrutia en sus seis y medio meses de gestión, y no lo hizo Osvaldo Dorticós, en diecisiete años. Tampoco lo ha hecho el Comandante en Jefe, Fidel Castro.

La gira de la delegación encabezada por el Presidente Osvaldo Dorticós Torrado fue al sur, de la Argentina a México. La idea no nació de nosotros. En ocasión del sesquicentenario de la independencia de la República Argentina, el Presidente Arturo Frondizi le cursó una invitación oficial a Dorticós para que visitara Buenos Aires y participara del programa de la denominada *Semana de Mayo*. Ante la eventualidad del viaje del Presidente de Cuba, los gobiernos de Brasil, Venezuela, Perú y México le cursaron otras invitaciones similares.

Ya Cuba era objeto de una demencial campaña de prensa y blanco de innumerables agresiones terroristas. Se pretendía aislarla política y diplomáticamente. Ello confería a las invitaciones un valor extraordinario, pues eran los últimos resquicios de independencia de algunos de estos gobiernos en su política hacia Cuba.

No faltaban, por supuesto, los que en el subcontinente se opusieron a la visita del Presidente de Cuba, alegando una crisis bilateral cubano-estadounidense. Recibir a Dorticós podía ofender a Washington. Antes y durante la gira, los Estados Unidos ejercieron una presión despiadada sobre los gobiernos latinoamericanos y maniobraron diligentemente para hacer abortar la visita. Es forzoso decir que algunos de aquellos gobiernos fueron víctimas, tiempo después, de

cruentos golpes de Estado patrocinados por los Estados Unidos.

Recibidas las invitaciones correspondientes, tras un rápido análisis con Fidel, se decidió aceptarlas. El 19 de mayo se llevó el asunto a la reunión del Consejo de Ministros. Se acordó, mediante la Ley 795, autorizar al Presidente de la República a cumplimentar las invitaciones. Se decidió incluir a Uruguay en la lista de países a visitar.

La delegación, conocida oficialmente como Embajada Extraordinaria en Misión Especial, quedó completada por el doctor Raúl Roa García, ministro de Relaciones Exteriores; comandante Pedro Miret Prieto, ministro de Agricultura; doctor Luis M. Buch Rodríguez, ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros; comandante Juan Almeida Bosque, jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde; doctor Leví Marrero Artiles, director del Departamento de Organismos Internacionales del Ministerio de Relaciones Exteriores; capitán Miguel A. Duque de Estrada, director del Departamento de Asuntos Latinoamericanos del propio ministerio, y Manuel E. Yepe Menéndez, director de Protocolo de la Cancillería.

22 de mayo

El domingo 22 de mayo, bajo una llovizna pertinaz, llegamos al aeropuerto internacional José Martí, de Rancho Boyeros. Nos esperaban el Cuerpo Diplomático, encabezado por su decano, el Nuncio Papal, monseñor Luigi Centoz, y el Consejo de Ministros en pleno, incluyendo al recién estrenado ministro de Salud Pública, doctor José Ramón Machado Ventura. Poco después de estar allí, llegaron Fidel y Raúl.

A la prensa le llamó la atención un bello libro que Dorticós llevaba en sus manos. Le preguntaron si se trataba de la Biblia y Dorticós aclaró que era una edición de las obras completas de José Martí. Pero no era lo único que llevábamos. En realidad, horas antes, previendo los entuertos a salvar, nos apertrechamos. El Che nos sugirió que lleváramos pruebas inequívocas del sometimiento de la prensa burguesa cubana a la dictadura batistiana, y de cómo el tirano, secretamente, subvencionaba a las empresas periodísticas y a muchos profesionales, en Cuba y en el extranjero.

La previsión era absolutamente fundada. Por aquellos días se libraba los últimos episodios de una enconada batalla de ideas en el país, de delimitación de los bandos políticos. La prensa reaccionaria había pasado a asumir posiciones de enfrentamiento abierto, aban-

donando las sutilezas de los primeros meses. Los elementos revolucionarios dentro de aquellas empresas periodísticas reaccionaron, introduciendo "coletillas" en las informaciones tendenciosas, como alternativa a las calumnias y manipulaciones de la verdad. Algunas empresas periodísticas habían quebrado. Otras fueron abandonadas por sus dueños y ocupadas por los trabajadores. Lo cierto es que se acusaba a la Revolución Cubana de limitar la sacrosanta libertad de prensa. La campaña tenía repercusiones colosales en el continente, aupada por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). La previsión del Che nos sería muy útil, pues en cada país el tema salió a relucir, y nuestro primer argumento, el más sólido, era distribuir entre los periodistas del continente las pruebas inequívocas de cómo aquellos periódicos, que en ese momento se cerraban o transformaban en Cuba, habían estado pagados por el tirano Fulgencio Batista, sin que nadie protestara en América. La libertad de prensa era esgrimida contra la Revolución Cubana a pura conveniencia.

Tras intercambiar unos minutos en el salón de protocolo, salimos a la losa del aeropuerto. El ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, comandante Raúl Castro Ruz, se acercó al capitán José Cuza, jefe de la Casa Militar del Palacio Presidencial, y le dio una única instrucción:

— *Que no te maten al Presidente.*[3]

Abordamos un avión *Britannia* de la Compañía Cubana de Aviación, y partimos para Buenos Aires a las seis de la tarde. Desde el avión, el Presidente envió un sentido mensaje al pueblo. Pasadas las diez y treinta de la noche hicimos nuestra primera escala técnica en el aeropuerto Pialco, en Port-of-Spain, Trinidad y Tobago. Dorticós concedió una conferencia de prensa y fuimos agasajados por las autoridades locales, tras lo cual partimos.

Hicimos otra escala técnica de varias horas en la populosa São Paulo, en Brasil. En un avión militar llevaron a Dorticós a la isla de Florianópolis, a encontrarse con el Presidente João Goulart. Al volver al aeropuerto para continuar viaje a Buenos Aires, Dorticós se encontró con un espectáculo muy singular. Mientras hacían tiempo por su regreso, Raúl Roa se fue con el periodista *Eddy* Martin y otros compañeros a un cercano puesto de venta de naranjas. Para entretenerse, a Roa se le ocurrió tirarle naranjas a *Eddy* Martin mientras el vendedor las contaba. Se quitó el saco y lanzó la primera naranja.

3 La escolta que se llevó era reducidísima, quizá seis o siete compañeros.

Poco después estaban jugando a la pelota, y como algunas naranjas se reventaban, el jugo le ensuciaba la ropa. Al llegar Dorticós y ver como Roa tenía la corbata y la camisa manchadas de jugo de naranjas, lo miró incrédulo, momento en que Roa salió con una de las suyas:

Mira como estoy, chico; las naranjas brasileñas son una mierda.

Argentina

Partimos hacia Argentina, a donde llegamos a las cinco y cuarenta de la tarde del 23 de mayo. En el aeropuerto Eceiza, en Buenos Aires, nos esperaban el Presidente de la República, Arturo Frondizi, el ministro de Relaciones Exteriores, Diógenes Taboada, y otros funcionarios. En la ceremonia solemne de recibimiento se prescindió de la banda militar, pues el Gobierno de Argentina había declarado duelo oficial por el dantesco terremoto que horas antes había asolado a la República de Chile, con el trágico saldo de centenares de muertos y decenas de miles de damnificados.

Una banda de músicos, que acudió al aeropuerto con los miles de bonaerenses convocados por organizaciones estudiantiles y cívicas para tributarnos una calurosa bienvenida, se encargó de interpretar los dos himnos nacionales. La multitud gritó sin descanso consignas que se nos harían interminables a lo largo de la gira que recién iniciábamos: *Cuba sí, yanquis no*; *Yanquis atrás, a Cuba no detendrás*.

Frondizi recibió con un abrazo a Dorticós y acompañó a la delegación cubana hasta el hotel *Alvear Palace*. Otra multitud vitoreó fervientemente nuestra llegada. El intendente de Buenos Aires entregó las llaves de la ciudad al Presidente Dorticós. Sin desempacar apenas, nuestro Presidente comenzó una apretada agenda, bajo el asedio constante de la prensa. Esa noche y en los días siguientes concedió conferencias de prensa y entrevistas para algunos órganos de difusión, en especial Radio Rivadavia y Radio Splendid. A todos impresionó por su inteligencia y serenidad. Esperaban ver a un guerrillero rudo en saco y corbata, y se hallaron con un intelectual de finos modales, expresión fácil y cultivada, de ideas sedimentadas.

El miércoles 24 de mayo, a las diez y treinta de la mañana, Dorticós hizo una visita de cortesía al Presidente Frondizi en la Casa Rosada. Después, conjuntamente con los presidentes de Perú, doctor Manuel Prado, y de Uruguay, doctor Benito Nardone, asistió a un acto en el

Palacio de Justicia. A la vez, el comandante Juan Almeida y los otros jefes de las delegaciones militares presentes en Buenos Aires fueron agasajados por el ministro de Defensa de Argentina.

A las dos de la tarde de ese día, el comandante Pedro Miret, ministro de Agricultura, cumpliendo orientaciones del Presidente Dorticós partió en un avión de Aerolíneas Argentinas hacia Santiago de Chile. Durante dos días, evaluó con las autoridades chilenas la mejor manera de contribuir a paliar los efectos del reciente sismo. El Gobierno Revolucionario concedió una ayuda directa de un millón de dólares: ochocientos mil de ellos en azúcar y el resto en efectivo. Mientras, en Cuba, el pueblo se movilizó de forma impresionante. Fidel organizó personalmente todas las acciones de ayuda. El senador chileno Salvador Allende, de visita en La Habana, pudo comprobar la magnífica respuesta popular cubana a la desgracia de su pueblo.

En horas de la noche, el Presidente Arturo Frondizi ofreció una cena en el Palacio 25 de Mayo, situado en la Avenida Libertador General San Martín. Cuando íbamos hacia el Palacio de Gobierno tuvimos que dar un rodeo por la ciudad, para dar tiempo a que la esposa del Presidente Frondizi, Elena Faggionato, llegara al Palacio, pues ellos estaban separados. Sólo se veían en las recepciones. Al fin llegamos.

El semental de la Corte

Temprano en la mañana del 25 de mayo, aniversario de la independencia argentina, Dorticós concurrió al Palacio de Gobierno. Poco antes de las diez de la mañana, acompañó al Presidente Frondizi y las más altas autoridades argentinas, bajo honores militares, hasta la catedral metropolitana, distante dos cuadras. El Cardenal, Antonio Caggiano, ofició un servicio religioso. A la una de la tarde se efectuó el desfile militar, presenciado por doscientas mil personas. Durante tres horas pasaron revista todos los ejércitos latinoamericanos y europeos que correspondieron a la invitación, así como unidades selectas de la Marina, el Ejército y la Aviación de Argentina.

Cinco días antes, el 20 de mayo, habían llegado a Buenos Aires

4 Coincidentemente, el ex-coronel Manuel Ugalde Carrillo, asesino del padre de Fortuny, servía como testigo en el Senado de los Estados Unidos para formar el expediente de agresión contra la Revolución Cubana.

veinticinco cadetes de la Fuerza Aérea Rebelde, con la intención de participar en el desfile militar que iba a producirse durante las festividades de la *Semana de Mayo*. El teniente Mario Fortuny[4] fungía como jefe del pelotón. Estaban destacados oficiales rebeldes, entre ellos el capitán Arturo Lince y el teniente Agustín Ladrón de Guevara, muchos de los cuales terminaron siendo valiosos pilotos. Era la primera vez que una unidad del Ejército Rebelde acudía a una ceremonia fuera de Cuba.[5]

Nuestros cadetes quedaron formados a unos cien metros de la tribuna presidencial. Por cierto, un pequeño grupo de individuos les gritó algunos insultos, siendo acallados rápidamente por los ensordecedores gritos y aplausos de la muchedumbre.

El orden de las unidades militares invitadas estuvo determinado por el alfabeto: Bolivia, Brasil, Cuba, Chile, Ecuador, España, Francia, Paraguay, Perú y Uruguay. Hubo despliegue de ranciedad. Algunas tropas impresionaban por su vistosidad, especialmente las de Perú, con sus entorchados y plumajes. En contraste, el pelotón de jóvenes rebeldes, con sus uniformes de campaña verdeolivos, su boina negra y su fusil *Garand* de combate, al desfilar por la Avenida Libertador General San Martín, en su sencillez y sentido rebelde,[6] multiplicaron la simpatía popular, siendo aplaudidos y ovacionados como a ninguna otra delegación, con gritos de *¡Viva Cuba, Viva la Revolución Cubana!* Simbolizaban el acontecimiento que marcaba desde el año anterior la historia del continente: una revolución ganada sin el Ejército y contra el Ejército.

La policía montada tuvo que contener a la multitud que quería alcanzar a los cadetes cubanos para estrecharles las manos. Al llegar al final, en el barrio de Belgrano, los cadetes marcharon cantando la Marcha del 26 de Julio.

Antes de iniciarse el desfile, ocurrió un grave incidente protocolar, que sacó a relucir la fuerza telúrica del verbo de Raúl Roa y la dignidad en ristre de los revolucionarios cubanos.

5 Meses antes, probablemente para la recepción que el Presidente ofreció en el Palacio Presidencial por el Año Nuevo, aquellos cadetes de la Fuerza Aérea Rebelde custodiaron, de perfecto uniforme, la escalinata de la mansión ejecutiva, impresionando a los diplomáticos extranjeros y otras personalidades concurrentes.

6 El diario *Clarín* describió: *Con boina y sin barbas, marcando el paso con la firme decisión de una juventud henchida de ideales, marcharon los soldados de la Sierra Maestra, los isleños de la Cuba deliciosa del azúcar y el tabaco. Para ellos, que son de la tierra del calor, hubo calor de aplausos al desfilar frente a la multitud*. Periódico R*evolución*, 26 de mayo de 1960.

La delegación cubana fue invitada a la tribuna presidencial. Al subir, el Presidente Dorticós fue ovacionado delirantemente por la multitud. Minutos después, el resto de la delegación se dispuso a ocupar el lugar indicado en el estrado por el protocolo argentino; pero cuando íbamos subiendo, llegó la delegación inglesa, encabezada por el Príncipe Consorte. Los funcionarios argentinos nos pidieron que cediéramos paso al dignatario y a su comitiva, gesto injustificado que mucho nos molestó. Roa se encabronó, y remató el momento con una de sus estocadas verbales:

— *¿Qué carajo* Príncipe Consorte*? Lo que es, es* El Semental de la Corte*. Nosotros nos retiramos.*

Tomamos los automóviles y nos fuimos al hotel. Cuando el Presidente Dorticós regresó, se le informó de lo ocurrido. Dorticós decidió que, en gesto de protesta, la delegación cubana no asistiría a la función de gala que habría esa noche en el teatro Colón. Cuando se le informó al Presidente Frondizi, éste "puso el grito en el cielo". Queriendo evitar un desplante que entorpeciera la celebración, Frondizi le rogó a Dorticós que reconsiderara su decisión, pero nuestro Presidente se mantuvo firme. Frondizi decidió ir personalmente al hotel a buscar a Dorticós para que concurriera a la gala. Dorticós no tuvo alternativa esta vez, pero como gesto de protesta decidió que el resto de la delegación no lo hiciera, permaneciendo nosotros en el hotel. Entonces, ocurrió algo extremadamente simpático.

Dorticós andaba vestido de calle cuando Frondizi llegó al hotel y lo determina. Como el protocolo suele ser muy exigente, Dorticós pasó a su habitación a ponerse el traje de etiqueta. Mientras, Frondizi se quedó con nosotros en la antesala de la *suite*. En el apuro, Dorticós se puso un solo zapato de etiqueta. Ambos partieron sin que nos percatáramos del detalle. Cuando el Presidente regresó al hotel, nos contó que al llegar al teatro fue para un palco junto a los jefes de Estado invitados. Cuando comenzó la función, se percató del desliz y comenzó a vérselas negras, escondiendo el zapato de calle. Virtualmente, no pudo disfrutar del espectáculo.

Inesperadamente

En la mañana del 26 de mayo, en un gesto que sorprendió por completo a los cuerpos de seguridad y a las autoridades locales, el Presi-

7 Rodolfo León Álvarez, teniente ayudante del Presidente de la República.

dente Dorticós visitó libremente la librería Ateneo, en el centro de Buenos Aires. Le acompañamos el doctor Raúl Roa, el capitán José Cuza, *Macho* León[7] y yo.

Como la librería aún no estaba abierta, León bajó por una rampa y habló con los dueños, quienes de inmediato abrieron el negocio. Durante más de una hora estuvimos curioseando y adquiriendo libros, hasta donde los escuálidos presupuestos lo permitieron. El que peor la llevó fue Dorticós, pues los curiosos y los dueños comenzaron a asediarlo, y apenas pudo revisar los anaqueles. De todos modos, compró *Panorama de las Ideas Contemporáneas*; *Revolución o Golpe de Estado*; *Obras Selectas,* de Miguel de Unamuno, y una *Interpretación de la Historia Universal*, que eran novedades editoriales en ese momento.

La presencia de Dorticós llamó rápidamente la atención y se produjo el consabido agolpamiento y la parálisis del tráfico de esta parte de la ciudad. La gente se subía en los techos de los automóviles para ver a la delegación cubana. Cuando abandonamos la librería, Dorticós fue rodeado. Lo mismo le daban la mano que le pedían autógrafos. Caminamos por la calle Florida hasta la Avenida Bartolomé Mitre, pasando por Sarmiento y Cangallo. Se nos fue sumando una multitud de curiosos. En la Avenida Bartolomé Mitre, nos detuvimos unos instantes. Le hicimos señas a un taxi, y en medio del aplauso de los sorprendidos bonaerenses, regresamos al hotel.

Ese día, a las once de la mañana, Dorticós ofreció un cóctel al que concurrieron varios ministros, generales, almirantes y políticos argentinos, representantes de las delegaciones extranjeras, y encumbrados intelectuales, entre los que recuerdo a Alfredo Palacios, Miguel Ángel Asturias, Rafael Alberti y Rissieri Frondizi. Cuando ya se estaba terminando la recepción, inesperadamente, hizo acto de presencia el Presidente Arturo Frondizi. Su presencia era un acto de desagravio *por los trastornos e inconvenientes suscitados al Canciller Roa y a otros miembros de la delegación, por detalles que no cuidó el ceremonial del Estado*, según especuló la prensa.[8]

Entre el Presidente Arturo Frondizi y su hermano Rissieri,[9] rector de la Universidad de Buenos Aires, una relevante personalidad académica de ideas de izquierda, había un gran distanciamiento. Su co-

8 Periódico *Revolución*, 27 de mayo de 1960.

9 Semanas antes había firmado, junto con Salvador Allende, Lázaro Cárdenas y otras personalidades latinoamericanas, un mensaje de amistad y solidaridad con la Revolución Cubana frente a las actitudes agresivas de los Estados Unidos.

municación política estaba rota. Mientras se encontraba conversando con el Presidente Frondizi, el rector se acercó a saludar efusivamente a Dorticós, y los hermanos no tuvieron más alternativa que saludarse. El rector le comentó a Osvaldo:

— Sólo Cuba ha podido lograr que nosotros nos hayamos tratado nuevamente.

En la tarde de ese día, visitamos el Palacio Legislativo. Nos aguardaba el Presidente de la Cámara, doctor Federico Fernández de Monjardín, y cerca de medio centenar de diputados oficialistas y de la oposición. Dorticós sostuvo un diálogo animado con los legisladores. Hizo hincapié en demostrar cómo en torno a Cuba los poderosos medios de comunicación de los Estados Unidos habían fabricado una colosal cortina de infundios. Dijo tener la experiencia personal de turistas estadounidenses que visitaron a Cuba y sus familiares los despidieron en el aeropuerto llorosos, como si partieran a la guerra o al infierno; todo a causa del clima de tensión y a las mentiras sobre la Revolución Cubana diseminadas por el mundo. Dorticós "puso rodilla en tierra" en más de una oportunidad en defensa del derecho de Cuba de regir sus destinos sin interferencias ni protectorados. Defendió el derecho de Cuba a comerciar con la Unión Soviética. Por delicadeza, no dijo que Cuba se relacionaba con ese país y su entorno socialista con el mismo albedrío que lo hacían Argentina o los Estados Unidos.

Lo curioso es que en aquellos días, incluso en Argentina, se machacaba con la idea de que los nexos comerciales y políticos que el Gobierno Revolucionario fijaba con los países socialistas eran prueba de la intención de quebrar lo que se dio en llamar solidaridad interamericana. Sin embargo, nadie cuestionó el hecho de que, ese mismo 26 de mayo, el Presidente Arturo Frondizi se entrevistara con Alexéi Kosiguin, Vicepresidente del Gobierno soviético, durante la recepción en el hotel *Alvear Palace*, y se pronunciara luego por estrechar las relaciones económicas con la Unión Soviética, o el hecho de que a las festividades de la *Semana de Mayo* se hubiese invitado a siete países socialistas, los mismos con los cuales Cuba intentaba establecer nexos comerciales,

La conversación con los diputados argentinos se extendió hasta más allá de la hora prevista, con lo cual llegamos atrasados a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, invitados por el Consejo Universitario. Nos esperaban el rector con su Consejo y los representativos de la Federación de Estudiantes, y

también tres mil estudiantes, en el salón de actos y en las salas y los pasillos adyacentes. Los organizadores tuvieron que colocar amplificadores en la parte externa. La presión de los alumnos por penetrar al interior del recinto principal fue tan grande que los cristales de las puertas terminaron rotos. El diputado nacional, líder político y eminente jurisconsulto argentino, doctor Alfredo Palacios, pronunció un hermoso discurso, en términos elogiosos y solidarios con la Revolución Cubana.

En su estilo pausado, con pleno dominio de los temas, Dorticós improvisó un discurso magistral. Las dificultades afrontadas por el Gobierno Revolucionario en sus relaciones con los Estados Unidos fueron desmenuzadas. Dorticós explicó porqué la Ley de Reforma Agraria era la base de la Revolución y la causa de las fricciones con los Estados Unidos:

— Inmediatamente después de ello comenzaron las notas diplomáticas. Los que estaban acostumbrados a mandar, contaban ahora con una nación que se mandaba a sí misma. Rechazamos todas ellas en lo que implicaban mermas de nuestras decisiones soberanas, quebranto para nuestros principios revolucionarios. Pero, sin embargo, en el afán reiterado de mantener las mejores relaciones con aquel país, para cuyo pueblo tenemos el mismo amor fraterno que para todos los pueblos del mundo, una y otra vez, en múltiples ocasiones oficiales, dijimos al Gobierno de los Estados Unidos que estábamos dispuestos a negociar toda la controversia surgida por las vías diplomáticas normales.

— A ello se contestaba afirmativamente, pero en múltiples ocasiones se nos decía que había que comenzar por discutir la misma Ley de Reforma Agraria. A ello contestamos que no, que en Cuba, desde el primero de enero de 1959, quien dicta las leyes es el Gobierno cubano.[10]

Tras el acto, regresamos al hotel. Esa noche, de foma discreta, se produjo el más alto contacto oficial habido hasta entonces entre Cuba y la Unión Soviética, que ha permanecido inédito hasta hoy.

Un supuesto periodista de la agencia de noticias soviética *TASS*, quien había hecho amistad con el teniente *Macho* León, al salir del *Tedeum* celebrado en la catedral metropolitana el miércoles 25 de mayo, le manifestó que el jefe de su delegacion, Alexéi Kosiguin, Vicepresidente del Gobierno soviético, tenía interés en que le comunicara al Presidente Dorticós su propósito de sostener una entrevista.

10 *Obra Revolucionaria*, 3, 28 de mayo de 1960.

Macho León me planteó el asunto y yo se lo comuniqué a Dorticós. La entrevista quedó concertada.

A la hora prefijada, Kosiguin llegó al hotel donde nos hospedábamos. León lo estaba esperando en el *lobby* y lo condujo a la *suite* del Presidente Dorticós. Kosiguin vino con su escolta y el intérprete. La escolta permaneció en la antesala de la *suite* y a Kosiguin sólo lo acompañó el intérprete. Al compañero Mateo, jefe de la escolta de Dorticós, se le vistió de camarero y fue quien llevó el champán que se les brindó a los visitantes. Los miembros de la delegación cubana no participamos de la conversación, pues Dorticós, Kosiguin y el intérprete, a instancias del segundo, salieron al balcón, para evitar cualquier escucha y mantener en reserva los temas conversados. Una vez que terminaron, Kosiguin se despidió. *Macho* León lo acompañó hasta el automóvil.

Aún permanecimos varios días más en Argentina, que fueron aprovechados por Dorticós para multiplicar el esfuerzo por levantar simpatías y apoyos a la Revolución Cubana. Miembros de la delegación viajaron a varias ciudades para disertar sobre aspectos de nuestra realidad política y económica. El capitán de fragata José Manuel Castiñeiras, jefe de la Marina de Guerra, fue a Córdoba, y el comandante Pedro Miret, a Rosario.

El 27 de mayo ocurrió, quizás, el más infortunado incidente de la visita. El Presidente fue invitado a la sede del Sindicato de Obreros Metalúrgicos. Se nos dijo que *Las 62*, organizaciones gremiales de todas las tendencias, querían hacerle llegar un mensaje de solidaridad al pueblo cubano. Poco después de arribar, nos percatamos de que la convocatoria al acto había sido parcial, excluyente. En evitación de que se nos pudiera acusar de sectarios, favorables a alguna tendencia obrera, Dorticós decidió retirarse. Por indicaciones suyas preparé una explicación para los medios de información. El asunto no tuvo mayores consecuencias.

La visita a Argentina nos dejó un dulce sabor. Por todas partes encontramos solidaridad total con la causa revolucionaria cubana, y disposición plena a acudir físicamente a Cuba, en calidad de voluntarios, si los Estados Unidos provocaban una agresión militar, como ya comenzaba a ser ostensible. Nos fuimos, convencidos de que Argentina resistiría las presiones yanquis para aislar a la Revolución Cubana, pero Frondizi fue cediendo "de a poquito". En 1962, presionado por los militares, tras la reunión de la Organización de Estados

Americanos en Punta del Este, Uruguay, el Presidente Arturo Frondizi decidió romper las relaciones diplomáticas con Cuba. Se dio al personal diplomático cubano cuarenta y ocho horas para abandonar el país, lo que supuso un serio problema logístico que se resolvió con la cooperación de las embajadas de Checoslovaquia y Brasil. Como el doctor Raúl Roa tenía cierta amistad con el canciller argentino, le envió un mensaje peculiar. El diplomático cubano Martín Mora sirvió de comunicante:

— *Una última encomienda. Antes de irte de Buenos Aires vete a ver al canciller y le dices que yo me cago en el coño de su madre*.

Mora cumplió la encomienda.[11] Arturo Frondizi terminó depuesto por los militares.

Uruguay

A las nueve y treinta de la mañana del domingo 29 de mayo, tras cuarenta y cinco minutos de vuelo, llegamos al aeropuerto Carrasco, en Montevideo, República Oriental del Uruguay. Nos esperaban el Presidente del Consejo Nacional de Gobierno, Benito Nardone, el canciller, Homero Martínez, y miembros del Gobierno y los institutos armados. Fue el recibimiento oficial.

Lo significativo y emotivo fue el impresionante mar de pueblo que nos esperó y aguardó, pese a hora tan temprana de un día de asueto en el invierno suramericano. Una colosal caravana popular, de más de un centenar de vehículos, que cubría varias cuadras, convocada por las organizaciones estudiantiles y obreras, custodió la caravana oficial hasta el centro de la capital uruguaya. El Gobierno dispuso un trayecto que evitaba pasar por zonas populares. *Ex profeso*, se excluyó pasar frente a la Universidad Nacional. De todos modos, fuimos vitoreados y aclamados por el pueblo. Las calles estaban virtualmente tapizadas con carteles de apoyo y solidaridad con Cuba.

Sin habernos instalado completamente en el hotel *Victoria Plaza*, la delegación pasó la Plaza de la Independencia y efectuó la primera actividad oficial: una visita de cortesía al Presidente Nardone en el Palacio de Gobierno. Al salir, siempre aclamados por el pueblo, Dorticós depositó una ofrenda floral al héroe nacional del Uruguay, José Artigas. Luego caminamos a la Plazoleta Cuba a colocar una

11 En *El Canciller*, de Manuel González Bello, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999, p. 89.

corona de azucenas blancas en el busto de José Martí. Regresamos a pie al hotel.

A la una de la tarde, volvimos a la casa de Gobierno, a un almuerzo con el Presidente. En todos los casos, estuvimos acompañados por nuestro Embajador en Montevideo, doctor Mario García Incháustegui. Asediado por la prensa, Dorticós en la tardeofreció una larga conferencia de prensa en el hotel, la que aprovechó para reafirmar que Cuba seguiría manteniendo relaciones con los Estados Unidos, sin hacerles el juego a los que estaban empeñados en interrumpirlas; reafirmando que cualquier agresión sería respondida. Identificó como nuestros principales enemigos a los monopolios, que eran estadounidenses no por elección de los cubanos.

Como ya había ocurrido en Argentina, y volvería a reeditarse en cada país visitado, Dorticós fue interpelado acerca de la libertad de prensa en Cuba. En su respuesta, dispuso los cheques emitidos por la tiranía de Fulgencio Batista y cobrados por los periódicos habaneros. Mostró los cheques que en su momento cobró el director del *Diario de la Marina*, y la carta enviada por el tirano de la República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo, exigiéndole la devolución de un préstamo por ciento cincuenta mil dólares. Ésa era la *prensa libre* que en aquellos momentos se estaba cerrando en Cuba por hacerle el juego a la agresión yanqui.

Los Estados Unidos anunciaron por aquellos días la suspensión de la ayuda técnica a Cuba, consistente en siete técnicos vinculados a la raquítica producción de kenaf en el país. Interrogado sobre la medida, Dorticós apeló a una verdad que más bien parecía sarcasmo:

— De lo que nosotros sí nos hemos enterado, es de que ha sido retirada la ayuda técnica; de lo que no nos habíamos enterado es de que nos prestaban ayuda técnica alguna.

— Esa medida que adoptan los Estados Unidos contra Cuba, no nos hace ningún daño. Pero es un signo de agresión. Evidencia la política de agresión y una intención agresiva.[12]

En todo momento sentimos la vigilia del pueblo frente al hotel, dando muestras reiteradas de adhesión. En la mañana siguiente, los funcionarios que acompañábamos a Dorticós sostuvimos entrevistas con los homólogos uruguayos. Por la tarde, visitamos el Palacio Legislativo y al Presidente de la Corte Suprema de Justicia. A las siete de la noche, convocada por la Central Única de Trabajadores, la

12 Periódico *Revolución,* 31 de mayo de 1960.

Federación de Estudiantes Universitarios de Uruguay y numerosas organizaciones sociales y políticas, tuvo lugar una gigantesca concentración popular de solidaridad con Cuba en la Plaza Libertad. La efervescencia popular nos ahogaba; sin embargo, equivocadamente, creímos que el fervor había llegado a su pináculo.

Pasada la hora prevista, se dio por terminada la concentración y se anunció que el Presidente Dorticós y la delegación cubana asistirían a continuación a una sesión pública y solemne del Consejo Central Universitario, en la cercana Universidad de Montevideo. Fue tanto el enardecimiento popular, que aquella multitud nos acompañó hasta la Universidad. Veinte mil personas desfilaron por la calle 18 de Julio, cubriendo diez cuadras, hasta el paraninfo de la Universidad. La situación era incontrolable. Demoramos cerca de una hora en poder entrar. No había manera de franquear la masa humana. Varios compañeros, entre ellos recuerdo al doctor Raúl Roa, entramos sin tocar el piso, en brazos de la multitud, que coreaba consignas antiimperialistas. Aquel espectáculo magnífico, en el cual la seguridad del Presidente y de cada uno de nosotros estaba en grave peligro en caso de que alguien pretendiera atentar contra nuestras vidas, arrancó una de las frases más hermosas que le escuché a Roa, verdadero artífice de expresiones célebres en la retórica revolucionaria:

— Hemos llegado envueltos, revueltos y devueltos por esta muchedumbre.

Raúl Roa y Dorticós, en magníficos discursos, sentaron las posiciones y los propósitos del Gobierno Revolucionario. Roa afirmaría algo que después, en México, al final de la gira, Dorticós perfeccionaría, para dejarlo sentado como el cénit de la política exterior de la Revolución Cubana:

— No somos enemigos de ningún pueblo; queremos ser amigos de todos los pueblos, pero no estamos dispuestos a ser siervos de ninguna potencia.[13]

En fin, dijo Roa, que la política exterior de la Revolución no obedecía a recaditos ni imposiciones, porque había nacido sin ataduras, supeditaciones o servidumbres; sin que se nos pudiera imponer el dogal del dilema de elegir entre oriente u occidente en la política mundial, porque Cuba no quería un mundo dividido, sino libre sobre las bases de la comprensión entre los pueblos.

Ocurrió que cuando el Presidente Dorticós mencionó en su discurso al comandante Juan Almeida, se produjo una honda ovación

13 Periódico *Revolución*, 31 de mayo de 1960.

de varios minutos y reclamos para ver al jefe del Ejército Rebelde. Como la mesa presidencial había quedado envuelta completamente por los asistentes, no hubo manera de que Almeida pudiera desplazarse y mostrarse. No le quedó más alternativa que subirse a la mesa presidencial. Cuando el entusiasmo de la multitud se aplacó un tanto, Dorticós continuó su discurso, arremetiendo contra la hipocresía:

— Hemos oído muchos discursos, leído conferencias y escuchado sobre panamericanismo y amor fraterno. Se han acumulado frases como se ha acumulado miseria en América.

Esto completaba una expresión anterior de Roa:

— Democracia y miseria son términos incompatibles que han querido convertir en obligatorios. Democracia sin justicia social es un cuento de caminos.

Desde hacía tres años, residía en la ciudad Jacobo Árbenz, con su esposa y dos hijos. En 1954, fue depuesto de la Presidencia de Guatemala, acusado de comunista por aplicar una reforma agraria que afectó los intereses de la *United Fruit Company*. Los Estados Unidos, en concreto los hermanos Dulles, a cargo de la Secretaría de Estado y de la Agencia Central de Inteligencia, organizaron una invasión mercenaria. Con los revolucionarios dispersos y desalentados, con el país virtualmente indefenso, los invasores tomaron el poder y restituyeron los privilegios monopólicos. Una monstruosa y servil dictadura fue establecida en nombre de la democracia. Jacobo Árbenz tuvo que irse al exilio, a contemplar como en su país decenas de miles de hombres y mujeres, ancianos y niños eran asesinados con balas *Made in USA*.

Nos encontramos con Árbenz en Montevideo, y estuvo presente en varias de las actividades de la delegación cubana. A la prensa dijo una verdad como puñal:

— Cuba no será otra Guatemala.

Antes de nuestra llegada, durante la visita y después de ésta, el Gobierno de Uruguay recibió incontables críticas de sectores políticos y sociales por no haber invitado a Dorticós con carácter oficial, obligando a que protocolarmente la visita fuera a título personal. El Gobierno, tomado en la ratonera, se excusó alegando que el gran número de dignatarios —en realidad dos presidentes, Manuel Prado, de Perú, y Dorticós— concurrentes a los actos por el aniversario de la independencia argentina había provocado la decisión de no invitar a ninguno. Mero pretexto. Al abandonar Uruguay la delegación cubana, el ministro de Relaciones Exteriores fue interpelado en el Con-

greso por esta causa.

La prensa del país destacó que Uruguay había vivido en apenas tres meses dos visitas que lo conmocionaron en los cimientos, por razones diametralmente opuestas. Nuevamente, las ironías. Dwight D. Eisenhower llegó un miércoles a las tres de la tarde, con la gente en la calle; Osvaldo Dorticós lo hizo en las primeras horas de un domingo, día de quietud y reposo, con calles desiertas. Eisenhower fue del aeropuerto a la ciudad en un automóvil *Cadillac* especial, blindado; Dorticós lo hizo en un auto común. A Eisenhower lo escoltaron motociclistas, autos policiales, tropas de infantería del Ejército, vehículos artillados; a Dorticós lo hicieron camiones de transporte abiertos cargados de uruguayos. Eisenhower fue abucheado y atacado por las multitudes, y probó hasta el sabor de los gases lacrimógenos de la policía uruguaya; Dorticós fue aclamado con tanto desborde por los uruguayos, que el Gobierno tuvo que adoptar medidas para contener el entusiasmo. Eisenhower llegó a una distancia mínima de sesenta metros de quienes lo recibieron; Dorticós fue envuelto, revuelto y devuelto por la multitud. Eisenhower no habló a la prensa, sino mediante un secretario; Dorticós la convocó inmediatamente, todo el tiempo que quisieron los periodistas. Eisenhower fue recibido en sesión especial del Congreso, sin que los legisladores pudieran acercársele ni hacerle preguntas; Dorticós fue rodeado por los legisladores, contestando todas sus preguntas. Eisenhower fue huésped oficial; Dorticós andaba a título personal.

Ironías: en Uruguay se acordó, dos años después, a instancias de los Estados Unidos, la exclusión de Cuba de la Organización de Estados Americanos, en la reunión de Punta del Este.

Brasil

En la mañana del martes 31 de mayo, partimos hacia Brasilia, nueva capital de Brasil, perdida en el interior de aquel inmenso país.

Llegamos pasado el mediodía, por primera vez sin la presión de las multitudes, inconcebible en la nueva capital de Brasil. El diseño y la ejecución de Brasilia eran el mérito principal de un gran arquitecto comunista, Óscar Niemeyer.[14] En la primavera de 1960, estaba en construcción. Comenzaba a ser la capital administrativa de Brasil, por lo que sólo radicaba allí una parte de los funcionarios guber-

14 Aprovechamos la estancia para visitar *Ciudad Libre*, el barrio donde residían los constructores de Brasilia.

namentales. Aún la mayoría de los organismos y las dependencias federales estaban en Río de Janeiro. Fuimos recibidos con todos los honores protocolares por el Presidente, Juscelino Kubitschek, y su gabinete. Nos instalamos en el hotel *Brasilia Palace*. A la comitiva nuestra se unió inmediatamente el Embajador de Cuba, doctor Rafael García Bárcena.

Por la tarde, en ceremonia solemne en el Palacio de Planalto, Dorticós condecoró a Kubitschek con la Orden Nacional de Cuba Carlos Manuel de Céspedes y recibió a su vez el Gran Collar de la Orden Cruzeiro do Sul. Kubitschek nos ofreció un almuerzo en el Palacio de la Alborada y declaró públicamente que Dorticós se había convertido en parte de la historia de Brasilia, por ser el primer Jefe de Estado extranjero que visitaba la nueva capital de la República. Nuestra visita sirvió para dejar inaugurado el comedor del Congreso Nacional, donde se colocó una placa.

En la tarde del primero de junio, el Congreso de Brasil en pleno, durante cuatro horas, recibió al Presidente Dorticós. Llegamos acompañados por el Presidente del Congreso, Ranieri Mazilli. El Vicepresidente de la República y Presidente del Senado, João Goulart, se mostró especialmente afectuoso. El congresista Gaspar Velhoso, hablando en nombre de sus colegas, saludó y presentó a Dorticós, de quien dijo, no era un extranjero en Brasil.

En su discurso de respuesta, Dorticós hizo énfasis en las coincidencias entre Brasil y Cuba. Reafirmó su apoyo a la iniciativa que un año antes había llevado el Presidente Juscelino Kubitschek a la Conferencia de Buenos Aires, para un plan de inversión y desarrollo en América, que dio en llamar *Operación Panamericana*. Dorticós reiteró la intención cubana de reunir y concertar la acción internacional de los países pobres, sin que ello estuviera reñido con los propósitos brasileros. Cada vez que recalcó la decisión de ejercer sin interferencias la soberanía nacional, fue ovacionado por el público concurrente y aplaudido por los parlamentarios.

La salida de Brasilia se demoró dos horas por problemas mecánicos en el motor de arranque del avión. A las diez y cuarenta de la noche del primero de junio, llegamos a Rio de Janeiro. El aeropuerto Galeão estaba en reparación, pero el Gobierno autorizó que aterrizara el *Britannia* cubano. En el último minuto, los aviadores tuvieron que frenar en seco porque se percataron de que había una zanja en la pista. El avión fue detenido a escasos metros. Si no llega a ser por la pericia de los pilotos, hubiese ocurrido una tragedia de consecuen-

cias incalculables. A pie, fuimos hacia donde se hallaba la comitiva de recibimiento, para la ceremonia protocolar correspondiente. En el recorrido hacia la ciudad, apreciamos cómo las organizaciones políticas, sindicales y estudiantiles amigas de la Revolución Cubana habían tapizado con cartelones y telas de bienvenida los edificios principales.

Al cambiarse la capital a Brasilia, el llamado Distrito Federal de Rio de Janeiro se convirtió en el estado de Guanabara. Su gobernador, Sette Cámara, se mostró especialmente hospitalario. Nos concedió una recepción muy cálida en el Palacio del Gobierno estadual. Igualmente hizo el canciller de Brasil, Horacio Lafer, quien aún no se había mudado a la nueva capital y radicaba en el Palacio de Itamaraty.

Nos alojamos en un hotel frente a la playa de Copacabana. Decenas de destacados artistas, escritores, intelectuales y personalidades de la vida política, obrera y estudiantil brasilera visitaron al Presidente Dorticós. Pese a que la visita a la Universidad de Rio de Janeiro se hizo en horario docente, esto no impidió que se organizara un acto multitudinario, donde Dorticós disertó sobre las realizaciones de la Revolución, en especial acerca de la Ley de Reforma Agraria.

— La Revolución tenía que plasmarse luego de la lucha heroica en normas jurídicas. La Revolución tenía que hacerse a través de canales jurídicos y ha sido preocupación fundamental del Gobierno Revolucionario que todas y cada una de las medidas revolucionarias impuestas en nuestro país no precedan a la ley, sino que la ley misma dicte esas medidas.

Explicó cómo el hambre y la desesperación de los campesinos habían determinado inicialmente que fueran impulsados a ocupar tierras ”por la libre”, sin aguardar por una ley que les concediera el derecho y el procedimiento, y la Revolución había dictado una ley estableciendo que los que ocuparen tierras “por la libre” perderían el derecho a recibir los beneficios de la reforma agraria. La Revolución estaba resuelta a incorporar a los campesinos a la historia y al desarrollo, pero con orden y legalidad.

Mientras revisaba estos pronunciamientos, reflexionaba: estas palabras de Dorticós hoy podrían parecer reaccionarias en Brasil. Allí ha tenido lugar, como respuesta a la reforma agraria prometida y no aplicada, un extraordinario *Movimiento de los Sin Tierra*, determinados éstos a ocupar los enormes latifundios improductivos, como consecuencia de la impaciencia y desesperación de los campesinos por ver incumplidos todos los compromisos de la clase política, alia-

da de la oligarquía nacional. En Cuba, la Revolución, sin compromisos con los latifundistas, no titubeó en repartir la tierra cuando así lo dispuso la Ley de Reforma Agraria. Ésa es la diferencia.

Durante la visita a Brasil, Dorticós padeció una grave disfonía, que limitó seriamente su capacidad de trabajo, teniendo que cancelar varias actividades públicas que demandaban de sus pronunciamientos. Se vio obligado, incluso, a desistir de presentarse en la televisión. El doctor Raúl Roa, todo nervio, suplió en parte la limitación, desarrollando una actividad pública extraordinaria. En la Escuela de Derecho de la Universidad Nacional, ofreció una disertación magistral sobre la política exterior de Cuba.

Pese a su afección, en la mañana del 2 de junio, Dorticós concedió una conferencia de prensa en la Asociación Brasilera de Periodistas. Las preguntas giraron básicamente sobre tres temas: el comunismo, la libertad de prensa, y las relaciones con los Estados Unidos.

Dorticós afirmó que la Revolución Cubana era un fenómeno eminentemente nacionalista, que respondía a las necesidades acumuladas del pueblo cubano y que el anticomunismo era un mero pretexto para atacarnos por dictar medidas que afectaban a los grandes intereses oligárquicos. Dijo que Cuba estaba dispuesta a cumplir con las obligaciones derivadas del Tratado Interamericano, firmado en Rio de Janeiro en 1947, pero que estaría alerta para no ser la víctima de una agresión amparada en dicho convenio.

El *Cristo de Corcovado* y el *Pan de Azúcar* son sitios obligados en una visita a Rio de Janeiro. Como se dispuso que la mañana del 3 de junio fuera libre para los miembros de la delegación, aprovechamos para visitarlos. Al *Cerro del Torpedero*, donde la escultura de Jesucristo vigila la ciudad de Rio de Janeiro, se sube en vehículo mediante una carretera estrecha y angustiante en forma de caracol, que transmite la misma sensación de vértigo que en Cuba puede experimentarse al subir la carretera de El Alto del Naranjo, en la Sierra Maestra. En la cima del *Cerro del Torpedero*, a más de setecientos metros sobre el nivel del mar, se halla la escultura de mármol de Jesucristo, de cuarenta y dos metros de altura,[15] que con sus cuarenta metros de brazos extendidos parece atrapar la ciudad que le queda a los pies.

Allí ocurrieron dos cosas bien curiosas. Dorticós compró en uno de los establecimientos del lugar unos estuches para regalo. Cuando

15 Su dimensión es extraordinaria, si la comparamos, por ejemplo, con *El Cristo* de la bahía de La Habana, con apenas doce metros de altura.

el vendedor lo identificó, se negó a cobrarle, expresándose en términos elogiosos de la Revolución Cubana.

Durante la estancia en Rio de Janeiro, ocurrió que a Dorticós le designaron como ayudante a un mariscal de la aviación brasilera. El hombre andaba enfundado en un traje muy pintoresco, con múltiples entorchados y medallas. Encontrándonos allí, Roa la emprendió con el hombre en presencia de Dorticós, quien siempre era muy circunspecto.

— *¿Qué te parece el mariscalote este?*

Dorticós mantenía la atención, preocupado porque la ocurrencia de Roa pudiera desembocar en un incidente diplomático. El canciller volvió a la carga, con toda su picardía:

— *Mira, como tiene chatarra arriba, y la cara de comemierda que tiene.*

Dorticós palideció. Afortunadamente, el mariscal no entendía el español.[16]

En la noche del 3 de junio, en el *Salón Noble* de la Unión Nacional de Estudiantes de Brasil (UNEB*)*, recibimos el homenaje más cálido de nuestra estancia en aquel país. El Presidente del Directorio Central de Estudiantes de Brasil, Antonio Augusto Cámara, en nombre de la UNEB, dijo que los estudiantes brasileros estaban dispuestos a todo en la defensa del pueblo cubano frente a la agresión extranjera. Ese sentimiento generalizado de sacrificarse por Cuba lo hallaríamos en todos los países visitados.

Como el aeropuerto de Rio de Janeiro era muy pequeño para aviones a reacción, se aligeró la carga, reduciendo el combustible, lo que nos obligó a hacer una escala técnica en Brasilia, camino de Lima. El despegue del aeropuerto de Rio de Janeiro, en la mañana del 4 de junio, fue un espectáculo irrepetible, quizá sólo comparable con la sensación que experimentamos al cruzar la Cordillera de los Andes, cubierta de nieve en una gran porción y hallando visualmente al lago más alto del mundo, el Tititaca, a catorce mil pies sobre el nivel del Océano Pacífico.

Perú

La estancia en Lima sería de algo más de veinticuatro horas. Desde

16 Testimonio de *Eddy* Martin, en *El Canciller*, de Manuel González Bello, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999, pp. 84 y 85.

bien temprano, el Gobierno de Perú dio muestras inequívocas de estar sometido a fuertes presiones estadounidenses para estropear la visita.

Sabíamos que íbamos a ser objeto de una bienvenida popular extraordinaria, convocada por partidos políticos de izquierda, organizaciones sindicales y estudiantiles y, especialmente, por el APRA, el principal partido populista peruano. Por primera vez, la mayoría de las organizaciones políticas del país se ponía de acuerdo para un acto de aquella naturaleza. Los organizadores calculaban movilizar a veinte mil limeños para vitorear al Presidente de Cuba. Íbamos preparados para ver reeditadas las jornadas de Montevideo.

Llegando a Lima, fuimos informados de que había que cambiar de aeropuerto. No permitieron a la delegacion aterrizar en el aeropuerto Limatambo, donde se habían concentrado miles de personas. Aterrizamos en el aeropuerto militar Las Palmas. Públicamente, alegaron que había sido por razones técnicas, pero sabíamos, aunque no lo dijimos, que era por el intento gubernamental de evitar las demostraciones populares favorables a la Revolución Cubana.

En el aeropuerto Las Palmas cerraron completamente el acceso al público. Sólo estaban presentes el Presidente de Perú, Manuel Prado, miembros de su Gobierno, del Congreso, del Cuerpo Diplomático y dos periodistas por cada diario o emisora limeña. El recibimiento oficial fue en extremo frío.[17] No hubo honores militares y, salvo el ministro de Aeronaútica, ningún alto jefe militar estuvo presente.

Camino del hotel tuvimos oportunidad de comprobar, de forma absolutamente espontánea, la extraordinaria simpatía popular hacia la Revolución Cubana. A nuestro paso, las personas se detenían en las aceras y en las bocacalles, para aplaudir o vitorearnos. Nos alojamos en el hotel *Country Club*, situado en un barrio suburbano, completamente retirado del centro de la ciudad, que fue el escogido por el Gobierno de Perú. La intención era evitar o limitar las demostraciones populares de adhesión a la causa cubana. Apenas instalados, llegó el ex-presidente José Luis Bustamante. En las horas siguientes, tras regresar de varias actividades oficiales, el Presidente Dorticós recibió en el hotel a decenas de representantes obreros, estudiantiles, campesinos y populares, y a líderes y dirigentes políticos de las más diversas corrientes ideológicas.

17 Interrogado por la prensa, Dorticós salvó la situación con elegancia, alegando que habían respetado su investidura, pero que no había motivos de queja, sobre todo cuando habíamos apreciado constantes y sobradas muestras de calor y simpatía por parte del pueblo peruano.

Tras rendir homenaje en el cementerio local al coronel Leoncio Prado, peruano que alcanzó glorias y honores como combatiente por la independencia de Cuba, Dorticós visitó en el Palacio de Gobierno, la llamada *Vieja Casa de Pizarro,* al Presidente peruano, Manuel Prado. Luego cenamos en el restorán *Karamanduka*, al típico piqueo limeño de platos populares. En cada desplazamiento fuimos saludados y vitoreados espontáneamente por los peruanos pobres. La Plaza de San Marcos, en el corazón de la ciudad, fue convertida en el escenario principal de las muestras de solidaridad con Cuba.

La primera entrevista pública de Dorticós en Perú fue con los representantes de la poderosa Federación de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos. Éstos hicieron público un documento de solidaridad con la causa revolucionaria cubana. Pese a los abiertos esfuerzos de un funcionario de la Embajada de los Estados Unidos, los dirigentes apristas, especialmente Ramiro Prialés, se mantuvieron firmes en el apoyo a la delegación cubana y no desperdiciaron oportunidad para encontrarse con Dorticós.

Sabíamos que el Gobierno de Perú estaba siendo sometido en esos momentos a presiones insospechadas por parte de los Estados Unidos para entorpecer nuestra visita. Lo que ni siquiera imaginábamos era que un mes después, ese mismo Gobierno peruano que nos había invitado, se sometería a las presiones yanquis y serviría de *corre-ve-y-dile* del Departamento de Estado estadounidense en su maniobra para aislar a Cuba en la Organización de Estados Americanos.

Venezuela

Llegamos al aeropuerto de Maiquetía pasadas las seis de la tarde del 6 de junio. No nos esperaba el Presidente de la República, doctor Rómulo Betancourt, sino una multitud entusiasta, pero desorganizada, que se apretujaba en la pista. Había banderas cubanas y venezolanas por todas partes. Para descender, fue necesario esperar cerca de veinte minutos, hasta que la policía despejó un tanto la escalerilla. El Presidente Dorticós no fue recibido con los honores propios de su cargo. Como no había banda militar, los caraqueños cantaron los himnos nacionales de Venezuela y Cuba. El recibimiento era organizado por la Federación de Centros Universitarios, la Confederación de Trabajadores de Venezuela, el Comité de Defensa de la Revolución Cubana, y otros sectores venezolanos que se unieron al recibimiento.

Bajo cánticos de *Cuba sí, yanquis no*, pasando por una estrecha

calle humana, llegamos hasta donde aguardaban algunos funcionarios gubernamentales, el canciller interino, los ministros de Educación, Obras Públicas y Fomento, y dirigentes del Congreso y de dos de los partidos políticos más importantes: Unión Republicana y Acción Democrática. No sin vencer la enorme dificultad que implicaba la muchedumbre que quería saludar a Dorticós, abordamos los vehículos.

A marcha lenta, sorteando los obstáculos humanos, salimos del aeropuerto en dirección a Caracas, distante unos quince kilómetros. Desde varias horas antes de nuestro arribo, el tránsito en la zona inmediata al aeropuerto había colapsado. Cien brigadas de estudiantes habían tratado de ordenar el tránsito de vehículos y al pueblo que se congregó a todo lo largo de la Avenida Sucre. La multitud era impresionante. Del aeropuerto a la Embajada cubana, en Bello Monte, un trayecto que normalmente se cubre en media hora, demoramos cerca de cuatro, que eran, por demás, preciosas, pues la visita se programó originalmente para treinta y seis horas. El pueblo golpeaba los vehículos y gritaba:

— *¡Nuestro Presidente, nuestro Presidente!*

A unas cuadras de la Plaza del Silencio era imposible seguir en los vehículos. En más de una oportunidad, la marcha quedó detenida. El vehículo del Presidente quedó atrapado entre miles de caraqueños, quienes intentaban saludarlo. Los cristales del vehículo fueron rotos, evitándose milagrosamente que Dorticós fuera herido. Para salvar la situación, *Macho* León se bajó, tomó una bandera cubana en un asta y se subió a la parte delantera del auto del Presidente. El pueblo fue obedeciendo al símbolo y eso permitió abrir una brecha en la multitud para llegar.

El funcionario venezolano que acompañaba a Dorticós en el automóvil le confesó que solamente recordaba una situación similar, y había sido dos años antes en ocasión de la visita que hizo a Venezuela el vicepresidente de los Estados Unidos, Richard Nixon. Éste fue rodeado completamente por la multitud, pero para abuchearlo y agredirlo. Muchos objetos, incluyendo huevos, fueron lanzados contra Nixon. Nunca un dignatario estadounidense estuvo más cerca de la muerte por una multitud extranjera que ese día.

Fue curioso. Al día siguiente de nuestra llegada, uno de los periódicos más reaccionarios de Venezuela tituló: *Las izquierdas fracasaron en el recibimiento a Dorticós*. Sin embargo, aparecía una fotografía elocuente: una enorme multitud rodeándonos.

Fuimos a residir a la Embajada cubana, en Bello Monte. La casa estaba custodiada por estudiantes venezolanos, armados con pistolas. Ellos afirmaban que al Presidente de Cuba lo cuidaban ellos. Era una manera de rechazar al Gobierno de Rómulo Betancourt, quien era muy impopular en Caracas . Los sectores progresistas, desde los días de Wolfgang Larrazábal, amigo entrañable de la liberación cubana, fueron los anfitriones más entusiastas .

El Congreso de la República de Venezuela, en la mañana del 7 de junio, convocó a sesión solemne para recibir al Presidente Dorticós. Fuimos esperados por una muchedumbre amistosa en los alrededores. Los diputados estaban en sus escaños en la planta baja. Las galerías superiores del recinto fueron ocupadas por entusiastas caraqueños. Raúl Leoni, Presidente del Congreso de la República, sostuvo que Venezuela respetaba y respaldaba el derecho de Cuba a gobernarse revolucionariamente, y pidió igual respeto y respaldo para la democracia venezolana. Dorticós reclamó el derecho de nuestro pueblo a andar por el camino de su elección y exigió que se tuviera por sagrado no sólo el derecho al voto, sino el de alimentarse y educarse. Dijo que la apariencia republicana y democrática de más de cincuenta años en Cuba no había implicado un esfuerzo serio para desterrar el hambre, el analfabetismo, la incultura y para impulsar un desarrollo económico independiente. Su discurso fue recibido con aplausos en ambos niveles del edificio. El público de las tribunas cantó el himno nacional de Cuba.

Salimos del Congreso y subimos a los vehículos. Literalmente, fuimos obligados a bajar por la presión popular. Acompañados por cientos de caraqueños, atravesando una cadena humana, fuimos hasta la Plaza Altagracia, a homenajear a José Martí. Desde allí, iniciamos la marcha hacia el Panteón Nacional, donde Dorticós depositó una ofrenda floral al Libertador Simón Bolívar. Al pasar frente al periódico *La Esfera*, propiedad de un magnate de los medios de comunicación, Miguel Ángel Capriles, enemigo acérrimo de la Revolución Cubana, algunos de los jóvenes que nos acompañaban la emprendieron contra aquel símbolo de las virulentas campañas contrarrevolucionarias. Acusaban a *La Esfera* de ser el *Diario de la Marina* de Venezuela, y a su director, Oscar Yánez, de ser el *Pepín* Rivero de Caracas. Por cierto, Yánez se asomó al balcón, siendo duramente increpado por la multitud. No faltó quien habló de incendiar el edificio. Al parecer, le lanzaron algunas piedras y quemaron en una hoguera, a la entrada, varios ejemplares del diario, a la vez que gritaban:

— *¡Capriles, al paredón!*

Éste sería uno de los tantos incidentes de los que se valieron las agencias cablegráficas y la prensa reaccionaria venezolana para tratar de enturbiar el ambiente de la visita. Al acabar la ceremonia del Panteón Nacional, la manifestación se disgregó y Dorticós, acompañado por el doctor Roa y por el Embajador, Luis Orlando Rodríguez, partió hacia el Palacio de Miraflores a una entrevista de cuatro horas con el Presidente Rómulo Betancourt. En la tarde, el Presidente de Cuba recibió las llaves de Caracas, siendo declarado *Huésped de Honor,* en una sesión solemne del Cabildo Municipal.

En todas partes siempre había multitudes que gritaban consignas antiimperialistas. Bastaba que se conociera de la presencia de la delegación cubana en algún sitio, para que se produjera espontáneamente la concentración popular. En Caracas, en más de una oportunidad, el Presidente Dorticós determinó recorrer a pie largos

El Presidente de Cuba, doctor Osvaldo Dorticós Torrado, es objeto de un desbordado recibimiento popular en Caracas, Venezuela. Detrás suyo, Luis Orlando Rodríguez, Embajador de Cuba en Caracas.

tramos de la ciudad. Como había amenazas de atentar contra su vida, los cuerpos de seguridad venezolanos redoblaron las medidas de seguridad en torno a él. Éstas eran tan visibles, que Dorticós pidió que las redujeran al mínimo. Al final de la jornada, fue necesario que el Presidente cancelara algunos compromisos. Humana, espacial y políticamente, no era posible cumplirlos. Uno de aquellos compromi-

sos cancelados fue fuente de un grave incidente.

Dorticós decidió ofrecer, en la Embajada de Cuba, una recepción al Presidente Betancourt y a miembros del Gobierno. También fueron invitados, como de costumbre, decenas de figuras prominentes de la cultura venezolana. Ello nos dio la posibilidad de entrevistarnos con el famoso escritor y ex-presidente de Venezuela, Rómulo Gallegos.

A la misma hora, los estudiantes universitarios se concentraron en la Universidad de Caracas, esperando a Dorticós. Antes de llegar a Caracas, el Gobierno venezolano nos había pedido no asistir a actos públicos. Dorticós dio la misión al comandante Pedro Miret de acudir a la Universidad y explicar a los estudiantes que, motivado por la intensidad del programa de la visita, resultaba imposible cumplimentar la invitación. Enterados, los estudiantes, al compás de bailes y consignas, decidieron ir en manifestación hasta la Embajada.

— Iremos a decirle a Dorticós que si él no va a la Universidad, la Universidad va hacia él. Si Rómulo no quiere, nosotros queremos.

Fue inútil la llamada telefónica que hizo Dorticós, rogando a los dirigentes estudiantiles que no concurrieran a la Embajada. Quería evitar un incidente, pero fue imposible contener a los estudiantes. La multitud se concentró en torno a la Embajada y en los alrededores, extendiéndose calle abajo y quedando cortado el tránsito. Improvisaron un acto de apoyo a la Revolución que fue preciso atender. Por petición de los estudiantes, habló el comandante Juan Almeida. Al cabo, los estudiantes amenazaron con no retirarse del lugar si el Presidente de Cuba no les hablaba. Al subir Dorticós a la camioneta que servía de tribuna, fue ovacionado entre gritos de condena a los Estados Unidos y de respaldo a la Revolución Cubana. Con el mayor tacto posible, Dorticós se excusó por no haber podido acudir a la Universidad; dijo haber recibido la invitación demasiado tarde.

Mientras tanto, el automóvil del Presidente Rómulo Betancourt se vio imposibilitado por la presión de los estudiantes de acceder a nuestra sede diplomática. El Presidente de Venezuela tuvo que regresar al Palacio de Miraflores, desde donde llamó a Dorticós para excusarse por no asistir a la recepción.

18 Días después, el canciller de Venezuela realizó declaraciones en las que afirmaba que la visita había servido para mejorar las relaciones bilaterales. En realidad, desde que Rómulo Betancourt asumió como Presidente de Venezuela, a mediados de febrero de 1959, las relaciones no fueron de una gran cordialidad. Las diferencias con Rómulo Betancourt eran insalvables. Poco después de nuestra visita se produjo un enfriamiento notable en los vínculos cubano-venezolanos, que terminó con la ruptura de las relaciones diplomáticas.

Era tal la efervescencia popular con la delegación cubana, que el Presidente Betancourt, quien era muy amigo de Roa, le pidió como un favor a Dorticós que interrumpiéramos la visita y adelantáramos la salida del país, pues la situación se le iba de las manos al Gobierno y eso pudiera originar situaciones en que habría que utilizar la fuerza contra las multitudes.[18] Esto precipitó nuestra salida de Caracas.

El doctor Raúl Roa se comunicó con las autoridades de México y les sugirió que, como la delegación cubana iba muy cansada, se nos permitiera adelantar la llegada para descansar en su territorio. Los mexicanos no pusieron reparos y nos indicaron que aterrizáramos en Mérida, estado de Yucatán. Temprano por la mañana, tras una breve despedida de Dorticós y Betancourt, partimos de Caracas.

Fue Venezuela el país caribeño que más contribuyó a la causa de la revolución antibatistiana: desde *La Marcha de Bolívar a la Sierra Maestra*, pasando por el oportuno e importante cargamento de armas donado al final de nuestra guerra de liberación por el Presidente Wolfgang Larrazábal, hasta el apoyo más anónimo y desinteresado del pueblo. Fue en Caracas donde Dorticós recibió las mayores y más sentidas muestras de respeto a la Revolución Cubana.

México

Camino de Yucatán, a la altura de Isla de Pinos, alrededor de la una de la tarde, se logró hacer contacto radiotelefónico con el aeropuerto de Rancho Boyeros. Fidel y Dorticós conversaron brevemente y los periodistas tuvieron oportunidad de interrogar al Presidente. Llegamos a Mérida aproximadamente a las dos de la tarde. Como no estaba prevista nuestra llegada con antelación suficiente, nos recibió una discreta representación de las autoridades del estado. Nos alojaron en el hotel *Mayaland*, a dos horas en ómnibus de la ciudad de Mérida, muy próximo a las imponentes ruinas de la ciudad maya de Chichén-Itzá. Al caer la tarde, fuimos a los recintos sagrados. Solamente Juan Almeida, *Pedrito* Miret, *Macho* León, *Pepito* Cuza, el piloto Verdaguer y yo logramos subir la inmensa escalinata de la pirámide principal. El Presidente Dorticós ni siquiera lo intentó, pues padecía de los rigores de una grave afección ósea. Subí, no sin cierto temor, pues los escalones eran extremadamente pequeños, prestos para cualquier accidente. Cuando logré llegar a la cumbre, me encontré con Juan Almeida, quien estaba sentado. Al percatarse de mi

agotamiento, me propuso:

— *Oye, Luis, ¿tú no crees que podemos pedir un helicóptero para que nos recoja aquí? Si para subir es peligroso, para bajar será mucho más*.

Tomé en serio el asunto, y le dije que en donde nos hallábamos, en plena selva, no había manera de llegar para un helicóptero:

— *Tenemos que correr el riesgo*.

Bajamos de marcha atrás, de espalda, milímetro a milímetro, sin prisa. Fue una eternidad.

La pirámide, como todas las construcciones de los mayas, nos impactó. En el *Juego de Pelota*, otro de los recintos sagrados que los mayas usaban con fines deportivos, se hizo una demostración impresionante para valorar las condiciones acústicas excepcionales. Increíblemente, al aire libre, a una distancia de doscientos metros, en voz baja, dos personas se podían escuchar.

Los mejores mariachis mexicanos llegaron por vía aérea esa misma tarde, con la encomienda expresa de amenizar nuestra estancia. Tras una noche apacible en el hotel, salimos en dirección a Ciudad de México, a donde llegamos en las primeras horas de la tarde. Durante el vuelo, Dorticós aprovechó para preparar el discurso que pronunciaría en respuesta al de bienvenida.

A México íbamos conscientes de que la campaña de prensa contra la Revolución Cubana era despiadada, además del hecho de que batistianos y otros sectores contrarrevolucionarios cubanos se habían establecido allí. Podía ser México campo de dura batalla política para nosotros, pero pronto nos percatamos de que sería México, quizás, el más cordial de los escenarios.

Diferentes organizaciones estudiantiles, obreras y partidos políticos lanzaron llamados a recibir a la delegación cubana en diversos puntos. El Gobierno mexicano también hizo lo propio, declarando día de descanso el de la llegada del Presidente de Cuba, a fin de facilitar la concurrencia al recibimiento. En el aeropuerto, nos esperaban el Presidente Adolfo López Mateos y su esposa, figuras importantes del Gobierno y una multitudinaria concentración de mexicanos. Hubo una solemne y hermosa ceremonia militar de bienvenida, con veintiuna salvas de artillería incluidas. Posteriormente, los presidentes pronunciaron sus discursos.

Entre muchos elementos conceptuales, López Mateos dijo que México saludaba en Dorticós al representante de una nación amiga, con la que se estaba vinculado no sólo por lazos históricos, sino por

una comunidad de aspiraciones nacionales; México sería respetuoso del derecho de autodeterminación de los pueblos y miraba atenta y comprensivamente, con interés fraternal, los acontecimientos en Cuba, cuya suerte no le podía ser extraña. Se mostró confiado en que hallaríamos los mejores caminos para conseguir las aspiraciones nacionales en medio de la mutación inevitable que significaba la Revolución, a la que deseó se convirtiera, como la Revolución Mexicana, en un paso de grandeza americana. Dijo comprender y valorar el esfuerzo transformador de Cuba, porque México, con errores y deficiencias, había recorrido etapas semejantes. Dorticós contestó que nuestra Revolución, por la profundidad de su calado y sus hondas y vastas proyecciones americanistas, sería hermana de la Revolución Mexicana de 1910.

Rodeados por el pueblo, acompañados por el Presidente López Mateos, avanzamos sobre la ciudad. Llegados al hotel *Del Prado,* el Presidente mexicano se retiró. Quedamos instalados. El Presidente Dorticós se hospedó en la *suite* 1016. Una manifestación estudiantil se internó en el *lobby* del hotel. Con gritos de solidaridad con Cuba y de repudio al imperialismo yanqui, reclamaron ser atendidos por el Presidente. Advitieron de que no se marcharían sin antes verle. El gerente del hotel, sumamente preocupado, casi en estado de pánico, creyendo que aquello significaba la liquidación pública del hotel, se entrevistó con Dorticós. Con su serenidad característica, el Presidente lo tranquilizó, prometiéndole que no habría daños a la propiedad de la instalación. Desde el balcón de la *mezzanine* del hotel, les habló, tras lo cual se marcharon.

Aquello fue suficiente para que, media hora después, muchos turistas estadounidenses hicieran sus maletas y se marcharan del hotel. El estado de efervescencia popular y, especialmente, estudiantil los ahuyentó. En el hotel, Dorticós recibió la visita del ex-presidente Lázaro Cárdenas. Como ya había hecho en Cuba, el 26 de julio de 1959, Cárdenas se manifestó extraordinariamente solidario con la Revolución, postura que mantuvo incólume hasta el final de sus días. En las habitaciones del Presidente ocurrió también uno de los acontecimientos más tiernos de la gira. Nosotros queríamos visitar la escuela *República de Cuba*, pero el edificio estaba en obras de reparación. Se decidió que las maestras y un grupo selecto de niñas

19 Conferencia de prensa ofrecida al regresar de la gira latinoamericana. *Obra Revolucionaria,* 8, 15 de junio de 1960.

fueran hasta el hotel. La simpatía infantil, como delicado y fino resorte emocional, nos conmovió. Cada una de las niñas abrazó y besó al Presidente. Por las mejillas de las niñas y de sus maestras, mientras enviaban saludos a los niños y las niñas cubanos, rodaron lágrimas de simpatía emocional, al decir del propio Dorticós.[19]

En los días siguientes, en un ambiente muy cordial, la delegación cubana cumplió una agitada agenda, que incluyó, el 11 de junio, una visita a la Comisión Permanente del Congreso de la Nación, donde fuimos recibidos con verdaderas muestras de simpatía por los senadores y diputados presentes.

Los mexicanos se desbordaron en atenciones. En una oportunidad, nuestras esposas salieron de paseo por la ciudad. Entraron en varias tiendas e hicieron comentarios entre ellas de los distintos objetos que veían. Al regresar al hotel, resultaron sorprendidas, pues se hallaron con el hecho de que cada objeto que ellas habían alabado en las tiendas estaba envuelto cuidadosamente en papel de regalo. El gesto de los mexicanos nos llevó a adoptar una medida de cumplimiento obligado para todos los integrantes de la delegación: nadie podía hacer comentarios elogiosos de los objetos que viéramos expuestos.

En varias oportunidades, Dorticós y López Mateos se reunieron, intercambiando amigablemente, en un clima de mucha franqueza. Dorticós le explicó minuciosamente los distintos proyectos de desarrollo en que trabajábamos, la situación creada por las agresiones de que la Revolución era víctima y la determinación de no ceder un milímetro, resistiendo presiones y ataques. El Presidente López Mateos impuso a Dorticós la Orden Nacional del Águila Azteca.

La ciudad de México ha sido durante mucho tiempo sitio de refugio y encuentro de la intelectualidad del continente. Uno de los encuentros más emotivos y significativos fue en el Fondo de Cultura Económica de México, prestigiosa editorial que ha realizado una de las mayores contribuciones al progreso cultural de Latinoamérica. En el acto, pudimos compartir con decenas de los más destacados creadores latinoamericanos. La pluralidad política y el interés y las simpatías por la causa cubana fueron sus signos distintivos.

A lo largo de la gira, Dorticós fue asediado por la prensa. Los asuntos cubanos eran la primera noticia cada día en los medios de comunicación del continente. Todos miraban hacia Cuba: revolucionarios y reaccionarios, amigos y enemigos. Con el periodista Fernando Revuelta, de *Novedades*, el Presidente de Cuba hizo gala de

una capacidad de síntesis y agilidad muy propias de él. Por parecerme una buena muestra de por dónde se movió el interés periodístico del continente, reproduzco *in extenso* aquella conversación:

Revuelta: *Los Estados Unidos no ven con buenos ojos este viaje suyo por Latinoamérica, señor Presidente.*

Dorticós: *Estamos acostumbrados a los ataques de ciertos sectores norteamericanos.*

R: *Una radio oficial norteamericana dijo anoche: Dorticós es un agente viajero del comunismo internacional*.

D: *No soy ni agente, ni viajero, ni comunista. Soy, sencilla y modestamente, el Presidente de un país pequeño que lucha por su libertad*.

R: *¿Es que Cuba vería con satisfacción que Latinoamérica siguiera su ejemplo?*

D: *Nuestra Revolución es esencialmente cubana. No tenemos el menor empeño en exportarla.*

R: *¿Es que no le importa a Cuba la geografía política latinoamericana?*

D: *Cuba quiere ver a América y al mundo limpios de dictaduras, pero entiende que es a los pueblos sojuzgados a los que incumbe principalmente luchar por su libertad*.

R: *¿Quisiera definirnos, señor Presidente, los principios básicos de la política exterior cubana?*

D: *Cuba es amiga de todos los pueblos, sierva de ninguno.*

R: *Se acusa a Cuba de intervenir en la política de otros países...*

D: *Lo que no es cierto. Sí es cierto, en cambio, que constantemente se intenta intervenir en los asuntos de Cuba.*

R: *¿Quién, concretamente?*

D: *Y se intenta intervenir unas veces de manera directa, otras utilizando comparsas. No creo que ello sea un secreto para nadie*.

R: *¿Quiénes son las comparsas?*

D: *En primer término, todos aquellos gobiernos con los que Cuba no mantiene relaciones.*

R: *¿Cree usted que es táctica la actitud de Cuba para con los Estados Unidos?*

D: *Lo importante es que esa actitud sea digna. Y de eso estamos seguros*.

R: *Y los resultados, ¿serán buenos?*

D: *Cuba está alerta y dispuesta a morir antes que se haga con su Revolución lo que se ha hecho con tantas revoluciones de América*.

R: *La invitación de Cuba a Jrushchov no ha agradado a Washington*.

D: *Somos muy dueños de invitar a nuestra casa a quién nos parezca*.

R: *Pero eso se interpreta como una prueba de la penetración comunista en su país*..

D: *En ese caso, habría que llamar comunista al Gobierno de Washington*.

R: *¿Existe en Cuba libertad de acción política?*

D: *En Cuba lo que no existe es libertad de acción para derribar al Gobierno*.

R: *El derecho al voto es sagrado.*

D: *También es sagrado el derecho a comer.*

R: *¿Disfruta de ese derecho el pueblo cubano?*

D: *Después de cincuenta y seis años de independencia es ahora cuando comienza a disfrutar de ese derecho*.

R: *¿Cuándo convocará a elecciones su Gobierno?*

D: *Cuando el pueblo lo pida y las circunstancias lo aconsejen*.

R: *¿Cuándo lo aconsejarán las circunstancias?*

D: *Cuando Cuba haya madurado esta primera etapa de su Revolución*.

R: *¿Nos equivocamos al creer que no concede usted, señor Presidente, gran importancia a las elecciones?*

D: *Si no se la concediera, dejaría de ser un demócrata*.

R: *¿En cuyo caso...?*

D: *Quizás es que pienso en esos países que disfrutan del voto, amordazados.*

Elecciones generales

La afirmación de Dorticós, subordinando la decisión de convocar o no a elecciones a la opinión popular y a los elementos circunstanciales favorables, no era mera retórica evasiva. Nacía de dos verdades incontrastables.

En el Manifiesto de la Sierra Maestra, suscrito en el verano de 1957 por Fidel Castro, Raúl Chibás y Felipe Pazos, se estipuló que a los dieciocho meses de triunfada la Revolución se convocaría a elecciones generales. El 30 de junio de 1960, justamente a los dieciocho meses proclamados, el nivel de enfrentamiento con la mayor potencia de la historia y la subversión contrarrevolucionaria habían alcanzado niveles tales, que hubiese sido ingenuo abrir un paréntesis electoral que sólo serviría para fraccionar al país, o lo que es lo mis-

mo, debilitarlo. Sabíamos que no se podía andar de ingenuos, queriendo hacer una revolución social.

Un mes antes de que su director, Miguel Ángel Quevedo, rompiera con la Revolución y se fuera a Miami, la revista *Bohemia* realizó una encuesta para conocer las opiniones del pueblo sobre el tema. El 57,34 % de los encuestados se pronunció en contra de que se acudiera a comicios. En las áreas rurales, el rechazo llegaba al 63 %. Solamente el 16 % de los que se pronunciaron por que hubiese elecciones en Cuba, las deseaba en el plazo fijado en el Manifiesto de la Sierra Maestra. El reclamo electoral se daba principalmente en las burguesías mediana y alta. Los obreros y campesinos se pronunciaron mayoritariamente en contra de acudir a elecciones.

Provocación

Antes de nuestra partida de Cuba, un grupo de estudiantes reaccionarios de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), con una cobertura desproporcionada de la prensa internacional, había declarado que si visitábamos el país recibiríamos el desprecio del pueblo y del estudiantado mexicanos. En la UNAM había un clima agitado, con pugnas internas entre los diferentes grupos estudiantiles. Estando ya en México, se nos dijo que, de concurrir a la ciudad universitaria mexicana, podíamos ser blanco de los provocadores. Horas antes de regresar a La Habana, Dorticós decidió desafiar a los que intentaban impedir que visitáramos la Universidad.

En la mañana del 13 de junio, fuimos a un acto que se convocó para el anfiteatro de la Escuela de Medicina. Nos encontramos con los provocadores, en realidad un piquete pequeño de estudiantes. Estando allí, queriendo desacreditarnos, entre otras cosas, éstos nos gritaron, *¡Viva Rusia!* Incluso, se las ingeniaron para desconectar los micrófonos mientras Dorticós hablaba, obligándolo a terminar su discurso a viva voz. Pese al clima creado por aquellos individuos, el anfiteatro estaba repleto. A los estudiantes congregados, Dorticós les dijo lo que todos teníamos asumido: que la tarea de la Revolución sería ardua, difícil y laboriosa, porque los enemigos eran poderosos, y que la gira por varios países de América Latina nos había dado la posibilidad de comprobar que no andábamos solos. La gran masa de estudiantes aplaudió sus palabras, obligando al silencio a los provocadores. Progresivamente, al influjo del verbo conceptualizado y didáctico de Dorticós, la masa se impuso al piquete.

Pasado el mediodía, fuimos a la Escuela Nacional de Agricultura.

Los cerca de novecientos alumnos, en su inmensa mayoría campesinos, nos recibieron con vítores a la Revolución Cubana y a Fidel. Dorticós se emocionó particularmente. Aquellos rostros, endurecidos por el sol y el trabajo, nos trasladaron de inmediato a Cuba, a una de las razones fundamentales de la Revolución: la redención de los campesinos por medio de la Ley de Reforma Agraria, precisamente la que había originado el clima enrarecido en torno a Cuba.

En México encontramos respeto y amistad sincera. No era casual que fuese el único país visitado donde gobernantes y pueblo estaban en consenso para darnos la bienvenida. En el aeropuerto, en la despedida, el Presidente López Mateos le manifestó a Dorticós que era admirable la forma en que los mexicanos nos habían recibido, pues los hombres y las mujeres de la altiplanicie no eran dados a demostraciones entusiastas y vocingleras; por el contrario, para advertir su solidaridad y simpatía había que escudriñar en sus ojos. El propio López Mateos quedó sorprendido ante el enardecimiento de sus compatriotas.

Encontrándonos en México, Fidel denunció en la televisión nacional cubana que los Estados Unidos acababan de iniciar su guerra económica contra la Revolución, intentando dejarnos sin combustibles. Cuando el 14 de junio regresamos a La Habana, sabíamos que en el pleito histórico con los Estados Unidos, visible, profundo y presente, México sería hermano. Sería el único Estado latinoamericano que en la hora de los hornos no nos diera la espalda.

En La Habana

En todos los países fuimos esperados y atendidos con pleno desbordamiento popular. Los sectores obreros y estudiantiles sobresalieron por el calor que nos brindaron. Las universidades fueron el reservorio natural donde habitaban los más combativos simpatizantes de la Revolución Cubana. En todas partes ocurrió que cuando transitábamos por las calles en los autos oficiales, solamente identificados con una pequeña bandera cubana en la parte delantera, muchas veces sin que pudieran vernos el rostro, la gente se detenía en las aceras y nos saludaba o aplaudía, dando vivas espontáneos a Cuba y a la Revolución.

Hallamos un alto nivel de hostilidad en la prensa. Los periódicos, las revistas y las cadenas de radio y televisión, controlados por los sectores derechistas, nos hicieron ataques repetidos y despiadados.

La supuesta persecución a la libertad de prensa fue, quizás, el tema de política interna más reiterado. El argumento más sólido que pudimos esgrimir para contrarrestar las insinuaciones malintencionadas fue probar hasta la saciedad cómo aquella prensa, supuestamente perseguida por la Revolución, había sido subvencionada por la tiranía. Si bien en Perú y Venezuela encontramos una situación de cierta frialdad al nivel gubernamental, dadas las diferencias, durante la gira el Presidente de la República pudo exponer nuestros puntos de vista, los planes y las perspectivas de la Revolución, lograr comprensión para nuestra causa, y arrancar promesas de defender el principio de autodeterminación nacional.

La gira nos ayudó a aquilatar dos grandes verdades: la Revolución Cubana era un ejemplo para los pobres del continente y una oportunidad para los desposeídos de expresar su ira y sus aspiraciones. Ya la prensa estadounidense hablaba un lenguaje de agresión militar, de aplastar el ejemplo de la Revolución Cubana, y durante la gira los cantos de apoyo a nuestra causa y de repulsa a las intenciones imperialistas, contenidas en la frase que más reiterada y casi permanentemente escuchamos, *¡Cuba sí, yanquis no!*, fueron a más, a una voluntad de comprometer físicamente su suerte con la nuestra. En Argentina, vimos a obreros y estudiantes en las calles con brazaletes que afirmaban: *¡Voluntarios argentinos para Cuba!* En Caracas, el pueblo gritó incontenible durante horas: *¡Ni una gota de petróleo si los yanquis pisan Cuba!*

En fin, tras recorrer más de catorce mil trescientas noventa y seis millas americanas, llegamos a La Habana a las cinco y veinticinco de la tarde del 14 de junio, bajo una llovizna pertinaz, tal y como habíamos partido. En el aeropuerto internacional José Martí de La Habana nos recibieron Fidel, Raúl, el Che —quien cumplía ese día treinta y dos años— y un grupo nutrido de ministros y dirigentes revolucionarios. Miles de habaneros se congregaron en las distintas áreas del aeropuerto.

Marchamos directamente al Palacio Presidencial. En el primer vehículo, un *jeep* descapotado conducido por el comandante Efigenio Ameijeiras, iban Fidel, Dorticós, el Che, William Gálvez y Augusto Martínez Sánchez. El paso por la calle Reina, el Paseo de El Prado y los alrededores del Palacio Presidencial estaba abarrotado. Subimos al segundo piso y en el Salón de los Espejos, el Presidente Dorticós y Fidel ofrecieron sus primeras impresiones. Mientras, la multitud frente al Palacio se fue acrecentando, llegando a cubrir toda la explanada hasta la base del monumento a Máximo Gómez. Desde la terraza

norte, Dorticós y Fidel fueron aclamados, mientras improvisaban sendos discursos, dominados por la emoción.

Fidel calificó de victoria de la razón, la moral y la verdad la gira realizada por la delegación presidida por Osvaldo Dorticós, y dijo que América había descubierto lo que ya muchos sabíamos: *¡Que Cuba tiene un gran Presidente!*

Ciertamente, Dorticós, sin tener un extraordinario *curriculum* revolucionario y sin tener experiencia de Estado, se había conducido,

A su regreso a La Habana, el Presidente Osvaldo Dorticós ofreció una conferencia de prensa en el Palacio Presidencial. Asistieron Fidel y otros miembros del Gobierno Revolucionario.

en casi un año de ejercicio de la Presidencia de la República, con una extraordinaria dignidad. Y en cada uno de los países visitados mantuvo una estatura política y una capacidad de comunicación propias de un estadista de extrema experiencia. Supo impregnarle serenidad al entusiasmo que se originaba del calor popular con que continuamente nos rodeaban y poner sagacidad y hondura en las respuestas a las provocaciones de los adversarios o a las inquietudes de los muchos que sufrían la feroz campaña antirrevolución cubana que inundaba todos los confines del continente. Su aplomo, sobriedad y

20 Ambos discursos fueron difundidos ampliamente por la prensa cubana del día siguiente, 15 de junio de 1960.

aptitudes oratorias, le facilitaron el éxito en todos los lugares visitados.

Su modestia, puesta a prueba, esa noche salió ilesa:

—Tened, sin embargo, la seguridad de que esta bienvenida, colmada de enardecimiento popular, no habrá de impulsarme a la deleznable vanidad personal, porque, no obstante vuestros vítores y aplausos, y no obstante las palabras colmadas de generosidad fraterna del compañero Fidel, yo sé que este viaje no constituye un triunfo personal, porque bastaba salir por los caminos de América llevando a cuestas la verdad incontrastable de la Revolución Cubana.[20]

El viaje por América Latina fue posible porque aún los Estados Unidos no habían completado su expediente anticubano, que incluía derribar a varios de los mandatarios que invitaron a Dorticós a sus países. En menos de dos años, fuimos excluidos de la Organización de Estados Americanos y casi todos los gobiernos latinoamericanos rompieron las relaciones diplomáticas con Cuba.

En una prueba inequívoca de la gravedad de la situación que encontramos a nuestra llegada, se produjo un hecho revelador de que el Gobierno de los Estados Unidos estaba decidido a destruir a la Revolución por cualquier medio: dos funcionarios diplomáticos estadounidenses fueron sorprendidos mientras conspiraban con un grupo de contrarrevolucionarios en la calle 42 y Quinta Avenida, en Miramar. Edwin L. Sweet y William G. Friedman fueron expulsados de Cuba, pero el incidente fue absorbido rápidamente por otras razones de conflicto.

Yo creo que si Fidel Castro hubiera surgido en los primeros años de la década del treinta, en lugar de a principios del sesenta, los norteamericanos lo hubieran aplaudido y admirado tanto como lo hicieron con Franklin Delano Roosevelt. (...) tenía carta blanca *para hacer lo que quisiera. Cuando los cubanos le dan el mismo poder a Fidel Castro, se les tilda de antiamericanos y comunistas y cosas peores. En los años treinta, los norteamericanos estaban conformes con ensayar cualquier cosa para poner fin a la depresión. Ellos han olvidado esto en los años sesenta y ven con alta suspicacia a otros países que tratan de probar nuevos métodos para poner fin a su pobreza.*

Harry Simmons.
Secretario de la Liga Internacional de Baseball Profesional.
Montreal, mayo de 1960.

Golpe por golpe

La afirmación de que Cuba era amiga de todos los pueblos, pero sierva de ninguno, era la esencia de nuestra actitud internacional. A eso habíamos ido por América Latina; y esa máxima fue aplicada sin vacilaciones en el diferendo con los Estados Unidos.

La gira por América Latina nos ayudó a identificar aún más el peligro que se cernía sobre la Revolución. No teníamos duda de que los Estados Unidos acudirían al garrote para frenar la transformación de Cuba.

Fidel trazó una táctica para la pugna: a cada agresión, responder con una medida que afectara los intereses estadounidenses en Cuba y fortaleciera el patrimonio y la dignidad nacionales. Al golpe, oponer un golpe, sin precipitaciones. En palabras de Fidel:

— Que ellos nos mandan una nota diplomática fuerte, nosotros les mandamos otra más fuerte; que los yanquis nos hacen acusaciones, y les hacemos diez acusaciones; que bajan el tono contra Cuba y nosotros lo bajamos; lo suben y lo subimos.[1]

1 Intervención de Fidel Castro en la VII Reunión Nacional del INRA, 17 de marzo de 1960. En el libro *En Marcha con Fidel-1960*, de Antonio Núñez Jiménez, Ediciones Mec Graphic, Ltd., Fundación La Naturaleza y el Hombre, La Habana, 1998, pp. 109 y 110.

Cuando más virulenta se hizo la campaña contra Raúl y el Che, así como contra otros compañeros significados como comunistas, y la contrarrevolución se hizo visible fuera y dentro del país mediante conspiraciones de largos tentáculos y propósitos aviesos, Fidel desarticuló las maniobras y promovió a cargos claves de primer orden a los más radicales dentro de la Revolución. Cuando aviones procedentes de los Estados Unidos ametrallaron y bombardearon La Habana, se aprobó sendas leyes que ponían sobre ascuas a los intereses yanquis con concesiones en los hidrocarburos y la minería sólida. Mientras, se siguió la política inteligente de no proceder contra los latifundios cañeros nacionales y extranjeros hasta que no llegara el momento adecuado: el final de la zafra azucarera de 1960.

Tras el sabotaje al barco *La Coubre,* no se procedió inmediatamente a afectar los intereses estadounidenses, aunque podría pensarse que se ripostara con la intervención de la empresa minera más grande de Cuba, la *Moa Bay Mining Company*, pero sería una apreciación falsa, pues si bien esta compañía fue intervenida inmediatamente después de que se produjo el criminal sabotaje, Fidel y la dirección del país conocieron de la acción por medio del periódico *Revolución,* del 10 de marzo.

Ocurrió que Armando Calvo, jefe de la Zona de Desarrollo Agropecuario 0-27, donde estaba instalada la compañía, por su cuenta, sin consultar con los directivos del Instituto Nacional de Reforma Agraria, dispuso la intervención provisional de la compañía cuando el 8 de marzo los propietarios paralizaron las labores y comenzaron a liquidar los emolumentos a los obreros. Alegaban aquellos que los banqueros financistas de los proyectos de instalación fabril se negaban a seguir aportando el capital. Durante horas de extraordinaria tirantez social y política, los obreros mineros cubanos cobraron sus liquidaciones en nutridas filas, cantando el himno nacional y la Marcha del 26 de Julio.

La inconsulta intervención de la *Moa Bay Mining Company* fue tratada con mucha acritud por Fidel en la VII Reunión Nacional del INRA, el 17 de marzo de 1960, a puertas cerradas. Criticando la actuación del funcionario, Fidel esclareció la táctica de la Revolución en materia de nacionalizaciones:

— De buena gana intervendríamos para nacionalizar todas las propiedades extranjeras; sin embargo, una cosa son los deseos de uno y otra la realidad. Cuando se está llevando a cabo una lucha difícil como la que lleva el pueblo de Cuba, y cuando existe un grado de dependencia, tenemos que hacer bien las cosas. Tenemos que sa-

ber cuántos problemas podemos acumular sobre nuestros hombros, ya que no podemos cargarlos todos juntos. Las mismas medidas revolucionarias hay que irlas aplicando espaciadamente, para que no haya muchos problemas que no podamos resolver.

Y aquí lo que no se puede negar es que a nosotros, cada vez que nos han dado un golpe, hemos hecho avanzar la Revolución. Es indiscutible que a cada agresión hemos respondido con una medida revolucionaria. Ha habido una respuesta más efectiva, que son los hechos, y nosotros hemos respondido a ataques y agresiones con hechos que han consolidado nuestra economía y nos han permitido ir uniendo al pueblo con los beneficios que le damos, y seguimos discutiendo con los yanquis. Pero mientras tanto, ahí están todas sus tierras en manos nuestras. Nuestra política es responder siempre, y a cada movimiento de los enemigos de la Revolución, responder con otro.

Pero no tenemos todavía que ocuparles los centrales azucareros, ni la planta de Moa, porque puede ser que un día nos hagan una agresión y nosotros les respondamos con otras medidas revolucionarias. Esas son nuestras armas. Nos quitan por aquí y les quitamos por allá.[2]

La historia suele deparar casualidades extraordinarias. Mientras en La Habana Fidel trazaba esta estrategia de defensa de la Revolución y de los intereses nacionales, simultáneamente, en Washington, el mismo día, a la misma hora, se producía una reunión clave en el diseño de la política agresiva contra Cuba. Ese 17 de marzo, el Presidente Dwight Eisenhower se reunió con el Vicepresidente, Richard Nixon, el jefe del Estado Mayor Conjunto y varios halcones más del Pentágono y de la Agencia Central de Inteligencia, y acordaron reclutar, preparar, avituallar y lanzar contra Cuba un ejército de contrarrevolucionarios cubanos; construir una fuerza insurgente dentro de nuestro territorio; incrementar la labor propagandística contra la Revolución, etcétera. Eisenhower pidió mantener la mayor reserva de lo discutido y aprobado, y especialmente de su participación en la confabulación. Tiempo después, aquella reunión era conocida, y el propio Eisenhower lo confesaba en sus memorias, *Mis años en la Casa Blanca*.

Motivos de conflicto

Tres días después de esta reunión, regresó a Cuba el Embajador, Phillip Bonsal, a quien habían llamado *a consultas* dos meses antes.

2 *Ibidem.*

Sus declaraciones tuvieron cierto matiz apaciguador, pero el ambiente bilateral estaba enrarecido; no había síntoma alguno de mejoría, todo lo contrario. En el Congreso y en los medios de comunicación estadounidenses se producía un agrio debate sobre el Proyecto de Ley del Ejecutivo que pedía atribuciones para sancionar a Cuba mediante la rebaja de su cuota azucarera. El Departamento de Estado y nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores intercambiaron notas enérgicas a raíz de la denuncia de Fidel por el sabotaje al barco *La Coubre*. Los Estados Unidos reaccionaron retirando el servicio de inspectores para las mercancias que Cuba exportaba a los Estados Unidos, con el peligro de que fueran devueltas; prohibieron la venta de helicópteros para los planes de la reforma agraria e iniciaron la contratación de ex-soldados de la tiranía para trabajar dentro de la base naval de Guantánamo.

En nombre del Gobierno Revolucionario, Fidel dijo a la prensa que no bastaba con que Bonsal regresara a Cuba e hiciera declaraciones optimistas. Hacía falta gestos de buena voluntad por parte de los Estados Unidos. Cuba no aceptaría otra cosa que una relación de iguales. Propuso acordar un tratado comercial recíprocamente beneficioso y revisar el sistema de cuotas azucareras. En Caracas, el doctor Raúl Roa resumió la posición cubana cuando declaró que estábamos dispuestos a discutir las diferencias con los Estados Unidos, pero en un plano de absoluta igualdad, dignidad y reciprocidad; no menos.

Transcurridas varias semanas de su regreso, la firma de Bonsal movilizó al país. Su nombre apareció en un aviso impreso que se pretendió colocar en los edificios propiedad u ocupados por personas o entidades estadounidenses, para advertir que se hallaban bajo la protección de la Embajada. Era el típico procedimiento yanqui para caso de guerra civil. Las embajadas no colocaban avisos semejantes en los países en que estaban acreditados, salvo en caso de conflicto militar. ¿Por qué los publicaban en Cuba, en mayo de 1960?

Por su parte, aviones y unidades navales de los Estados Unidos comenzaron a violar amenazadoramente las aguas jurisdiccionales de Cuba. Incluso, un avión de combate suyo se estrelló en las proximidades de la ciudad de Guantánamo mientras realizaba ejercicios de guerra. Ello prácticamente coincidió con el derribo, en las proximidades de La Habana, por fuerzas al mando del comandante Abelardo Colomé Ibarrra, de un avión *Piper Apache*, pilotado por el ciudadano estadounidense Matthew Edward Duke, quien pereció. Este piloto, y otros muchos, se dedicaban a sacar de Cuba a criminales de

guerra prófugos de la justicia revolucionaria o a oficiales del Ejército de Batista. Esta vez, pretendían llevar a los Estados Unidos a un ex-capitán, ayudante del mayor general y jefe del Estado Mayor Conjunto de la dictadura, Francisco Tabernilla Dolz. Por cierto, *Pancho* Tabernilla, el viejo y desacreditado general de *candela al jarro hasta que suelte el fondo*, estaba siendo utilizado en esos precisos momentos en el Congreso de los Estados Unidos para una nueva patraña contra Cuba.

Percibiendo treinta y cinco dólares diarios, fueron citados a declarar ante la Subcomisión de Seguridad Interna del Senado no sólo varios ex-jefes militares de la tiranía significados por su relevante intervención en la cruenta represión política, sino también otros batistianos hasta la médula, como el ex-congresista Rafael Díaz Balart, y también varios curas vinculados a la contrarrevolución cubana.

Después de revisar el contenido de las audiencias, se obtiene el convencimiento pleno de por qué los Estados Unidos actuaron con tanta irracionalidad contra la Revolución Cubana. Los senadores escucharon "verdades" como las afirmadas por el ex-coronel Manuel Ugalde Carrillo, jefe del Servicio de Inteligencia Militar durante la tiranía:

— *En la Ciénaga de Zapata se construye una base de concreto de veinte kilómetros de largo por doscientos metros de ancho para lanzar cohetes soviéticos contra los Estados Unidos.*

Los senadores, quienes semanas después votarían por aplicar sanciones contra Cuba, escucharon ridículas y fabulosas historias de los vínculos de la Revolución Cubana con la Unión Soviética, como la de que durante la guerra civil, siendo el coronel Manuel Ugalde Carrillo jefe militar de la ciudad de Bayamo, había capturado *un cargamento de armas dejado por un submarino soviético*. El auditorio rio y Ugalde trató de darle credibilidad al embuste:

— *Yo vi el periscopio del submarino cuando se alejaba de la costa.*[3]

Lo que no aclaró fue el instrumento que necesitó desde una ciudad interior como es Bayamo para ver del otro lado de la cordillera de la Sierra Maestra, salvo que el submarino soviético se hubiese internado a través de las menguadas aguas del río Cauto, primero, y del río Bayamo, después. Lo verdaderamente irónico es que menos de un año después, cuando los Estados Unidos lanzaron su invasión mercenaria por la Ciénaga de Zapata, las agencias de noticias de ese país

3 Para mayor información, se puede revisar la prensa periódica cubana de principios de mayo de 1960.

difundieron la ocupación del inexistente *puerto de Bayamo*, como uno de sus supuestos éxitos de guerra.

Hoy puede parecer excesivamente burdo como para ser creído, pero en 1960 y en los años posteriores eran "verdades" dichas sin sonrojo. Con falsedades similares se construyó el proyectil con que se quiso asesinar a la Revolución.

United Fruit Company

A comienzos del mes de abril, la administración del mayor latifundio estadounidense en Cuba, la *United Fruit Company*, propietaria de las tierras y de las aguas de un vasto territorio en el oriente cubano, se negó a permitir que los campesinos y obreros agrícolas de la zona consumieran el agua para necesidades apremiantes. Una gestión directa con el administrador de la compañía, realizada por un alto funcionario del INRA, fracasó.

Informado Fidel, amparado por la Ley de Reforma Agraria, decidió dictar una resolución decretando la intervención de las ocho mil ciento setenta y cinco caballerías de tierra y de todas las propiedades de la compañía, incluyendo el central *Preston.* La resolución concedió una indemnización por seis millones ciento cincuenta mil dólares en bonos de la Reforma Agraria. La compañía, que había adquirido la caballería de tierra a diez centavos, exigía ahora un pago de cincuenta y seis millones trescientos cuarenta mil dólares de indemnización.

Petróleo III

Mientras aquello ocurría, se abrieron varios frentes de pugna económica con los Estados Unidos. El petróleo importado, única fuente de producción de energía en gran escala en Cuba, quiso ser utilizado para doblegar al Gobierno Revolucionario.

Las compañías petroleras *Texas Company West Indies Ltd., Esso Standard Oil Company, Sinclair Cuba Oil Company, S.A.,*[4] y *Shell-Mex of Cuba,* controlaban el mercado cubano de refinación y expendio de combustibles. Eran verdaderos monopolios y estaban

4 Inició sus operaciones en Cuba en 1882, con una pequeña torre de destilación. Al triunfar la Revolución, la refinería Esso Belot tenía una capacidad refinadora de treinta y cinco mil barriles diarios, controlando, además, una vasta red de distribución de gasolina, grasas, aceites lubricantes, asfalto y queroseno. Como ésta, las otras controlaban completamente el mercado cubano.

resueltos a mantener sus privilegios. El Gobierno Revolucionario, por su parte, estaba determinado a defender el interés nacional, abaratando el costo de los hidrocarburos que se refinaran y sirvieran en Cuba.

Desde hacía décadas, había un sistema por el cual las compañías petroleras adquirían, refinaban y suministraban el petróleo que consumía el país, y el Estado pagaba las facturas. Al ser estas compañías las propietarias de las empresas productoras, transportadoras, refinadoras y distribuidoras, en cada paso determinaban los precios, sin discusión. El petróleo era comprado a las casas o empresas subsidiarias a precios monopólicos, y por ese concepto Cuba perdía cerca de veinte millones de dólares por sobreprecios. El petróleo era traído a refinar, y teníamos que hacer una nueva erogación en demasía, equivalente a la anterior. El petróleo era puesto al consumo, con nuevas ganancias: un negocio redondo.

El consumo anual de Cuba era de aproximadamente cuatro millones de toneladas de petróleo. En virtud de la nueva política de defensa del interés económico nacional, el Gobierno Revolucionario hizo una primera gestión de compra para una refinería propiedad del Instituto Cubano del Petróleo. Se acudió al mercado mundial, por medio de la empresa estadounidense *Compañía Inversionista Pomeroy*, lográndose adquirir el barril de petróleo a dos dólares diez centavos, frente a los dos dólares ochenta centavos que se les pagaba a las compañías radicadas en Cuba. Un ahorro de casi un dólar por barril.

Pero como los consorcios controlaban el transporte de hidrocarburos, la compañía independiente estadounidense radicada en Venezuela que realizó la venta, *Superior Oil Company*, se vio imposibilitada de cumplir el contrato, al negarse aquellos a prestar el servicio.

Durante la visita del vicepresidente del Gobierno soviético Anastas Mikoyán, en febrero de 1960, se acordó el suministro de petróleo de la URSS a Cuba. La enorme distancia a vencer implicaba un aumento considerable en los costos del flete, en caso de que alguna naviera ofreciera el servicio. Esta adversidad quedó contrarrestada con los precios favorables obtenidos, que significaban un ahorro de ochenta y ocho centavos de dólar por barril, en un petróleo de mayor calidad, 33 % de gasolina. El 17 de abril de 1960, el primer buque cisterna con petróleo soviético, el *Andréi Vishinsky*, atracó en el puerto de Casilda, con más de ochenta mil toneladas, de una adquisición cercana al cuarto de millón. En ese momento, el Banco Nacional de Cuba dispuso comprar casi un millón de toneladas más.

Hasta entonces no había mayores motivos de preocupación, pero ocurrió que en mayo los presidentes de las compañías involucradas viajaron a los Estados Unidos, tras lo cual enviaron, casi al unísono, mensajes que comunicaban al Gobierno Revolucionario su determinación de no refinar el petróleo adquirido en la Unión Soviética. Simultáneamente, comenzaron a retirar de sus plantas a los mejores especialistas, ingenieros y técnicos. Estaba planteado el conflicto.

Era una clara maniobra de boicot, concertada con el Gobierno de los Estados Unidos. Ello entrañaba que al no haber refinación, se cortaría el suministro de combustible al país, provocando su paralización; era, además, una provocación al Gobierno Revolucionario, para inducirlo a intervenir las empresas, lo que justificaría un escalamiento de la agresión que se tramaba. En el fondo, confiaban en la imposibilidad de Cuba de recibir[5] el combustible que necesitaba, o que éste llegara cuando se hubiese agotado las reservas.

La solución legal del conflicto la proporcionaba una ley aprobada el 9 de mayo de 1938, que estipulaba que las compañías estaban obligadas a refinar el combustible que el Estado cubano adquiriese:

Artículo 44. Sus plantas vendrán obligadas a refinar petróleo del Estado cuando el Gobierno así lo acuerde, estableciéndose entre ellas el prorrateo correspondiente si las cantidades a refinar así lo demandan o lo imponen. De modo que sea posible refinar todo el petróleo necesario y a un precio que no exceda del costo de la operación, más un razonable beneficio industrial.

En junio, la situación tocó fondo. Las reservas petroleras de Cuba estaban en franco descenso, provocando el peligro de una grave crisis energética para el mes de agosto. La maniobra anticubana de las compañías petroleras fue denunciada en varias oportunidades por Fidel, pero las compañías se mantuvieron en su posición intransigente, negadas a refinar el crudo soviético. Por distintas vías, quedaron advertidas de las consecuencias posibles de su actitud saboteadora.

Por fin, el 28 de junio, el Gobierno Revolucionario dictó la Resolución 188, que ordenaba a la *Texas Company West Indies Ltd.* refinar el petróleo que el Estado le suministrara, bajo la conminación de que si desacataba, el Instituto Cubano del Petróleo intervendría la empresa. Dos días después, se conminó en iguales términos a la *E*sso *Standard Oil Company* y a la *Shell-Mex of Cuba*. Al ser desacatadas las órdenes, el Gobierno Revolucionario dispuso que las empresas quedaran intervenidas.

5 Creían que el nuevo suministrador, la Unión Soviética, carecía de la capacidad de transporte suficiente para abastecer al mercado cubano.

La fe depositada por el Gobierno de los Estados Unidos en doblegar a Cuba por esta vía fue rápidamente destrozada. Entre julio y agosto, treinta y cinco buques-cisterna soviéticos depositaron en puertos cubanos más de tres millones y medio de toneladas de petróleo crudo; sólo que el petróleo sería refinado bajo pabellón nacional.

Reducen aquello de lo que Cuba vive

Pero el conflicto había derivado a más, acentuándose. A este problema se unió el de las empresas mineras estadounidenses de Moa y Nicaro, que habían venido explotando en condiciones muy ventajosas las reservas de níquel de la nación. Desacatando las leyes cubanas, se negaban a pagar los impuestos decretados por el Consejo de Ministros en noviembre de 1959.

Cuba quiso hallar alguna fórmula de arreglo. El 29 de junio, el Consejo de Ministros acordó crear una comisión especial, presidida por el ministro de Agricultura, comandante Pedro Miret Prieto, con el propósito de negociar en Washington la adquisición por el Estado cubano de la planta de Nicaro. Pero las negociaciones terminaron en un punto muerto.

Para principios del mes de julio, las aguas estaban bien turbias entre Cuba y los Estados Unidos. Desde hacía meses, diversos medios de comunicación de los Estados Unidos y políticos de ambos partidos, demócrata y republicano, amenazaban con recurrir a graves sanciones económicas contra Cuba. Insistentemente, se mencionaba la posibilidad de reducir la cuota azucarera cubana en el mercado estadounidense. En una lógica imperial, era el arma perfecta: Cuba vivía y moría del azúcar; virtualmente, era su única riqueza importante.[6] En el Congreso, a instancias de la administración republicana, habían logrado avanzar, no sin fuertes cabildeos, los partidarios de acudir al garrote contra Cuba. Cuando los conflictos petroleros y mineros entraron en su fase de definiciones; estaba a punto la ley transfiriendo la facultad de reducir la cuota azucarera cubana del Legislativo al Ejecutivo. Esto era lo más grave.

Ante la escalada, el viernes 24 de junio de 1960, Fidel había advertido públicamente que Cuba no se quedaría cruzada de brazos

6 Un editorial del diario *The New York World Telegram and Sun* era bien sincero: "*Con ese garrote, Estados Unidos puede tomar medidas rápidamente para* vapulear *la fuente de ingresos más importante de Cuba: el azúcar.*"

frente al menoscabo y desacato de su soberanía por las empresas estadounidenses y a la agresión económica. No habría golpe sin respuesta:

—Así que, ¿nosotros podemos perder parte de nuestra cuota azucarera? Ellos pueden perder parte de sus inversiones. ¿Podemos perder toda la cuota azucarera? Ellos pueden perder todas sus inversiones en Cuba. Cambiaremos cuota por inversión. Nosotros estamos esperando que terminen la ley norteamericana sobre el azúcar para hacer nuestra ley cubana sobre las inversiones norteamericanas, otorgándole al Gobierno, pues, las mismas facultades que el Congreso le otorga al Presidente de los Estados Unidos.

De acuerdo con datos del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, en 1954 las inversiones estadounidenses en Cuba ascendían a setecientos trece millones de dólares: Agricultura, doscientos setenta y dos millones; Petróleo, veintisiete millones; Industria, cincuenta y cinco millones; Servicios Públicos, trescientos tres millones; Comercio, treinta y cinco millones, y otras industrias, veintiún millones. Para 1960, el monto se había elevado a ochocientos veintinueve millones de dólares. Las compañías estadounidenses controlaban monopólicamente varios sectores económicos de Cuba: petróleo, minería, y eran determinantes en otros, como en el caso del azúcar, donde eran propietarios de los treinta y seis centrales más productivos del país, controlando cerca del 37 % de la producción.

Las empresas estadounidenses manejaban el mercado cubano de importación, en condiciones de nación más favorecida. Nos vendían anualmente cientos de millones de dólares en mercaderías y servicios, en una situación de total favoritismo en la balanza comercial: en diez años, Cuba había comprado mil millones de dólares más de lo que había logrado vender a los Estados Unidos.

Fidel advirtió que la agresión económica podía provocar que el Gobierno Revolucionario respondiera afectando todos aquellos beneficios y privilegios. En la guerra económica Cuba perdería mucho, porque tendría que hacer sacrificios incontables y sufriría la mutilación de parte de sus ambiciosos planes de desarrollo; en cambio, ganaría una absoluta independencia de tan arrogante vecino. Los Estados Unidos perderían un mercado seguro y próximo que les proporcionaba ganancias y exclusividades colosales , y su poder de imposición y destrucción sería desafiado, con el riesgo de sufrir una derrota costosa en la porfía, a tan corta distancia, en su traspatio.

Profundidad máxima en el conflicto

En lugar de buscar una solución honorable, los Estados Unidos decidieron aplastar a la Revolución. Pudo más la prepotencia imperial. Tras discusiones enconadas, el 4 de julio, Día de la Independencia, el Congreso de los Estados Unidos aprobó una enmienda a la Ley Azucarera, facultando al Presidente para disminuir o cercenar la cuota azucarera cubana en el mercado estadounidense.

La decisión del Congreso fue contestada de inmediato. El Consejo de Ministros se reunió con carácter extraordinario el 5 de julio y realizó una imprescindible reforma constitucional modificativa del artículo 24 de la Ley Fundamental, ya votada, desde abril, en tres ocasiones anteriores, lo que se mantuvo en secreto, estableciendo que en los casos de expropiación de bienes, la Ley Fundamental determinaría la autoridad competente para declarar la causa de utilidad pública, interés social o nacional y la necesidad de la expropiación, y regularía el procedimiento, así como los medios y las formas de pago.

Aprobada esta ley, Fidel expuso al Consejo de Ministros que la decisión del Congreso de los Estados Unidos obligaba al Gobierno Revolucionario a *adoptar sin vacilaciones todas las medidas que estimara pertinentes para la defensa de la soberanía nacional y del libre desenvolvimiento económico de Cuba*. En consecuencia, propuso un Proyecto de Ley, que sancionamos unánimemente,[7] por el cual se autorizaba al Presidente de la República y al Primer Ministro a dictar, mediante resolucion conjunta y fundada, la nacionalización, por vía de expropiación forzosa, de los bienes o las empresas propiedad de personas naturales o jurídicas nacionales de los Estados Unidos o de las empresas en que aquellas tuvieran interés o participación.

La ley concedió facultades al Presidente de la República y al Primer Ministro para designar a las personas y los organismos que administrarían los bienes expropiados, y los peritos que evaluarían el valor de las propiedades, a los efectos de conceder una indemnización. El pago se haría en bonos de la República, que se amortizarían del Fondo para el Pago de Expropiaciones de Bienes y Empresas Nacionales de los Estados Unidos de Norteamérica. Este fondo especial se crearía por el Banco Nacional de Cuba y se nutriría anualmente con el 25 % de las divisas de las compras que, por sobre los tres millones de toneladas largas españolas, a un precio no menor de

7 Ley 851, de julio de 1960.

cinco pesos setenta y cinco centavos la libra, realizaran en el futuro los Estados Unidos; devengando un interés anual no menor del 2 %, pero sin acumulación en caso de que no pudieran pagarse con arreglo al fondo. Se fijó en treinta años, a partir de aplicada la expropiación, el plazo de la amortización de las indemnizaciones.

El Congreso de los Estados Unidos aprobó un mecanismo de castigo, y el Consejo de Ministros de Cuba sancionó uno de respuesta.

Sin demora, el Presidente Eisenhower procedió contra Cuba. El 6 de julio, nos enteramos de que la cuota azucarera cubana había sido rebajada de un plumazo en ochocientas cincuenta y seis mil toneladas, hecho esto a un país que vivía del azúcar. Creyeron que de verdad *Cuba moriría del azúcar*.

Afortunadamente, Cuba había logrado conveniar la venta de todo su azúcar a la Unión Soviética, China y otros países socialistas. De lo contrario, decenas de miles de familias campesinas hubiesen quedado sin una fuente básica de empleo y subsistencia; el hambre en los campos cubanos se hubiese multiplicado, y el nivel de vida y consumo que la Revolución había incrementado en un año y medio se habría derrumbado.

Los que esperaban una respuesta inmediata del Gobierno Revolucionario quedaron defraudados. Aún no estábamos preparados, por lo que en los días y las semanas siguientes a la medida estadounidense hubo cierta quietud dispositiva del Ejecutivo de la nación, que coincidió, además, con una dolencia de Fidel, quien tuvo que recluirse domiciliariamente por prescripción médica. No se produjo en horas, como algunos pensaron y esperaban, el golpe de respuesta.

La ciudad al campo

Un mes antes de la celebración del primer aniversario, tras el triunfo de la Revolución, del asalto al cuartel Moncada, Fidel había lanzado la iniciativa de invadir La Habana con un mar de campesinos, en respaldo de la reforma agraria. Así fue aquel 26 de julio de 1959 en la Plaza Cívica José Martí. Coincidió con la primera crisis entre los que en la Revolución se pronunciaban por reformas profundas de la sociedad cubana y los que creían que bastaba con la honestidad administrativa y ciertas medidas cosméticas: Fidel Castro Ruz *versus* Manuel Urrutia Lleó. La promulgación de la Ley de Reforma Agraria había desencadenado la ruptura.

Para el segundo aniversario, en 1960, Fidel lo hizo a la inversa. Convocó a devolver la visita de los campesinos a La Habana. Esta

vez sería la ciudad la que iría al campo, sólo que a otra *ciudad*: El Caney de Las Mercedes, en la puerta misma de la Sierra Maestra, donde se construía una ciudad escolar para miles de niños campesinos. Coincidió con el primer enfrentamiento directo y abierto entre la Revolución y la contrarrevolución, entre Cuba y los Estados Unidos. La aplicación de la Ley de Reforma Agraria a los latifundistas de adentro y de afuera, había sido la causa fundamental; sólo que ya los Estados Unidos no contaban con aliados en el Gobierno Revolucionario, pues a esas horas los que aún no se habían exiliado, ya estaban haciendo sus maletas.

El 26 de julio, decenas de miles de campesinos y decenas de miles de citadinos se congregaron en El Caney de Las Mercedes. Allá fue la casi totalidad del Consejo de Ministros y los jefes de los institutos armados de la República, todos encabezados por Dorticós y Fidel. Iban decenas de prestigiosos dirigentes revolucionarios latinoamericanos: Jacobo Árbenz, ex-presidente de Guatemala; Clotario Blest, líder obrero chileno; Vicente Lombardo Toledano, líder sindical internacional mexicano. También fueron intelectuales afronorteamericanos,[8] a los que había invitado Haydée Santamaría Cuadrado, Presidenta de Casa de Las Américas.

Pese a los enormes deseos de volver a Oriente, debí permanecer en el Palacio Presidencial, a la expectativa de cualquier acontecimiento. Por la televisión nacional pude apreciar el más campesino de los aniversarios del inicio de la lucha revolucionaria. Una columna de mujeres vestidas de blanco, azul y rojo, los colores de la bandera nacional, inició un desfile prolongado . La siguió la columna de los niños de la ciudad escolar, a la que se llamó justamente *Camilo Cienfuegos*. Algunos de aquellos hijos de campesinos conducían tractores; todo un símbolo de cómo la obra revolucionaria había llegado a todos los rincones de la República. Otros alumnos, esta vez de la Escuela para Maestros Voluntarios de Minas de Frío, puntal en los planes de expansión de la enseñanza que acometía la Revolución, se intercalaron con las milicias campesinas y obreras, los batallones femeninos y la caballería campesina. Más tarde, hicieron sus demostraciones los paracaidistas de la Fuerza Aérea Revolucionaria, los soldados entrenados en Minas de Frío, las tropas veteranas de la Sierra Maestra, los soldados rebeldes que construían presas en aquella vasta zona del centro de Oriente, y las Milicias Estudiantiles Univer-

8 Julian Mayfield, novelista; Leroy Jones, poeta; Lucy Smith, poetisa; Harold Cruse, ensayista, y Sarah E. Wright, poetisa.

sitarias y de centros secundarios. Desfilaron en El Caney de Las Mercedes las nuevas realidades de Cuba. En fin, las fuerzas con que Fidel contaba para enfrentar a las guerrillas contrarrevolucionarias de la Sierra de El Escambray y las otras acciones bélicas que los Estados Unidos realizarían contra Cuba cuando sus planes de estrangulación económica fracasaran.

En su discurso, Fidel dio a conocer que para las futuras contingencias militares la Revolución, que no había estado inactiva ni mucho menos, proporcionaría, a cada uno de los cientos de miles de milicianos que se había sido organizado, un arma.

— No crean que porque había algunas escopetas en brazos de nuestros campesinos no haya armas para ellos. Las milicias están en un proceso de intensa organización y entrenamiento. Y ésta será la última vez que las milicias obreras y campesinas desfilen sin sus fusiles, y ya los fusiles de las milicias están ahí, en el territorio nacional, y en los desfiles venideros marcharemos todos con las armas correspondientes.[9]

En medio de su discurso hizo aparición la lluvia. Estaba acompañada por rayos tremebundos en la distancia, sobre la Sierra Maestra. Al reclamo de la multitud de que Fidel no se mojara, el comandante Manuel *Piti* Fajardo[10] le puso sobre los hombros una capota militar. Fidel siguió su discurso, imperturbable. Concluyó pidiendo a los cubanos firmeza y esfuerzos, para que el ejemplo convirtiera la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del continente americano. En ese momento, recibió el abrazo emocionado de Jacobo Árbenz, ex-presidente de Guatemala, derrocado en 1954 por una invasión organizada y pagada por la *United Fruit Company* y la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos.

Simbólicamente, el mayor de los dos centrales de la *United Fruit Company* en Cuba, el *Preston*, al ser nacionalizado fue bautizado como *Central Guatemala*. En Cuba, Guatemala tendría su desquite histórico. Apenas demoraría diez días.

La espina dorsal

La respuesta del Gobierno Revolucionario a la agresión económica era esperada con ansiedad y expectación. Así fue a lo largo del calu-

9 Discurso del Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz, el 26 de julio de 1960.

10 Poco después caería combatiendo a las bandas contrarrevolucionarias alzadas en El Escambray.

roso y movido mes de julio de 1960. El 5 de agosto, el comandante Raúl Castro anunció la inminencia de la respuesta cubana a la rebaja de la cuota azucarera. La expectación fue en aumento.

En horas de la tarde del 6 de agosto, en el despacho del Presidente de la República, Dorticós y Fidel procedieron a firmar la Resolución No. 1 del Poder Ejecutivo de la nación que, en busca de resarcir a Cuba de los daños causados por la reducción de su cuota azucarera y reafirmar su independencia económica, nacionalizó las principales empresas estadounidenses en el país. Tuve el privilegio de ser testigo presencial del acto por el cual se le fracturó la espina dorsal a la economía imperialista en Cuba, traspasando en plena propiedad al Estado las empresas siguientes:

— Las mal llamadas *Compañía Cubana de Electricidad* y *Cuban Telephone Company*, por constituir *un ejemplo típico de monopolio extorsionista y explotador que ha succionado y burlado durante largos años la economía de la nación*.

— Las compañías azucareras, propietarias de treinta y seis centrales azucareros, que se habían apoderado de las mejores tierras del país amparadas por los privilegios resultantes de los actos de coacción y fuerza contra la soberanía cubana realizados durante la ocupación militar de la nación por los Estados Unidos: *Central Cunagua, S.A.; Compañía Azucarera Atlántica del Golfo, S.A.; Compañía Central Altagracia, S.A.; Miranda Sugar Estates; Compañía Cubana, S.A.; The Cuban American Sugar Mills; Cuban Trading Company; The New Tuinicú Sugar Company, Inc.; The Francisco Sugar Company; Compañía Azucarera Céspedes; Manatí Sugar Company; Punta Alegre Sugar Sales Company; Baraguá Industrial Corporation of New York; Florida Industrial Corporation of New York; Macareño Industrial Corporation of New York; General Sugar Estates; Compañía Azucarera Vertientes Camagüey de Cuba; Guantánamo Sugar Company; United Fruit Sugar Company; Compañía Azucarera Soledad, S.A.,* y *Central Ermita, S.A*.

— Las compañías petroleras, que de manera continuada habían estado estafando a la economía nacional, y en un claro complot contrarrevolucionario se habían concertado para boicotear el suministro de combustible, en flagrante desacato de las leyes de Cuba: *Esso Standard Oil, S.A., División de Cuba; Texas Company West Indies Ltd.,* y *Sinclair Cuba Oil Company, S.A*.

El Departamento de Industrialización del INRA y el Instituto Cubano del Petróleo quedaron encargados de la administración de las empresas expropiadas, con la encomienda de proceder a intervenir

preventivamente a las personas jurídicas, empresas o bienes subsidiarios o vinculados a las propiedades afectadas por la Resolución No. 1. El propósito era meramente cautelar, hasta el procedimiento de nacionalización correspondiente.

Una vez firmada la Resolución, certifiqué la primera copia para su publicación inmediata en la *Gaceta Oficial*, con instrucciones precisas de, sin perder un minuto, enviarme el primer ejemplar al acto de clausura del Congreso de Estudiantes Latinoamericanos que iba a tener lugar en el Estadio Latinoamericano de La Habana, hacia donde partimos todos.

El estadio estaba abarrotado. Miles de personas se aglomeraban en las graderías, en el terreno y en los alrededores. Cientos de latinoamericanos, entre ellos el gran amigo venezolano Fabricio Ojeda, serían testigos privilegiados del mayor acto de desafío al poder económico y político de los Estados Unidos en América. Asistió el Consejo de Ministros en pleno y toda la alta oficialidad del Ejército Rebelde. También estaba el expresidente guatemalteco, Jacobo Árbenz.

Celebrándose el acto, recibí el ejemplar de la *Gaceta Oficial*. Lo pasé al Presidente Dorticós. Al revisarlo, me dijo:

— Estoy en desacuerdo con esto. Esta Resolución es emitida por ambos, así que las firmas tienen que estar al mismo nivel.

Efectivamente, la firma del Presidente de la República aparecía dos espacios sobre la del Primer Ministro del Gobierno Revolucionario. El equívoco obedecía a la práctica que se seguía al colocar los pies de firma en las leyes ordinarias y los decretos ministeriales. Éstos eran firmados tanto por el Presidente como por el Primer Ministro, apareciendo en distintos niveles, sobre la rúbrica del ministro correspondiente. En el original de la Resolución No. 1 esta costumbre fue modificada, firmando Dorticós y Fidel uno junto al otro. Yo no me percaté de este detalle y cometí el error.

Cuando el Presidente me hizo la observación, decidí no delegar el trámite de corrección. De inmediato abandoné el lugar y partí para la imprenta de la *Gaceta Oficial*, situada en las calles Cuba y O'Reilly. Ordené destruir todos los ejemplares y que hicieran una nueva tirada corregida. Tan pronto estuvieron listos los primeros,[11] regresé al estadio y se los entregué al Presidente.

Esa noche ocurrió uno de los acontecimientos más insólitos de la Revolución. Una persistente llovizna obligó a situar una lona sobre

11 Edición extraordinaria de la *Gaceta Oficial de la República,* 6 de agosto de 1960.

la tribuna. Fidel aún no estaba restablecido del grave estado gripal que había padecido. A las once y cuarenta de la noche, comenzó su discurso, como de costumbre, improvisado. En la medida en que avanzaba, era evidente que sus cuerdas vocales estaban afectadas seriamente y que su voz daba signos palpables de quebranto. Los compañeros le insistieron para que se cuidara e incluso en el público comenzaron a escucharse expresiones de preocupación por su estado.

En el momento en que Fidel se esforzaba por explicar que el germen de la revolución en América Latina se hallaba en la dramática realidad social y económica a que estaban sometidos sus pueblos, su voz dio muestras inequívocas de agotamiento, apagándose a intervalos. El Presidente y el comandante Juan Almeida le pidieron que cesara de hablar, pero Fidel continuó. Desde todas partes del estadio se oyeron gritos reclamando que Raúl sustituyera a Fidel. Ya sin poder emitir palabras, Fidel le cedió el micrófono.

Raúl explicó que aquella situación se hubiese podido evitar si Fidel hubiese seguido los consejos de los galenos que le atendieron en las semanas anteriores para que cuidara su salud, no exponiéndose a las inclemencias del tiempo. Contó que durante la guerra hubo que encarar a Fidel para que no se expusiera al peligro en los combates. Luego comenzó a leer la Resolución No. 1, nacionalizando aquella retahila de empresas estadounidenses.

Minutos después, cuando Raúl, bajo los gritos de *¡Cuba sí, yanquis no!,* había avanzado en la lectura de la Resolución No. 1, Fidel le hizo señas de que le estaba volviendo la voz. Raúl pidió unos minutos para que terminara de recuperarse, tiempo que se aprovechó para que, dirigida por el comandante Juan Almeida Bosque, jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde y compositor musical, la multitud cantara el himno nacional.

Facilitado por un silencio impresionante, Fidel retomó los micrófonos y continuó la lectura. Al relacionar las empresas nacionalizadas, la multitud, haciendo eco de una expresión del mayor general Jesús Rabí, gritada oportunamente por Raúl, exclamaba melodiosamente: *¡Se llamaba!*

Se declaró *Semana de Júbilo Popular* y en toda la República se organizó funerales o entierros simbólicos. En la escalinata del Capitolio Nacional se expuso los sarcófagos de las empresas yanquis nacionalizadas. El 13 de agosto, los ataúdes simbólicos fueron lanzados al mar. Desde el Malecón de La Habana, un mar de pueblo los vio alejarse.

A principios de 1960, llegó a prevalecer por fin la postura que yo había estado sosteniendo durante nueve meses, y la CIA recibió instrucciones de facilitar armas, municiones y entrenamiento a los cubanos huidos del régimen de Castro, exiliados en los Estados Unidos y otros países de la América Latina. (...) La operación se realizaba en secreto. Bajo ninguna circunstancia podía descubrirse ni incluso mencionarse.

Richard Nixon.
Seis Crisis, Editorial LG, Barcelona, 1967.

Cumplido el programa histórico

Paralelamente a la guerra económica, desde bien temprano en el año 1960, los Estados Unidos aceleraron los planes ofensivos contra la Revolución Cubana en los planos militar y político. Cuba había venido denunciando reiteradamente, en todos los foros y las tribunas, que los Estados Unidos estaban preparando una agresión militar de gran envergadura. Tempranamente, se aportó pruebas de que en La Florida se reclutaba a exiliados cubanos y se los entrenaba militarmente, con dinero del fisco de los Estados Unidos. La pretensión de Richard Nixon de que los planes fueran secretos era puro sofisma, pues las denuncias cubanas ofrecieron "pelos y señales" de las maniobras invasoras, sólo que las agencias de noticias, controladas por el Gobierno de los Estados Unidos, lanzaron una demencial cortina de humo y silencio, a la vez que acusaban a Cuba de infinidad de transgresiones al código de conducta pautado por los Estados Unidos. Así, se fue conformando un clima de hostilidad y guerra. Los Estados Unidos lograron infestar el territorio nacional con bandas armadas y grupos terroristas y desde territorio continental éramos

atacados con la mayor impunidad. La Agencia Central de Inteligencia controlaba casi todos los hilos de las conjuras contrarrevolucionarias.

A ese clima de tensión había que agregar la guerra psicológica emprendida contra Cuba y los planes de aislamiento internacional. Durante la gira por América Latina, comprobamos la magnitud de los tentáculos estadounidenses. Para el verano de 1960, quedó planteada la guerra no declarada de los Estados Unidos contra Cuba. En esas circunstancias, se abrió un campo de enfrentamiento: el diplomático.

El 24 de junio de 1960, un atentado dinamitero organizado por agentes trujillistas estuvo a punto de dar muerte al Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt. A petición de su canciller, el Consejo de la Organización de Estados Americanos convocó a la Sexta Reunión de Cancilleres, en San José de Costa Rica, para enjuiciar la conducta criminal de la tiranía de Rafael Leónidas Trujillo en la República Dominicana. A su vez, el Gobierno de Perú solicitó una Séptima Reunión para abordar el tema de la solidaridad continental ante las amenazas extracontinentales, en clara alusión a las relaciones y asistencias que Cuba estaba logrando concertar con la Unión Soviética y otros países socialistas.

A principios de julio, los planes ofensivos contra Cuba arrancaron una enérgica declaración de Nikita Jrushchov, jefe del Gobierno y del Estado soviéticos, advirtiendo a los Estados Unidos que corrían el peligro de ser blanco de los cohetes nucleares soviéticos en caso de que produjeran una agresión militar contra Cuba. Fidel agradeció públicamente la solidaridad soviética e impartió instrucciones al comandante Raúl Castro, quien se hallaba en Praga en tránsito hacia El Cairo, de viajar a Moscú. Ello completó el expediente de "amenaza extracontinental" en los asuntos americanos con el que procedieron a aislar diplomática y políticamente a Cuba en el seno de la OEA.[1]

Se pretendía sentar en el banquillo de los acusados a la víctima de la agresión y no al agresor. Cuba debía ser condenada por aceptar la ayuda que le ofrecía un tercero en caso de agresión.

1 Sintomáticamente, una declaración anterior a la de Jrushchov, no había merecido siquiera la atención del Departamento de Estado. El vicecanciller de la República Árabe Unida, Hussein Zulficar Salri, de visita en Cuba, dijo a principios de marzo que su Gobierno estaba en disposición de acudir con ayuda militar y económica para el pueblo cubano si era objeto de cualquier agresión extranjera. Bastaba con que Cuba lo solicitara. Nadie gritó por ello en el Potomac.

A solicitud del Gobierno Revolucionario, el Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas se reunió el 18 de julio para escuchar las denuncias de nuestro canciller, doctor Raúl Roa. En su voz, el Gobierno Revolucionario dijo que la pretensión estadounidense de coartar la autodeterminación de Cuba dentro del agudo cuadro de la guerra fría, trascendía el ámbito americano para convertirse en un asunto que hacía peligrar gravemente la paz y seguridad internacionales. La dolosa inclusión de Cuba en la órbita soviética era una maniobra de los Estados Unidos para aislar y destruir a la Revolución. La etiqueta de *comunista* que se usaba para atacarla era lenguaje harto conocido por cuanto movimiento progresista intentaba cambiar las reglas de juego en América Latina. Las revoluciones en México, Bolivia y Guatemala lo habían sufrido antes que Cuba. Roa lanzó una advertencia: Cuba no sería presa fácil de uncir ni derrotar, porque su pueblo y su Gobierno Revolucionario no se arredrarían ante amenazas ni maniobras. El Gobierno cubano solicitó del Consejo de Seguridad la adopción de medidas para conjurar la agresión en ciernes.

Tras intensas deliberaciones y muchos cabildeos, los Estados Unidos impusieron con su poder e influencia una decisión equivocada: el Consejo de Seguridad "pasó la pelota" a la Organización de Estados Americanos (OEA). Quedamos a merced de gobiernos que en esos momentos se disputaban medio millar de millones de dólares en créditos proporcionados por los Estados Unidos y los trocitos de nuestra cuota azucarera.

A partir del 17 de agosto, deliberaron en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica los ministros de Relaciones Exteriores de América. La Sexta Reunión acordó condenar y decretar sanciones contra la República Dominicana por sus actos de agresión contra Venezuela. Cuba votó a favor, con la apelación de Roa a que la OEA condenara también a los Estados Unidos por sus continuos actos de agresión contra nuestro país. Al finalizar esa primera contienda, Roa proclamó:

— Cuba no es satélite político efectivo o ideológico de nadie. Cuba es hoy, gracias a la revolución popular que le ha conquistado el pleno ejercicio de la soberanía, un diminuto planeta que recorre su órbita histórica con absoluta independencia en sus movimientos de rotación y traslación. De quien Cuba dejó de ser satélite para siempre, desde el primero de enero de 1959, es del Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica.

El 22 de agosto comenzó la Séptima Reunión, para enjuiciar a Cuba por aceptar ayuda extracontinental. El agresor era el acusador, y los que recibían presiones, chantajes, créditos y trocitos de la cuota azucarera cubana hacían de jueces. Cuando fue evidente que Cuba sería condenada, sin ningún pronunciamiento condenatorio a los planes agresivos y las agresiones que provocaron y justificaban la declaración de Nikita Jrushchov, el 28 de agosto, Roa decidió retirarse de la reunión. En el momento en que los delegados cubanos salían de la sala de conferencias, Ada Kourí, esposa de nuestro canciller, se volvió y les gritó a los cancilleres de América:

— Esto es una demostración de virilidad ante una reunión de castrados.

Minutos después, *Eddy* Martin entrevistó al doctor Roa para la emisora *Radio Rebelde.* Sus palabras finales fueron:

— ¡Abajo los pendejos!

Lo que ignorábamos en ese instante, era que en San José un periodista costarricense, Mario Ramírez, calibrando su conducta, había bautizado al doctor Raúl Roa como *Canciller de la Dignidad*, y que el ministro, respondiendo a una petición de mensaje para el pueblo de Costa Rica, se había limitado a decir:

— Mario, lo único que puedo decirte es lo siguiente: la Reforma Agraria ha sido un éxito rotundo.

El periodista se quedó perplejo, sin entender el sentido de aquellas palabras, momento en que Roa lanzó una de sus más singulares expresiones:

— Mira si ha sido un éxito, que Cuba está exportándole huevos al mundo entero.[2]

Por supuesto, los Estados Unidos arrancaron de la conferencia de cancilleres una condena a Cuba por aceptar la ayuda que le ofrecían la Unión Soviética y otros países socialistas:

Condena enérgicamente la intervención o amenaza de intervención, aun cuando sea condicionada, de una potencia extracontinental en los asuntos de las repúblicas americanas, y declara que la aceptación de una amenaza de intervención extracontinental por parte de un estado americano, pone en peligro la solidaridad y seguridad americanas, lo que obliga a la Organización de Estados Americanos a desaprobarla y rechazarla con igual energía.

2 Testimonios de *Eddy* Martin y Ada Kourí. En *El Canciller,* de Manuel González Bello, Editorial de Ciencias Sociales, 1999.

El entuerto de resolución[3] nos conminó a someternos a la *disciplina del sistema interamericano*.

Asamblea General Nacional

En respuesta, el Gobierno Revolucionario convocó para la Plaza Cívica al pueblo de La Habana, en Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba. La gigantesca concentración tuvo lugar el 2 de septiembre. A la *Declaración de San Jo*sé, la Revolución opuso la *Declaración de La Habana*.

En Costa Rica se reunieron y firmaron los cancilleres, algunos de los cuales representaban a dictaduras como las de Somoza o Stroessner. Una veintena de hombres de saco y corbata, en un salón refrigerado, coaccionados por la mayor potencia de la historia humana o comprados con créditos y con las migajas de la cuota azucarera cubana, condenaron la actitud soberana de Cuba, franqueando el paso para que los Estados Unidos descargaran su fuerza terrible contra la isla insumisa.

En La Habana, con el voto unánime de cerca de un millón de cubanos, la Revolución Cubana "quemó todas sus naves" en el empeño de hacer una revolución sin cortapisas y sin interferencias. Aquella tarde estábamos dominados por el sentimiento y por la conciencia plena de que éramos objeto de una felonía de los Estados Unidos. Fue un ejercicio democrático al estilo de la Atenas clásica. Fidel lanzó un reto muy difícil de aceptar para las oligarquías, latinoamericanas:

— *Si ellos quieren que nosotros acatemos los acuerdos de Costa Rica, ¡que los sometan a la aprobación de sus respectivos pueblos!*

En ese momento, el mar humano aplaudió y comenzó a gritar *¡Fidel, Fidel!, ¡Cuba sí, yanquis no!, ¡Fidel seguro, a los yanquis dales duro!, ¡Fidel, Fidel. ¿Qué tiene Fidel, que los americanos no pueden con él?!* Por supuesto, ninguno de nosotros esperaba que los pueblos latinoamericanos fueran instados a pronunciarse democráticamente sobre nuestra suerte, y menos que las oligarquías plebiscitaran la moción colectiva de condena a Cuba.

3 Los cancilleres de Venezuela y Perú, este último el mismo que a instancias del Presidente Manuel Prado había solicitado la Conferencia, se negaron personalmente a firmar la *Declaración de San José*. Lo hicieron sus delegaciones. El canciller de México, pese a firmar, dijo públicamente que estaba en desacuerdo con la condena a Cuba. Los tres países habían sido visitados por Dorticós.

La intención estadounidense, exitosa en San José, era la de aislar completamente a la Revolución, para impedir que recibiera solidaridad internacional, dejándola indefensa frente a sus planes de agresión. Fidel lo consultó:

— *En caso de ser invadida nuestra isla militarmente por fuerzas imperialistas, ¿acepta o no acepta la ayuda de la Unión Soviética?*

Un *¡Sí!* impresionante coronó la pregunta. Un ¡*no*! unánime fue la respuesta a la indagatoria acerca de si la Unión Soviética o China tenían la responsabilidad de que en Cuba ocurriera una revolución o de que aquellas potencias la usaran en sus pretensiones geopolíticas. Cuando interrogó sobre el culpable, el pueblo gritó:

— *¡Los yanquis!*

Los monopolios y la prolongada e invasiva política neocolonial estadounidense y el subdesarrollo capitalista, fueron señalados como las causas de la revolución, y no la voluntad de potencias extracontinentales.

— *¿Quiénes están poniendo en peligro la unidad continental? (*Gritos de *¡Los yanquis!) ¿Quiénes están dividiendo a un pueblo latino de otros pueblos latinos? (*Gritos de *¡Los yanquis!) ¿Quiénes son los que reunieron allí a un grupo de cancilleres latinos, para hacer una declaración contra un pueblo latino? ¡Los yanquis! ¿Quiénes han sido los únicos agresores en este continente? ¡Los yanquis!*

Para probarlo, Fidel mostró un documento: el *Convenio Bilateral de Ayuda Militar entre Cuba y los Estados Unidos de América*, acordado el 7 de marzo de 1952. Por este tratado, el Gobierno de Cuba se comprometía a usar eficazmente la ayuda militar que recibiera en los planes de defensa hemisférica aceptados mutuamente, con la condición de no hacer uso de aquellas armas para otros fines, salvo que obtuviera la anuencia de los Estados Unidos.

Sin embargo, entre 1952 y 1958 ocurrió algo muy común en América Latina a lo largo del siglo XX: pistolas, revólveres, ametralladoras, morteros, obuses, cañones, tanques, tanquetas, aviones, barcos, lanchas, patrulleros, bombas, granadas y proyectiles estadounidenses fueron usados indiscriminadamente para ametrallar, bombardear, reprimir, atacar, arrasar, masacrar, destruir o aniquilar durante la guerra civil a campesinos, estudiantes, obreros, desocupados, profesionales y comerciantes; a hombres o mujeres, niños o ancianos; de día, de noche o en la madrugada, con discreción o con notoriedad. Fueron instrumentos de matar de fabricación estadounidense, suministrados por los Estados Unidos, los que se usó en Cuba para matar, por una tiranía instaurada tres días después de acordado aquel convenio y a la que los Estados Unidos reconocieron de inmediato.

Por eso, en un momento crucial, cuando la Revolución se jugaría el todo o nada en su enfrentamiento con los Estados Unidos, Fidel acudió a los símbolos para romper con el pasado. Enseñó al pueblo el documento y preguntó si debía mantenerse o anularse. El pueblo gritó por la anulación. Fidel solicitó que levantáramos la mano los que creyéramos que debía anularse, y todas las manos se levantaron. Sorpresivamente, Fidel rasgó en dos el documento. En ese momento, se escuchó gritos concertados pidiendo repetidamente que quemara el documento, pero Fidel se negó:

— No, no vamos a quemarlo; vamos a guardarlo para la historia, así roto como está.[4]

De esta manera, quedó roto definitivamente el último lazo formal que nos relacionaba militarmente con los Estados Unidos. Una de las primeras medidas tras el triunfo había sido exigir la retirada de la Misión Militar yanqui. No podía enseñar el arte de defender a la Revolución una Misión Militar que había asesorado al Ejército que perdió la guerra con una guerrilla diez veces inferior en número y en poder de fuego.

Planteado por el pueblo el asunto de la base naval de Guantánamo, Fidel pidió esperar el momento oportuno, pues cada cosa debía ser sostenida oportunamente. En aquellos instantes, reclamar la devolución de la base naval podía propiciar los planes agresivos contra Cuba, pues los Estados Unidos querían fabricar un incidente que les sirviera de pretexto para atacar. Como las agencias cablegráficas habían echado a rodar la especie de que Cuba se disponía a atacar militarmente el enclave yanqui en Guantánamo, Fidel reiteró lo que ya había dicho en otras ocasiones: *jamás invadiríamos aquella porción de la geografía nacional para recuperarla*. Cualquier incidente armado que se produjera sería una autoprovocación para justificar la agresión contra Cuba, advirtió.

Paso a paso, Fidel consultó y sometió a la votación popular por aclamación aquellas cuestiones medulares condenadas por los gobiernos americanos, recibiendo afirmaciones unánimes cuando consultó si la política del país debía ser de amistad y comercio con todos los pueblos y países del mundo, sin exclusiones; si el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética era válido y correcto; si habría de establecerse iguales relaciones con los demás países socialistas, y si debía reconocerse y establecerse relaciones diplomáticas con la República Popular China, rompiendo las que

4 Recogí aquellos trozos del documento y los guardé celosamente, entregándolos para su conservación histórica.

había con el gobierno títere de la Séptima Flota yanqui en la isla de Formosa (Taiwán). Era una democracia a mano alzada en la que participamos todos, y todos asumimos las responsabilidades y consecuencias.

Aquellos pronunciamientos y otros,[5] que en la mañana de ese día en Cojímar había plasmado en un documento, Fidel los leyó a continuación. Consultada, la Asamblea General Nacional aprobó la Declaración, condenando el latifundio, la explotación del trabajo humano, el analfabetismo, la desigualdad de la mujer, la desprotección de la vejez, la concesión de los recursos naturales a monopolios extranjeros, a las oligarquías militares y políticas, y proclamó el derecho de los campesinos a la tierra, de los obreros al fruto de su trabajo, de los niños a la educación, de los enfermos a la asistencia médica y hospitalaria, etc. Tal fue la *Primera Declaración de La Habana.*[6]

La ocasión fue propicia para que Fidel expusiera que, de persistir las agresiones estadounidenses contra Cuba, el Gobierno Revolucionario acudiría a nuevas acciones de respuesta:

—*Nosotros hemos sido víctimas de agresiones económicas y, cuando nos quitaron novecientas mil toneladas de azúcar, nosotros les advertimos previamente que pagarían, central por central y empresa por empresa, las agresiones que hicieran a nuestra economía. Nos quitaron novecientas mil, casi un millón de toneladas, y les hemos nacionalizado treinta y seis centrales azucareros, la compañía eléctrica, la compañía de teléfonos, y las compañías petroleras. Bien, a ellos les queda una parte todavía aquí, que está ahí en la reserva, para cuando se produzcan nuevas agresiones económicas*.[7]

A la banca estadounidense

Como esperábamos, los Estados Unidos aplicaron nuevas medidas coercitivas al comercio bilateral y decretaron el embargo de los aviones comerciales de empresas cubanas, bajo la cobertura de reclama-

5 El rechazo a los intentos de preservar la Doctrina Monroe; la afirmación de que la democracia no es compatible con la oligarquía financiera ni con la discriminación racial, ni consiste sólo en el ejercicio de un voto electoral ficticio y manejado por latifundistas y políticos profesionales.

6 Habría otra *Declaración de La Habana*, en 1962, cuando la OEA acordó la expulsión de Cuba de su seno.

7 Todas las citas de este epígrafe pueden ser consultadas en *Obra Revolucionaria*, 22, 6 de septiembre de 1960.

ciones de deudas civiles. De igual manera, aceleraron los planes de agresión militar, prestando su territorio, sus recursos y especialistas en subversión y sus dineros públicos para pagar la actividad contrarrevolucionaria de batistianos y revolucionarios arrepentidos. Los planes de invasión militar con un ejército mercenario, reclutado y pagado por ellos, fueron acelerados en Guatemala y Nicaragua.

Considerando estos hechos y especialmente que los bancos comerciales estadounidenses, mediante aporte de capital usurario, habían sido el vehículo financiero de las empresas que con métodos y procedimientos fraudulentos o desleales habían invadido masiva y deformadoramente la economía cubana, y entendiéndolos un obstáculo para la liberación económica y política del país, el 17 de septiembre Dorticós y Fidel resolvieron nacionalizar mediante expropiación forzosa, los bancos estadounidenses radicados en Cuba.

La medida afectó a *The First National City Bank of New York, The First National Bank of Boston* y *The Chase Manhattan Bank*. En pleno dominio, se le adjudicó al Estado, por medio del Banco Nacional de Cuba, todos los bienes, los derechos, las acciones emergentes, los activos y pasivos, y las sucursales y agencias en Cuba.

En el hotel *Theresa*

Doce días antes de acordarse la medida, el Consejo de Ministros resolvió que la delegación cubana al período de sesiones de la Decimoquinta Asamblea General de las Naciones Unidas estuviera presidida por Fidel[8] e integrada por el doctor Raúl Roa, junto con Celia Sánchez, el capitán Emilio Aragonés, el comandante Ramiro Valdés, y otros compañeros.[9] Desde antes de su partida comenzaron los incidentes y las provocaciones. Ninguno de ellos quedó sin respuesta.

El Sindicato de Maleteros del aeropuerto de Ildewild, instigado por los enemigos de la Revolución, anunció su determinación de no cargar las maletas de los cubanos. Fidel decidió viajar a Nueva York con mochilas, las mismas de la campaña guerrillera en la Sierra Maestra.

La Secretaría de Estado determinó restringir las actividades de Fidel dentro de la ciudad. En respuesta, el doctor Raúl Roa, en nom-

8 El comandante Raúl Castro lo sustituyó interinamente como Primer Ministro.

9 Posteriormente, se incorporarían el comandante Juan Almeida, jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde, y el doctor Regino Boti, ministro de Economía.

bre del Gobierno Revolucionario, le comunicó a Phillip Bonsal, Embajador de los Estados Unidos en Cuba, que mientras Fidel se hallara en su país las actividades suyas quedaban limitadas al barrio de El Vedado.

Fidel partió el 18 de septiembre. En el aeropuerto neoyorkino lo esperaban cientos de simpatizantes de la Revolución: cubanos, dominicanos, nicaragüenses y estadounidenses, y casi un millar de policías, uno de lo cuales empujó su mano cuando, desde el asiento de atrás del automóvil, Fidel reciprocaba los saludos de la multitud. El hecho fue denunciado oficialmente ante el Secretario General de la ONU, Dag Hammarskjold.

La delegación se hospedó en el hotel *Shelbourne*, en la calle 37. Poco después, el propietario exigió pagos adicionales a los convenidos inicialmente. Alegó que la presencia de Fidel, quien era objeto de una feroz campaña de prensa, provocaría una publicidad negativa para el hotel, incrementado por las molestias que el acoso periodístico causaba a los demás huéspedes. Las exigencias fueron rechazadas. Entonces el dueño amenazó con echar a los cubanos, declarando públicamente que Fidel estaba en el hotel en contra de su voluntad. La respuesta no se hizo esperar. Comprendiendo que todo formaba parte de un plan para estropear su estancia en los Estados Unidos, en respuesta a las presiones para desalojarlo del hotel, Fidel decidió comprar tiendas de campaña e instalarlas en los jardines del edificio de la ONU. Personalmente, se lo comunicó al Secretario General de las Naciones Unidas. Ello originó un gran revuelo, en la prensa y en las instancias de las Naciones Unidas. Desde el propio despacho del Secretario General se hizo gestiones telefónicas urgentes para conseguir un nuevo hotel, pero Fidel las rechazó. La decisión, en todo caso, era acampar en los jardines de la ONU o en el Parque Central de Nueva York. Así se le comunicó a la prensa.

Por gestiones independientes de Raúl Roa Kourí, el dueño del hotel *Theresa*, en el barrio negro de Harlem, ofreció habitaciones gratuitas para Fidel y sus compañeros. Dag Hammarskjold trató de oponerse, deseando que Fidel se hospedara en un hotel de mayor categoría y confort, pero tal pretensión no fue considerada, al ser aceptada la primera opción. Allí Fidel recibiría las visitas de los más connotados líderes mundiales de la época: Nikita Jrushchov, Primer Ministro de la Unión Soviética; Jawaharlal Nehru, Primer Ministro de la India, y el líder del nuevo movimiento nacionalista árabe, Gamal Abdel Nasser, Presidente de la República Árabe Unida. También recibió a personalidades estadounidenses de la talla de *Malcolm X*.

Durante diez días, Fidel conmovió a los Estados Unidos. En Cuba estábamos expectantes. El 26 de septiembre, pronunció un contundente discurso ante el plenario de las Naciones Unidas denunciando las agresiones de que éramos víctimas y la explotación colonial y neocolonial en el mundo. Durante varias horas, expuso como si hablara en la Plaza Cívica de La Habana. Aquella tarde memorable pidió que desapareciera la filosofía del despojo como condición para poner fin a la filosofía de la guerra, o lo que es lo mismo, de las revoluciones. Al concluir, fue ovacionado durante varios minutos.

Petardos en el Palacio Presidencial

Fidel regresó a Cuba en la tarde del 28 de septiembre. Lo tuvo que hacer en una aeronave cedida por los soviéticos, pues el avión *Britannia* cubano, a pesar de tener inmunidad diplomática, fue embargado por las autoridades estadounidenses. Bajo un aguacero torrencial, en el aeropuerto de La Habana lo esperaban los máximos dirigentes de la Revolución: el Presidente Dorticós, Raúl y el Che. Decenas de miles de habaneros lo aclamaron como a un héroe nacional a lo largo de la Avenida de Rancho Boyeros. Frente al Palacio Presidencial, lo aguardaban varios miles más.

Mientras exponía sus impresiones de Nueva York, justamente cuando se hallaba hablando de la hospitalidad encontrada en las entrañas del imperialismo, fuimos sorprendidos por el sonido característico de una explosión, a nuestras espaldas, muy próxima. Por instinto, Fidel miró su reloj y comprobó que no se trataba del tradicional "cañonazo" de las nueve de la noche.

Durante unos instantes, el acto se interrumpió. Fidel dio instrucciones al personal militar del Palacio Presidencial de averiguar lo ocurrido. Enardecida, la multitud comenzó a pedir paredón para los autores, oportunidad que Fidel aprovechó para introducir la respuesta revolucionaria a los petardos colocados en el jardín posterior del Palacio Presidencial:

— *Estos ingenuos parece que de verdad se han creído eso de que vienen los* marines *y que ya está el café colado aquí. Vamos a establecer un sistema de vigilancia colectiva, vamos a establecer un sistema de vigilancia revolucionaria colectiva. Y vamos a ver cómo se pueden mover aquí los lacayos del imperialismo, porque en defi-*

nitiva, nosotros vivimos en toda la ciudad, no hay edificio de apartamentos en la ciudad, ni hay una cuadra, ni una manzana, ni hay barrio, que no esté ampliamente representado aquí.

Ya el pueblo había sido organizado y armado, en sus centros de trabajo o estudio, en las Milicias Nacionales Revolucionarias. Ahora faltaba organizar a las masas en sus hogares. Esa noche, surgieron los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), la más eficaz herramienta diseñada por Fidel para combatir a la contrarrevolución. Fidel continuó su discurso:

— Y cuando el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario compareció en la ONU, no compareció un hombre, ¡compareció un pueblo! Allí estaba cada uno de ustedes, ¡cada uno de ustedes estaba allí!

Su frase fue interrumpida por una segunda explosión. Lejos de amedrentar, las consignas se escucharon con mayor claridad. Sereno, Fidel pidió al pueblo:

— ¡Déjenlas, déjenlas que suenen, que con eso están entrenando al pueblo en toda clase de ruidos! ¡Por lo que veo, esta noche le va a salir cara a Su Señoría!

Lo que se ignoraba públicamente en ese minuto trascendental, y Fidel no lo reveló entonces, era que estaban listas ya nuevas y radicales leyes revolucionarias, que completarían el desmontaje fundamental del sistema capitalista cubano.

Ley 890

Los grandes intereses privados de la industria no habían sido afectados grandemente por las leyes socioeconómicas aprobadas hasta entonces; incluso, podían ufanarse de que el aumento del consumo interno logrado con la aplicación de distintas medidas debía ser una rampa de lanzamiento para la prosperidad de sus negocios. Pero en lugar de hacer causa común con las medidas nacionalistas, temerosos de que el conflicto con los Estados Unidos derivara a más, comenzaron a emigrar o a hacer causa común con los planes contrarrevolucionarios. Ello fue notorio a partir del segundo semestre de 1959; un proceso que se multiplicó durante los primeros seis meses de 1960, y que con el enfrentamiento económico de julio-agosto de 1960 se disparó en una espiral incontrolable.

En su inmensa mayoría, los grandes propietarios comenzaron a sabotear la producción. Extrajeron el numerario sin reinvertirlo. Uti-

lizaron exageradamente los medios de financiamiento sin dar uso al capital operativo, en una clara maniobra para acumular efectivo, con el propósito de sacarlo de Cuba. Abandonaron la dirección de sus negocios, originando situaciones conflictivas de tipo laboral, que determinaron acciones de intervención preventiva por parte del Ministerio de Trabajo. A esta actitud, se sumó la labor contrarrevolucionaria directa de los ejecutivos y directivos de la gran empresa privada, nacional y extranjera, que en muchos casos consistió en financiar a los grupos subversivos que iban surgiendo.

Para liquidar *definitivamente el poder económico de los intereses privilegiados que conspiran contra el pueblo*, el 13 de octubre el Consejo de Ministros dispuso, por la Ley 890,[10] nacionalizar, mediante expropiación forzosa, ciento cinco centrales azucareros; dieciocho destilerías; seis empresas de bebidas alcohólicas; siete alimenticias; dos de aceites y grasas; tres fábricas de jabones y perfumes; cinco lácteas; dos de chocolates; nueve de envases; tres de pinturas; tres químicas; seis metalúrgicas básicas; siete papeleras; sesenta textiles y de confecciones; un molino de harina; dieciséis de arroz; cuarenta y siete almacenes de víveres; diez tostaderos de café; tres droguerías; trece tiendas por departamentos; ocho empresas ferroviarias; una imprenta; once cines y circuitos cinematográficos, y, finalmente, diecinueve compañías de construcción, una de electricidad, y trece marítimas.

Esto supuso la nacionalización de las empresas principales de la industria, del comercio exportador y del transporte en Cuba. Se había dado un paso capital en la socialización de la economía cubana.

Las expropiaciones se hicieron extensivas a las empresas subsidiarias o colaterales, por medio de resoluciones de los jefes de los organismos o departamentos del Estado a los que les fue confiada la dirección y administración de aquellas propiedades.[11] Otras decenas de empresas privadas se hallaban intervenidas por disposición de organismos estatales. En cuanto a ellas, se dispuso que la Junta Central de Planificación procediera a decretar el cese de la intervención o a nacionalizarlas.

Habiendo perdido la condición de hacendados quienes la integraban, pues la totalidad de la propiedad azucarera había pasado a manos del Estado, la Ley 895, de 14 de octubre de 1960, extinguió la

10 *Gaceta Oficial*, 15 de octubre de 1960.

11 A varios departamentos del INRA les fue transferida la inmensa mayoría de las empresas nacionalizadas.

Asociación Nacional de Hacendados de Cuba, pasando todo su patrimonio al Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar. Desapareció la más típica y rancia organización gremial de la alta burguesía cubana.

Fin de la banca privada cubana

Se había dado un paso de gigante al desarticular la economía de la contrarrevolución, en el momento preciso. Sin pestañear, había que completar el traspaso a manos del Estado Revolucionario de todos los resortes estratégicos de la economía nacional.

Desde hacía varias semanas, se especulaba sobre la inminencia de una ley que nacionalizaría la banca privada. Previamente a la jornada del 13 de octubre, los propietarios del Banco Núñez y del Banco Agrícola e Industrial, capitalistas cubanos con los que mi bufete había sostenido magníficas relaciones durante mucho tiempo, vinieron a verme al Palacio Presidencial. Querían hacerme partícipe de los rumores que circulaban. Les pedí que tuvieran calma, que todo no era más que rumores y que el Gobierno Revolucionario estudiaría cuidadosamente el tipo de relación que tendrían los bancos privados con el Banco Nacional de Cuba. No les mentí, pues en esos momentos desconocía que estaba en elaboración un Proyecto de Ley de expropiación de la banca privada. De todos modos, cuando el 13 de octubre éste fue presentado al Consejo de Ministros, no vacilé en votar favorablemente, plenamente identificado con sus enunciados.

Proclamando la necesidad de transformar la vieja estructura bancaria cubana, adecuándola a los requerimientos de la planificación económica en curso, a partir del principio de que la creación del dinero y la asignación crediticia debía ser una función pública que no estuviera regida por el acicate de la ganancia, la Ley 891[12] nacionalizó todas las empresas bancarias del país. La medida comprendía los bancos de depósito y crédito, hipotecarios, o de fomento y desarrollo, con inclusión de todos sus bienes, derechos y acciones, y las cuentas y los depósitos bancarios en el extranjero; fueron declarados disueltos y extinguidos, asumiendo el Banco Nacional de Cuba la condición de continuador legal, subrogado en lugar y grado. Los accionistas y socios afectados serían indemnizados por esta institución de forma líquida, hasta una suma máxima de diez mil pesos, y

12 *Gaceta Oficial*, 13 de octubre de 1960.

los excesos mediante bonos amortizables en un término de quince años, con un 2 % de interés anual.

Tras esta medida, solamente dos bancos privados quedaron en operaciones en el país, ambos canadienses: *The Royal Bank of Canadá* y *The Bank of Nova Scotia*.

Ley de Reforma Urbana

Si en el campo los latifundios eran de tierras, en las ciudades eran de fincas urbanas. El problema del campo que heredó la Revolución consistía en que los que trabajaban la tierra no eran sus propietarios. El problema de las ciudades radicaba en que una gran parte de la población no era propietaria de las casas que habitaba. Eran injusticias similares, en contextos distintos, y que merecieron la atención y solución de la Revolución en dos momentos precisos. La tierra, en mayo de 1959, con la Ley de Reforma Agraria, y la vivienda, en octubre de 1960, con la Ley de Reforma Urbana. Ambas serían las leyes de mayor contenido y beneficio popular dictadas por la Revolución.

La crisis de la vivienda, problema universal y particularmente grave en los países pobres, había dado lugar a movimientos especulativos inescrupulosos. La falta de un desarrollo industrial ajustado a las necesidades y posibilidades del país, condujo a que la inversión del capital privado en la construcción de viviendas tuviera como propósito la rentabilidad. El desmedido afán de lucro provocó que los proyectos habitacionales, concentrados en los centros urbanos, para un sector social de altos o medianos ingresos, con estilos, formas y proyectos de confort burgueses, olvidaran completamente la función social de la propiedad.[13] No se construía viviendas económicas al alcance de los sectores de más bajos ingresos. Los obreros y artesanos vivían en apartamentos de una sola pieza, en edificios muy deteriorados que se constituían en casas de vecindad. En el campo proliferaban los bohíos, con piso de tierra y carentes de servicios sanitarios, agua y electricidad.

Los costos elevados de los solares y de las viviendas produjo una *ghetización* social, que resultó en el hecho de que la burguesía fue a residir a las mejores áreas. En las ciudades principales, especialmen-

13 Se construyó residencias de lujo para la oligarquía y la gran burguesía, y otras menos lujosas para la pequeña y la mediana burguesías.

te en La Habana, la élite social pudo pagar el desarrollo de lujosos barrios residenciales. El Estado, controlado por la burguesía, acudió creando los mejores servicios públicos. Así nacieron en La Habana los repartos El Vedado, Nuevo Vedado, Miramar, Kohly, *Biltmore*, *Country Club,* y otros.

Las grandes ganancias especulativas alentaron a los capitalistas a nuevas inversiones. La situación llegó a ser tan escandalosa que hasta los gobiernos burgueses se vieron obligados a promulgar leyes que decretaban la rebaja de los arrendamientos.[14] Éstos podían suponer una tercera o una cuarta parte de los ingresos totales de una familia cubana. La especulación era igualmente brutal en el arrendamiento de inmuebles para establecer comercios, industrias u oficinas.

Por su parte, la demanda habitacional creciente produjo un déficit constante, que garantizaba el sostenimiento de la actividad especulativa, reproduciéndose el círculo vicioso de la injusticia.

La situación habitacional se hizo más grave con la emigración hacia las ciudades de miles y miles de familias campesinas, azotadas por el desempleo, el "tiempo muerto", la desesperanza y la explotación inicua de los terratenientes. Los más humildes tuvieron que hacinarse en la periferia o en las orillas de los ríos, las cañadas o las tierras insalubres. Los barrios marginales, igualmente insalubres y, además, infrahumanos, se multiplicaron.

Otro fenómeno era el del régimen de préstamos con garantías hipotecarias sobre los inmuebles familiares. De continuo, había remates y adjudicaciones de propiedades hipotecadas, mediante las cuales los grandes propietarios desposeían de sus inmuebles a los más débiles.

En 1953, el problema fue denunciado, con todo su dramatismo, por Fidel en su alegato *La historia me absolverá*, su autodefensa ante el tribunal que lo juzgó por la acción del cuartel Moncada. Un censo de ese año descubría que solamente el 22 % de las viviendas de Cuba pertenecía a sus ocupantes, el 35 % tenía acueducto y el 28 % contaba con servicio sanitario propio; el 58 % tenía servicio de electricidad y el 13 % disponía de una sola pieza. En el campo, el asunto era mucho más dramático: el 63 % de las viviendas era de madera y yagua, guano y piso de tierra, y el 95 % carecía de baño o ducha en el inmueble.

14 La crisis económica de los años treinta y la fracasada Revolución del Treinta y Tres propiciaron la congelación del precio de los alquileres para las viviendas construidas antes de 1939 y un derecho de permanencia de los inquilinos.

En 1959, se tomó las primeras medidas para resolver el problema: se decretó la suspensión de los procedimientos de desahucios y se rebajó en el 50 % el monto de los arrendamientos. Pero no era suficiente; por eso, llegado el mes de octubre de 1960, era preciso revolucionar la propiedad inmobiliaria cubana.

El Proyecto de Ley de Reforma Urbana, que se apoyaba en una inversión responsable y planificada del Estado, como base de la solución definitiva del problema habitacional cubano, establecía como principio el derecho de toda familia a una vivienda decorosa, igualmente a como se había hecho en mayo de 1959 con la tierra.

Proscribía los arrendamientos de inmuebles urbanos y cualquier otro negocio o contrato que implicara actos de cesión sobre aquellos.[15] Los arrendamientos que había al promulgarse la ley serían tenidos por nulos y sin valor ni efectos.[16] En sentido general, los arrendatarios o subarrendatarios quedaban con el derecho de comprar la propiedad de los inmuebles por la cantidad pendiente del precio o señalando cantidades parciales de pago mayores. El precio de la compra-venta sería fijado tomando como patrón de cálculo la suma de las mensualidades que se pagaba al momento de la promulgación de la ley, durante cierto número de años, según la fecha de construcción del inmueble, menos el importe de la contribución municipal sobre fincas urbanas y el importe del servicio de acueducto durante cierto tiempo.[17]

Los propietarios afectados por la compra-venta forzosa recibirían el precio de los inmuebles, hasta un límite de seiscientos pesos, en plazos iguales a los que estaban obligados los compradores, y no recibirían pago alguno los propietarios de los denominados *ciudadelas*, *casas de vecindad*, *cuarterías* o *solares*, que pasarían a ser de propiedad estatal. Los ingresos provenientes de la ley serían invertidos para erradicar los barrios de indigentes.

Los beneficiados por la Ley de Reforma Urbana no podrían permutar, ceder, vender ni traspasar los inmuebles sin la autorización del Consejo de Reforma Urbana correspondiente. El Estado ejerce-

15 Con excepción de la prestación de servicios temporales en hoteles, centros de veraneo y lugares de descanso.

16 Los propietarios estaban obligados a declarar bajo juramento sus propiedades, y los ocupantes lo harían de las circunstancias relativas a la ocupación.

17 Los inmuebles urbanos en arrendamiento pasaron a ser propiedad de sus ocupantes, mediante el pago del precio legal en mensualidades equivalentes al alquiler. En cinco años, la inmensa mayoría de las viviendas construidas antes de 1940 quedó amortizada totalmente.

ría el derecho de tanteo en las mismas condiciones en que se había adquirido originalmente la vivienda. Se prohibió el embargo o la constitución de gravámenes sobre las viviendas o fincas urbanas, y se eliminó la especulación, al prohibirse el arrendamiento de inmuebles y establecerse que ninguna persona podría tener más que una vivienda en uso permanente y otra en zonas de descanso.

La ley dispuso la creación de siete consejos provinciales de la Reforma Urbana y un Consejo Superior, de tres miembros. A ellos estaba supeditada la aplicación de la ley y la resolución de todos los conflictos derivados.

El 14 de octubre de 1960, el Consejo de Ministros aprobó definitivamente el Proyecto de Ley de Reforma Urbana. Una edición extraordinaria de la *Gaceta Oficial* la puso en vigor.

El 28 de octubre de 1960, el Presidente de la República designó por resolución ejecutiva a los miembros del Consejo Superior de la Reforma Urbana. El arquitecto Osmany Cienfuegos Gorriarán, ministro de Obras Públicas y hermano del comandante Camilo Cienfuegos, de cuya desaparición física conmemorábamos el primer aniversario, fue designado su Presidente. Los doctores Juan L. Vega Vega y Antonio Cejas Sánchez completaron el órgano.

La finca de la calle Villegas

Sin jactancias, confieso que toda mi vida he intentado ser consecuente con las ideas que he defendido. Conociendo anticipadamente de la determinación de hacer una Ley de Reforma Urbana radical, pude haber eludido su alcance, pero eso constituía una traición a mis ideales revolucionarios.

No vacilé en firmar la Ley de Reforma Urbana, pese a que afectaba seriamente los ingresos familiares. Desde hacía varios años, era propietario de un edificio de apartamentos situado en la calle Villegas, entre Muralla y Sol, en La Habana Vieja. Los apartamentos estaban arrendados a diversas familias, lo que me proporcionaba una renta mensual de setecientos pesos. Mis intenciones previas al triunfo de la Revolución eran las de adquirir otro edificio más pequeño con la acumulación de aquellas rentas. Esto garantizaría, en caso de muerte, la seguridad económica de la familia.

Acordar y firmar una ley que ponía punto final a aquella situación de privilegio y especulación no supuso para mí una colisión de intereses, pues tenía plena conciencia de que para alcanzar la justicia

social por la que había luchado, era preciso proceder enérgicamente. De la misma manera que no hubo privilegios ni discriminaciones entre cubanos y extranjeros en la aplicación de las leyes de nacionalización, no los hubo para quienes asumimos la responsabilidad histórica de socializar la economía cubana. El afán de revolucionar radicalmente el país, nacido en mí en las luchas de los años treinta junto a Antonio Guiteras, me permitió actuar sin vacilaciones, pequeñeces o miserias personales.

Dentro de los que tuvimos la responsabilidad de producir legislativamente la mayor revolución social, económica y política de toda la historia del hemisferio occidental, no fui un caso único o aislado en que la propia persona firmaba el "certificado de defunción" de sus privilegios sociales. El caso más señalado fue Fidel, quien con su firma como Primer Ministro, primero, y después como Presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria, nacionalizó y socializó el enorme latifundio familiar de Sabanilla de Birán.

Salvo excepciones, los miembros del Gobierno Revolucionario entre 1959 y 1960 procedíamos de familias acomodadas, que disfrutaban de ciertos privilegios sociales y económicos. Éstos, y otros muchos, de amigos y conocidos, fueron afectados por las medidas revolucionarias que acordamos en el Consejo de Ministros. El último de los ministros que asumió sus funciones en el período objeto de este libro, Raúl Curbelo Morales, asistió a la expropiación de las cerca de doscientas, fértiles y productivas, caballerías de tierra de su padre en las proximidades de Cienfuegos.

Conchita

La Ley de Reforma Urbana, curiosamente, me permitió tener una nueva prueba de la calidad humana de la mujer con la que en 1935, en la clandestinidad revolucionaria y en la más absoluta pobreza, contraje matrimonio, y que ha sido la compañera de toda mi vida: Concepción Acosta Hechavarría, *Conchita*.

De acuerdo con la Ley de Reforma Urbana los propietarios de los edificios tenían derecho a recibir hasta seiscientos pesos de lo que disfrutaban como renta. *Conchita* y yo acordamos renunciar a tal derecho, entregando la propiedad del edificio al Estado, lo que comuniqué por escrito al capitán Osmany Cienfuegos, Presidente del

Consejo Superior de la Reforma Urbana. El Presidente Dorticós lo supo y me dijo:

— Luis, supe por Osmany que renunciaste a la propiedad del edificio. Tú no tienes que hacer eso; puedes acogerte a la ley y cobrar el dinero que como indemnización ésta permite.

Le contesté:

— Mira, Osvaldo, si nosotros vamos a privar de la propiedad a los dueños de los edificios, lo menos que puedo hacer es entregar el mío. Conchita *y yo renunciamos a todo a favor del Estado.*

Se comenzó a aplicar la ley. Pasó el tiempo, los meses, los años. Al parecer, Osmany no tramitó nuestra renuncia; lo cierto es que, sin conocimiento de mi parte, se fue acumulando los cheques de pago mensual como ex-propietario del edificio, incrementado por la acumulación de intereses.

En marzo de 1962, fui reemplazado en la Secretaría del Consejo de Ministros por la compañera Celia Sánchez Manduley, y pasé a ocupar otras responsabilidades. Mientras me encontraba atendiendo el desarrollo de los planes agropecuarios en la Agrupación Básica del Cauto, en Oriente, *Conchita* recibió la visita de un funcionario que traía cheques por varios miles de pesos. En esos momentos, la situación financiera familiar era apremiante y el país vivía bajo el impacto de una gran escasez, de la que no escapábamos. *Conchita* le explicó la renuncia que habíamos hecho oportunamente. El funcionario insistió en que debía cobrar, y mi esposa le respondió de una manera que siempre me ha llenado de profundo amor y cariño por ella:

—Usted comprenderá que yo no voy a perder a mi marido por ningún dinero. Nosotros decidimos renunciar y renunciado está.

El funcionario se marchó.

El programa histórico quedó cumplido

La Ley de Reforma Urbana fue el último de los compromisos históricos proclamados por Fidel en *La historia me absolverá* que faltaba por cumplir. Al promulgarse la ley, en la noche del 14 de octubre, en una comparecencia ante la televisión nacional, Fidel anunció que la Revolución Cubana, tras veintidós meses, casi los mismos que necesitó para tomar el poder, de esfuerzos y desafíos, había realizado el *Programa del Moncada*, venciendo su primera etapa:

— Los métodos de la primera etapa tenían que ser drásticos. No se podía andar contemporizando con los grandes latifundios, con

los grandes privilegios. (...) Había que liquidar el poderío económico de una minoría que controlaba el poder económico y el poder político, y había hecho uso abusivo y explotador de ese poder económico y político que tenía en sus manos.

En la noche del 14 de octubre, Fidel dijo también que el *Programa del Moncada* había sido sobrepasado. La Revolución había ido más lejos y mucho más rápidamente de lo que las mentes más audaces dentro de ella misma pudieron prever. Muchos de nosotros, lejos de estar sorprendidos y asustados, estábamos entusiasmados.

Lo que les quedaba a los yanquis

Por supuesto, a las medidas revolucionarias, el Gobierno de los Estados Unidos replicó virulentamente, declarando un embargo a las exportaciones estadounidenses a Cuba. El propósito era paralizar al país, pues casi todos los insumos de las empresas en el archipiélago provenían de aquella nación.

La respuesta cubana se produjo el 24 de octubre, mediante una nueva Resolución conjunta del Presidente de la República y del Primer Ministro. En virtud de la Resolución No. 3,[18] se nacionalizó las ciento sesenta y seis empresas estadounidenses que quedaban en Cuba: dieciocho químicas; siete metalúrgicas; dos ferroviarias; diecisiete mineras; veintiocho aseguradoras; quince importadoras de maquinarias; cinco agropecuarias; seis de exportaciones; seis de productos alimenticios; siete eléctricas; once hoteles y bares, etcétera.

Aquellas audaces expropiaciones y nacionalizaciones, realizadas en un brevísimo período de impulso revolucionario, conmovieron profundamente los cimientos de la estructura capitalista cubana y señalaron la orientación socialista de la Revolución Cubana, aunque el vocablo —al decir del Presidente Dorticós— estuvo ausente durante meses de la nomenclatura oficial y del lenguaje de los líderes revolucionarios.[19] Aquella noche del 14 de octubre, Fidel aseguró que se iniciaba una nueva etapa, no menos complicada y cargada de peligros.

18 Edición extraordinaria de la *Gaceta Oficial*, 24 de octubre de 1960.

19 Osvaldo Dorticós Torrado: "Los cambios institucionales y políticos de la Revolución Socialista Cubana", *Cuba Socialista*, año I, septiembre de 1961, p. 23.

Bibliografía

Libros

ARBOLEYA CERVERA, JESÚS (1997): *La contrarrevolución cubana.* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

BÁEZ, LUIS (1996): *Secretos de Generales,* Editorial SI-MAR, S.A., La Habana.

BUCH RODRÍGUEZ, LUIS (1999): *Gobierno Revolucionario Cubano: génesis y primeros pasos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

CALVO OSPINA, HERNANDO Y KATLIN DECLERCQ (2000): *¿Disidentes o mercenarios?* Casa Editorial Abril, La Habana.

CUESTA BRANIELLA, JOSÉ M. (1997): L*a resistencia cívica en la guerra de liberación en Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

GONZÁLEZ BELLO, MANUEL (1999): *El Canciller.* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

MIRANDA BRAVO, OLGA (1996) *Cuba/USA. Nacionalizaciones y bloqueo.* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO (1998): *En marcha con Fidel-1959.* Ediciones Mec Graphic Ltd., La Habana.

———— (1999): *En marcha con Fidel-1960.* Ediciones Mec Graphic Ltd., La Habana.

OLTUSKI OZACKI, ENRIQUE (2000): *Gente del Llano.* Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana.

SUÁREZ SUÁREZ, REINALDO (2002): *Un insurreccional en dos épocas. Con Antonio Guiteras y con Fidel Castro.* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

TIMOSSI, JORGE (1999): *Los cuentos de Barbarroja*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
URRUTIA LLEÓ, MANUEL (1975): *Democracia falsa y falso socialismo. Pre-castrismo y castrismo*. Vega Publishing Company, Inc., New Jersey, U.S.A.
VEGA VEGA, JUAN (1997): *Cuba. Su historia constitucional*. Ediciones Endymion, Madrid.

Conferencias de prensa y discursos

(En versiones taquigráficas de la Oficina del Primer Ministro)

CASTRO RUZ, FIDEL:

Conferencia de prensa. 14 de agosto de 1959.
Comparecencia ante el programa "Telemundo Pregunta". 20 de enero de 1960.
Comparecencia ante el Canal 2 de la Televisión. 11 de junio de 1960.
Ibídem. 24 de junio de 1960.
Ibídem. 14 de octubre de 1960.
Discurso en la Plaza Cívica José Martí. 26 de julio de 1959.
Discurso en la terraza norte del Palacio Presidencial. 26 de octubre de 1959.
Discurso en el Congreso Obrero; 6 de junio de 1960.
Discurso en la esquina de las calles 12 y 23, en El Vedado. 5 de marzo de 1960.
Discurso en El Caney de Las Mercedes. 26 de julio de 1960.
Discurso en el Estadio Latinoamericano. 6 de agosto de 1960.
Discurso en la Plaza Cívica José Martí. 2 de septiembre de 1960.

CASTRO RUZ, RAÚL:

Discurso en el acto de toma de posesión como ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. 19 de octubre de 1959.
Discurso en la terraza norte del Palacio Presidencial. 26 de octubre de 1959.
Discurso en el Estadio Latinoamericano. 6 de agosto de 1960.

DORTICÓS TORRADO, OSVALDO:

Conferencia de prensa. 14 de junio de 1960.
Discurso en la Escuela de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires. 26 de mayo de 1960.
Discurso en la terraza norte del Palacio Presidencial. 14 de junio de 1960.

Guevara de la Serna, Ernesto:

Discurso en la terraza norte del Palacio Presidencial. 26 de octubre 1959.

Pérez Hernández, Faustino:

Discurso en la Plaza Cívica José Martí. 26 de julio de 1959.

Otros libros y documentos

Expedientes de la Secretaría del Consejo de Ministros, números 40-62, de 1959, y 63-78, de 1960. Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
*Gaceta Oficial***,** julio de 1959 a octubre de 1960.
Libros de Actas del Consejo de Ministros**,** números 1 al 5, de 1959 y 1960. Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
Notas diplomáticas intercambiadas entre los gobiernos de Cuba y los Estados Unidos, entre junio de 1959 y octubre de 1960. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Periódicos

Diario de la Marina, julio de 1959.
El Mundo, julio de 1959.
Hoy, julio y octubre de 1959.
Juventud Rebelde, 26 de octubre de 1997.
Prensa Libre, julio y agosto de1959.
Revolución, años 1959 y 1960.
Sierra Maestra, junio a diciembre de 1959.
Trabajadores, 5 de julio de 1999.
Verde Olivo, 19 de octubre de 1959.

Revistas

Bohemia, julio de 1959 a abril de 1962.
Bohemia Libre, 26 de agosto de 1962.
Carteles, julio de 1959 a marzo de 1960.
Cuba Socialista, septiembre de 1961.
Temas, números 16 y 17 de 1999.

Personas entrevistadas

Se ofrece como datos, el nombre y los apellidos, el lugar, la fecha de nacimiento —de conocerse éstos— y las funciones que desempeñaba el testimoniante durante los acontecimientos narrados en este libro.

AGÜERO LAMORÚ, LUÍS ANDRÉS (Sagua de Tánamo, 19 de septiembre de 1931): escolta del Presidente Osvaldo Dorticós Torrado.

ARAGONÉS NAVARRO, EMILIO (Cienfuegos, 28 de mayo de 1928): coordinador del Movimiento 26 de Julio en Cienfuegos, antes del triunfo de la Revolución, y coordinador nacional del Movimiento 26 de Julio, desde finales de 1959.

BALEA GARCÍA, AIDA (Cienfuegos, 9 de junio de 1919): compañera del colegio Champagnat, y posteriormente cuñada del doctor Osvaldo Dorticós Torrado.

CAMACHO AGUILERA, JULIO (Santa Lucía, 7 de marzo de 1924): Dirigente clandestino del Movimiento 26 de Julio, comandante del Ejército Rebelde y ministro de Transporte (1959–1961).

CHOMÓN MEDIAVILLA, FAURE (Manatí, 15 de enero de 1929): comandante del Ejército Rebelde, secretario general del Directorio Revolucionario 13 de Marzo y primer Embajador en la Unión Soviética.

CIENFUEGOS GORRIARÁN, OSMANY (La Habana, 4 de febrero de 1931): ayudante del jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde y ministro de Obras Públicas del Gobierno Revolucionario.

CURBELO MORALES, RAÚL (Cienfuegos, 20 de septiembre de 1932): dirigente del Movimiento 26 de Julio en Cienfuegos, coordinador del Movimiento 26 de Julio en Las Villas, después del triunfo de la Revolución y ministro de Comunicaciones del Gobierno Revolucionario (1960-1961).

CUZA TALLEZ DE GIRÓN, JOSÉ L. ( ): capitán del Ejército Rebelde, jefe de la Casa Militar *José Tey* del Palacio Presidencial (1959-1961).

DÍAZ AZTARAÍN, ROLANDO (La Habana, 2 de febrero de 1925): ministro de Recuperación de Bienes Malversados (1959-1960), y ministro de Hacienda (1960-1962).

DORTICÓS BALEA, ELVIRA (Cienfuegos, 14 de febrero de 1946): sobrina del Presidente Osvaldo Dorticós Torrado.

DORTICÓS BALEA, FRANCISCO (Cienfuegos, 4 de enero de 1944): sobrino del Presidente Osvaldo Dorticós Torrado.

Fernández Mell, Oscar (Colón, 24 de marzo de 1931): oficial guerrillero y colaborador cercano del comandante Ernesto Guevara.

Forbes, Vicente (Sagua de Tánamo, 20 de junio de 1926): chofer de la Presidencia de la República (1959-1983).

León Álvarez, Rodolfo (*Macho* León, Camagüey, 8 de agosto de 1936): ayudante del Presidente Osvaldo Dorticós (1959-1961).

Leyva Pagán, Georgina (Guantánamo, 15 de febrero de 1931): combatiente clandestina del Movimiento 26 de Julio.

López Muiño, Fernando (Abreus, Las Villas, 26 de mayo de 1921): compañero de bufete del doctor Osvaldo Dorticós Torrado y combatiente del Movimiento 26 de Julio.

Lugioyo Delgado, Marta (Ranchuelo, 14 de junio de 1925): combatiente del Movimiento 26 de Julio.

March, Aleida ( ): dirigente del Movimiento 26 de Julio en Las Villas.

Morales Flores, Lidia (Jiguaní, 23 de junio de 1928): cocinera de la casa del Presidente Osvaldo Dorticós Torrado (1963-1983).

Pérez Castillo, Argelio (Marcané, 2 de octubre de 1938): jefe de la escolta del Presidente Osvaldo Dorticós Torrado (1962-1976).

Pérez-Puelles Ezpeleta, Gerardo (Puerto Padre, 21 de junio de 1920): subsecretario de Obras Públicas (1959-1960).

Serguera Riverí, Berta (Santiago de Cuba, 14 de noviembre de 1930): combatiente del Movimiento 26 de Julio.

Serguera Riverí, Jorge (Palma Soriano, 1932): comandante y auditor general del Ejército Rebelde a partir de 1959.